3 1761 07309716 4

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/frutosdemitierra00carr

TOMAS CARRASQUILLA

FRUTOS DE MI TIERRA

A lot of balls!

438673
11.9.45

BOGOTA
LIBRERIA NUEVA
1896

PQ
8179
C3F7

IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS
FUENTE DE SAN FRANCISCO

PROLOGO

Había oído hablar con elogio de *Frutos de mi tierra* á los pocos amigos del autor que lograron, antes que yo, conocer el manuscrito; pero confieso que, cuando llegó mi turno y pude á mis anchas examinar y apreciar tan primoroso trabajo, fui sorprendido por la maravillosa fidelidad de la pintura, la honda y sostenida observación de caracteres y de costumbres que preside aquella serie de cuadros, y el color gratamente local, íntimamente antioqueño, de la obra. A[illegible]me á comunicar á Carrasquilla, condiscípulo y a[illegible]e mis buenos tiempos, estas impresiones, y lo urgí á que procediera sin demora á su publicación, no por cortesía para con aquel amigo (cortesía acaso explicable en quien no lleve la franqueza al extremo á que en mis relaciones amistosas la llevo yo), sino porque estoy convencido de que su libro será uno de los mejores entre los que hasta ahora ha producido, en su género, el ingenio colombiano.

No contribuyó poco á mi agradable sorpresa el haber hasta entonces ignorado que Carrasquilla, de quien pocas noticias había tenido después de nuestra vida común de estudiantes, en los claustros de la Universidad de Antioquia, hubiera dedicado su tiempo y su claro talento á lecturas y estudios de índole puramente literaria y á ensa-

yos en el arte difícil de dar forma, por medio de la palabra escrita, á las impresiones é ideas de nuestro sér sensible y pensante; tarea en extremo delicada y exigente y que no llega á hacerse con absoluto dominio y nitidez sino por el que ha nacido con vocación para ella y ha logrado vencer las dificultades externas é internas con que tropieza todo escritor al tratar de estereotipar en el papel su pensamiento. Entonces supe que un cuadrito de costumbres firmado con seudónimo y publicado hacía poco con el título de *Simón el Mago*, que me había llamado la atención por su donaire y gracejo, era obra de mi amigo, quien, retirado hace algunos años á Santo Domingo, villa asentada como un nido de águilas en lo alto de nuestro quebrado territorio, hacia el Nordeste, en el riñón mismo de las sierras y cordilleras antioqueñas, lleva vida apacible de estudio y observación, en clima sano y agradable; libre de toda preocupación ó cuidado que pudiera desviarlo de sus aficiones y meditaciones; en esa dichosa mediocridad de fortuna—en la cual, teniendo todo lo necesario, se carece de las tentaciones de la ambición—que es la atmósfera más propicia para el trabajo de la inteligencia; célibe; sano de cuerpo y de alma y rodeado de afectuoso ambiente: condiciones todas las más adecuadas para estudiar, pensar y escribir.

Es del caso observar que rara vez aciertan á combinarse estas especiales condiciones con una verdadera vocación y un talento claro y equilibrado, que sepa ir derecho á su objeto sin las vacilaciones, perezas y desfallecimientos que producen perplejidad cuanto á los temas ó asuntos que convenga tratar y al modo como han de tratarse, ó hacen dejar para otra ocasión la tarea, ó presentan lo que de ésta se ha hecho como demasiado imperfecto, y nos inducen á abandonarlo ó destruírlo. Y como quiera que «el arte es largo y la vida breve,» los días, los meses y los años utilizables se pasan sin que salgamos de esa esterilidad inquieta y dolorosa, de donde resulta al fin de todo ello una existencia inútil, y el pesar, que es casi un remordimiento, de suponer que acaso con algún esfuerzo sostenido por parte nuéstra, pudo haber sido

fructuosa. «Pudo haber sido!...» la triste frase que aterraba á Whittier.

Conviene á mi propósito introducir aquí una digresión, que no estará del todo fuera de lugar. Bien sé que hace años se dijo en tono axiomático que entre nosotros no puede haber verdadera novela ni verdaderos novelistas, porque nuestra sociedad carece de clases perfectamente caracterizadas y diferenciadas entre sí; y que esa afirmación, que pertenece á las que por su carácter y amplitud provocaban la sonrisa desdeñosa de Lord Macaulay, ha sido recibida con mansos signos afirmativos por la gran cabeza de este Bovary, conforme y respetable tragavirotes que se llama el Público. Mas no me suena muy bien tan contundente y fácil aserto. Veo que la noción de lo que debe ser la novela va cambiando cada día; que este cambio, como todo progreso verdadero, se hace en el sentido de la simplificación; que en países como los Estados Unidos y Suiza, donde la novela prospera y florece gloriosamente, las viejas clases ó demarcaciones sociales no existen yá ó han sido sustituídas por otras cuya diferenciación principal estriba casi únicamente en su mayor ó menor riqueza, y que, por consiguiente, en su personal, se cambian, se hacen y se deshacen cada día; que en esos países, así como en aquellos donde todavía, total ó parcialmente, se conservan las antiguas estructuras sociales, como Inglaterra, Alemania, Rusia, Italia, Francia, España y Portugal, este género literario produce sus obras más famosas y aplaudidas, sin necesidad de contraponer clases sociales distantes entre sí, sino, por el contrario, reduciendo el género á verdaderas monografías, casi siempre tipos más ó menos incoloros de la clase media, de esa *burguesía* que desesperaba á Gautier, y que es hoy, sin embargo, la dominadora del mundo, puesto que en beneficio suyo se han hecho y se están explotando los principales progresos del siglo.

Veo también, como en síntesis, que el ansia de gozar lo más posible, á costa de cualquier sacrificio ó abdicación, en esta vida, sea porque yá no se cree en la otra futura ó porque temerariamente se hace de ella caso

omiso, aguijonea á la porción de humanidad que á sí misma se llama civilizada, y la empuja en desatentada carrera en persecución del dinero, llave infalible de todas las concupiscencias; que la facción característica del final del siglo en que estamos viviendo es una exageración monstruosa de la noción de este factor y una consiguiente depreciación de la de elementos ó resortes que antes gozaban de igual ó mayor prestigio, con lo cual se ha desequilibrado esencialmente la marcha ascendente de la civilización, tal como la entienden y definen los más avanzados pensadores; que la moralidad y el saber no son yá sino factores secundarios en ese desarrollo; que este afán reinante, ayudado por el espíritu cada día más utilitarista y estrecho de las enseñanzas é instituciones en boga, ha hecho más en la obra de borrar las antiguas demarcaciones sociales y reducir á valor casi nulo las tradiciones de nobleza y las jerarquías de sangre, que la tremenda Revolución francesa con su esponja ensangrentada y el pasmoso poder de su propaganda política, hasta llegar á dividir virtualmente las sociedades en sólo dos clases, que se odian por miedo ó por envidia: la de los que tienen y la de los que no tienen dinero, clases que tocándose en su punto de partida, se alejan luégo una de otra hasta llegar, magnificándose alarmantemente, á extremos cuyo contraste y contemplación han hecho germinar con desusado vigor en nuestros días las sectas socialistas.

Y volviendo luégo la vista á nuestra propia sociedad, me encuentro con que los mismos fenómenos que se observan en las más antiguas y avanzadas, están verificándose aquí, donde, no por ser menos violentas las reacciones, dejamos de presenciarlas y de sufrirlas.

Y sigo creyendo que—puesto que, gracias á las facilidades de comunicación universal, á los libros y periódicos y á los progresos y economías de tiempo y de trabajo que van introduciéndose en todas las manifestaciones de la actividad humana, nuestra sociedad no es sino una provincia de la gran sociedad civilizada del mundo, gobernada por las mismas leyes generales y sometida en lo

esencial á las mismas faces de desarrollo—las condiciones que presiden la producción literaria y deciden de su carácter y alcance, deben ser aquí las mismas que se observan en otras naciones, sólo modificadas por las circunstancias peculiares de nuestra sociedad. Por donde se me muestra patentemente, ó tal me parece, que aquello de la falta de Novela por la de clases sociales bien caracterizadas, no pasa de ser una pamema.

Sin necesidad de explotar esa contraposición de clases, y con el mero relato de sucesos naturales de diaria ocurrencia, acaecidos en la vida de gentes que en nada se distinguían especialmente de la masa social en cuyo seno existieron y en las condiciones más comunes y normales, escribió Jorge Isaacs su *María*, novela de primer orden en todo sentido, aunque los que no aceptan que ésta pueda existir sin sucesos extraordinarios y trances absurdos, la han colocado con desdén magistral, ya en el género idílico, ya en el de cuadros de costumbres. El argumento de aquélla no puede ser más nacional: los tipos que el autor pintó é hizo funcionar se pueden hallar todavía en aquellas regiones, á pesar de los cambios que van introduciéndose en las costumbres de nuestra incipiente sociedad; los paisajes que copió, ahí están, indeciblemente bellos, en ese prodigioso Valle del Cauca, del cual sí que puede decirse que es "una sonrisa de la naturaleza"; y los sentimientos y pasiones que animan la acción ¿no son acaso los mismos que desde que el hombre cayó á la tierra vienen animando la familia humana, dominados por el amor, ese magnetismo del infinito, voz augusta y recóndita de una fuerza superior é incontrastable que habla á todos los seres y les marca fatal camino?

Otros ensayos menos afortunados se han hecho entre nosotros, de los cuales—omitiendo adrede la *Manuela*, respecto á cuyo mérito y carácter ha fallado yá con justo aplauso el aprecio de los lectores—sólo citaré aquí dos, que me parecen de los más notables: *Don Alvaro*, de don José Caicedo Rojas, y el *Alférez Real*, de don Eustaquio Palacios. Aquél, con todas las apariencias de una obra

meditada y pulida, aunque fría y casi sin vida, llena de distinción y delicadeza y escrita con castiza pulcritud; éste, sumamente descuidado en el estilo y lenguaje, dañado en su efecto por la intrusión de las observaciones del autor, que suelen ir en su ingenuidad hasta la perogrullada, con una acción que no corresponde bien al cuadro elegido, pero rico en detalles, verdadera resurrección de tiempos yá olvidados, lleno de interés, de un mérito muy superior al que le ha reconocido el público, y obra de exhumación que ha descubierto tesoros que llaman á gritos al novelista de más recursos á quien toque escribir la novela de la vida colonial en el Cauca con esos elementos, tan parecidos á los que la señora H. H. Jackson explotó con habilidad y éxito envidiables al hacer en su *Ramona* el análisis apológico de la vida y costumbres de la población mejicana en California antes de la anexión de este territorio á los Estados Unidos. Estos ensayos tomaron como tema la sociedad del Virreinato y la vida colonial, las que, vistas desde nuestros días, en esa lejanía que borra las asperezas del aspecto, con la magia que el tiempo comunica á lo pasado y el interés que inspiran las noticias relativas á gentes, usos y sucesos á que retrospectivamente estamos ligados por tradición y afecto, y ricas en las diferenciaciones sociales, que entonces se conservaban con una regularidad y una severidad tan estrictas, debieron dar ocasión á aquellos escritores, si el huero aforismo que vengo con hechos rebatiendo tuviera fundamento, para escribir novelas muy superiores á la *María*, ya que ésta, al ser verdadera aquella tesis, no debió resultar viable. Y lo dicho basta para mi objeto.

Vendremos á parar en que no tenemos sino contadísimos novelistas, porque siendo de suyo difícil y exigente este género, y nuestro país uno de los más pobres entre los poblados por razas civilizadas y de los más atrasados en cultura literaria, es natural que sean muy raros los individuos que, dotados por la Divina Providencia con el dón superior de poder imaginar y exhibir las escenas de la Novela, tengan al mismo tiempo ocasiones y medios para descubrir su propia vocación y lograr,

por estudios, observaciones y ensayos pacienzudos, encaminarla y educarla, y puedan, además, dedicarse á esa tarea, que viene á coronarse con la reposada, digna y noble producción literaria, sin las preocupaciones y exigencias diarias y prosaicas de la vida, sin el contagio de la pasión política y sus consiguientes inquietudes y desazones, que á todos ataca en estas repúblicas nuevas, y contando, finalmente (y esta es falla característica de nuestra situación en materias literarias), con un público serio y entendido en que abundan los lectores de gusto educado y severo, capaces de apreciar aquel trabajo y de estimular material y moralmente al autor. En resumen: que estamos demasiado pobres y atrasados para pagarnos el lujo de tener novelistas; y que está muy lejano el día en que la demanda de novelas nacionales sea tal entre nosotros (pues no parece razonable contar para esto con el público extranjero), que permita á nuestros novelistas vivir de su profesión.

En poesía, sobre todo en la lírica, que es la que más aficionados ha contado por acá, los requisitos para sobresalir son mucho menores y más naturales que adquiridos; como que, desde luégo, se trata de trabajos de poca extensión, en cuyo buen éxito y excelencia hacen más la inspiración y la oportunidad que el estudio y el esfuerzo, cuya publicación—que generalmente se hace en periódicos y revistas—no exige gastos á su autor, y que cuentan con lectores entusiastas (aunque, en lo general, de pésimo gusto, á que se debe en gran parte la índole rutinaria y la pobreza de nuestras poesías líricas) en todas las esferas sociales, desde los mancebos de barbería hasta la dama remilgada y bachillera. Así y todo, para producir un poema de grandes proporciones como el *Gonzalo de Oyón*, único en su especie en nuestra Antología, se necesitó que en su autor se reunieran no pocas condiciones especiales que rara vez podrán combinarse del mismo modo entre nosotros; pues, reduciéndome á examinar sólo unas de ellas, es hecho constante que nuestros literatos pertenecen á las clases pobres de la sociedad y viven acosados por las necesidades; que los hijos de familias

ricas son, por lo general, los que peor educación reciben por acá, y que cuando entre ellos aparece alguno dotado de capacidades y aficiones literarias, rara vez tiene fuerza de carácter suficiente para quitar su atención de los negocios y dedicarse á educar y explotar aquellas facultades en bien de las letras.

Casi todos los Conquistadores de esta parte de los antiguos dominios de España en Indias y fundadores de nuestras familias y de nuestro pueblo en cuanto éste remonta sus orígenes hasta la Península, fueron hombres de armas tomar: mozos de espada ó arcabuz; segundones, los mejorcitos, desprovistos de toda cultura intelectual; oscuros aventureros tan ignorantes y rudos como valerosos; gentes de avería, en fin, sin bagaje literario, y que mal podrían producir después por atavismo en su descendencia espíritus inclinados á estudios y observaciones de que ellos ni remota noción tuvieron. Que en otro sentido, como era de esperarse ó de temerse, sí hemos sufrido los efectos de la ley del atavismo. Ni después hemos tenido, como han tenido en Chile, en proporción apreciable, cruzamientos de que hubiera podido salir ganando nuestra raza en este concepto; cruzamientos de cuyos efectos benéficos no puede yá dudarse y que exhiben en aquella República tan gallardas muestras y en la nuéstra la figura prominente de Isaacs.

En tales circunstancias, los géneros literarios de cierto orden, así como los aprendizajes que exigen mucha capacidad, larga aplicación y considerables gastos, han tenido que andar entre nosotros de capa caída. Sin que por eso dejemos, en nuestro loable pero infundado amor propio nacional, de creer que vamos en esta última materia á « paso de vencedores » y de dar credenciales de hablistas á aficionados de pacotilla y de humanistas y filólogos á dómines pedantes que, entre otras cosas del oficio, ignoran el griego. ¡ Tan exacta observación es aquella de que cada cual se complace en juzgarse apto en lo que menos entiende y aquel refrán que dice que « en tierra de ciegos el tuerto es rey ! » Verdaderamente causa maravilla pensar que haya podido formarse entre noso-

tros y por su propio esfuerzo el insigne Rufino J. Cuervo, príncipe de las letras de Hispano-América.

Si hasta el gusto por la lectura ha sido aquí escaso y apenas ahora empieza á extenderse, y eso sólo en las secciones que por la mayor proporción de sangre de blancos en su población, ó por haber tenido gobiernos menos ineptos y descuidados, han logrado que se generalice un tanto en sus masas la enseñanza elemental; pues es sabido que la inmensa mayoría de Departamentos tan poblados como Cundinamarca y Boyacá, no sabe leer. El hecho de haber aumentado muy considerablemente el número de libros impresos importados, en los últimos años—de los cuales, según so me informa, una gran parte viene para Antioquia—y el de estarse fundando Bibliotecas públicas, por iniciativa particular, en las más importantes poblaciones de este Departamento, son datos significativos y consoladores; no debiendo preocuparnos demasiado, porque en estos comienzos y mientras va formándose y aquilatándose el gusto de los lectores, los libros importados y los que llenan yá los anaqueles de esas bibliotecas sean en gran parte novelones insulsos ú obras de poco fondo y escaso mérito, á la altura de la educación literaria de los consumidores: el tiempo y la lectura irán enseñando á éstos á buscar alimentos más nutritivos y sabrosos.

Como pasámos de la Colonia á la autonomía en época en que nuestra población estaba atrasadísima en gusto y cultura, y entrámos en una existencia de luchas intestinas y ensayos desastrosos, á las veces ordenados por un empirismo dogmático y ciego, y otras por un erróneo prurito de festinadas experimentaciones *in anima vili*, que no han dejado tranquilidad para nada y han hecho de la vida en Colombia una pesadilla, al mismo tiempo que de fuéra nos han ido llegando muestras primorosas del adelanto literario y científico de otras sociedades, en nuestras masas, aun en las menos incultas, ha llegado á calar la idea—en tan sólidas razones apoyada, aunque acaso esas masas no acierten con el fundamento de su juicio—de que no es posible que acá produzcamos en esas

materias cosa que valga la peña de leerse, viniendo, consecuencialmente, á perderse todo aprecio por nuestros autores nacionales, salvo contadas excepciones, que en algunos casos se deben al bombo que los mismos interesados ó sus comparsas han tocado á toda fuerza para llamar á sí la atención, y toda esperanza de que algún día alcancen aquéllos á sobresalir hasta competir, en el interés que sus obras inspiren y la excelencia intrínseca de ellas, con las que vienen de ultramar abasteciendo nuestras bibliotecas y saciando el hambre de información, de entretenimiento y de educación literaria que acosa á nuestros lectores.

De suerte que mientras las necesidades y ahogos de una sociedad tan pobre como la nuéstra, han solido obligar á los que tenían dentro de sí la vocación y capacidades propias para llegar á ser novelistas, á entrar por senderos áridos, en que sucumbe aquella vocación y estas capacidades se atrofian, quedando ellos reducidos á la categoría de lectores de seguro criterio, y acaso invadidos de por vida por la sorda displicencia ó irritabilidad que engendran á la larga los despechos minúsculos, entre los pocos que hayan podido aunar á esas ventajas interiores las otras condiciones de independencia, estudio y atmósfera propicia para su trabajo, los más, convencidos de la pobre acogida que á éste habría de hacer el público, y atemorizados por las enormes dificultades materiales de la publicación en nuestro país, donde ésta ha salido por lo regular carísima y en forma fea y defectuosa, han retrocedido, llenos de respeto por la labor intelectual, y, absteniéndose de hacer el esfuerzo, siempre penoso, de la creación literaria, se han contentado con sentirse capaces de la hazaña, sin imponerse las miserias de la prueba. De ciertos ensayos hechos por el prurito muy socorrido de publicar algún libro, sea el que fuere, es mejor no tratar.

Y he dicho todo lo anterior para mostrar cuánto aprecio, indulgencia y estímulo merecen aquellos escritores nuéstros que, á pesar de tántas y tan grandes dificultades y probabilidades de fracaso, se lanzan resuelta-

mente á la arena y presentan al público libros dignos de ser leídos con avidez y conservados con esmero al lado de las obras que se han conquistado yá un puesto en el aprecio de los peritos.

Tál es el libro de Carrasquilla.

Novela de costumbres en que para ligar la serie de cuadros que la forman hay apenas la trama suficiente—por cierto de poco valor en sí misma, sin que esto aminoro el de aquéllos,—quien la lea con cuidado, sobre todo si por acaso topó antes con los originales, hallará que el autor logró esta vez lo que es el más alto *desideratum* en el género: reproducir con absoluta verdad los tipos y escenas que quiso retratar ó copiar en su libro. Si eso logró y si lo hizo en estilo correcto y con lenguaje tan castizo como lo permitía la clase de obra encomendada á este instrumento, la parte del artista está bien desempeñada. Pretender buscar en una serie de cuadros de costumbres trascendentalismos y doctrina, sería insigne simpleza. De más que como enseñanza ó generalización pudieran sacar del libro los que no admiten que se escriba por escribir, como se pinta por pintar, es un sentimiento de abominación y desprecio para con la mayor parte de los personajes que en él figuran y con cuya cruda exhibición alcanzó el autor á hacerlos más odiosos y repugnantes que si en buscar este efecto hubiera empleado centenares de páginas de disquisiciones y anatemas abstractos: que eso satisfaga á los que en estas materias suelen tomar el rábano por las hojas. Bien que, probablemente, este temperamento en que sitúo la cuestión es más de lo que en justicia corresponde á aquella agrupación terca é inquieta que finge ignorar que, en esto de enseñanzas morales sacadas de las obras artísticas, casi siempre hay más doctrina latente en el discípulo que en el maestro, resultando el concepto final en armonía con las tendencias ó ideas del primero; que suele llegarse al mismo término por diversos caminos, como lo prueba el hecho de que se sacó una impresión de aprecio por la pureza y la rectitud en las acciones más ocultas de nuestra vida, después de leer *I promessi sposi* de Man-

zoni, como después de leer el *Primo Basilio* de Queiroz; y que cuando sólo se trata de obras de entretenimiento, yá sabemos por boca de Merimée, quien formuló sencillamente el concepto popular, que « una cosa es tanto más divertida cuanto más carece de conclusiones útiles ».

Pero la fidelidad de la reproducción es maravillosa en esos cuadros: más perfecta, en su naturalidad, según creo, que la que reina en las páginas magistrales de la *Manuela*. Sin que deje de ser innegable que Carrasquilla se dejó arrastrar en su trabajo, sobre todo al pintar sus personajes, por aquella noción por todos tácitamente aceptada en la práctica, aunque rara vez conscientemente, que expresó Lord Macaulay en su estudio sobre Maquiavelo, cuando dijo: " Los mejores retratos son aquellos en que se ha puesto alguna ligera dosis de caricatura... Se pierde un poco en exactitud, mas cuánto se gana en el efecto producido ! " La dosis en el caso que analizo no sale de las proporciones convenientes.

Que pudo elegir Carrasquilla escenas y tipos menos repugnantes, tarea fácil, dadas las condiciones y estado de nuestra sociedad y nuestras costumbres, es evidente; mas esta observación en nada amengua el mérito de la obra en sí misma, y sólo probará, ó que el autor tomó para ensayarse el primer grupo de gentes cursis ó abyectas con que tropezó, sin preocuparse mucho ni poco con el resultado final de su trabajo, el que por su forma hace pensar que fue emprendido con el mero designio de hacer algún cuadro naturalista, llevado luégo por la corriente misma de la acción y las tentaciones del modelo á las dimensiones en que hoy nos es presentado, ó que, viendo cómo algunos de nuestros más peregrinos tipos y costumbres van desapareciendo, al propio tiempo que otros nuevos van formándose, sin que, fuéra—en tesis general—de emborronadores de papel ó de escritorzuelos rastreros que pretenden el título de escritores de costumbres porque explotan sin arte ni ingenio la pintura de lo sucio y soez, haya quien acuda á dejar de este estado social una copia exacta y amplia, en que quede á lo vivo reproducido, vino á resolverse á aplicar su observa-

ción genial á gremios tan desdichados; ó no probará nada, que es lo que sucede con casi todas las observaciones.

Pero, sea lo que fuere, una vez elegido el tema, debió ser tratado como Carrasquilla lo trata: leal y valientemente, siguiendo el consejo que el viejo Polonio da á su hijo Laertes respecto á la necesidad de ser uno fiel á la verdad para consigo mismo, á fin de no llegar nunca á la falsedad para con los demás; reproduciendo lo visto, oído y sentido, real ó imaginario, pero absolutamente verosímil, tal como lo vió, lo oyó y lo sintió con su temperamento de artista, y no escuchando el insidioso raciocinio de aquel barbero á quien George Elliot, en su *Rómola*, hace decir: « los florentinos tenemos ideas muy liberales sobre el lenguaje, y consideramos que un instrumento que, como la lengua, con tánta eficacia puede emplearse en adular ó prometer, debe en parte habernos sido dado para esos objetos."

Es superfluo agregar que el autor sabe mejor que nadie que su observación se limitó á una porción muy reducida de la agrupación humana á que pertenecen sus personajes; que todos ellos, con tan pocas excepciones que no vale la pena de citarlas, son seres primitivos y groseros en quienes la que Ariosto llamó *naturaleza esclava* se impone, por causas demasiado fáciles de hallar, sobre la *naturaleza libre;* excrecencias y tumores, nó frutos de nuestra tierra; y que sería tan absurdo juzgar en globo á la sociedad de nuestra villa por los datos que respecto á una porción especial, definida y muy restringida de ella, aparecen acopiados en el libro, como lo sería el juicio que del modo de ser y vivir de todos los parisienses formara algún lector intonso, con las informaciones, por cierto muy detalladas y verdaderas, que sobre algunos de éstos le suministra *El Assomoir.*

Sin que por lo que dejo dicho pueda tachárseme de optimista y parcial, pues debo agregar, á fuer de observador despreocupado, que no se me ocultan muchas de las condiciones defectuosas de que adolece nuestra gente. Desde luégo, los españoles que se establecieron en el territorio que hoy se llama Antioquia procedían en su ma-

yor parte de Vizcaya, Asturias y Extremadura, y trajeron consigo las ideas, costumbres y preocupaciones que entonces primaban, y acaso aun hoy priman, en aquellas agrias Provincias: afición desmesurada al trabajo; hábitos de frugalidad, aseo y economía; respeto profundo á la palabra empeñada; espíritu de religiosidad sincera y honda —y por consiguiente eficazmente caritativa,— pero sin mojigatería; grandes afectos de familia, dentro de la cual cada uno se encastillaba y federaba; ansia de progresos cuyas aplicaciones les permitieran avanzar en sus negocios y aumentar el bienestar propio y el de sus allegados; especial aptitud para hallar sin esfuerzos ni contorsiones el lado práctico de las cosas, desde las más sencillas hasta las más nuevas y difíciles, desde la organización y orden de la familia hasta el manejo limpio y acertado de las cosas públicas....

Con estas condiciones, que son en su mayor parte cualidades, los defectos que á ellas corresponden naturalmente provienen de la estructura y desenvolvimiento de la vida social. Si después de establecido esto se piensa que Medellín es una ciudad relativamente nueva; que acá son casi desconocidas las gentes de casa aristocrática y los escudos de armas; que de todos los extremos de nuestro terruño han ido viniendo á agruparse aquí familias de estas condiciones, la mayor parte de raza blanca pura, pero que no tienen que llorar perdidas grandezas ó sentirse humilladas por la pobreza y la ruina, después de la prosperidad y el prestigio; que las más antiguamente avecindadas y más satisfechas de su abolengo, pronto se codean sin reparo con las de reciente establecimiento, dominándolo todo un amplio sentimiento democrático muy loable, y un alarmante y pernicioso espíritu de negocio y de nivelación por medio del dinero; que nuestros más acaudalados millonarios, casi en su totalidad de pura cepa española que se complace en reproducir aquí los más gallardos tipos de las provincias septentrionales de la Península, eran ayer no más jornaleros ó mineros paupérrimos y deben su fortuna, ganada en meritoria lucha, á su propio esfuerzo, ejercido en

forma de inteligencia, perseverancia, actividad, honradez y economía; que á causa del aislamiento en que forzosamente tenemos que vivir por nuestra situación excepcionalmente mediterránea y por el ningún tiempo y esfuerzo que aquí se dedican á esparcimientos sociales, éstos son raros y de carácter agudo y anómalo; y, en fin, que nadie entre nosotros se paga de oropeles y, buscando en todo la solidez y la firmeza, se gasta la existencia en bregar por independizarse de la necesidad, de la pobreza, de la empleomanía, de la vida á expensas del esfuerzo ajeno y otras desdichas reinantes, y de las indignidades y menguas que éstas traen consigo, ó imponen, así como en allegar á los descendientes medios de escapar de esas *horcas caudinas*, de donde salen quebrantados los caracteres y mutilado el sér moral; cuando en todo esto se piensa, ningún observador serio extrañará la reserva de nuestras costumbres ni hallará despreciable nuestro modo de entender la vida. Sin que por éste—y esperando mejores días, que al fin llegarán cuando tengamos fáciles comunicaciones con el exterior y haya pasado el período de formación y acopio en que hoy estamos—deje de serle permitido lamentar que con elementos de grata actividad social como los que aquí poseemos yá; con una naturaleza tan fenomenalmente bella; con una situación tan pintoresca; con un clima que goza fama de agradable; con una raza de que son rasgos característicos la inteligencia y la vivacidad, así como sorprendente aptitud para descubrir el lado ridículo de las personas, de las situaciones y de los sucesos y acierto especial para dar forma gráfica á esas impresiones, y cuyas mujeres son, cuando lo quieren, modelos de distinción y de elegancia; y con un núcleo de familias educadas y ricas, que por su número, educación y riqueza sobrepasan la proporción que naturalmente corresponde á la cuantía de la población, la vida social sea aquí de una monotonía desesperante, una verdadera vegetación y pueda todavía llamarse con justicia Medellín, usando de una gráfica expresión de Stendhal, "la patria del bostezo y del razonamiento triste."

En las escalas más bajas, aunque nó más humildes, de esa sociedad, halló Carrasquilla sus tipos principales y los que á ellas no pertenecen menos pertenecen á las más elevadas. Los vio de cerca, pensó que mostrándolos satisfaría una necesidad propia de artista y proporcionaría á sus lectores el regalo de un entretenimiento y esa bendición del cielo que se llama la risa, pero la risa genuina y medicinal, que es la que estalla con la contemplación de lo ridículo (el que suele no ser otra cosa que la desproporción entre las pretensiones y los medios); y pasólos á su lienzo con una fidelidad que pasma, exagerando ligeramente las actitudes grotescas y los trances risibles, como lo están chulos y manolas, petimetres y damiselas en los cuadros de Goya; y con colores y luces que de puro intensos parecen sencillos y son el resultado de una observación ingenua aplicada á naturalezas robustas y vivaces. La ironía, ese procedimiento tan difícil como eficaz, que deja impresión de frescura amable en las *Escenas de vida clerical* y de desoladora dulzura en *La Abadesa de Joarres*, es el medio de anotación que usa el autor; ironía que, con apariencias á las veces de bonachona simpleza, haría creer al que no sepa leer el libro, que Carrasquilla tiene alguna predilección especial por tales ó cuales de los personajes, escenas y costumbres que nos presenta, de donde podría deducirse un juicio erróneo respecto de las ideas, y acaso de los ideales de aquél, lo cual es bueno advertir aquí para evitar equivocaciones; porque hay que saber leer este libro, como todos los en que, haciéndose á un lado cuidadosamente el autor, deja funcionar sus personajes con tal libertad y naturalidad, que al fin no sabe uno si son de aquél ó de éstos las nociones é impresiones cuyo desarrollo está presenciando. Idea que Pérez Galdós expresa con delicada sencillez cuando en su primera parte de *Nazarín* dice: "yo mismo me vería muy confuso si tratara de determinar quién escribe lo que escribo."

Esos personajes, en el libro de Carrasquilla, nada hacen ó dicen ó piensan que merezca calificarse de extraordinario, ni mucho menos, mas como habitualmente no

prestamos atención á los casos y vidas de esta clase, por entre los cuales suele rodar accidental ó permanentemente la nuéstra propia, tomándolas como manifestaciones comunes de fenómenos elementales, cuando el autor desarma pieza por pieza toda aquella armazón, al parecer sencilla y rudimentaria, nos sorprende tan inesperada complicación de detalles y resortes, de propósitos y tenacidades, de expectativas y sorpresas, de egoísmos y miserias, de atavismo y deformaciones, presentándosenos todo como un brote extraño de vegetación exuberante y monstruosa—como se llenan de detalles y complicaciones ante nuestros ojos sorprendidos, los bichos más diminutos y á la simple vista de conformación física más rudimentaria, cuando los vemos al través de los lentes del microscopio—; pero sin que podamos dejar de reconocer que asimismo y nó de otro modo es la realidad, que si antes no acertábamos á formarnos idea de la complexidad de esa estructura, culpa era de nuestra ligereza y prejuicios, y que quien así sabe entender, analizar y exhibir todas esas reconditeces ha hecho yá mucho para adueñarse de uno de los más poderosos y apreciables recursos no sólo del arte de la Novela, sino también del dramático.

El análisis que por medio de bien calculada exhibición hace Carrasquilla de la sensibilidad de sus protagonistas es otra de las faces interesantes del libro. Tal vez en algunos capítulos (v. g. el XX), recarga demasiado los colores, sin que esto sea yá necesario para ayudar al efecto; pero es la verdad que en ese trabajo despliega una fuerza de observación de detalles que, por tratarse de animalidades sorprendidas en la intimidad de sus impresiones, hace recordar el esmero con que Zola adivina y apunta, en *Germinal*, las relaciones y confidencias de *Batalla* y *Trompeta*, los dos caballos que bregan en constante tarea en el fondo de los pozos y á lo largo de las negras galerías de la mina.

Agustín y *Filomena* quedan después de leer el libro tan perfectamente delineados y exhibidos, que yá nunca los olvidaremos ni los confundiremos con otro alguno de

los personajes que tengamos en la memoria por causa de otras lecturas, y no nos queda duda alguna de que esos sujetos, así, compuestos de todas esas piececitas que sin grande esfuerzo aparente de análisis sicológico nos presentó el autor, han existido, existen ó pueden naturalmente existir. Como personaje de segundo plano, ni demasiado visible ni demasiado confuso, en una media luz difícil de hallar al escribir cuadros de esta especie, y que con el juego de él permite que la acción se anime sin complicarse, *Belarmina* no puede ser más natural. Cuanto á *César*, tan meloso y cargante como bellaco, todo lo que á este respecto pudiera yo decir sería poco. Más mal todavía de lo que á mi incapacidad corresponde creería yo haber desempeñado mi oficio, si no agregara que en mi concepto casi todo lo relativo á los amores de *Galita*, que ocupa buenas páginas del libro, es, por lo excesivamente diluído, inferior al resto y pudo y debió compactarse y depurarse un tanto.

La descripción de la tienda de los prenderos, la del Valle de Medellín, visto desde el *Cucaracho*, y el paseo que á este último lugar hace César en compañía de su prometida jamona, son capítulos magistrales, dignos de la pluma de cualquiera de los novelistas veteranos que en este ramo de pinturas, descripciones y relatos están actualmente enriqueciendo con sus cuadros la literatura española.

Mas no deja de asaltarme el temor de que la obra, no tanto por su crudeza y realismo atrevidísimo, á que todavía no está acostumbrado el gusto de la mayor parte de nuestros lectores, cuanto por tratar de tipos y costumbres esencialmente antioqueños, mucho más caracterizados y diferentes de los que se conocen, en condiciones análogas, en el resto del país, que los de la *Manuela*, por ejemplo, y por usar en sus diálogos de modismos, provincialismos y arcaísmos cuya significación escapará á los que no hayan nacido ó vivido aquí ó—cuanto á los últimos—conozcan las reliquias de vieja lengua castellana que todavía se estilan en nuestras montañas, sea mal entendida y poco apreciada fuera de Antioquia. Si

así fuere, lo sentiré por los lectores que no gocen del placer de saborear una á una las frases bárbaras ó pintorescas de nuestro pueblo. Y no aconsejaré que, como se hizo con el *Cultivo del maíz*, de Gregorio Gutiérrez (que es, probablemente, en su género, con la *Evangelina* de Longfellow, la más hermosa muestra de poesía de que puede enorgullecerse la América), se ponga al fin del libro un diccionario que ayude á entenderlo: especie de *fe de erratas*, civilizada, que poco ó nada sirve en la práctica, pues el lector que á ella tenga que acudir cada vez que tropiece con una palabra ó una expresión cuyo sentido no alcance á comprender, sacará de la lectura una impresión de descanso, interés y placer tan intensa, como la del que, sin conocer el inglés, haya, con la ayuda de una Gramática y un Diccionario, recorrido desde el principio hasta el fin, leyendo y traduciendo, el *Viaje sentimental* de Sterne. ¿Qué hacer en tal caso? Pues... nada! Y que «los que tengan ojos vean y los que tengan orejas oigan.»

Así y todo, no faltarán fuera de Antioquia y de los numerosos é importantes núcleos de población antioqueña esparcidos fuera de nuestro territorio, quienes acierten, por una á modo de intuición del sentido común, á comprender y saborear el de aquel lenguaje lleno á las veces de donaire y color y otras lastimosamente vulgar y pedestre, así como el de las frases y giros de gusto y casta un tanto discutibles que, en casos excepcionales y nunca por ignorancia ó descuido imposibles de suponer en quien con tánta donosura maneja el estilo elegante y la dicción castiza, sino para hacerse más comprensible y familiar, suele usar el autor. Tengo para mí que tal vez habría sido un desacierto, desde el punto de vista en que éste debe situarse, suprimir todo aquello, cambiándolo por la banalidad de un lenguaje paupérrimo que, palabra por palabra, fuera comprendido y aceptado, con idéntica apreciación, por toda la población de un país en que, por ser tan extenso como es, y aquélla tan rala y deseminada y tan desprovista de relaciones y comunicaciones, cada agrupación tiene sus modismos que casi for-

man dialectos en algunas remotas regiones, complicado todo, allá por los vicios de pronunciación de los negros y acullá por los de los indios, de modo que el color local del habla, que es la mitad de la acción, se perdería á trueque de que todos los lectores entendieran una relación que como tál nada tiene de sorprendente, y diálogos y monólogos cuyo interés estriba en las peculiaridades del lenguaje en que están escritos, que es el en que fueron hablados. Y creo que de dos males se escogió el menor.

Debiendo agregar aquí que no me guía en este caso un espíritu de regionalismo estrecho y egoísta, sino un sentido de aprecio artístico muy defendible; sin que, por otra parte, la tacha de regionalista aplicada á tontas y á locas me asuste demasiado, pues sabiendo, como creo que sé, dar á cada factor de los que familiarmente manejan mi criterio y apreciación, su valor justo y exacto y profesando intenso amor á la patria colombiana, no me parece pernicioso, ni menos peligroso, que cada cual lo tenga también en debida proporción, por el lugar en que nació y por las gentes, escenas, costumbres, paisajes y territorios con que entró desde la infancia en más íntima comunicación y familiaridad; y se me alcanza que proscribir y anatematizar este sentimiento natural y respetable, bajo máscara de un patriotismo tan estéril y platónico como rimbombante y con innegables propósitos de explotación, no deja de ser tarea ingrata y poco envidiable.

Si mis temores se realizan—lo que Dios no quiera—el círculo de lectores de *Frutos de mi tierra* se restringirá considerablemente, en detrimento de la fama de Carrasquilla; mas, como éste se halla en todo el vigor de la edad y ha tomado en serio la vida, es justo esperar que, dueño yá de la popularidad en su terreno y con fuerzas sobradas para mayores hazañas, querrá buscar lectores y reputación fuéra de nuestras breñas. No dudo que ha de lograrlo, si para ello combina y explota materiales de observación y trabajo que hoy más que nunca están á su alcance.

Por el triunfo que ha de conquistarle la publicación de este libro, y por los que, mediante Dios y su propio esfuerzo, habrán de corresponderle después, le envío desde aquí mis más cordiales parabienes. Todo nuevo esfuerzo que él haga, todo aplauso que obtenga, acrecerán la gloria de la Patria y de Antioquia y serán motivo de regocijo especial para sus amigos. Desde ahora me identifico en pensamiento con los lectores que han de entender y estimar intensamente el libro que, por distinción tan inmerecida como apreciada por mí, me ha tocado presentar al público; y ruego al ausente amigo que, excusando la pobreza de ingenio y el poco acierto con que he desempeñado la tarea—en la cual he querido reducirme á consideraciones generales para dejar á los lectores el placer de sorprender, una á una y con su propio criterio, libre de todo prejuicio nacido de ajenas apreciaciones de detalles, las bellezas del libro,—vea en mi esfuerzo una pequeña prueba del aprecio en que tengo su obra literaria, así como una gratísima ocasión de recordarle mi antigua é invariable amistad, ya que, felizmente, puedo desde mi oscuridad decir con el glorioso creador de *Hamlet:*

> « *I count myself in nothing else so happy*
> *As in a soul remembering my good friends.*»

Medellín, 18 de Enero de 1896.

PEDRO NEL OSPINA.

El autor se reserva todos los derechos.

FRUTOS DE MI TIERRA

I

POR LA MAÑANA

POR la puerta que comunica el cuarto del zaguán con los corredores del patio, salió Agustín Alzate, en camiseta y arrastrando desaforadamente las chancletas de tapiz.

—Nieves! Nieveees!—gritó espeluznado de la pura incomodidad.

—Allá voy, hermano,—contestaron de adentro.

Agustín se paseó resoplando y rascándose.

Oyóse á poco ruido de alpargatas, y apareció en el corredor una mujercita clorótica, medio gibada, delgaducha, cabello ralo, cara que no fuera mala á no tener la boca torcida, que parecía vieja y joven á la vez, vestida con traje de percal desteñido, la cual mujercita traía una taza de café.

—No te he mandao, sinvergüenza,—berreó él, con los ojos brotados y zapateando en cuanto la vió,—no te tengo dicho que no me dejés entrar las negras á mi cuarto?

—Hermano!—exclamó Nieves muy sorprendida. —Dióude saca usté eso?

—De dónde ?... Vení negámelo!

—Mi palabra, hermano, mi palabra !... Yo misma arreglé el cuarto.... y nadie más ha dentrao!

—Y entonces, ¿ por qué está todo pasao á cebolla y á cocina ?

—Eso es parecer suyo, hermano, porque ni Carmen ni ña Bernabela han dentrao.

—Sí entraron, embustera, porque una almuhada tiene un parche de tizne !... O es que vos no te lavás las manos ?

—Cómo nó, hermano ! Vea— dijo mostrándole la palma de la que tenía libre.

—No te las lavás, cochina !—replicó él sin dignarse mirar,—y por eso me empuercates toda la cama.

—Vea, hermano: ese tiznao será de otra cosa.... tal vez eso que se unta en el pelo....

—Quién te lo estaba preguntando ?... Echá acá !

Y le arrebató la taza, derramando un poco sobre las rebanadas de pan.

—Gass !—dijo él escupiendo el primer trago, no bien se lo echó.—Esto es una porquería !... Esto está humao !... Tomá llevate eso !

—Hermano, por Dios !... Pero si lo hice como lo hago siempre !... Si yo no le sentí humo !

Y le recibió la taza y probó.

—Desasiada !—gritó él dando terrible zapatazo. ¿ No te tengo dicho que no me probés mis comidas ? Sobrao tuyo será lo que me traés todos los días !

—Virgen santa, hermano !—repuso Nieves agachando la cabeza.—Usté sí que saca cosas...! ¿ No ha

visto, pues, que yo prebo todo aparte? Como no lo quiso, por eso probé.... y humao no está.

—Quitate de mi vista, maula!

—Y qué le parece, hermano, que ahora no hay más leche pa hacerle más café.... ¿Quiere chocolate, pues?

—Nó! No quiero nada!... Me voy para un hotel, pues hasta hambre se pasa en esta maldita casa!... Ya se ve: ni cama limpia le ponen á uno!

Nieves salió con las lágrimas en los ojos.

—Vení acá!—gritó él.—Andá lavate esas manos pa que me vengás á quitar esas indecencias de la cama! Anoche no pude dormir con la edentina.... Y mirá: si vuelvo á encontrar esos parches.... ya sabés!

Y el señor, pisando y resoplando muy recio, volvióse á su cuarto.

Eran las cinco y media de la mañana. Agustín abrió los cristales de los postigos, y la luz, filtrándose por el encaje blanco de las cortinas, alumbró la estancia.

Era ésta espaciosa y alta; el cielo raso blanquísimo y con uno á manera de quinqué, de pantalla opaca con *tilindajos* de cristal. Tapizaba las paredes papel de afelpadas floronas y filetes dorados; adornábanlas grandes oleografías, en marcos de gruesa moldura, dorada también, que representaban, unas á los soberanos de Italia, y otras á unos frailes alegres paladeando sendas copitas de lo añejo. La cama, al frente de la puerta del zaguán, con la cabecera arrimada á la pared, en medio

de dos cómodas gemelas y con la mesita de noche á la derecha, parecía una mamá rodeada de sus hijas; las cuatro, de comino crespo y muy buena hechura, hacían flux y llenaban el testero. El lado de la calle lo ocupaba una tarima,—*turquesa* que llaman por aquí,—vestida de lanilla verde y con cojines de lo mismo, sobre la cual están los blancos de la cama, los almohadones y el rollo, ahorcado con cintas en las puntas, todo de lino y de *letines*, muy bien puesto y encarradito, pues estos trebejos poco más se usan acá, como no sea para emperejilar las camas. Por el lindero del zaguán sigue un escaparate de perchas, muy grande y mejor trabajado; después la puerta y luégo el lavabo, que, fuera de lo necesario, tiene de cuanto Dios ha criado en frascos, botes y cepillos. Dos mecedoras de junco, «una mesa redonda,» un reloj pequeño de bronce sobre una cómoda, y un frutero de *camargo* sobre la otra, completan el mobiliario, el cual se asienta en tapiz envigadeño de cabuya, de fondo oscuro, á listones rojos y verduscos.

Nada que huela á libro, ni á impreso, ni á recado de escribir. Pulcritud, simetría y brillo, eso sí, por todas partes.

Agustín vierte la jarra de porcelana azul en la taza idem de idem, y, con mucho estregamiento, jabonaduras y pujidos, sin derramar una gota, se echa un lavatorio. Después de bien enjugado, espuma el jabón, saca de un cajoncito las navajas, se da unos brochazos por la cara, infla el cachete, y, la navaja rapando, la esponja secando, pronto está aquel rostro

como repulido con papel de lija. Seca y asienta con sumo cuidado la herramienta, y, cada cosa en su estuche, vuelve al cajón á alinearse con la equidistancia y paralelismo que en todo pone Agustín. De una caja salen unas barras con aforros de papel plateado; la dentadura de carey se mete por entre la cerrada y rucia greña; la barrita va pasando, va pasando, con mucha maña, por encima del lomo del peine, y lo rucio se ennegrece y relumbra. Cuando Agustín considera que todo está parejo, toma otro peine, se aparta un tantico, se plantifica ante el espejo, guiña los ojos, estira la trompa, y en la propia mitad se abre la carrera,—no muy blanca que se diga;—peina á lado y lado para abajo, ataca luégo para arriba, y el copete queda como sacado á pulso. Siguen perilla y bigote, con pintura, aceitada y afilamiento.

Primero faltaría el sol que esta operación cada mañana.

Como era día de arreglar el almacén, había que ponerse traje que viniera al caso, y al efecto, sacó del escaparate un terno color de algarroba, á listas diagonales más claras, y de saco á la d'Orsay, pues Agustín no usa sino pieza de entalle y faldas.

Al fin, después de muchas estiradas de camisa y apretamientos de hebillas y tirantes, guardó los pantalones que cambió,—que eran los con que se levantaba,—les marcó el doblez á los que se puso, cerró bien cómodas y escaparate, alineó y puso en orden los cachivaches del lavabo, se cepilló, se echó pestorejos y soplidos aquí y allá, dió cuerda al reloj de oro, y

después de ponerse el brillante sombrero de copa, bastón en mano, se dió ante el espejo los últimos perfiles.

—Nieves, caminá arreglá esto!—gritó, una vez en el corredor, con bronca voz de mando.

—Allá voy, hermano.

Tomó el portante, camino del almacén.

¡Tendría qué ver que en un Departamento de Colombia, la demócrata, resultase alguien con aires de realeza! Vaya si tendría!

Pues es que Agustín Alzate tiene una tiesura, un sacudimiento de cabeza, un modo de erguirse y contonearse, y sobre todo, un pendoleo de brazos, un andar y un compás tan dinásticos!

Y sobre lo que él se procura, el cuerpo que le ayuda: alto como un granadero, cenceño como un venado, el ojo pardo y saltón, largo el pescuezo, nariz medio corva, ensanchada á toda hora y como aspirando malos olores, boca desdeñosa, entrecejo fruncido, dientes montados en oro, bigotes á lo Napoleón III, cetrina la color y un tanto rugosa y acartonada la piel. Destellos de azabache lanza su becerruno calzado; á su ropa, flamante siempre, ni leve peluzilla se le pega, ni átomo de polvo la empaña; su camisa, última expresión de lo níveo, parece tallada de puro tiesa. Gasta en sus palabras la concisión del magnate; no cede la acera al más pintado; echa á codazos al que se la disputa, y se pasa á la opuesta por no darla á las señoras; no saluda á nadie; mira á pocos, y á esos de mala cara. No tiene más relaciones que las comerciales; no fuma; llueva que truene, se baña á las cuatro;

en su casa le llaman « Agusto,» y los sastres le tiemblan, porque no hay obra que le satisfaga.

Nieves entró á la pieza, armada de la escoba de esparto para barrer paredes, del cepillo encabado para escobillar el tapiz, y del trapo sacudidor. Aunque no había para qué, sacudió por los rincones y por detrás de los cuadros; cepilló luégo hasta sacar la tongada al corredor; por sí ó por nó, pasó el trapo por las cubiertas de hule de cómodas y mesa; azotó el mobiliario, y, por último, estregó la gran luna del espejo y sopló el lavabo, sin tocar las menudencias, porque le estaba prohibido.

—¿ Hoy como que amaneció el Cónsul con el güevo ?—chilló la voz áspera de una mujer que entraba al cuarto.

—Sí, Minita,—contestó Nieves quitando la funda del tizne; hoy está con la vena !

—De la cama le oí los berridos á ese grosero... Y qué fue lo que le aconteció ?

—Pues nada, holita !—repuso la arregladora mostrando la funda.—Vé: por este suciecito fue todo...! y que no durmió por eso....! Y de bravo se le metió que el café estaba humao !... ¡ Ave María ! es que es tan trabajoso !

—Y vos tan oveja.... que te la dejás pinchar de estos demonios !... Te tratan pior que á mí, que es cuanto se puede decir !.. y no te vale: mientras más te cargan, más te les agachás !

—Pero yo qué voy á hacer, holita ? si le contesto á mi hermano, pior se pone. Y qué saco con eso ?

Mi hermana también es trabajosa á ratos.... pero masque tienen sus cosas malucas, ellos siempre son formales con nosotras, y....

—No te digo, ala?—interrumpió Minita furiosa. —Si vos sos un tronco de carne con ojos! Mostrame á ver cuál es la formalidá....Vamos á ver: mostrámela! Nos tratan como mulas de carga!... Nos mantienen pisadas! (haciendo ademanes de machucar). Y que les sirvamos de rodillas!... Esa es la formalidá que les encontrás! A mí me tieñen tan jaita, tan desesperada estos malditos...!

—Ave María, Minita! Usté si...!

—Vos qué otra cosa vas á decir, almártaga! Si vos tenés la culpa de todo!

Nieves no replicó, porque sabía que Mina (diminutivo tierno de Belarmina), en tocando este punto, yá no estaba en sus cabales.

Era la señorita Belarmina larga, huesosa y alambrada, los brazos nudosos como rejos tiesos, los hombros encaramados y contraído el pecho, la cara angulosa y juanetuda, chapas pintadas, ojazos profundos, de mirar cortante, nariz pico de loro, boca hundida, dientes calzados con amalgama, voz como graznido, y *capul* indómita y flechuda.

En la mañana de que se trata vestía traje de muselina que fue negra, muy raído y roto por los codos; calzaba chinelas de pañete, no muy nuevas; y como se agitaba tánto, parecía una gallinaza en riña.

La cual, viendo el silencio de Nieves, exclamó al fin:

—Bien hacés en fruncirte el pico, animal! Ya se ve: vos qué?... Para vos lo mismo es, con tal que les lambás.

Tampoco contestó, y Mina agregó:

—Valiente vida!... No sé cuál me tiene más ética, si el viejo ó la bollona. Allá verés: hoy es el día de las bullas con el misté; allá verés que el Cónsul nos va á tragar! Es decir.... ni las cocineras; porque las cocineras el día que se aburren se largan.

En el corredor se oyó un ruido entre carraspeo y tos, y luégo zumbido de faldas y pisadas. La despechada Mina, en cuanto lo oyó, puso punto en boca y salió apresurada, á tiempo que una señora entraba.

—Nieves,—dice ésta en tono reposado:—apenas arregle aquí, póngase á arreglar la sala, y quite las fundas, que mañana me dijo mi siá Chepa que venía.

—Bueno, hermana,—contestó Nieves muy humilde, á la vez que alisaba el tendido de la cama y formaba bien las esquinas de los colchones, según el mandato expreso de Agustín.

—Hacele bien hechas las punticas: si no, te come aquél!—dijo la señora, muy sonreída, al ver el cuidado que Nieves empleaba en la operación.

—Figúrese cómo es él de discontento!—contestó ésta alzando la cabeza, como iluminada de repentina alegría.

No era para menos, que yá se estaba temiendo que su hermana se levantara también «en el rucio,» como los otros; y cuando esto sucedía, que no era pocas veces, quedaba á tres fuegos esta alma de Dios.

La señora se dirigió al corredor de la cocina, en busca del chocolate.

Por lo gordota, cogotuda y campante, bien se conocía que la señora « vendía al contado »: el talle corto, rollizo y papujado lo ceñía un saco de linón blanco, con golas de franja y listicas caladas; desde el remeneante y altísimo caderamen pendía y se desparramaba en amplios pliegues una falda de lanilla azul fuerte, bajo la cual se agitaba un torbellino de almidonados trapos. Eran los brazos molledones y tronchos, las manos pompas y con muchas sortijas. El rostro, pintoresco en sumo grado: de la papada al remate de la frente, y de oreja á oreja, capa heroica de polvos; en cada moflete, encendido parche de vinagre rojo; arribita del labio superior y á la izquierda, un lunar de relieve con pelos; cejas abundantes y muy bien engrasadas; ojos ígneos, negros y rasgados, llenos de juventud, que lo mismo se humedecían que chispeaban á la menor causa; nariz chata y bronca; labios gruesos, hendido el superior, que, con su excesiva movilidad, dejaban ver unos dientes amarillentos, bien conservados y parejos. Lustrado con betún parecía el pelo, que se torcía detrás de las orejas, formando dos riscos adelante, se atrincaba atrás en dos trenzas, para cruzarse en abultada moña, rellena de elementos extraños. Tiene abajo del cogote un morrito de grasa; una sarta de corales chamizudos en la llena garganta; dos sortijas de pelo,—de esas que llaman *cachacos*,—en cada sien; zarcillos de pensamiento con centro de piedra; y sobre la moña una peineta

cartagenera que en letricas de oro reza: « Filomena Alzate ».

Con el último trago del chocolate se levantó Filomena y sacó del bolsillo del traje un portamonedas de mallas de acero.

—Tomá, hole,— dijo dirigiéndose á Mina y poniéndole en la mano, según iba enumerando: —Los tres riales para el misté de Agusto; los dos para los güevos....

Y que tánto para lo uno, y que cuánto para lo otro, y que un real para aguacates, hasta completar doce.

—Con esto no alcanza,— objetó Mina.—No hay sino maiz y frisoles: de todo lo demás hay que comprar, hasta dulce!

—Pues ai te encimo dos riales.

—Tampoco hay: ¿no sabe que todo está muy caro?

—Pues usté verá cómo hace, pero más no le doy. ¡Imposible aguantar un platal todos los días!

—Pues verá que no alcanza.

—¿Y cómo á Nieves sí le alcanza?

—Es que esta semana está más caro todo!

—Aunque esté.

Y sin más replicar, se retiró Filomena remeneándose; envolvióse en un « pañolón de abrigo,» apizarrado y con chillona guarda colorada, y, contoneo va y contoneo viene, tomó la calle, pues la señora era comercianta ó cosa así.

Ella que sale y Mina que se dispara al cuarto, exclamando:

—Vé las cosas de aquella hambrienta ! — y tiró los reales sobre la cama.— Diz que ridículos catorce riales para hacer hoy el mercao !... Y vos tenés la culpa, so atembada, que te ponés á tasales el chimbo á estos lambrañas !

—Vea, Minita, no se confunda... Cómpreles á ellos sus cuidos, que ai comemos nosotras cualquier cosa.

—Esto es lo que más injuria me da !—chilló Belarmina agarrando á la otra por el pelo y tirando á toda gana.—¡ Esta animal de cuatro orejas !... Como los tenga bien jartos, aunque nosotras vivamos muertas de hambre ! Ai te dejo tus catorce riales pa que hagás vos el milagro.

—Sí, Minita, no se noje por eso.. . ¿ No le he dicho, pues, que yo le despacho á Carmen masque no sea semanera ? Váyase tranquila á su costura.

Nada tranquila que salió.

Por orden superior, emanada de Agusto, las dos se alternaban por semanas en el desempeño de la casa, tocándole á la una arreglo y aseo, y á la otra lo referente á comida. Despachar lo último llamaban ellas ser semanera; pero casi siempre Nieves lo hacía todo, si bien Mina era la responsable en su ramo y período respectivos.

Luégo que el cuarto de Agustín quedó como unas platas, salió Nieves para la despensa, en donde, ayudada de un puñado de maíz, que era su aritmética, ajustó con Carmen el negocio de la compra.

En seguida se cogió el cabello, á todo correr; se medio lavó, y, con los útiles del caso, dejando en la

puerta las alpargatas, para no ensuciar el tapiz, entró á la sala.

La cual se abría los domingos, sin que la viesen más que los transeúntes que ojeaban por las ventanas, y doña Chepa Miranda, única persona que visitaba la casa.

Tiene el salón dos ventanas á la calle, puerta á la pieza que tan impropiamente llamamos antesala, y la de entrada; las cuatro con cortinas caladas de dibujos color de calostro y fondo granate, colgadas de una tira de latón dorado con relieves, recogidas en ganchos de flores de loza y atadas con cordones rematados en borla. El cielo raso tiene friso y tres rosetones de estuco, y cada rosetón una bomba color de rosa. El papel es rojo con arabescos de oro. Pegados á las paredes se atoran un juego compuesto de doce silletas, cuatro sillas y dos divanes, de madera negra y acolchado de seda encarnada, y cuatro consolas, negras asímismo, de estilo *rococó* y con muchas calcografías de nidos y pajarracos. Correspondiendo á cada una de aquéllas, y ligeramente inclinado, cuelga un espejo oval, de una vara de altura, con marco gordo, dorado y copetudo. En el centro, mesa oblonga, hermana de las consolas; tapiz de pelo, con medallones rojos y festones de margaritas, añadido en cuatro tiros y medio. Todo nuevo, puesto á codal y escuadra, con esa afectación, esa simetría sistemática que quita á los muebles su lenguaje é imprime á las habitaciones cierto aire de arreglo de iglesia.

Ocho diosas de yeso, convertidas en payasas, adornan las consolas. «Pues no ve? Agusto que fue

á comprar esas monicongas tan indecentes! » y á Filomena le dió tantísima vergüenza, que vino en ponerles enaguas de percalina rosada y amarillas gorgueras de linón. ¡Bonita es ella para desnudeces griegas!

En medio de cada par de divinidades se levanta, de entre jardinera de porcelana, un frutero de *camargo*, con pintura de carmín, ocre y verdacho, fabricado por Agusto y Nieves; sobre la mesa central, otro altísimo y puntiagudo, de igual material é igual procedencia. ¡Cuidado no los picoteen el par de toches disecados que se están posaditos en los ganchos del cortinaje de la antesala!

Pasó Nieves á esta pieza. De Dios y su santa ayuda había menester para sacudir y volver á ordenar todo aquello. Dos mesas y una cómoda atestadas: cofrecitos de conchas, perritos de loza, platicos de cristal, copas, florerillos, canastillas de perfumería y otras cien cositas más.

Todos los prodigios de la paja de trigo, de la viruta, del helecho, enmarcando láminas realeras, formando las más extrañas creaciones, se apeñuzcan por ahí en las paredes. Cáscaras de huevo forradas en junco, con muñequitos recortados, y unidas en racimo, también hay; y canastillas-avisos de la Emulsión de Scott, de á cuatro ó cinco en sarta, también; y almanaques de la misma Emulsión.

En el centro de todo, cual cometa en constelado firmamento, se destaca, allá sobre la cómoda, la vera efigie de Agusto, de tamaño natural y de medio cuerpo. La valiente brocha de Palomino lo representó

sentado, en actitud meditabunda: la siniestra mano empuña el bastón, mientras la diestra, cuyo correspondiente codo se apoya en un mueble tendido de damasco carmesí, sostiene, á lo Julio Arboleda, la egregia cabeza y ostenta la gran sortija de esmeralda. Del escotado chaleco pende, en majestuosa onda, la leontina, que le costó á Agustín trescientos pesos.

En el *costurero*, donde jamás se cose, baja un poco el tono, si bien continúan la Emulsión y la paja: « Esteras antioqueñas », unidas con trenza; par de turquesas, de percal rojo, con sus respectivos cojines; taburetes de vaqueta pintada y con grabados iluminados que suponen la historia de Colón ; almohadillas,—*dormilonas* que decimos por aquí,—pendientes de tres cordones y á dos metros de altura, formando ringlera con unas muñecas muy galanas, aseguradas del pescuezo; una jaula verde con canario, colgando de la puerta-ventana; crochet en los taburetes, crochet en los cojines, crochet en las dormilonas.

Sigue después el cuarto de Filomena, que es muy lujoso; luégo el de Mina y Nieves, con sus camitas de comino, tendidas con colchas de muestrarios de percal, con un San Antoñito pesetero y una Dolorosa á la cabecera de Nieves, y con dos baúles y unos cajones vestidos. Síguele el « cuarto del *rebrujo* », con mucho coroto y mayor orden. Allí está la máquina de coser, del número 8, que les regaló Filomena á «las muchachas », con tal que le hicieran los trajes y demás costuras de la casa. Allí cose Mina, y Nieves remienda y apedacea medias.

Da este cuarto á un pequeño corredor, donde está el *aguamanil* de verdad; al corredor sigue un patiecito, con el baño en la mitad, rodeado de «azucenos de Obando» y con una rosa canaria enredada en las tapias.

Barridas y arregladas estas piezas, tornó Nieves al aseo de los corredores principales, que son muy espaciosos y alegres: tiestos con matas en los bordes; guardabrisas entre poste y poste; las paredes, cubiertas con papel-mármol y zócalo de balaustrada; Suiza y el Tirol, en hermosos paisajes, prendidos con cinta roja y *estoperoles* de cobre; el patio, de menuda piedra y levantado en forma elíptica, luce en el centro una columna coronada por un jarrón, en cuya cuenca medra deshecha en ramos una «yedra de San Juan,» la más hermosa de nuestras flores.

Al través de los vidrios de la ancha puerta del comedor se ve una mesa con apéndice en figura de meridiano en los extremos, tendida de alemanisco; en la mitad, un taller giratorio, vacío y virgen; una frutera á cada lado, con algunas naranjas lamosas y sendas piñas pudriéndose; seis servilletas arrolladas en sus aros, puestas simétricamente; dos aparadores con mucha cristalería, virgen también; dos cómodas adheridas á la puerta-vidriera, donde se guarda la incólume vajilla; y tres bombas que no conocen vela. Porque el comedor es para que se vea: el de verdad está atrás, en el corredor de la cocina: una mesa cualquiera, tendida ó sin tender, donde comen Agusto y Filomena y algunas veces Mina, que lo que es la otra, yanta siempre junto al fogón.

La casa, toda de comino, con muy buenas cerraduras, está pintada de verde, con filetes de otros colores, y de « imitación madera crespa » en los tableros de las puertas, exclusive la del comedor y las interiores, que están barnizadas.

El esmeradísimo aseo, el arreglo prolijo, característicos de Medellín, brillan en esta casa desde la pesebrera hasta la calle, del callejón de « la puerta falsa » al lindero opuesto.

Es muy central: en el riñón, como quien dice: *Calle de las Queseras del Medio*, número 111.

Y antes de enredarnos con esta gente, será bien dar un salto atrás, á fin de cogerla desde sus pañales.

II

HISTORIA ANTIGUA

I

LA señá Mónica Seferino quedó viuda del maestro Alzate, con una runfla de siete muchachos y una casita de mala muerte por único patrimonio.

Como no era hembra de lloriqueos ni pataletas, pronto se dejó de lutos, y emprendiólas con el trabajo. Con la labia que Dios le dio, logró sonsacarle, en calidad de préstamo, dos onzas á un su compadre. Alquiló un oficial de carpintería, y, con cuatro tablas viejas y unos cajones de pino, trasformó la sala en tienda, de la noche á la mañana. Fuése al mercado é hizo una compra por lo grande, consiguiendo además que le fiaran un tercio de harina y una damajuana de aguardiente: pues al mes ya tenía la pulpería completamente montada. Puso á Onofre, el mayor de los tres muchachos, á asistir la venta, en tanto que ella y Juanita, la mayor de las niñas, se andaban por la cocina, hinchendo tripa, moliendo cacao, y en aquel brete de amasijo y horno. Al cabo de cuatro meses había comprado todos los enseres del oficio y hecho construir dos monumentales chiqueros, en los que

aprisionó cuatro puerquitos. Comprometióse con todo el barrio á pilar un mundo de maíz, á trueque del afrecho y la aguamasa; se hizo á un par de pilones, y cátame á los zarrapastrosos chiquitines pegados de las manos de pilón, suda que suda la gota gorda y haciendo pucheros; pero con el genio y el rejo de la señá Mónica no había remilgos.

El cuento del ventorrillo y los puercos prosperaba que era una bendición, y la empresaria, encariñada con el lucro, quiso dar ensanche al negocio. Sacó la hucha, que yá tenía «á plan de baúl,» y contrató quién le hiciera, en todo el largo del corral, una media-agua, á tejavana, con su canoa y una veintena de argollas, empotradas en la pared. Hizo clavar en el corredor del patio una hilera de palitos numerados, á modo de percha, y luégo dio aviso verbal á todo el que llegaba á su tienda de que cuidaba bestias y guardaba monturas, á real y medio el día. Divulgada la noticia, principia el efecto.

Agustín, el mediano, que corría con el arreglo de escobas para el horno, con pilada y lavado de maíz, fue promovido á las altas funciones que la nueva industria reclamaba, con obligación de hacer la chicha y los mandados; y Pedrito, el menor, quedó en reemplazo de Agustín.

¡ Y qué hábil y metódico resultó éste ! jamás el freno de Juan se le trocó por el de Diego; la yerba y caña, repartidas por alquitara; enviárale Dios bestias, que dónde acomodarlas no faltaba. Pues, y la chicha ? Y eso de ponerse en un credo en la plaza y volver

con aquel costal de compras?... con ser que el pobre no estaba muy católico de pies, que con las andanzas y trasteos por la pesebrera, lo cogieron las niguas por su cuenta y no lo dejaron en paz hasta pararle los dedos y tumbarle las dos uñas grandes; y ni la hiel de vaca, ni el sebito caliente, ni la otoba, fueron parte á que sanase; pero así, patojito y todo, se despachaba á las volandas.

A más de los cinco ó seis pesos que, entre los martes y los viernes,—días de mercado,—dejaba el cuido de caballerías y la guarda de monturas, ocasionó esta industria la venta de almuerzos á las gentes que venían á vender. Por real y medio daba la señá Mónica ajiaco, tamal y tazón de un brevaje compuesto de cacao, mucha harina de maíz y su poco de hígado de res. Era cosa de quedar rendida de servir, soplar y batir; mas no de llevar la paga al bolsillo.

Como á la gente principal del barrio se le antojase probar los guisos de la señá Mónica, quiso ésta darles gusto, y los domingos les vendía de lo bueno. Y qué almuerzos! Todavía se recuerda con gastronómico deleite el espesor de aquel mondongo, la suculencia de aquellos tamales!...

Entre las pesebreras, la cocina y el ventorrillo, fue creciendo la familia, arrullada por el lucro; y al verlos á todos tan espigaditos, hizo Mónica su calaverada: compróles *guacintones* de cordobán, trajes de muselina y ajuar de oír misa á Juanita y Nena, y muda entera á Onofre y Agusto. ¡Qué feliz se sintió

el caballerizo cuando estrenó ese atavío, suyo desde nuevo! ¡Cómo bendijo la industria copacabaneña cuando vio ocultarse bajo la capellada del alpargate los estragos de la nigua!

Al relegar aquellos nefandos pantalones de dril, que tánto tormento le dieron á causa de los boquerones de la rodilla y de los anteojos de las posas; al contemplarse tan peripuesto, digo, se dio cuenta de la dignidad, de la grandeza del varón. Con la mugre y los remiendos cayó la venda. ¿Cómo había vivido él diez y siete años con aquellos andrajos? ¿Pensaría su madre que eso iba á ser para los domingos solamente? Eso sí que nó! vestirse siempre muy bien, como él se merecía. Pues no faltaría más que volver á usar esa ruana bogotana que se arrollaba por las puntas como hoja de plátano! Eso para el bobo de Onofre.

Había de ser Agusto el Narciso de los Alzates, y éste fue el primer preludio.

Desde ese día paró moña, y ¡adiós chicha, mandados y pesebrera! Cada rato armaba un lío con la señá Mónica, hasta que declaró que lo que él quería era botas. Túvolo ésta por loco rematado, y en verdad que botas en esos tiempos, y en mozo de la laya de Agustín, era para asustar; pero tánta jeta estiró él, tánto descuidó sus deberes, que, para ver de enderezarlo, accedió ella y contrató unos borceguíes con el maestro Caleño, zapatero popular en ese entonces.

No fueron así no más las torturas y fatigas con la tal invención. Otro hubiera dado al diablo con los cueros esos; pero al Agusto no lo apearon de las

suelas ni los repelones, ni el agua-sangre que manaban las *sacaduras*, ni la rechifla de los muchachos cuando lo veían patojín patojeando, «con las niguas en el oscuro.» A todo se sobrepuso: por sobre ascuas y espinas era, pero daba los primeros pasos hacia el ideal que perseguía.

Con tales aprietos empeoró tánto, que la señá Mónica estuvo «á cantos de coger el monte.»

—Liaseguro que el patojo éste me está quitando la vida!—exclamó una vez con amargor maternal. —¿Pero qué es lo que querés, enemigo malo?

—Lo que quiero es que busté me ponga una tienda á yo solo,—replicó Agusto en tono imperioso.

—Vean este sofístico!... ¿Y diónde diajos saco yo plata?

—Del baúl!... O si no, fíe: harto créito tiene!

—Un veneno pa vos!...—rugió la madre.

—Pues antós me largo!...—rugió el hijo saliendo apresuradamente, á pesar del calzado.

La señá Mónica se quedó amarilla: por vez primera se le soliviantaba alguno en esa casa donde su voluntad era ley.

El enojo materno se deshizo en llanto. Con los ojos escaldados aún, tercióse el pañolón y tiró calle abajo, en busca de su compadre Juancho, el de las dos onzas. Dos horas después volvía serena.

—Andá buscate aquel caviloso y decile que á yo que venga,—dijo á Onofre, no bien entró á la casa.

No se andaba Agustín por los antípodas: á la vuelta de la esquina lo encontró Onofre, dándole pa-

lique al herrero. Llegóse á su madre con aire de general á quien el enemigo pide capitulaciones.

—Mirá, muchacho,—le dijo ella,—no me atormentés!... Sentate yo te cuento: yo no tengo plata, como vos pensás; pero mi compadre Juancho te abre créitos para que pongás la tienda. Pero escuchá: si salís con una pata floja y hacés quedar mal á mi compadre.... nos quedamos en la calle; porque él no te fía si yo no le apinoro la casa. Conque ya sabés!...

—Es que busté creye que yo soy como Onofre.... Bien puede apinorala!

II

A cuatro pasos de la plaza principal, donde hoy se encuentra lujoso almacén de novedades, se sentía, cuando pasaban estos sucesos, un olor á rechín que salía de la tienda allí situada. El transeúnte refinado pasaba por junto á ella con las narices tapadas y las tripas revueltas, en tanto que el plebeyo ó artesano se colaba de rondón atraído por los olores.

La pulpería es para encantar á un apasionado por los productos patrios: ni un artículo que no sea indígena. Abundancia y orden tienen allí sus dominios.

Del techo de tablas pende, á manera de araña, ubérrimo racimo de plátanos, y á lado y lado un mosquitero de papel, picado en rejilla, que, con sólo invertirlo, hubiera servido á Eiffel de modelo para su famosa torre. Por todo el frente ondea una sarta de correas, *chumbes*, reatas de guarniel, cargadores y cin-

chas, tremolando sus variados colgajos. Ostentan las tablas más altas conos de azúcar con su tosca envoltura de guasca; las de más abajo, los entrepaños bordeados con encaje de papel, que cortó hábil tijera en fantásticos calados, y un estupendo acopio de comestibles; el pan y el bizcocho morenos, donde las moscas hacen de las suyas; una balumba de arepas, con sus parches requemados; columnas de pandequeso y roscas; pilastras de panelas de coco, y de cidra, y de guayaba, y de leche, formadas en batallón. De las tablas divisorias cuelgan gajos de yesqueros, guarnieles de vaqueta, pares de alpargates de vistosa capellada, mazos de velas de sebo, jarrillos y teteros de hojalata. Sacos de lienzo henchidos de almidón, sagú y anís alternan enfilados con *jíqueras* preñadas de corozos, de *colaciones*, de cebada, de linaza. Cucuruchos de especias, hacecillos de *tabacos* se apilan por los rincones. La cabuya en rama, en lazos, en todas sus manifestaciones, blanquea aquí y allá. Por el suelo campan los costales de maíz, y de fríjol, y de papas, y de arroz, llevando en sus abiertas bocas el almud ó la pucha, el cuartillo ó la *raya*. Una mesa, tendida con mantelillo, tomado de «mal de la tierra», convida con sus empanadas y chorizos, con sus platos de conserva de brevas ó de papaya, donde resalta la gorda tajada de quesisto,—ración para un jornalero, que vale un medio.—Gran caja, perseguida por las avispas, denuncia la panela de Envigado. Antioquia y Sopetrán están representados por el coco de entraña sabrosa y malsana; por el tamarindo de acritud me-

dicinal; por el corozo grande, encanto de los muchachos; por la *pulpa*, ingrata al paladar. Diputados por Hatoviejo son los aguacates, como calabazas; por San Cristóbal los sombreros de caña, cuáles blancos, cuáles abigarrados de negro, cuáles de rojo. El mostrador sólo tiene un boquete en claro para el despacho: en el un extremo, otra caja en forma de pupitre, con tapa de linón, donde se guardan las filigranas de azúcar salidas de la confitería de las señoras Escobares; en el otro, entre una verjita de madera, tres grandes frascos de aguardiente y dos de mistela, coloreados, éstos con higo, aquéllos con cogollo de hinojo; y una bandeja de paisaje imposible, donde brillan, de puro limpios, los vasos y las copas de diversas formas y colores, con su señal de cera negra para la medida. El resto del mostrador es una falange de botellas, en las que se requinta la chicha, esa chicha cuyos espumosos dulzores refrescan el caldeado gaznate, y que es el orgullo de Agusto, pues la llaman «la chicha de los Alzates».

Agusto es dueño por mitad de esa tienda que abastece media villa. El pobre está, de las seis de la mañana á las ocho de la noche, dale que más dale, sin tener tiempo ni para reventarse uno de esos barros que le están arando la cara: Que un cuartillo de sal; que un medio de leña; que el despacho para mi *siá* Menganita; que el traguito; que la cena.... y aquello es el cuento de nunca acabar.

Mas no temáis, que Agustín no esta solo.... ¿No oís cómo chirria la cazuela en la trastienda?

Pegada de la hornilla, cuya lumbre aviva con un cuero, se ve una muchacha frescachona, de carnes tentadoras, peinada con mucho repulgo si mal vestida, la cual, una vez llameante el carbón, se apercibe á armar unas empanadas tan repulgadas como su cabeza. A un lado tiene el perolillo de adobo hecho un empalago, por lo aliñado y grasoso. La ardiente gordana, al recibir la fría masa, tinta en azafrán, ruge de enojo y escupe y espumaraja; la ennegrecida cuchara de palo, cual buque salvavidas, no bien la inflamada grasa dora el relleno manjar, lo impele á la orilla y le pone en salvo en la playa de un plato hospitalario. Apenas ha terminado tan filantrópica tarea, vuela á socorrer las longanizas, que en la atroz gordana se retuercen en las convulsiones de los condenados, ni más ni menos que les vio santa Francisca Romana, allá en las calderas de Lucifer.

Tales fritangas, cargando el aire de *allegros* y perfumes culinarios, danle á la pulpería grande atractivo para las gentes comilonas de medio pelo. A más de eso, el platicar es allí constante, porque Filomena, la moza de la hornilla, distrae y enreda á todos con el flujo y reflujo de su cháchara, con sus carcajadas que retiñen á lo lejos; y á los parroquianos se les van las horas en aquello: y venga de lo fermentado, si hace calor; de lo frito, si fresca; y ahora anís, y luégo mistela, y repetición de esto; y el negocio andando.

—Pero vean este patojo!—le decía la señá Mónica al compadre Juancho, dos años después de Augusto poner tienda.—¿Qué le parece, compadre? toítos se

enloquecen porque les tome el víver...! Y me dice José, el del dulce, que pa debo y pago, al tánto habrá! Pero él nó: casi toíto lo compra platica en mano, porque sabe que al momentico lo ven le á como quiere! ¡Y saca las cosas tan baratas en esas contratas, que yo me almiro!... ¡Es que lo quieren tánto por jormal!...

—Sí, comadre; pero mucho que lo quieren!

—¡Si le viera aquella tienda, compadre! La tiene como un pesebre! Y qué le parece que él mismo idió los papeles pa las tablas! de la cosa más linda!... Y tiene tánta curia pa todo, que con los muñecos y alimales que tren las ropas, y con los redondeles de las tamboras del hilo, jue arreglando por toíta la tienda unas ringleras y unas figuras que da gusto...! Y pa eso que la muchacha le coteja, porque esa sí es la que tiene jundamento! Con el cuento de las empanadas y los chorizos, aquella tienda parece publicación de bulas!... Ni una briznita de nada dejan perder!... Liaseguro, compadrito, que esto es mucha satisfaución pa yo!

—Sí, comadre, y tiene mucha razón.

—Pues sí, compadre; vea: cuando el muchacho se metió en la tal inguandia, sudé!... Y eso que le metimos tánta leva: busté se acuerda. Lo que á yo más me confundía era que apenas medio ajuntaba las letras y que no sabía ni lo negro de echar cuentas!... Pues con las leicioncitas que busté me le dio, con eso tuvo pa endilgase.... porque ese sí es el enemigo que tiene capacidá! Qué le parece que se consiguió un libro y él mismo nos leía de noche de corrido, que

aquello era una taravita! unas historias de Carlo Mano y de Roldán, que imposible!... Pero si le oyera la prenuncia!... mismamente un cura!... Ahora, si lo viera jalar pluma!...

Mónica, tan de pocas palabras con su compadre, se dejaba arrebatar cuando cogía este tema. Y no era ceguedad materna; fuera de los recursos retóricos, el panegírico de los hermanos Alzates era la verdad; tal vez no toda, pues la asociación de Agusto y Filomena, verificada meses hacía, no podía apreciarla la señá Mónica, á pesar de su mucha trastienda.

El caso es que los dos hermanos se complementaban para formar, en unidad admirable, el genio mercantil. Y es lo curioso que la muchacha, con serlo tánto, representaba la síntesis, y el varón el análisis. Los negocios grandes, las compras al por mayor, brotaban del cerebro femenil, hábilmente calculados; los perfiles y menudencias corrían por cuenta de Agustín. Ella, friendo y fregando en la trastienda, ó armando la trampa de los ratones, era el alma que dirige; él, tratando y contratando, el agente activo que cumple las instrucciones recibidas.

A pesar de las del compadre Juancho y de las inspecciones oculares de la señá Mónica, Agusto siempre pagó el noviciado en el venteril oficio; pero habiendo Filomena, previo permiso materno y el consentimiento del pulpero, determinado hacer las empanadas en la tienda, á fin de venderlas mejor á pie de fábrica, comenzó ella á observarle y á darle opiniones tan acertadas, que Agusto, harto infatuado

con su nueva posición, vio en la hermana una como directora de negocios, y diose á consultarla y á seguir sus consejos, que siempre le dieron buenos resultados. Filomena, además, desempeñaba al hermano cuando éste iba á las compras.

A la muchacha le surtió el negocio, y cuando se vio con algunas ganancias, propuso al pulpero la asociación. Con tal viveza le pintó lo que habían de hacer y acontecer, y las granjerías que precisamente debían reportarles, que Agusto aceptó de buen grado. El cántaro de la lechera no se rompió en esta vez, pues las ganancias resultaron.

La revolución del 60,—« la guerra grande »,—los cogió ya establecidos; y aquello, tan aciago para el país, fue la suerte, el río revuelto para los nuevos empresarios: los patojos de la blusa y la *caranga* dejaban sus raciones en la pulpería, en cambio de comestibles y bebestibles. Y como los Alzates eran el paño de lágrimas para todos con su abastecida tienda, y como jamás se metieron en honduras de opinión política, ni güelfos ni gibelinos tuvieron qué ver con ellos, como no fuera para comprarles.

Con la tal guerra se pusieron las botas.

Sabido es que cuando á las hembras les da por negociar, el diablo les ayuda: pues á Filomena se le ocurrió dar los dineros sobre prendas.... y los tiene usted de prestamistas.

Con todos los tronados y cesantes que las guerras dejan, la coyuntura para la prendería fue como buscada con vela.

Y cuidado si eran humanitarios los prenderos!... Un medio, un mero medio, cobraban por cada *patacón* semanalmente; y para que al empeñador no le quedara muy duro el pago, no daban nunca sino muy poca cosa por la prenda, aunque valiera mucho. Y para que quedase libre de cuidados, era condición *sine qua non* y que se hacía constar en el documento, que, trascurrido un minuto después del plazo estipulado, no había para qué pensar en prenda ni en reclamación alguna.

Y como Filomena tenía tantísima memoria, no se le pasaba el minuto sin que hiciera correr á Agusto á pedir la adjudicación, si la prenda era de menor cuantía, ó el remate, si se trataba de cosa gordita.

El pobre se vio al principio en demandas y vueltas ante la justicia, porque hubo chamuscados tan ingratos, que pidieron legalmente el rescate de la alhaja. Y más de uno se salió con la suya.

De ahí en adelante se dio al negocio el giro de retroventa, y se acabaron las demandas é impertinencias.

III

La señá Mónica también trabajó como una negra. Fueron muchas las barrigas militares que llenó, muchísimas las hambres que les mató, y estupendas las *perras* que de su casa salieron; pero las mochilas que guardaba en el baúl misterioso, también se preñaron, y nó de níkel, como se estila hogaño.

La tal guerra les hizo la olla gorda.

Pero como quiera que en este perro mundo siempre se andan las penas de intrusas, la señá Mónica, en medio de su auje, llevó su parte de pesares y quebrantos.

Onofre, tan ñoño y tan poquita cosa, dio en la flor de beber aguardiente; y, hoy con la madre, mañana con los clientes, por un quítame allá esas pajas, armaba unos belenes que no hubo más remedio que ponerlo de patitas en la calle. El pobre pasó la pena negra; pero alguien se acordó de él, y en un reclutamiento le echaron mano, y de tambor fue á dar al Cauca, con la *Tercera División*. Sin pormenores ningunos, se supo luégo que en la pelea de Santa Bárbara le « jumaron la pechera », y negocio concluído.

Pedrito, que tánto prometía, rastrojeando una vez orillas del río, en busca de ramos para las escobas, resbaló y se dio un zabullón, del cual atrapó una pulmonía que se lo llevó en una semana.

Para llover sobre mojado, vinieron cosas peores.

Juanita era el recreo, el objeto de las maternas complacencias, y con razón, porque Juana, con su carácter blando y jovial, templaba la cruda vulgaridad de aquella familia, de la que apenas tenía el sórdido positivismo. Para Juana lo mismo era el fregar que el zurcir, lo mismo la piedra de moler que el tambor de bordar. Diligente, activa, metódica, como una hormiga, donde ponía la mano salía todo tan bien, y tan pronto, que la señá Mónica solía repetir: « Ave María! si esta muchacha juera negra, valiente jornal sacaba!» Y era lo mejor que, en medio del vertiginoso trabajo

de esa casa, Juanita tenía tiempo para todo. Así pudo aprender á coser, á bordar, y otros primores femeniles, si bien en letra, leída ó escrita, no andaba muy al tanto. No hay para qué decir que el cosido y arreglo de ropas corría por su cuenta, pero sí que introdujo en su casa el almidón y el planchado,—cosas que á la señá Mónica siempre le parecieron tan superfluas como dispendiosas.—Y era tal la hacienda, tal la industria de la chica, que ella misma le dio al dormitorio un baño de cal, y, á fuerza de estregones por los ladrillos y de jabón por los armatostes de camas, baúles y tarimas, logró trasformar aquella indecencia en algo en que se podía echar ojo y narices. El olor acre de chivo que allí se respiraba desde tiempo inmemorial, se tornó en ese del aseo que parece llevar al alma el bienestar de los hogares honrados. Desaparecieron aquellos grasientos sacos de guiñapos y paja en polvo, que, á guisa de cabeceras, campaban en los jergones: volviéronse éstos camas limpias y urbanas.

No era esto sólo: Juana era una real moza. «Mi palomita», la llamaba, de niña, su difunto padre; de mujer le sentaba á maravilla tan tierno dictado.

Pero lo bueno, cuando no se muere, se va....

Entre los muchos militares comensales de la señá Mónica figuraba en primera el teniente Pinto, arrogante mozo, de grandes ojos y marcial bigote, muy farolero, y á quien le venían muy bien la chaqueta roja y el kepis. El tál, apenas vio la muchacha, principió á hacerle ojitos y á pelarle el diente. No gastó ella muchos desdenes, que siempre fueron las hembras

inclinadas á hombres de galones y chafarote; con lo cual se trabó entre los dos un enredo amoroso que ni para los berrinches de la señá Mónica. De pronto hubo marcha de tropas, y Pinto de ausentarse; mas no sin que se hicieran juramentos los dos enamorados, prometiendo él volver cuanto antes, si una bala traidora no lo mataba.

Mónica, creyendo que con la marcha acabaría todo,—pues no era ella para fiarse en militarotes,—entonó un *Te Deum;* pero al ver que Juanita no comía, que las mejillas se destiñeron, que lloraba á escondidas, que iba enflaqueciendo, trocó en sermón el hacimiento de gracias.

—Pero, muchacha, por María Santísima!.... Cómo te ponés á bramar como una vaca y á volvete un rejo tieso, por un melitar.... que quién sabe qué será?... No creás que eso vuelve!... Y manque vuelva.... ¿sabemos qué es lo que quiere con vos? No tiene él cara de ser muy formal.... Pues le aseguro que el diajo del hombre nos mató!... Y pa eso que estas mozas de ahora se enamoran tan feo!... Cuando yo estaba casándome, muchas veces que se jue él, y yo nunca me puse como vos, con ser que Alifonso era un novio de agarre.... no como ese ojivolao del Pinto.

Ni una palabra replicaba Juanita á las frecuentes fraternas; pero conforme corría el tiempo, iba de mal en peor.

La señá Mónica no acertó en esta vez. Terminada la guerra, volvió el teniente, provisto de fe de bautis-

mo y certificados de soltería. Que era por los momentos que se venía á casar. Mónica no pudo saber á punto fijo qué casta de pájaro era el futuro yerno, ni se le antojaba muy buena; pero viendo cuál estaba la hija, no tuvo más que consentir á todo. Los mozos se casaron, y quince días después partieron para Bogotá.

A cuerno quemado le supieron tales cosas á la señá Mónica; mas, para no preocuparse con ellas demasiado, vinieron otras que si en amor de Dios fueran....

Los vecinos, lo mismo que los transeúntes, dieron en pensar que eran de pura *resaca* unos olorcillos que de casa de Mónica salían. Soltáronse las lenguas, hasta que los celadores de la renta vinieron en persona á meter narices; y lo que oliscaron los alarmó tanto más, cuanto en esos días estaban los estanqueros medio locos con el contrabando que, á causa de la guerra, se había extendido que era un horror. Los barruntos se elevaron á certeza, y la Seferino fue sorprendida por una visita domiciliaria de los señores del resguardo. No tuvieron éstos que inquirir mucho, porque, á más de aquel ambiente de *sacatín* que se respiraba por toda la casa, dieron á poco con el aparato aguardentesco: un cántaro con todo y cabezote, que funcionaba muy orondo, allá tras el horno. Lo mismo fue verlo los celadores que arremeter á fuego y sangre contra cada cacharro que les pareció sospechoso. No quedó olla, ni puchero, ni títere con cabeza; y como cazadores que volviesen de la partida

cargados de piezas, salieron muy ufanos con el cuerpo del delito y el botín de pailas y peroles.

La pobre Mónica fue condenada á veinte pesos de multa ó á otros tantos días de encerrona en la cárcel. Y fue la más negra que, al ver cuántos perjuicios iba á sufrir en sus negocios si dejaba la casa en poder de las dos muchachas, tuvo que aflojar la plata, peso sobre peso.

Esta multa, el secuestro de los cobrizos trastos, la pérdida, quizás para siempre, de la clandestina industria, fueron taladros que, horadando las entrañas de la agiotista, borraron de las de la madre el recuerdo de Juana, el de Pedro, el de Onofre.

Estaba aturdida: ¿cómo se había dejado coger de aquel modo?

Pero no siendo ella de las que alambican el dolor, aunque fuese pecuniario y se tratase de alambique, determinó, mejor que echarse á morir por lo que yá no tenía remedio, resarcir con un redoblado trabajo las pérdidas hechas.

Pagó, al efecto, una criada que reemplazase á Juana en la cocina, y el negocio siguió como nunca.

¡Bien por la hembra de gran corazón!

IV

En cuanto á Agustín y Filomena, la situación no podía ser más halagüeña.

Como cesara la guerra, cesó el bloqueo comercial, y la tienda de efectos del país se complicó, libre el co-

mercio, con vinos, rancho, quincallería, telas y cuanto Dios y la industria criaron. Aquello era el Cosmos.

La prenda, á manera de la chuspita mágica del sargento Pipa, les iba dando joyas, plata labrada, objetos de lujo, ropa, instrumentos de toda clase. Dónde acomodar tánto? Pues no había más que comprar el local y hacerlo de nuevo, de dos pisos. Dicho y hecho: al cabo de quince meses, después de soportar una mala tienda, inauguraron el almacén con un negocio que era de ver. Arriba Filomena, en medio de la estantería de envoltorios, trastos y herramientas, con una gran caja de fierro atestada de joyas y dinero, trabajaba casi á escondidas; Agusto abajo, en aquel local que temblaba. Cerrojos y seguridades por todas partes.

Diez años trascurrieron, y la familia Alzate veía abrirse, día por día, anchurosos horizontes de dichas pecuniarias. Para los prenderos todo fue azul y arrebol; para Mónica hubo ligeras nubecillas. Eran éstas el pensar que á algún ladrón de los muchos que entonces pululaban, se le ocurriera forzar la mal segura casa y alzar con el baúl misterioso; eran el considerar lo mandón que Agusto se iba poniendo con ella y con las dos muchachas. «Ya se ve—decía en són de disculparlo—: como es tan buen mozo y como tiene tánta!»

Con gran sigilo hizo en cierta vez la señá Mónica minucioso arqueo de fondos, y quedó tan satisfecha, que se hizo este cargo: «Qué molienda! Harto he sudado. Yá voy á descansar. Mi compadre y Filo-

mena me ayudarán á idear qué hago con estos realitos.... Y voy á darle gusto al muchacho: me pondré zapatos y buena ropa.... ¿Pues todas no se ponen? No más alpargate!»

Fuése al comercio, compró merino para hacerse unas sayas, y un pañolón de copioso fleco de seda, que le valió un dineral; y envió á llamar al maestro Cambas para que le hiciera los zapatos, con la expresa condición de que fueran muy dóciles y holgados. A poco todo estuvo hecho, y como se acercase la fiesta de la Virgen de los Dolores, de quien la señá Mónica era muy devota, pensó estrenar el ajuar en esa solemnidad.

Mas por algo se dijo que el hombre propone y Dios dispone: la víspera del gran día, por la tarde, cayó Mónica, como herida por el rayo, con un ataque cerebral.

Al alarma acudieron los vecinos y el compadre Juancho, quien recetó una promesa para que su comadre volviera en sí y pudiera confesar y hacer testamento.

Incomodados Agusto y Filomena, les dijeron que no vinieran á asustar á las muchachas con alharacas; que el mal no valía la pena, y que, sobre todo, qué testamento ni qué nada, cuando su madre no tenía, la pobre, ni para el entierrito, si algún día moría. Compadre y vecinos voltearon cola. Filomena trancó la puerta para que no viniera «ningún *sopero* á molestar.» Se llamó al doctor, quien declaró que el asunto correspondía al cura. Vino el cura, y como la

enferma ni hablaba ni estaba en conocimiento, la absolvió *sub condicione* y la oleó. A todo esto Belarmina y Nieves parecían unas Magdalenas, ora desmayadas en brazos de la criada, ora pataleando en el suelo. Filomena y Agustín, con fortaleza de mártires, asistían á la moribunda. Y tienen los grandes dolores tan extrañas manifestaciones, que á los dos, cual si fuesen los agonizantes, les dio la *buscadera*.... por las ropas de la madre, por la cama, por debajo las almohadas. Filomena al fin se aquietó. ¿ Toparía algo ? También se aquietó Agusto. ¿ Será contagioso el alivio como la enfermedad ?

Repuestas un tanto las doloridas muchachas, fue la sirvienta á saber de la enferma. Al llegar al cuarto, la puerta es cerrada cautelosamente, y, asustada, creyendo que Mónica es muerta, corrió á Mina y Nieves gritando:—« Se murió ! Se murió ! » Esta cae al suelo patatín patatús, aquélla se dispara, y, dando grandes voces, empuja la puerta. Agustín abre, y asiéndola violentamente por un brazo, la arrastra á la despensa; lo propio hace con la atacada y con la fámula, y las deja encerradas en aquella estrechura. Dióle á poco un ir y venir del cuarto á la pesebrera y de la pesebrera al cuarto.... Después no se oyeron más ruidos en la casa que el sollozar de las prisioneras.

Tál corrió la noche. Al otro día la moribunda no se crispaba yá, ni tan siquiera movía un dedo: era por la inercia un cadáver, pero aún alentaba. A las cinco de la mañana siguiente, treinta y seis horas después del ataque, murió.

Entonces el comprimido dolor de Agusto y Filomena estalló ahogando con sus alaridos los de las muchachas. Los vecinos, á quienes se levantara esa mañana el entredicho, acometieron la empresa de consolar y lidiar á aquellos huérfanos. Mucho de cristianas reflexiones, mucho de tomas antiespasmódicas, y no faltó una vecina rumbosa que trajese limeta de agua de Florida, para hacer aspirar y frotar á quien lo hubiera menester. El compadre Juancho voló á comprar el cajón mortuorio y á traer á Cambas para que arreglara la tumba. Mientras unas tejían coronas de ciprés y componían jarras de yerbas funerarias, otras amortajaban la difunta.

Tál acabó esta mujer que tánto aliento tuvo en la brega de la vida. El descanso que deseaba lo halló bajo la tierra, los arreos de gala fueron su mortaja, y sólo en el ataúd tuvo zapatos.

El compadre se quedó con las tres mujeres, y Agustín fue á acompañar á su madre hasta *el cementerio de los pobres;* donde, después de dar las gracias á los que condujeron el féretro, expresó el deseo de quedarse solo con el oficial albañil que debía tapar la bóveda, á fin de ayudarlo á depositar el cajón y á rezar con su madre por última vez. Todos se retiraron, respetando tan piadoso deseo.

Esperó en el campo-santo hasta el anochecer: quería ocultar su dolor.

Yá de noche, atravesaba las calles, á paso lento, llevando bajo el brazo un envoltorio.

Ocho días después se vendieron en la tienda de

los hermanos Alzate el pañolón y los zapatos de la muerta.

V

—Amigo: yá han pasao por este trago tan amargo.... pero como la vida es vida, mientras se llora hay que brujuliar !. . ¿ Por qué no pega un registrico en los corotos de mi comadre ? Yo estoy en que ella tenía sus rialitos....

Tál decía el compadre Juancho á Agustín la noche siguiente del entierro de Mónica.

—Pues vea busté que no habíamos acatao !— contestó el interpelado.—¡ Qué pesar tan grande tener que trastiale sus cositas !... Pero mientras más tarde es pior.... ¿ Quiere busté, compadrito, abrir el baúl ?

—Pues ahora que estamos solos, es mano. Y yo mesmo sirvo de testigo, que estas cosas siempre es bueno quialguno de juera las presencé.

Procedióse á buscar la llave del baúl. ¿ Dónde?

—Pues busquémola en la ropa que tenía mi comadre cuando cayó con el mal.

Filomena, llorando á moco y baba, dio al fin con un traje de percal morado, en cuyo bolsillo se encontraron algunas monedas de plata y la llave, atada con las tiras de la faja.

—¡ Qué descuido, Filomenita !— dijo Juancho tomando la llave.

—Pero, compadre !... ¿ Quién estaba aquí pa estas cosas ?

Abierto el baúl, se encontraron, entre unos pañuelos de seda y otras baratijas, una mochila cuidadosamente liada, en un rincón, y en otro una cajita de hojalata, de las que antaño traían los fósforos, con cinco moneditas de oro, de á diez reales. La talega resultó contener noventa y un pesos, de á ocho décimos, en plata gruesa.

Volvióse el dinero á la talega, y cada cuál á su puesto, silencioso, en tanto que Mina y Nieves lloraban acurrucadas en una cama.

Juancho rompió el silencio exclamando con voz suspirona, después de carraspear:

—¡Noventisiete patacones y un tomín.... por todo! Porque lo veo lo creo. Yá ven lo que son las cosas: ¡una mujer que trabajó tánto ..!

—¡Eh, compadre! ¡Si ella lo vivía diciendo!—gimió Filomena subiéndose el pañolón á la cabeza:—que á gatas iba con el día, y que si se moría.... ji! ji! ji!... no tenía.... ji! ji! ni pal entierrito!...

—Pues nó, mis hijos,—exclamó Juancho poniéndose en pie.—A lo hecho, pecho!... Yo tenía mucho cariño por mi comadre, y ella también jué muy servicial con yo. Yo hice los gastos de ataúl y entierro y bóveda.... Aquí tengo la cuenta (sacando del guarniel un papelito). Véanla: ciento tres patacones cuatro riales y medio.

—No alcanza, compadrito!—protestó Agustín.

—Ello sí, mijo; sí alcanza, porque yo soy hombre que tengo qué comer, bendito sea mi Dios!... y los amigos ¡semos amigos!... Pérese y verá!

Y tomó la mochila, vació el dinero en la tarima y volvió á contar.

—En cuanto á lo primero,—dijo el viejo cuando hubo terminado y partido el dinero,— estos treinta patacones pa que le mandemos decir las misas á mi padre San Gregorio por el ánima de mi comadre.... Estas dos onzas son pa Minita, y estas otras dos pa mi ahijada, pa que compren su lutico. Restan veintiséis riales, que me los embolsico yo: bustedes los grandes son pudientes y muy buscalavida.

Las agraciadas subieron una nota más en el llanto; los buscalavida, pasmados, apenas pudieron articular:

—Pero cómo se pone !...

—¡ Con qué le pagaremos !

—Nó, nó !—exclamó el compadre engallándose— Yá les digo lo que hay.... Eh ! si á yo, cuando nací, me curaron el ombligo con oro ! (dándose á dos manos en la barriga.) Reciban, pues, muchachitas.

—Dios se lo pague, padrino !—exclamó Nieves anegada en llanto, al recibir su parte.

—Muchas gracias,—dijo la otra, al recibir la suya.

—Yo me yevo la plata pa que digan las misas— dijo Juancho guardándola en su pañuelo rabo de gallo.

Y á poco se despedía, llevando en el alma algo negro que le sugería el pensamiento, y que su corazón de hombre honrado rechazaba como crimen imposible. Cavilando y atando cabos, pasó la noche sin pegar los ojos.

Al otro día, en cuanto se levantaron, dijo Agusto á Mina y Nieves:

—Yá ven, pues, que quedamos güérfanos y muy pobres! Mientras estén con yo y Filomena no les faltará el bocao de frisoles y mazamorra; pero lo que es la ropita, la tienen que sargentiar bustedes.

—Sí, mis queridas—agregó Filomena—con yo y Agusto no les faltará qué comer; pero tienen que bestisen y hacer la comida; ¡porque negras no aguanto yo en casa!... Esta jetona, que hizo tanto escándalo cuando se estaba muriendo mi mamita, ¡ahora mismo voy á decile que se largue!

—Sí, hermana,—contestó Nieves—es muy justo... Nosotras trabajaremos lo que podamos.

Mina guardó silencio.

A los dos meses de muerta la señá Mónica, recibió Agustín una carta de su cuñado Pinto, en que lo ponía de vuelta y media por no haberle comunicado ni á él ni á Juanita tal acontecimiento; y, además, le anunciaba haber conferido poderes á un abogado de la ciudad para que lo representase en la sucesión de su "señora Mónica."

Los prenderos, que no habían pensado en tal cosa, montaron en cólera. El abogado fue á ellos á cumplir su cometido. A qué seguir mortuoria? Pero sí se hizo avaluar la casa; y el apoderado recibió de los dos hermanos la quinta parte de su valor, como herencia de Juanita.

El ventorrillo, los almuerzos y la guarda de bestias no pudieron continuar en la casa, y las dos mu-

chachas quedaron reducidas á hacer algunos comestibles, que enviaban á vender.

Cerca de dos años lo pasaron casi encerradas, trabajando en la cocina, y sufriendo, cuándo los enojos de Agusto, cuándo las displicencias de Filomena, sin oír más palabras cariñosas que las de Juancho, que nunca dejó de visitarlas ni de llevarles, de cuándo en cuándo, algún regalillo.

III

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA

ERASE el compadre hombre muy vivo y de mucha letra menuda. De niño fue mercachifle, tendero de mozo, y yá maduro, metióse negociante en bestias, y determinó casarse. En la época á que nos referimos vivía holgadamente de sus ahorros, que enredaba en negocillos rateros, pero seguros. Joaquina, su consorte, que era una bendita, no le dio más que un hijo, el cual fue víctima del sarampión; y se cerró después en una esterilidad, de la que no fueron parte á sacarla, ni médicos, ni yerbateros, ni promesas á cuanto santo hubo.

Esto acobardaba á Joaquina; pero no era lo solo, que también dieron en chocarle sobremanera las amistades de Juancho con la comadre Mónica, á quien no podía pasar «ni envuelta en huevo», á pesar del compadrazgo; y lo propio le sucedía con la ahijada. Como era de natural discreto, no llegó á decir esta boca es mía, ni á su marido, ni á la antipática comadre ni á nadie, avanzando cuando más á decirle á aquél tal cual vez: —« Juancho, confiésese: mire que el hombre que se rancha á no confesase es porque anda en malos pasos! » El marido soltaba una carcajada, y solía contestar:—«Ya querés ponerme en sazón pa que mi Dios jale con yo».

Por lo demás, el matrimonio era de los felices.

La mañana que siguió á la noche del desvelo, por causa de los dineros de Mónica, dijo el marido á la mujer:

—Mijita: anoche no pestañé.

Ella, mirándolo con ojo escrutador, repuso:

—Dejate deso y andá confesate.

—Es que se me meten unas ideas!...

—Unjú!—gruñó Joaquina aparentando indiferencia.

Muy preocupado se lo pasaba el compadre en ese entonces, y pensó hasta en llevarse las huérfanas á su casa; pero su mujer se le opuso, alegando que yá él estaba muy viejo para recoger á nadie, y que mejor era dejarlas donde estaban que exponerlas á una segunda orfandad.

Días andando, empezó á enfermar el pobre viejo hasta que se le desarrolló una hidropesía de pecho, que se lo llevaba por la posta. Por ello, más que por las amonestaciones de Joaquina, hubo de pedir el cura. Larguísima cuanto contrita fue la confesión, interrumpida á cada paso por el estado del penitente. Cuando terminó, habló un rato con el sacerdote, que, lleno de unción y ternura, lo exhortaba á buena muerte. Al despedirse le dijo éste:—«Pues sí, amigo: no necesita de revelarlo á nadie; pero sí debe arreglar eso á conciencia. Siempre me parece bueno que deje algo á la otra hermanita, para evitar sospechas. Se trata de una muerta, y sería un escándalo inútil. Dios, en su infinita misericordia, la habrá perdonado, como le perdona á usted».

El testamento de Juancho, sin ninguna formalidad legal, fue harto sencillo: de su hacienda, que dejaba á Joaquina, sólo separaba seiscientos pesos: cuatrocientos para su ahijada Nieves Alzate y doscientos para Belarmina del propio apellido, mandando, como condición indispensable, que les fueran entregados sin que Agustín y Filomena lo sospecharan.

Nada más natural, siendo un viejo sin hijos y teniendo tánto cariño á las huérfanas.

Así se cumplió, pues Joaquina era cristiana como Dios manda. Ellas guardaron el legado, sin pensar en negocio alguno, y siguieron su misma vida de reclusión y trabajo. Mina soñó entonces con una casita para las dos, blanca y pintadita, como una tacita de plata; á Nieves no le pareció que eso tuviera pies ni cabeza: porque ¿qué iban á hacer,—decía ella,—dos muchachas solas, arriesgando á que las mataran?; que más valía aguantar los regaños de Agusto y no hacer caso de los desprecios de Filomena. Nieves, á su vez, pensó en la Casa de Beneficencia; pero la otra le dijo que, si estaba loca, se fuera sola, porque lo que era ella, primero la mataban.

En tal desacuerdo, hubieron de tomar un partido que satisfizo á entrambas; y fue esperar hasta ver si se casaban.

Pero ¡cosa más rara! sin saberse cómo, ni por qué, Agusto y Filomena se fueron tornando comunicativos y cariñosos con ellas. El se les apareció un día con unos trajes de regalo, diciéndoles que era preciso que se quitaran el luto, porque podían enfermar;

llevóles ella sendos pares de zarcillos, de oro bajo, por más señas.

—¡Yá ves, holita, cómo sí nos quieren!—le dijo Nieves á Belarmina, luégo que estuvieron solas.

—¡Ah boba!... ¡porque nos güelieron la platica!

—No siás cavilosa, que ellos no saben!

—Puú!... No sabrán ellos!...

En esas, por obra de un mal viento que recibió acalorada, se le torció la boca á la ahijada de Juancho. ¡Qué de aprensiones las de Agustín! Al momento médico y medicinas. Y fueron tántas las ternezas de los dos hermanos con la enferma, que la desconfiada Belarmina hubo de colar en dudas.

Y como la boca no se enderezase mayor cosa, ellos le pagaban la torcedura con mimos y cuidados.

Un día el hermano no habló palabra ni al almuerzo ni á la comida. También Filomena estuvo cabizbaja. Peor estuvieron por la noche. Nieves quiso saber la causa.

—Pues, mijita—le dijo Agusto con lastimosa solemnidad.—¡Es que tenemos un entripao muy grande! Yo y Filomena nos metimos en negocios.... ¡que nos mataron! Determinamos fiar, y dos malditos, que nos debían un platal, se quebraron, y no pudimos cumplir con el comercio: tuvimos que hipotecar la tienda, y hasta la fecha no hemos podido pagar un medio de la suma de esa hipoteca. Pasó mañana se nos cumple un contao de más de mil pesos, y no tenemos en caja nián ochenta!... Con el cuento de la hipoteca y de los dos quebraos, andan regando que nosotros tam-

bién estamos quebraos, y no hemos podido incontrar quién nos preste esa plata: ¡ todos nos han dejao con la vergüenza en la cara !... Y no tenemos más redencia que hipotecar también este rancho !... Bustedes nos tienen que dar la firma; porque con los tres derechos de yo y Filomena no alcanzamos...

—¡ Sí, muchachas:—interrumpió ésta, muy apesadumbrada—vamos á quedar de limosna !

—Pero, ¿ cómo es la cosa... — replicó Nieves confundida—es decir que el cuento de la poteca es apinorar ?

—La misma historia !—contestó la pulpera.

—Virgen santa !... ¿ Cómo vamos á pinorar la casita, pa que después se la lleven ?... Yo me acuerdo que mi mamita decía que apinorar una casa, mejor era dala de una vez !

—Pues ésa es la cosa !—afirmaron á duo, en el colmo de la angustia.

—Pues nosotras,—dijo Nieves muy compadecida,—tenemos seiscientos pesos que... (se suspendió porque Mina le metió un codazo).

—¡ Seiscientos pesos !—exclamó Agustín con mal fingida sorpresa—¡ Vos sí estás por grojiar !...

—Sí, hermano... Yá lo dije !—replicó la muchacha con resolución—Tenemos seiscientos pesos que nos dejó mi padrino: cuatrocientos á yo y doscientos á Minita.

Silencio profundo siguió á estas palabras. La prendera, como el tahúr que envida el resto, dijo al fin:

—¡Ahora me desayuno de la tal herencia!... Y si bustedes no nos prestan esos reales... ¡yá ven lo que nos va á pasar!... Nosotros se los tomamos á premio... y bustedes los ponen á ganar!

—Por mi parte... cómo nó!—contestó Nieves.

—Y busté qué dice, Minita?—preguntó Agusto viendo que ésta se callaba.

—Pues yo... no sé...

—¡Mire que la necesidad es mucha!—dijo la de los cuatrocientos.

En un instante en que pudieron verse á solas, le dijo Belarmina á la otra.

—¡Esta animal... que no le pára nada en el pico!.... Cuando nos dieron la plata escondido de ellos, por algo era!...

—¡Pero busté misma, Minita, no me dijo que ellos sabían!

—¡Sí, te dije, bruta!... ¿Y por eso les fuites á confesar?... Pues, por lo que es mi parte, mi plata no se las presto!... Mirá: deciles que fue una leva que les metiste pa ver qué decían.

—Nó, Minita, ¿pa qué voy á deciles esa mentira, cuando yá les dije que sí?... No les preste busté si no quiere; pero me parece muy mal hecho!

—¡Mirá en la que me metites! Y si les digo que nó, hasta nos...

Aquí cortó, porque Filomena las sorprendió con unos gajos de pasas, que les había traído desde esa tarde y que había olvidado dárselas,—según dijo,—por lo preocupada que estaba.

Desde esa hora no se les apartó la buena hermana, hasta el día siguiente, en que se llevó el dinero todo, merced al silencio de Mina, á la candidez de Nieves, y á las muchas tretas de que se valió.

Los prenderos se regodeaban, allá en el salón de las prendas, con el bocado que habían cogido.

—¡Yá ves!—le dijo la negocianta al compañero—¡Yá ves que tan bien salió!... Si nos metemos en el enredo que vos querías, de ladrones y baúles desarrajados ¡quién sabe en qué bunde nos ponen!... Yo le tengo horror á cosas con los policías!: ¡esos demonios tienen mucho ojo!... Y la tal Minita... ¡quién sabe con qué disparates le había salido al Alcalde!... ¡Mina es cruel abeja... sabételo!

—Ah!... Eso sí!—replicó Agusto, con aire sentencioso.—A conforme es esa de solapada, es la otra de cordera!

—Allá verés la lidia que nos va á dar pa lo otro.

II

En la cocina de la casa pasa á la sazón una escena bien diversa.

Nieves, sentada en un banco, llora como el niño después de un castigo. Belarmina, en pie, las trenzas deshechas, manotea, gesticula y baila, sacudida por temblores y crispaturas; lagrimones quemantes como agua fuerte le saltan de los ojos de centella; apenas logra tartamudear.

—Ah! boquitorcida!... Merecés vivir siempre

entre la ceniza.... por animal!... Por eso te sopapié.... por eso!... yá lo oítes, arrastrada!...

Calla un momento y luégo continúa:

—Si tenías tánta gana de darle la plata á esos logreros, ¿por qué les fuites á endonar la mía?... ¿Porque me callé la boca?... ¿Y quién te mandó disponer de lo que era muy mío?... Osada!... Atrevida!... Ladrona!

Nieves llora á más y mejor, sin articular una excusa.

—¿Estás pensando, so bestia, que otro padrino te se vuelve á morir pa dejate?... Diz que á premio!... ja! ja!... Esperá en una pata el premio!... ¡Que me arranquen la lengua si volvés á güeler un chimbo de los cuatrocientos pesos!... Y te quedás ai como una bestia, sin contestar tan siquiera?... ¡Ah tronco de carne!...

Y exasperada más, si es posible, por la inercia de la hermana, se abalanza sobre ella, con las manos como garfios, y la revuelca, y la araña, arrancándole los cabellos, desgarrándole las ropas.

Nieves chilla y huye, dejando los mechones en las manos de la iracunda. Esta cae desmadejada.

Cuando los prenderos fueron á comer, encontraron la puerta trancada; golpearon con violencia y de seguido, porque tardaban en abrir. Al fin la puerta chirrió, se abrió y asomó Nieves, con los ojos como carne cruda.

—Qué fue, hole?—preguntó Agusto.

—Nada, hermano: Minita que me pegó.

Y fueron tan discretos, respetaron tánto la susceptibilidad herida de la hermanita, que se guardaron muy bien de preguntar cosa alguna: sólo se guiñaron el ojo. ¡Gente más prudente...!

Minita no parecía por ninguna parte, ¿Qué iba á parecer, si estaba recoletada por allá en las pesebreras?

Colóse la prendera á la cocina. ¡Qué estropicios aquéllos! Ni comida ni nada; el fogón al apagarse; la olla *aguamasera* hecha tiestos; charcos de *aguamasa* por todas partes. Pero tampoco en esta vez se descabaló la prudencia en lo más mínimo. «¡Ah Minita!» se dijo Filomena; y ella misma, ella, con esas manos habituadas á hundirse en ondas de oro y plata, se apercibió á improvisar el qué comer.

A no ser por la mansedumbre de Nieves, sabe Dios cuánto durara el encono de Minita; mas ésta, viéndola tan humillada, se resolvió, á los ocho días, á dirigirle la palabra.

—Apuesto,—le dijo con calma,—que todavía estás creyendo en las invenciones de estos...!

—¿Cómo no he de creer?... ¡Pobrecitos!... Por nosotras han podido salir de empeños. ¿No ve, Minita, qué tan agradecidos y contentos están?

—Llevátela, mi Dios, antes de que peque!—exclamó Belarmina juntando las garras.—Contentos? Están de sobra!... El agradecimiento me lo derrito en la nuca!... No seás creída, ala!

—¡Es qué busté es tan...

—¡Sí: muy levantatestimonios!... Esa es tu

cantaleta de siempre... Pero escuchá: ¡acordate de mí si Agusto ó Filomena nos pagan un cuartillo, un miserable cuartillo!... Sólo vos, que sos tan boba, has podido tragarte el cuento de la tienda apinorada y las lástimas que nos lloraron... Ya ves, pues: por tu bobada nos quedamos pilando por el afrecho, y arrimadas á ellos, que ahora nos están jonjoliando por engatusanos bien; pero después... ¡yo te contaré un cuento!...

—¡Busté sí es fatal, Minita!—dijo Nieves emperrándose á llorar.

—¡Haceme el favor de no llorarme, que no te digo esto por mal! Te lo digo pa que sepás cuál es la situación en que estamos, que no lo comprendés... Ya ves: ¡ni un papel pal pago!... Si les cobramos, salen con que no tienen con qué, y nos emboban con cualesquier mentira... ¡esto es si no nos pegan!... Ya nos ves de cocineras!... Y lo pior es que si no nos casamos, no tenemos más que alzar la chamarra y recibir los rejazos; porque unas tristes arrimadas, qué vamos á hacer, sin tener á quién voltiar á ver?... ¡Si no se hubiera muerto el dijunto Juancho!...

A este recuerdo, la ahijada apuró el llanto exclamando:

—¡Pobre mi padrino!

—¡Pobres de nosotras!

—¡Mi Dios lo tenga en su santa gloria!... Nos quería tánto!

—Y ya ves lo que sacó!

Días después salieron los prenderos con la nove-

dad de que había que vender la casa, que pagaban muy bien, para comprar otra muy cómoda y más central; que Mina y Nieves tenían que consentir en la venta, porque Agusto se moría de vergüenza viviendo en ese rancho tan infeliz; que, yá que tenía con qué, iba á darles harto gusto á sus hermanas; que la casa tál estaba para ser rematada en pública almoneda; que él la sacaría sumamente barata, y que la pondría "como un pesebre;" con lo cual quedarían todos muy retebién y muy en grande. Estas razones las reforzó Filomena con su acostumbrada elocuencia.

Minita todo lo oyó en silencio, dando cuerda á su cavilosidad, á ver si sacaba qué trampa era esa. La simple de Nieves á todo dijo amén.

Filomena se puso en pie, llena de majestad y reposo, y encarándose con la "cruel abeja," le dijo:

—¡Vos sí sos la mujer más rara que yo conozco! ¡Con vos no se puede contar pa nada, porque ves cosa mala... manque sea un favor que te se va á hacer!... Pero atendeme: yo y Agusto representamos tres derechos en esta casa: los dos de yo y él, y el que era de Juana, porque nosotros dimos lo que él valía; Nieves consiente en la venta, porque ve la convenencia... ¡mas luégo vos estás sola y pordebajiada!

—¡Sola y pordebajiada he estao siempre!

—Sí?... Pues ahora estás más! La casa se vende por sobre vos, porque semos cuatro y las leyes nos dan derecho y mando!... Si vos no querés que compremos otra casa, te se dará tu parte en plata!... ¡pa que comprés un palacio pa vos sola!

Los doscientos pesos prestados surgieron de repente, poderosos é imponentes, en la memoria de Filomena, y, temiéndose haber ido demasiado lejos, hizo una transición que hubiera hecho temblar una platea, con la rechifla, y prosiguió inmediatamente:

—¡ Pero es imposible, Minita, que usté quiera separase de nosotros !

Sacó el pañuelo, lo llevó á los ojos y se enjugó quién sabe qué.

—El único gusto,—continuó á poco la enternecida,— el único que tengo es vivir con mis hermanitas !... Por eso quiero que compremos una casita buena, bien alegre, pa mantenela bien limpiecita y pa que estemos todas bien á gusto. Pero si en esto te damos disgusto !... Pa que ustedes disfruten y estén bien contentas es que trabajamos yo y Agusto.... Y ahora sale mi hermanita con que está sola y pordebajiada.... Es verdá que semos bravos.... pero querelas....

Y tan conmovida estaba, que se entró á la alcoba, se acostó con la cara tapada, produciendo ese ruido de narices denunciador del llanto.

Agusto suspiró muy hondo; Nieves se deshizo en llanto, y Minita se quedó callada.

¡ Poderosa es la ternura fraternal ! Agustín consiguió el sí de la hermana para enajenar la casa; remató la otra, que en poco tiempo estuvo elegantemente remontada. Es la que conocemos.

III

Los Alzates mayores, al verse dueños de tan magnífica morada y tan ricachos, quisieron, claro está, darse tono.

Lo primero que hizo Agusto fue mandarse á hacer un rimero de vestidos, á cual más ostentoso y llamativo; y compróse muchos dijes y joyas para perfilar con el debido aparato los rasgos del elegante refinado. Que nadie le tosiera en trapos fue su idea, y la realizó. Luégo, mucho boato para la casa, y especialmente para las cosas de su uso personal; porque una alhaja de tantísimo valor como él, mal podría guardarse en estuche de cartón, ni tratarse así tál cuál. Tenía también que perpetuar su imagen, ya que no en bronces y mármoles, en lienzo al menos. Fue entonces cuando Palomino trabajó el retrato de marras.

Agustín siempre se había estimado mucho, pero de esta época en adelante el amor á sí propio fue creciendo, como crece en velocidad la piedra que cae; y tras este sentimiento le vino el de su grandeza. Aquí fue ello! Figuráos un mortal gozando los éxtasis del yo, en una plenitud que humanamente no tiene con qué compararse; figuráos un sér sin dependencia de nada ni de nadie, que mira al mundo y á sus habitantes como cosa de muñequitos de plomo; figuráos una ráfaga de viento individual que á toda hora entona trisagios, hosannas y *santus*, en alabanza de Agusto Alzate; figuráos todo esto, y tendréis idea de las que

con respecto á sí mismo pasaban por el cerebro de este señor, si fue que tuvo cerebro.

Cuando la propia satisfacción, ó el recreo en las prendas personales, encuentra al desarrollarse alguna luz intelectual, algún sentimiento elevado, suele no presentarse tan al desnudo, y, á las veces, suele hasta velarse con cendales de fingida modestia. Entonces esa jactancia es moneda corriente; tan corriente, que corre y correrá como ha corrido siempre.

En Agusto no había nada de esto. Tampoco era su corazón urna de filigranas, como no fueran las de las joyas empeñadas. Por ende no rebajaría de injusticia el exigir tapujos y velos en las jactancias y baladronadas de Agusto: redondas y crudas las espetaba, con el candor y la buena fe del niño que decía á otro; « ¡ Chupá que en mi casa hay dijunto ! »

No así Filomena: mujer, al fin, tenía algún disimulo. Positivista hasta en eso de darse tono, hizo que le comprasen una finca de campo, cerca á la ciudad, que no sólo le producía alguna utilidad, sino que era además el lugar para sus esparcimientos domingueros; la cual finca, con algunas reses, la dio para trabajarla á un infeliz, á quien pedía cuenta cada domingo, hasta de los huevos que no habían puesto las gallinas.

Con ser mucho su engreimiento y excesiva su vanidad, con sentirse muy superior á Agusto, en lo tocante á negocios y á entender las cosas, no se mostraba muy vanagloriosa, ni estaba tampoco tan llena de sí misma que no echase de menos algo: un maridito, como quien dice.

Enfrascada toda su vida en los negocios, bien poco se había acordado del espejo; pero al ocurrírsele la idea matrimonial, hizo ante uno de «cuerpo entero»—que á la prendería vino á dar,—el inventario de sus encantos físicos. No serían tántos, ó acaso le parecieron muy descuidados, porque desde ese día se dio á cultivarlos con empeño, y con este fin reunió en su nuevo tocador todo cuanto puede teñir de negro, blanco y rojo, fuese yeso, ladrillo molido ú hollín. Entre las prendas rezagadas había faldas de seda y pañolones de raso; pues á manos de una costurera fueron á dar, y pronto estuvo Filomena arrastrando unas colas y luciendo unos esponjes, unos alzaditos por delante, que.... María santísima!

Como no encontrara calzado extranjero que le viniese al bronco pie, hubo de apelar al de nuestros zapateros (en ese entonces no había zapateras finas), ¡Pero qué de punteras de charol, qué de visos de tafilete, qué chirrión! Paramentada con perifollos tan vistosos cuanto anticuados,—pues la amasculinada señora no estaba en los tiquismiquis de la moda;— recargada de joyas, con tembleques de mariposa en la moña de redecilla, amantada con los pañolones de colorines, se contoneaba calle arriba y calle abajo, dejando bizco al género humano, haciendo crujir la seda, la almidonada faldamenta y los chirriones. Parecía el Sombrerón.

¡Tánto como se puso en evidencia, y el novio no asomó por ninguna parte! Que estaba con *la embestidera*, era visto; pero nadie se atrevió á capearla.

Mucho tiempo duró esta actitud, hasta que, cansada de tan infructuosa campaña, depuso las armas de miradas, sonrisillas y andaregueo, conservando sólo los afeites y algunas galanuras, y llevando en el corazón hieles y solimanes, sin cambiar por eso el propósito de embestir al primer temerario que se le acercase.

Mina también se andaba muy fermentada. Tánto, que á cualquier triquitraque botaba la tapa. Los desabrimientos de la vida le habían venido en tropel: que la ladrona de Filomena salió con que ni ella ni Nieves tenían parte en la casa, porque apenas diz que representaban entre ambas novecientos pesos, contado lo prestado y el valor de las dos acciones de la casita vendida, suma que era tanto como nada para los veinte mil y pico que valía la nueva; que el pícaro de Agusto las trataba peor que á perros; que, aunque habían buscado cocinera y paje, por echar bambolla, siempre eran ellas las criadas; que Agusto las quería matar si las camisas tenían una arruguita, si las medias un punto zafado, si la cama no estaba como alisada con bolillo; que «ese maldito viejo» las celaba tánto, que no las dejaba asomar las narices ni á la puerta, ni á las ventanas; que el negro asistente y la zamba de la cocinera las espiaban, por orden de esos bribones, para «ponerles en pico» todito lo que ellas hacían; y que por todo esto los novios, ¡ tan estupendos ! que les salieron, se habían malogrado.

Esta retahila, y otras más que sería prolijo enumerar, pasaban en procesión á todas horas por la mente de Mina, enfermándola.

En sustancia todo ello era cierto, menos lo de los novios. Los táles eran mozos que pasaban á menudo por la calle y á quienes Mina elevaba á la categoría de pretendientes suyos ó de Nieves, sin que ellos tuvieran noticia de las pretendidas siquiera. Y tan mal andaban en asuntos amorosos las pobres, que ni aun les levantaron el grato testimonio de ser novias de nadie. Parecía que la inicua opinión pública las hubiera condenado, sin oírlas, á celibato perpetuo.

Mina, tan recelosa de suyo, siempre tan contrariada, sintiéndose sola é impotente en la lucha con los dos hermanos, y descorazonada para el logro de sus deseos matrimoniales, no halló otro expediente que sepultar bajo una mal fingida calma todo aquel tumulto de ideas y sentimientos. Pero esto no era posible en ella: por alguna parte tiene que resollar la caldera, y Mina tenía á Nieves: todas se las pagaba esta criatura, á quien hacía responsable de la suerte de las dos.

Tan sólo lágrimas y blandas palabras oponía Nieves á los improperios y malos tratamientos de Minita. En su corazón, como en rico vaso, puso Dios la flor inmarcesible de la humildad. Por ello perdonaba sin esfuerzo, sufría sin quejarse, sin sentirse desgraciada; y, apóstol inconsciente del hogar, trataba sólo de llevar á las áridas almas de sus hermanos una gota de la ternura que la suya atesoraba; que, aunque vegete entre malas yerbas, siempre exhala perfume la violeta.

Mas la dulzura de esta pobre muchacha era tenida por Agustín y Filomena como apocamiento, y como adulación por Belarmina.

Nieves, en otro hogar, rodeada de afectos, llena de prestigio, entre cuidados y atenciones, fuera acaso muy otra; que suelen ser las contrariedades y tristezas de la vida yunque y martillo que forjan las grandes almas.

IV

Viendo Filomena la pachorra que Agusto gastaba para el matrimonio, le dijo un día:

—Cómo es: vos no pensás casate ?

Agusto alzó á mirarla, como se miraría á una persona que diera señales de locura.

—¡Mirá que hay mujeres muy ricas!—añadió ella—Y si te dejás envejecer más!...

—Envejecer ?.... Yá se quisieran esas ricachonas cogerme á yo!... ¡Plata... tenemos mucha!

—Pues por lo mismo! la plata busca la plata.

Y como Filomena pensaba tan al derecho en todo, quiso seguirle el consejo, y, al efecto, se metió á cortejar, muy en los cinco cásos, á una rica heredera. Esta se rió del prendero en sus mismas barbas; y cate usted que al Alzate se le sube la mostaza y determina probarle á la muy engreidota que él se puede casar con la que ganas le den. ¡Casualmente que toditas se las pelaban por pescárselo! Pasóse entonces á la Menganita y... nada; luégo á la otra... y nada; y así sucesivamente á todas las ricas de la ciu-

dad. Pues, señor, parecía que las morrocotudas esas hubieran hecho pacto.

Siempre fueron las calabazas muy amargas al humano paladar; pero Agusto, el feliz Agusto, tuvo para condimentarlas una salsa con la cual le supieron á gloria: «Bien sabían—se dijo—que yo no me había de casar con ellas. Por eso se están haciendo de mi alma!... Yá las quisiera ver yo, si les floriara de veras!» Y se quedó tan satisfecho!

Estos fueron los amores que se le conocieron y que, por cierto, sonaron muchísimo. En los privados, si los hubo, no nos metemos.

El barrio de la nueva casa es, en su mayor parte, de gente rica y linajuda. Los vecinos, con todo, hicieron á la familia Alzate la visita de rigor, la que inmediatamente fue devuelta por duplicado; pero luégo siguieron todos honrando la tal casa con su ausencia. No necesitaban de tánto Agusto, Filomena y Mina, para poner entre ojos al vecindario entero. A todos declararon la guerra y con especial encarnizamiento á la familia de don Juan Palma, única pobre de la calle. ¿Pobres á los prenderos?...¿Pobres á ellos que, cuando algún pordiosero les imploraba desde la puerta un bocado, lo echaban noramala hartándolo á insultos?

No sabían las Palmas con quiénes tenían que habérselas.

Decía Filomena: «Esas muertas de hambre!... Esas mugrosas!... Quien las ve tan orgullosas... y no prenden el jogón!»;

Decía Agustín: «¡No hay que haceles caso!... esas son unas vagamundas, unas...!»;

Decía Mina: «Tan ferósticas!... porque á cuál de todas... ¡Si parecen cría de micos!»;

Decía Nieves: «¡Por Dios! ¡No sean así!»; y

Los otros, en coro: «Callá la boca! callá; que vos hasta pa esas topás defensa!»

Minita, tan poco comunicativa con los prenderos, en quienes miraba enemigos encubiertos,—como hemos visto,—estuvo entonces, por antipatía á las Palmas, en largas pláticas con ellos, sobre todo con Agustín.

V

Vestida de bermejo, hecha un ascua de oro y colorete, se estaba una vez á la puerta la gentil prendera. María, la menorcita de las Palmas, pasaba por la calle, paladeando un corozo grande, que, al chupar, le inflaba los carrillos, como el viento á un chirimero. De pronto é inconscientemente alzó á mirar á Filomena, y, á la vista de aquella guacamayona picando uvas de corales, con que la señora prendía el cuello; á la vista de esas *uchuvas* que le colgaban de las orejas, la muchacha se encantó y se quedó fija en aquello, con el corozo en la boca. La quintañona beldad observó, á su vez, las papujadas mejillas de la niña; y, creyendo que la remedaba y la hacía burla en su propia cara, se abalanzó sobre ella; pero la rapaza se le escapó haciéndole gestos, esta vez muy de veras. Filomena, más furiosa aún, vomitó por esa boca sapos y culebras.

No bien la gestosa entró á casa, compareció el asistente de los Alzates en solicitud de la señora de Palma, con este recado: «Que á mi siá Jilomena que castigue una niña suya, muy mal criada, qui ha ido á molestala y á burlase della.»

Confundida la señora, llamó á la chica, la examinó, le hizo cargos; protestó ésta de su inocencia, y refirió cómo, por ver «esas cosas tan lindas que tenía esa señora», se paró etc.... La madre y las otras niñas rieron del caso.

«Dígale á la señora,—dijo la de Palma,—que hasta ahora no he encontrado motivo para castigar á María; que yo averiguaré bien la cosa, y que si hay falta, se la castigo».

El criado dio la razón, y agregó que «esa vieja y las hijas se habían reído mucho».

Filomena que tal oye, sale, atraviesa la calle, se acerca á una de las ventanas de las Palmas, y.... para qué te quiero, boca! Las pobres no tuvieron más remedio que cerrar.

A la mañana siguiente, cuando el señor Palma, gran madrugador, salió á la calle, notó, á pesar de estar aún algo oscuro, que en la recién enlucida pared de su casa había algo escrito con carbón, en gordos caracteres. Leyó. Lo que rezaba el letrero no hay para qué decirlo; pero sí que el señor Palma, que nunca sufrió corea, perlesía ni ningún mal nervioso, tembló como azogado, crispó los puños y chasqueó los dientes; y que un albañil corrió á encalar de nuevo casi todo el frente de la casa.

Otro día, estando las Palmas conversando en la puerta de la calle con un su pariente, acertó á pasar Agusto á tiempo que la risueña Lola mostraba los dientes. ¿ Pues no se le antojó á éste que era de él de quien se reían ? Púsose como un serpentón y tartamudeó algunas palabras, ininteligibles por fortuna. Fuése á don Juan con la querella, quien le recibió con displicencia; fuése en seguida al Alcalde, quien exigió fianza de guardar la paz.

Pero á la paz de los Alzates no le faltaban gestos, cuándo de mofa, cuándo de furor, ni miradas envenenadoras, ni puños medidos, ni quitadas de acera con empujones á la calle. Las Palmas como si tal cosa; pero temblando por dentro. Don Juan quiso vender la casa, por huír de los Alzates; mas, no encontrando una que conviniese á sus recursos, hubo de resignarse á soportar los nuevos vecinos.

IV

LAS QUESERAS DEL MEDIO

I

EL amanecer del domingo fue lluvioso; tal siguió la mañana; el medio día, nubladillo y tristón como un convaleciente; la tarde, á manera de esas gentes que pasan la juventud recogidas para alborotar en la vejez, determinó arrebolarse, allá por el poniente, por supuesto, y vestida de azul batatilla y de blancos tules por arriba, de color de esperanza por abajo, tánto garbeó, que pudo al fin alegrar la ciudad. No quiso ser menos Eolo: perfumándose con rosas, eucaliptos y azahar, echóse á volar regando aromas, acariciándolo todo, delgadillo y silbador.

Los medellinenses, metidos en sus casas con el tedio dominguero muy pronunciado, al ver esos celajes, al sentirse regalados con tales ráfagas, dieron de mano á los aburrimientos, y salieron á las puertas, y luégo á paseo.

Los mozos del buen tono ecuestre sacaron los potros del rumbo, enjaezáronlos con el galapaguillo francés, y asiendo por la sutil brida, estuvieron de un salto á horcajadas. Refrenados los caballos, compuesto el sentado, abiertas las piernas como una A ma-

yúscula, y con todas las tiesuras que el caso exige, partieron á paso menudito, alardeando, ya del andar del palafrén, ya de la apostura del jinete, si no del charolado botín, cuya punta de lanza toca apenas el aro del argentino estribo, sin faltar en tan caballeresca serenidad ni el salto inverosímil, ni el bizarro caracoleo, para poner á las claras que el jinete no es ningún cura. Las francesas antioqueñas, que ya se creían chasqueadas por el mal tiempo, se botaron también por esas calles de Dios, disfrazadas según el último figurín, asustando á los hombres, dando en qué entender á sus rivales en elegancia.

Los *maiceritos*, aforrados en gomosos, se andaban muy lindos y sietemesinos, enredando por ahí con el *chic* parisiense.

Los trenes del tranvía iban y venían de bote en bote. Cruzábanse los coches de alquiler, llevando en sus sebosos asientos á las señoras del fregado y del hollín y á las sirenas de cuarto ciego. La calesa de algún ricacho pasaba majestuosa, tirada por su hermoso tronco.

Los galleros de los pueblos circunvecinos salían del circo, con los *marañones*, *papujos* y *canaguayes*, héroes del día, terciados á guisa de guarniel, ahupando sus caballejos, echando sus *tragos* los afortunados, mustios y despaciosos en sus bagajes los de negra suerte.

Gentes como se estilan por acá, de ruana y pañolón, trajinaban por todas partes.

¡ Vaya si había qué ver en esta hermosa tarde!

Y viendo estaban en el portón de las Palmas hasta una docena de chicas, á cual más guapa, sentadas en tabureticos y banquetas.

Las Palmas, pobres y todo, eran tan populares, que su casa fue siempre punto de reunión de todas las muchachas del barrio; y los días de fiesta se formaba en su puerta un ramillete de flores de carne y hueso, que ni para hacerle chorrear la baba á tánto abejón como pasaba por la calle.

La junta de esa tarde, engrosada con tres miembros nuevos y varios honorarios, estaba animadísima é interesante además; pero no tenía ronda de galanes.

A poco atravesaba la calle una niña, muy á la francesa y tan garbosa y apuesta, que parecía tener la sal de Dios regada por todo el cuerpo.

La cual se dirigió al portón referido.

—¡ Pepa ! ¡ Pepa !— exclamaron varias, como si llegase la capitana.

Ella fue estrechando manos á diestro y siniestro, y á manera de saludo dijo:

—¡ Pero, niñas, por Dios !... ¡ Es una vergüenza que tántas muchachas tan cuartas no tengan una parranda de novios en la esquina !... O, si es que no tienen, avisen para prestarles de los míos !

—Sí, Pepa !—replicó una morenilla más picante que el ají;—larganos unitos de los tuyos !

—¡ Pero es que no se puede ni creer que estén todas comiendo pavo !—repuso la recién llegada, tomando asiento.—¿ Por qué no los llaman ?

Y viendo que ni en las esquinas inmediatas ni

en parte alguna se paraba nadie; viendo que no pasaba ningún *pepo* de servir, exclamó:

—¡ Así nó, mis hijas !... ¡ Imposible que piquen los pollos, si no los saben llamar !... Espérense y verán, yo les enseño.

Y esto diciendo, salióse hasta media calle, metió la mano al bolsillo, la sacó luégo llena de confites y comenzó á chillar, como si estuviese en corral de gallinas.

—Cutu ! cutu ! cutu !. . Cutu ! cutu ! cutu !... Cutu ! cutu ! cutu ! (al mismo tiempo que regaba el grano).

— ¡ Por Dios, Pepa !... ¡ No seas loca !.. Mirá que te pisan los coches !... ¡ Qué dirán, por Dios, los que pasen !—decía una, mientras otras reían.

—Eh, niña ! no sea boba ! Espérese y verá.

Y siguió llamando: ¡ Cutu ! cutu ! cutu !...

Como dicen que acuden los espíritus al conjuro del medium, así mismo comparecieron tres estudiantes universitarios en la boca-calle cercana. Pepa, al verlos, exclamó con rabia cómica:

—Vean estos cachuchos cintiazules !... Pensarán que es á ellos ?

Y encarándoseles, hace ademán de espantarlos, diciendo: ¡ Huise, criolletas ! ¡ mi maíz no es para ustedes !

La trinca estudiantina prosiguió su marcha calle arriba.

—Por Dios, Pepa !... Ah pena ! oyeron !... ah pena !

Esta permanece en su puesto, y, como el general que desde el campamento dirige el catalejo al enemigo, lleva ella la mano vacía á un ojo, á modo de alargavista, lo apunta á lo largo de la concurrida calle, observa, y á poco clama entusiasmada:

—Allá vienen! allá vienen!... y toditos son de espuela y pelea!... Ahora sí, muchachas: prepárense.... bien risueñas, con la cara más bonita que sepan hacer! Yá casi llegan!

En efecto: allá, como una cuadra distante, sobresalía de entre la burda concurrencia un grupo de *cachacos* y *pepitos*.

—Hay para todas!—dijo la generala.—¡Qué cuartos que vienen!... Vean cómo bolean las varitas! Vean otros tan pechiblancos!... ¡Eso sí es concurrencia!...

La *cachaqueril* pléyade llega, y derechito á la esquina, ojo al portón. El general manda:

—¡Apunten, muchachas!

Algunas se entraron al zaguán, á ocultar la risa.

El enemigo se movió á vanguardia. Iba á pasar por la emboscada. Pepa retrocedió hasta la acera, y, antes que los pollos llegasen, regó la confitería. Al reguero, ellos se sorprenden, y algunas elegantes cortesías se malogran.

En el portón se oye el gorjeo de risas comprimidas. Un *pepo*, de los últimos, muy vidrioso, sin duda, se detiene, entre escamado y burlón; se retuerce el atildado bigotillo y, dirigiéndose á las niñas, dice en tono provocativo:

—¿ Les parecemos muy célebres ?

—Nó, caballero. Nada célebres—responde Pepa con mucha impavidez.

—Entonces.... ¿ por qué se ríen tánto ?

—Pues porque estamos diciendo muchas ocurrencias.... que no le importan á usted.

—Y esos confites ?

—Confites ?... Usted está un poco mal de la vista, caballero: ¿ no ve que es maíz ?

—Yo soy muy serio.... para estas gracias !...

—Sí ?... Pues me alegro mucho ! nosotras somos muy risueñas.

El mocito, viéndose poco airoso, quiso cambiar de táctica, y, con risita forzada, dijo:

—Es una pura broma, señorita. Disimule... me habían dicho que usted era... era muy pronta... y determiné provocarla.

Pepa lanzó una carcajada de loro.

—Conque provocarme !... já ! já ! já ! señor.... usted sí que es chirriao !...

El « señor » se aturrulló tánto, que siguió su camino sin saber qué familia era.

Gran confusión hubo en el campo mujeril.

Estas reían á todo trapo, aquéllas hacían extremos de angustia, cuáles protestaban de la conducta de Pepa, cuáles de la del *pepito*; algunas la trataban de loca de atar; otras le echaban calurosas laudatorias, proclamándola como á la más *cuarta* de las hembras; y hubo una tan aterrada, que propuso se levantara la sesión, ó que, al menos, se pasase á la sala. Pero la moción fue

tan impopular, que antes se convino en que ninguna se iría hasta las seis y media, y que del portón no se moverían ni las moscas.

El nervio chistoso se exaltó tánto en la tertulia, á causa de esta escena, que el caballero serio fue blanco de alfilerazos epigramáticos. La algarabía azonzaba.

—Pero quién es esa criatura de mi Dios ?— preguntó Pepa.

—Es Martín Gala, un joven muy interesante— contestó una.

—Ahora lo oigo mentar !— repuso la Escandón.

—¡Quien lo veía, que parecía que iba á reventar como un cañón.... y se vanió !

El símil agradó, y el señorito Gala quedó confirmado esa tarde, entre las niñas ésas, con el mote de « El Vaniao ».

Cuando éste se unió á sus compañeros, que algo habían oído, no fueron pocas las bromas que le dieron.

A poco estaban de vuelta, y al pasar por frente al portón, no podían atajar la risa. Igual cosa pasaba á las muchachas. Sólo Martín volvía muy cariacontecido.

II

A causa del mal tiempo no pudo ir Filomena ese domingo á la finca, lo que la puso de muy mal humor. Para ver de disiparlo, se emperejiló bien, no sin haberse regado antes por todo el rostro gracias de carmín y nieve. Sacó luégo del escaparate un gran cofre y se puso á dar lustre á las joyas. Pegada á una mesa,

con ese aire solemne y esos frunces de boca que algunos ponen cuando están haciendo algo muy bien, pasó todo el medio día, soba que soba y dale que más dale, á la tiza y á la gamuza.

Agusto, cuyos solaces eran elaborar los fruteros que yá conocemos, ó hacer cucharas de naranjo, ó amolar las navajas de barba y el cortaplumas, estuvo ese domingo sin estro artístico y sin disposición para nada.

Él no era hombre de parrandas ni bebezones, ni amigo de nadie. ¿Él juntarse con cualquier clase de gente? ¿Él ir á esos casinos, á ese *Edén* donde había tánto gorrista? Nó, nó! Que fueran á que les diera de beber el diablo! Tampoco le agradaba el campo. ¡Harto cagajón había manejado de niño, harta basura, para ir ahora á ver vacas, bagazo de caña y desaseos! Que fuera Filomena, que le gustaba eso.

Quitóle al lecho los paramentos y la colcha de damasco, se echó, y quedóse al momento como un angelito.

Aprovechó Minita el sueño del cancerbero para echar á la puerta un ratico de pesca; pero ni una anguila picó.

Muy tarde despertó el señor.

—Cómo es: ¿aquí no se come hoy?—gritó furioso, saltando al corredor.

—Pues como usté estaba dormido.... —contestó Nieves muy asustada, porque ese día principiaba semana.

—Y vos, sorombática, que todo lo dejás pa la hora de la muerte!...

Nieves corrió á arreglar la mesa.

—¡ Ave María, Agusto !—exclamó Mina, entrando.—Me admiro de que haya podido dormir con la rochela que tienen aquellas sinvergüenzas ! Me fui á asomar á ver qué era, y ai se están riendo de todo el que pasa. Óigalas !

—Quiénes ?... Las Palmichas ? No les digo !... Apuesto que ai están echándoles ojo y haciéndoles cismas á todos los que ven.... porque esas sí son las tísicas que más gana tienen de casase !... ¡Ah falta que les está haciendo el rejo !...

Se sentaron á la mesa. Agusto, camisa al aire y sin chaleco, ocupó el puesto de honor. ¡ Y cómo se cuidaban los Alzates ! La botella de vino seco dulzarrón campaba sobre el mantel de arabescos de azafrán y grasa; sendos plátanos bananos lucían junto á las arepas de maíz remojado, en los puestos del señor y de Filomena. Aquél, tomando la suya, la párte por mitad, y, manipulando con media, cual si fuese con el cubierto, acomete el principio, que es un plato de estrellados huevos, cuyas yemas, al ser heridas, revientan, combinando en vistoso matiz su amarillez de oro con la púrpura del tomate y con el verdor de la cebolla.

—Pues les aseguro que las tales Palmichas están que piden azote,—dijo el señor, medio atragantado por los bocados que le esponjaban ambos carrillos.

—Esas ?... No me digás ! — exclamó Filomena con estrépito.—Esas son las vagamundas más groseras que hay !... Con tánto así que les vea.... las aca-

bo!... Sobre todo esa tuntunienta que me arremedó; ésa chupa muy duro!

—¿Y la grandulaza que se rió de yo?— clamó el varón, que casi se ahogaba con un tarugo de longaniza, plato que siguió á la entrada de huevos.

—Y vos, tan ovejo, que no le reventates el hocico á esa dientipelada!

—Si fue que mi acordé de la fianza....

—¡Qué cuento de fianza!—observó Mina, chupándose los diez mandamientos, tintos en salsa.—¡Si eso fue hace añísimos, cuando mandaban los rojos!... ¿Qué va á saber el Alcalde de ahora?

Agustín, ocupadísimo en descuartizar á dos manos el caparazón de una gallina frita, guardó silencio, y Mina continuó:

—Bien le había podido bajar el moño á la Lola... ¡Y pa eso que son tan visitadas!... No sé qué gracia les toparán á esas hambrientas. Ya se ve: como son tan lambonas....

—Pisss! Pues si las visitas son por el encarte de ellas...! —dijo la prendera.—Si en esta calle no hay sino zambos alzaos, porque tienen cuatro riales. Mirá: estas jetimoradas de la esquina se les ve el zambo á leguas; la doña Teresita, tan merecida, es hija de una vieja vagamunda; las yarumaleñas son unas tristes puebleñas que quieren venir á meter la Gómez.... ¡Si en esta calle no hay con quién hablar!... Si yo me llego á imaginar que por aquí vivía tánta canalla, ni á palos habíamos comprao esta casa! Si yo le vivo diciendo á este Agusto que lo que debemos hacer es

irnos pa Bogotá!... Ya ven lo que escribe Juana! Y me dice mi siá Chepa que esa sí es la tierra pa disfrutarse y ganar harta plata, en cualesquier cosa!... Pero éste nó: le parece que si no es aquí no hay vida!... Pues yo, cuando menos lo piensen, me les voy.

Nada contestó Agusto á esta interpelación: estaba royéndose la rabadilla de la gallina, acto solemnísimo para él.

Los fríjoles y la mazamorra, cantados por el poeta antioqueño, también aparecieron en la mesa; pues aunque Agustín no los comía nunca, Filomena sí les hacia el honor algunas veces.

Luégo que aquél dejó la osamenta del ave sin una hebra, se zampó un vaso de leche postrera, quedándosele la densa espuma en los pintados bigotes. Tras esto vino el plato de conservón, de la laya de los que antaño vendía.

Nieves le trajo cosa de una pucha de café clarucho, y el gastrónomo, mientras reanudaba la conversación sobre las Palmas, le mezcló *dulce raspao* hasta espesarlo, y se apercibió á *bogar*, pues *bogado* era como lo tomaba.

—Dejen esas pobres en paz!—dijo Nieves en tono festivo, al oír á la prendera continuar la apología.—Lo que ha de hacer mi hermano es casase con Lola, pa que hagan las paces.

Ella que dice y Agusto que se quita el tazón de la boca y se lo avienta á la cara con café y todo.

—Ah animal!—le grita, echando candela.—Sólo á vos te se ocurre!... Estúpida!... Grosera!... Atrevida!...

Afortunadamente que « el Cónsul » tomaba el café frío; que si no, le sancocha la cara á la infeliz.

—Muy merecido que lo tenés!—exclamó Minita.

Aturdida con el trastazo, anegada en llanto y en café, recogió Nieves los tiestos del trasto y salió para la cocina.

Los prenderos estuvieron á poco en la puerta de la calle, viendo, llenos de rabia, la alegre tertulia, á la que el joven Gala hacía el costo en ese momento.

En la acera opuesta, frente al portón de los Alzates, precisamente, estaban dos hermanitos de las Palmas, diableando, en amor y compaña de Pachito Escandón, que había seguido á Pepa. Ocupábanse los tres mocosos en el gravísimo asunto de cambiar retratos de cajetillas de cigarrillos. Que cuatro Núñez por ese Gaitán: que « No vaya á creer »; que cinco: que « Ni por mil »; que tres Dolores Sucre: que «Esa no hay quien no la tenga »; que don Juan Montalvo por don Belis: que « Echalo! »; y que éste « es muy escaso »; y que aquél « es muy común », hasta que hubo gran canje de personajes ilustres. Luégo que cada cual guardó su colección, se pusieron á « echar *balero* ». El Escandón había improvisado uno famoso con un lápiz y una naranja verde, y los Palmitas se dieron modo y maña para hacer los suyos por el propio estilo. Entusiasmados con el invento y las apuestas, chillaban que era un gusto. El señor Alzate abría la boca para regañarlos, cuando la naranja de Palma, el menor, desprendiéndose con fuerza de la cuerda, saltó y fue á caer, sin tocarlos, á los pies de Filome-

na. Ella y el hermano rugieron, zapatearon é insultaron á los rapaces. Inmutados los Palmitas, trataron de huír; pero el ladino Escandón volteó á los regañones y dijo con sorna:

—Eh! Parecen del Bolo! No nos vamos, muchachos; no nos vamos!

Agusto pasó del grana al verde, y entrándose apresuradamente, tomó el sombrero y el bastón, y salió desempedrando las calles.

Las alegres chicas no se dieron cuenta, con su charla, de lo que á los niños pasaba; pero al ver que Agusto iba tan afanado, las Palmas palidecieron y callaron.

—Qué fue?—preguntó Pepa.

—Es que está pasando don Agusto!

—Valiente novedad!

No habían corrido tres minutos cuando don Agusto volvía, erguido y triunfante. Tres gendarmes le seguían.

Estos, á una señal del señor, echan mano á los rapaces, que gritan llorando de miedo.

—Pa la cárcel, malcriados! Es pa que tiren naranjitas!...—exclamó Agustín.

Pepa y las Palmas, fuera de sí al ver aquello, se lanzan sobre lós corchetes protestando:

—Eso sí nó! Los muchachos no los llevan!... ¿Por qué gracia?

Las otras chicas las imitan. Chillando, estrujándose, arremolinándose, se prenden, cuáles de los alguaciles, cuáles de los niños. Aturdidos dos de aqué-

llos, largan su presa. Empecinado el otro, se aferra á la suya. Las chicas entonces le cargan á él solo: lo zarandean, le tumban el kepis, lo pellizcan de lo lindo. El grandísimo sinvergüenza intenta sacar la bayoneta, y mientras tanto el preso se le zafa y se asila en el zaguán. Corren tras él las lidiadoras en montón, y cubren la puerta. El enemigo, rompiendo por entre faldas, se les entra. Mas las fieras muchachas no le dan tiempo de llegar al contraportón: unas rojas, otras lívidas, todas trémulas, lo envuelven, lo arrollan, y, empellón va, pellizco viene, lo echan á la calle. El zambo, que por más señas está de botines y muy galán, da un traspié y se va de hocicos contra el empedrado.

La escena pasa en un segundo.

Al levantarse el del revolcón, se agolpa la gente, atraída por el bochinche. Nadie entiende á nadie: todas aquellas amazonas hablan y gesticulan á la vez. Están hermosas en su embriaguez! Sólo se distingue: «Negro grosero!» «Negro sinvergüenza!» La voz de Pepa sobresale enérgica: «Nosotras también vamos á echar hoja, como los estudiantes.... el otro día que estos negros descarados los iban á llevar á la cárcel!»

Los compañeros de Martín Gala, que se habían entrado al casino de la esquina, acuden con algunos vecinos.

—Pero, ¿qué es la cosa, señoritas?—pregunta el doctor Puerta.

—Nada, doctor,—contesta la Escandón, con voz

temblona:—que los gendarmes iban á llevar los niños á la cárcel.... y nosotras se los quitámos!

(Gran sensación en el público.)

—Y por qué los llevaban?

—Por qué? Porque don Agusto Alzate, aquel viejo bigotipintado que está en aquella puerta, los mandó llevar porque tiraron una naranja al alar de su casa.

Todos dirigen la vista al punto señalado por Pepa. Allí están Agustín y Filomena, como desafiando al público, como asesinándolo con sus miradas. Dios sabe cuál se hallan por dentro: todo lo están oyendo.

—Pero eso no es motivo!—dijo un *cachaco*.

—¡Cómo nó, caballero!— replica Pepa, en voz alta y menos trémula.—¡Cómo nó!: no ve que á ese señor le dio miedo que los niños le fueran á reventar, con las naranjas, ese par de nacidos que tiene la viejita en los cachetes?...¡Vea qué inflamados los tiene!...Pobrecita!

El auditorio estalla. Triunfo más estupendo no lo hubo en las otras Queseras.

Los vencidos prenderos se entran sonámbulos, inconscientes. Lo mismo hacen las vencedoras.

Mareadas, riendo unas, llorando las más, arman en aquella casa la de Dios es Cristo.

El alguacil obstinado, más corrido que una mona, con el kepis nuevo hecho una miseria, no tuvo más que aguantar las burletas de los otros dos, que tomaron á risa el suceso.

—¡Hijue las niñas pa tener uña brava!... Nos trancaron bien alegre!...— dijo uno.

—Y sin modo!... —repuso el otro—- Pero destas niñas, hombre!...¡ojualá nos pelizcaran to los días!

La señora de Palma andaba en visitas á todo esto. Cuando llegó á casa, todo era confusión y zambra. Quiso saber la causa: ¡imposible! todas á un tiempo contaban lo sucedido. A fuerza de regaños y repreguntas, pudo al fin medio enterarse, y quedó aterrada.

—No me digan más, mis hijitas!—exclamó la señora.—Váyanse las que no quieran morir; porque es yá que nos vienen á matar!... y si alguna queda con vida.... busque quién nos blanqueé la pared....

¡Para matanzas estaban los Alzates! La viejita de los nacidos, suelta la moña en trágico desorden, bailoteando unas veces, dando revuelos como gallo otras, el ojo volado, alzados los puños en épico furor, iba y venía por los corredores, llevando el espanto al corazón de Nieves, que, en unión de Mina, el criado y la cocinera, corría á favorecer á Agusto.

El cual, en prosaica postura, pasaba por las propias congojas que Sancho cuando la toma del bálsamo aquél. Los estrépitos del mal eran para alarmar.

—¡Se nos muere el hombre!—gritaba la inflamada Filomena.—Se nos muere!... Corré Vangelista por el dotor!

V

«UN CUARTO ALEGRE»

I

MARTÍN Gala se despidió de sus camaradas y llegó á casa á eso de las seis. Inmediatamente, y sin quitarse los arreos de día de fiesta, que eran de lo más fino, se echó en la cama, á fumar cigarrillo, para ver de espantar esa bandada de cotorras que llevaba en la cabeza.

—No hay duda—se decía:—me puse en ridículo.... pero harto!... ¿Quién me mandaría enredarme con la malcriada ésa?... ¡Cómo se reirían de mí las otras!... Pero fue que los confites.... ¡malditos confites!.... me dio tánta injuria!.... La podía haber insultado y seguir....

Habitaba Martín en el barrio de San Francisco, en casa de doña María Ramos, señora viuda y pobre, la cual, mediante una módica pensión, asistía á tres ó cuatro huéspedes, estudiantes casi siempre. Toda la familia de la señora era una hija solterona, tan vieja, que más que su hija parecía su hermana, con ser que la madre no estaba muy conservada.

Por compañeros de habitación tenía Martín á un tal Mazuera, estudiante de Jurisprudencia, mozo flemático á la vez que parlanchín, sobrado amigo de

meterse en todo y con sus ribetes de tunante; y á otro joven, muy bonachón y aplicado, que cursaba Medicina, á quien Mazuera llamaba el *doctor Cañasgordas*, por ser natural del pueblo así llamado y parecerle un poco presuntuoso.

Las patronas los trataban como á hijos, y ellos, al par que las querían y respetaban, las embromaban de cuantos modos estaban á su alcance, las tuteaban, —las trataban de *vos*, mejor dicho,—llamando á la madre, « Marucha » y á Paulita, la hija, « la vieja », por antonomasia.

Los tres muchachos, si bien de caracteres muy diversos, la llevaban muy en paz; y de esta armonía se aprovecharon las señoras para acomodarlos en el cuarto del zaguán, que era muy grande; el cual se arreglaba tres veces al día, pues el desbarajuste de los mozos corría parejas con el orden y aseo de ellas. Tales composturas, lejos de molestarlas, les servían de tema para reír y darles bromas en forma de regaños, « por el poco fundamento » y « por lo marranos» que eran.

Gala era caucano, hijo de una viuda riquísima, y no tenía más hermanos que uno, hacendado. Como aquél no despuntara por el lado de los negocios y haciendas, y deseando la madre que fuera hombre de letras, determinó que hiciese estudios formales y se graduara de doctor en cualquiera facultad. Demasiado ortodoxa, no quiso mandarlo á Bogotá, porque—decía ella—esos colegios de por allá, aunque católicos en su actual enseñanza, merced á la Regene-

ración, estaban contagiados de la herejía roja que por tántos años cundió en ellos, y que para desinfectarlos era menester echarlos abajo desde sus cimientos, y construírlos de nuevo.

Por esto y por amor patrio, pues la señora era antioqueña, prefirió, por la de Popayán, la Universidad de Medellín, donde, según sus cuentas, no podía ser mucho el contagio, habiendo sido de pocos años el dominio herético. A Martín, que tenía en perspectiva á Bogotá, le agradó bien poco esta determinación; pero halagado con la promesa que le hizo su madre de enviarlo á Europa, si le daba gusto, aceptó y se vino, muy recomendado, por cierto, á los amigos y parientes que su madre tiene en Medellín.

Ni los talentos ni la aplicación del caucano eran cosa del otro mundo. No es, pues, de extrañarse el que brillara tan poco en las aulas y el que los profesores y jefes del Establecimiento no le tuvieran mucha deferencia. No así entre los estudiantes: su carácter altivo, sin ser insolente, rasgado, no exento de simpatía y gracia, le granjeó bien pronto numerosas amistades. El manejar bastante dinero, el haber dado algunos pescozones, muy bien asentados, en los lances estudiantiles, y, más que todo, su generosidad rumbosa, le dieron, dentro y fuera de los claustros, muchísima popularidad. A más de esto, Galita ó «Caucano», como le llamaban, hablaba por los codos, y, á fuerza de decir sandeces, llegó á *echárselas* oportunas y á adquirir fama de muy chistoso y decidor.

El deseo de distinguirse, de sobresalir, tan propio

de la juventud, lo tenía Martín muy pronunciado; pero este deseo,—que en otro fuera noble emulación para los estudios,—lo aplicaba sólo á cosas de poca monta, bien ajenas al asunto. Nunca se tuvo en menos porque en las clases hubiese chiquitines más adelantados que él, ni porque los superiores se lo hicieran notar; pero que alguno lo aventajara en tirar la pelota, ó fuera más hábil en el trapecio, era para Gala motivo de verdadera mortificación y para que se propusiese propasarlo. En lo tocante á vestidos, leontinas, relojes y otras galanuras, tampoco se dejaba «echar ñatas» ni del más peripuesto estudiantón.

Fue, en una palabra, el mayor hereje que tuvo la religión de Minerva.

Los ilustres varones de la sapiencia, como catedráticos, por ejemplo, le parecieron siempre embobados de rostro, sin pizca de malicia ni elegancia, más propios para decir misa ó ayudar á decirla, que para hacer el *cachaco*.

Que el *cachaco*, el *cachaco* de rumbo, y no otra cosa, era el sueño de Martín.

Á más no poder, y entre si salgo ó no salgo, aguantó el primer año en el internado, sin mas ansias que los días de vacaciones, para gastar y hacer tonterías.

Al segundo año, so pretexto de que el internado le enfermaba, siguió externo, y se colocó en casa de doña María, continuando sus estudios más por rutina ó á falta de otra cosa en qué ocuparse.

Por uno de esos caprichos frecuentes en jóvenes desaplicados y ricos, ó acaso por convenir á sus miras

cachaquiles, dedicó alguna atención á la Historia y la lengua patria, únicas clases en que no salió abajo del paso en el terrible trance de los certámenes.

Al tercer año pretendió matricularse, contra viento y marea, en el primero de Medicina, pensando deslumbrar á su madre con este paso y anticipar el viaje á Europa. Sobra decir que el plan no le surtió,—y mal podía surtirle,—de lo cual tomó disgusto.... y adiós Universidad!

Libre de los pocos escrúpulos que de colegial tuviera; libre para obrar; con carta franca para ponerse en fondos, dio comienzo entonces á la carrera de *cachaco*. Compró caballo; recorrió sastrerías y almacenes, haciéndose á lo mejor, á lo más vistoso, á lo más de moda; abonóse al teatro, donde á la sazón funcionaba una muy celebrada compañía dramática; fue cliente de casinos y cantinas,—de "El Edén," sobre todo—; y tan pronto estuvo en el busilis del taco, que era de verle hacer billas, carambolas y palos por todas partes.

Obsequioso, con esa generosidad del que gasta sin saber cuánto cuesta lo gastado, dejaba en esos parajes una estela que le formó aureola. ¿Qué mucho, pues, que fuera uno de los niños mimados de casinistas, sastres, zapateros y comerciantes de novedades? ¿Qué mucho que pronto se relacionase con la crema? Y tánto alcanzó, que fue enrolado en *El Pomo*, uno de los clubes de mayor fuste. Pero *El Pomo* tenía su reglamento, y, Martín, que no estaba para compromisos, se salió al mes.

En honra del ex-estudiante, será bien hacer constar que nunca se le vió en trapisondas aguardentescas, ni tumbado por ahí, ni conducido á la cárcel; mas lo que es tomarse un *doblete* de brandy, una sangría, un *doné pachero*, unas cuántas botellas de cerveza, eso sí, cada rato. ¡ Y tánto como se despabilaba con estas libaciones !

Hacía el amor, ó al menos los cocos amorosos, á toda chica guapa que veía en el teatro, ó en la iglesia, ó en cualquier parte, sin que esto le impidiera tener siempre sus chicoleos ventaneros, muy bien entablados, alcanzando su constancia á una sola hasta cinco meses.

En cuanto al amor de otro modo, no le faltaban por esos trigos algunos picos pardos en que enredarse; pero en lo que Martín contaba sobre estos asuntos, que no era poco, había, valga la verdad, más alharacas que pecados.

Entre sus amigos, el favorito era José Bermúdez, muchacho muy de chispa, de familia distinguida, bastante holgazán y poco adinerado. Martín cifró en él sus delicias, y José, parásito por necesidad, recibía mucha sabia de tan jugoso tronquito. Y como el señorito éste era aficionado en grado sumo á la amena lectura, medio se le pegó al caucano la afición. Juntos leyeron, en casa del primero, no pocas novelas de Sué, Dumas padre y su escuela; algunos tomos de poesía peninsular y del país, y tal cual fragmento de Historia y Biografía. Aunque estos novelones eran muy para el gusto de Martín, no pudo cogerles la sus-

tancia que es de suponer, pues las complicaciones, aventuras y laberintos en que abundan los libros supradichos le ponían tál, que aun leídos por separado, los confundía, achacando al personaje del uno las heroicidades del otro: no eran así no más las revolturas que hacía de *Monte Cristo*, *Judío Errante*, *Mohicanos* y otras cosas.

Si en la Universidad distrajo sus aburrimientos de desaplicado con la Historia, ahora la encontraba tan insípida y pesada, que sólo pudo leer en formalidad medio tomo de *Los Girondinos*, y eso porque María Antonieta lo embelesó de tal modo, que llegó á enamorarse de ella. ¿ No se prendó Bécquer de una mujer de piedra ?

Mas no le mentaran versos, porque estaba en sus glorias. Sin comprender á Espronceda, le arrullaba la armonía del metro. Aprendióse varios trozos de Acuña, no poco del *Idilio* y todo *El tren expreso*. De Bartrina no entendía jota, ni su poesía se le parecía á verso, ó al revés ; pero como José era mucho lo que le ponderaba, lo ponderó también Galita, y á toda hora se le oía aquello de

Juan, cabeza sin fósforo, con Juana....

que tan en boga estuvo en Medellín, lo mismo que aquello otro de

Todo lo sé. Del mundo los arcanos....

pieza que Bermúdez, y Martín, por supuesto, tuvieron siempre por palmaria declaratoria de materialismo.

Don Adriano Scarpetta le encantaba, poniéndole en rebullicio todos los sentimientos. Pero ni romances, ni poemas, ni don Adriano, ni nada llegó á herir tánto la fantasía del joven, ni á empeorarlo de cabeza como la *Biografía de Lord Byron*, por Castelar. Toda la ornamentación del autor, toda la *música*, que decimos por acá, la tomó el mozo textualmente, é hizo con don Emilio lo que no hiciera en la Universidad con Isaza, Delille y los Hermanos Cristianos: lo leyó y releyó. A medida que se iba penetrando del asunto, Byron se le agigantaba y más le enloquecía. ¡Válganos Dios, qué hombre! ¡Ese Byron tan *cachaco*, tan hábil nadador, por quien se morían negras y blancas!... Así era como Galita quería ser. ¡Pues no era tonto el chico!

En plata: el amante de Carolina Lam vino á ser para él lo que Amadís y su caterva para don Quijote; y de tal modo se fue calentando de cascos con estos pujos lordbyrianos, que hasta una caída se deseó, para quebrarse una pata y salir luégo cojín cojeando lordbyrianamente.

Mandó hacer el retrato del poeta y que le exageraran ese corbatín ó pañuelo borrascoso con que le pintan (adorno que se avenía á maravilla con el gusto fantástico de Galita), y lo colgó á la cabecera de la cama, cual á su santo de devoción. Esto alarmó á las viejas, que no concebían cómo un joven pudiera tener en su cuarto otras imágenes que las de la Virgen y San Luis Gonzaga.

Profesaban ellas al caucano ese cariño indulgente

que la vejez sana prodiga á la juventud; y cuando consideraban que él, tan rico, tan alegre, prefería la pobre casa de unas tristes viejas á hoteles y restaurantes, entonces al afecto se mezclaba el reconocimiento.

El, á su vez, se había vinculado á las patronas, como sobrino á tía contempladora; y las veces que le acometía el tedio,—que también le daba, aunque nada byroniano — no salía de casa, y se tendía á la bartola en alguna tarima, y llamaba á Marucha para que le hiciese cabecera.

« ¡ Quitá de aquí indino, sinvergüenza, descarado ! »—ó cosa así, solía contestarle la vieja, pellizcándolo y fingiendo una rabia horrible; pero al fin y al cabo venían á ser los muslos de Marucha la almohada de Martín. Aprovechaba ella estas ocasiones para exhortarlo á la vida de colegial concienzudo y á que dejase esas idas á los casinos que, al decir de la predicadora, « son el perdedero de tánta gente »; pero acompañaba sus homilías con unos pases tan suaves por la *capul* y las patillitas del acostado, que éste se quedaba hecho piedra á la mitad del sermón.

Los dos estudiantes, sus compañeros, le predicaban también, entre veras y chanzas.

La madre, últimamente, lo estrechaba con cartas y más cartas por todos los correos, poniéndole de manifiesto los horrores de la ociosidad y diciéndole que, si no quería seguir los estudios, se volviese á su lado.

Los acudientes lo apuraban con puyas y consejos.

¡ Pero, váyale usted con epístolas y evangelios á

un mozo levantado de cascos, que se cree un Creso y que ha tomado á Byron por modelo!

Galita no ha cumplido los veintiuno. Bien gallardo y mejor plantado, alto y robusto; musculatura de acróbata; el pescuezo recio y redondo, arranca del torso lo mismo que modelo clásico de cartillas de dibujo; cabeza grande; el pelo medio crespo, entre castaño y rubio. La cara, de un blanco desabrido con pecas, de nariz bronca y unos ojos pardos é inquietos, es una desarmonía; pues en tal caraza asoman y no bajan de las orejas unos cuadritos peludos, muy bien demarcados, con pretensiones de patillas, y sobre esa boca de negro, un bigotín rubio tan atildado y leve que parece pincelada de purpurina. En hablando ó riendo, muestra hasta las cordales de una dentadura inverosímil, por lo blanca y pareja. Habla recia y armoniosamente, y es su gesticulación tan expresiva, tan gráficos sus ademanes, que, al ser tratado, ni feo parece.

Cuando, caballero en *El Melado*, les pasa á las muchachas, haciéndoles figurines y monerías, es lo que se llama un buen mozo.

A propósito de su porte de hombre hecho y derecho y de su carácter de chiquillo tonto, le dijo Mazuera cierta ocasión: « Eres un pepino de olor: mucho tamaño, mucha elegancia, mucho perfume.... ¡ y por dentro estropajo! »

II

Tendido en la cama seguía Martín en sus ingratas cavilaciones.

A las siete entró Marucha al cuarto con la luz.

—¡ Pero hombrecitó...— le dijo, al encontrarlo de tal guisa—Creí que eran los otros... Qué es eso ?... Estás enfermo, ó qué ?

—¡ Nó: no tengo nada—contestó él con displicencia.

—¡ Pero vos á estas horas en la casa ?... Siempre tenés que tener algo !... ¿O fué que te dió la vena de pronto ?... ¡ Apuesto que es algún bochinche con la novia de abajo !... Pero si te queda la otra, hombrecitó !... Con cuál fué ? Decime.

—¡ Qué cuento de novias! Es que tengo algo de dolor de cabeza...

—No le digo!... Algunos traguitos... eso sí!... ¡Le aseguro que los tales casinos !... Pero no se entristezca por eso, mijito ! No sea haragán, que parece que estuviera en las últimas !... Voy á hacerle una bebida amarga, pa que se la tome antes de merendar. Eso es la bilis irritada.

Salió Marucha muy diligente; y á poco entraron los estudiantes muy endomingados, que venían de pasear.

—¿A vér qué es lo que tienes ?—pregunta Pérez.

—Si no es nada, hombre !

—Dice Marucha que estás triste—replicó el me-

diquillo, quitándose los botines domingueros—¡ Ay que callo !.... Qué te sucedió ?

—¡ Esa es otra !.... Es decir, que no puedo estar triste de memoria ?

—Pues no !... Como hicíste tanta buya con la tertulia que va á haber esta noche doude las Bermúdez... como diz que estabas tan convidado ...

—Pues resolví no ir !

—¡ No ir tú, así por antojo !... Esa si no me la metes ! No tienes enfermedad ninguna, pero te ha pasado alguna ¡ muy gorda !... Se te ve.

—Bueno, pues!— repuso Gala de peor humor— Que sea como dices: ¡me han pasado cosas atroces !

—Cuando nos las vas contando.

Gala, por toda respuesta, se volteó para el rincón.

—Pues, mi estimado,—dijo el estudiante saliendo, vestido yá con la ropa semanera—estas cosas son como los dos últimos sacramentos.

Mazuera, que descansaba tirado en la cama, principió también el cambio de traje, y entonó:

« Y así escuchando de la mar
El melancólico rumor,
Entre la luz crepuscular,
Bogando vamos sin temor »...

Cuando iba en el *se tornará*, gruñó Gala y dijo:

—Déjalo para las tablas, que aquí no hay quien te aplauda !

Más alto y más destemplado prosiguió Mazuera la popular barcarola, y no calló hasta dar la última nota, si tál puede llamarse.

—Te gustó, Galita ?

—Mucho ! Eres un tenor admirable !

—Ya ves lo que es el estilo !—dijo el cantor poniendo la levita en el ropero—Esta barcarola la cantan desde el polo ártico hasta la Patagonia, « de las playas del Don hasta las cumbres del soberbio Sedar », con la mismita música, con la mismita letra que la canto yo, y ya ves... cantada por mí, siempre es nueva. *¿ N'est-ce pas, mon petit ?*

—Eh !... No friegues !

—¡ Estás como sapo toriado !.. Como no me tires leche... ¡ A mala seña que es ese humor !... Es decir!... me parece que te has metido en una!...

—¡ Hablá ai bocón !

—Pues si no fuere alguna tarja al juego... que me...

—¡ Pues no sería con plata tuya !

—Pero tuya.

—Lo cual á tí no te importa.

—Poco más me importa, mi querido... Tampoco me importan otras hazañas tuyas que nos espetas cada rato, sin que te las preguntemos... Se ve que aprendiste hoy á ser muy discreto... ¡ Muy bueno !: al fin te repuntará el juicio.

Y salió también. Después de la merienda, á la que Galita no quiso asistir, Mazuera y Pérez emprendieron el estudio. Aquél, sentado junto á la mesa, lápiz en mano, mirando al texto, ó garrapateando en un papel, se engolfaba en las terriblezas del $a+b$; —pues á más de las leyes, le metía á las ecuaciones—;

el otro recostado en la cama, quería sacarle la quinta esencia á un tratado de Patología.

El caucano, que parecía dormir, se incorporó al cabo, bostezó, y con cara yá serena, se levantó, sacó cigarrillos y fué á ofrecerles á los estudiantes. El de Medicina, en vez de recibirle el obsequio, le tomó el pulso con la mano izquierda, sacó el reloj con la otra, y dijo luégo doctoralmente:

—¡ Mejoría notable ! Casi no hay fiebre.

—¡ Gracias á Dios ! — exclamó el algebrista — Creí que se iba á carbonizar.

— Hombres !—repuso el enfermo — Ustedes si friegan muy parejo !... Caray !... Pero es que á mí me pasan unas guamas !... Les voy á contar... ¡ pero eso sí; que no se ofrezca ni con las viejas, ni en la Universidad, ni con nadie !...

Tosió, encendió el cigarrillo, y, con voz atragantada por el humo aspirado que devolvía por las narices, les contó con no poca viveza la escena entre él y Pepa Escandón.

—¡ Hombre, Caucano.... no seas bestia !—prorrumpió el médico, tan luégo como Gala hubo terminado. — Pareces niña de primera comunión, como dice Mazuera... Bien haces en encargar secreto... ¡ Un cuero, una garra, como tú, enchivado por las repostadas de una malcriada ? .. Ni se cree !... Estás mogollo, mogollo ! Déjate de venganzas y niñerías, y véte á la tertulia, que todavía es temprano.

—¿Y tú que dices, fafalachero ?— preguntó Martín al matemático—¿ Por qué te quedas callado ?

—¿ Me pides mi parecer ?

— Sí.

— Sí ? Pues bueno: sin importarme el caso, voy á dártelo.

Y fingiendo un tono magistral, dijo así:

—Tengo la pena de separarme en un todo de la respetable opinión del doctor Cañasgordas: Creo que esa niña estólida te comió, y que debes tomar venganza, como piensas ¡ pero sangrienta ! Yo, en tu lugar, la desafiaría... Nó, desafío, nó!: la puedes matar en el duelo... y la pena de muerte no escupe ahora. Lo mejor será que, mañana mismo, telegrafíes á tu casa, pidiendo, por el correo próximo, un perrero de esos que usan en tu tierra; y apenas te venga, atisbas á la grosera esa, cuando salga de misa, y allí en el atrio, delante de bastante gente, ¡ le metes una pela... que se acuerde de tí ! Esto, cuando más, será cuestión de policía... y quedas vengado.

—¡Para tí estaban buenos los azotes, rábula infeliz !

—¡ No, Galita !... ¡ Apláquese, apláquese !—dijo el Mazuera, con ademán de paz.—Si no le gusta mi consejo... con no seguirlo está el cuento acabado... Y si yá no quiere vengarse... no se vengue... Mucho mejor ! Esto es más generoso, más cristiano.

Gala furioso, cogió el sombrero y la llave de la calle, y salió refunfuñando. No tomó resuello hasta llegar al casino. Sentóse junto á una mesa de tresillo, á ver jugar; pero estaba tan desazonado que no aguantó diez minutos. Fuese á la sala del billar, donde ju-

gaban guerra una tanda de *cachacos*, metiendo ruido grandísimo, lo cual le fastidió más.

Ignórase si Martín pronunció ó nó el *Eureka*, si se dió ó nó la palmada en la frente,—cosas tan de rigor en el momento de topar lo que se busca—; sólo se sabe que, cuando el preocupado mozo bajaba la escalera del casino, le vino repentino y preciso el modo de vengarse. ¡Pues cómo no! ¡No tenía que ver! ¡Cosa más clara... y no habérsele ocurrido hasta ahora! La malvada se las iba á pagar; sí, señor: coquetearle muy recio ¡pero muy recio!; enamorarla ¡pero harto! y así que estuviera perdidita... ¡dejarla *colgada*, con tanto palmo de narices!... ¡Y lo poquito que sabía él en achaques de embobar muchachas!

Saboreando de antemano los deliciosos confites de la venganza, fué á acostarse á las diez. ¡Cuán otros de los que Pepa le regara esa memorable tarde!

Y como él, en tratándose de empresas cachaquiles, no se dormía en las pajas, abrió operaciones desde el día siguiente. Escogió, al efecto, el mejor vestido, la corbata más pintada, en la que prendió un *chicharrón* de oro, y, con el andar más gentil de su repertorio, tiró calle abajo.

Entróse á la peluquería de que era abonado, y, una vez bien acicaladito y aromático, se puso entre dos espejos contemplándose al derecho y al revés. Se encontró irresistible. ¡Pobrecita Pepa!

Regando tricófero, despidiendo lumbres, atuza que atuzarás el bozo, haciendo molinete con el junco, cruzó varias cuadras, bien así como el pavo, cuando

atraviesa el corral resoplando, la cabeza hacia atrás, la cola en abanico.

Pára el galán en la esquina de Pepa, tose, enciende un fósforo, fuma, escupe, silba, y sólo le falta cantar: « ¡Aquí estoy yo! » Aparece ella en la ventana, reconoce al *Vaniao* y suelta la carcajada. Devuelve él la risa y clava en ella los ojos. ¡Jesús qué miradas!

¿Coqueteos rasgados á Pepa? ¿A Pepa *El Vaniao?*... Quítase... y al portón. Aquí el quedarse fijos, aquí el bizcar por no interrumpir con importuno parpadeo el magnetismo de esos cuatro ojos. Sonríe Gala: sonríe Pepa. Lleva él la mano al pecho: ella también. Tose Martín: pues Pepa le *aclarea*.

Es una gloria de Dios el verlos.

Anochece. Avanza el galán hasta la puerta y, al pasar, dice á media voz: « ¡Adiós, mi bien! » « Hasta mañana, *querido* » — contesta la Escandón con voz entera, subrayando la última palabra con el más marcado desprecio; pues es de saberse que *querido*, en el lenguaje regional, vale á veces por *buen hombre*, ó cosa así.

VI

OTRO IDEM

PEPA era la cuarta hija de don Pacho Escandón y la mayor de las solteras. De niña fue tan callejera, turbulenta y potrancona que todos pronosticaron que iría á ser una apocada, una mosca muerta. Tales vaticinios marraron, y sólo las Hermanas de la Caridad, en cuyo colegio estuvo tres años, pudieron, con todos sus halagos y requilorios, domesticarla un tanto y darle punto de señorita distinguida, aunque no en el grado que ellas quisieran: Pepa á los diez y siete años era tan vivaracha cuanto se puede ser á esa edad y en su clase.

Cuando la familia pasaba temporada en *El Poblado*, donde tenía don Pacho una bonita quinta, se volvía Pepa una chiquilla desaforada, una criatura que en todo quería meterse. Ella iba á traer leña con los criados, echándose á cuestas enormes tercios de chamiza; ayudaba á encerrar los terneros y á ordeñar, *maniando* las vacas ella misma, tumbándolas, si se le antojaba, pues hasta fuerza tenía; tomaba el azadón y hacía siembras, deshierbas y estropicios en huerta y jardín. Mientras las otras niñas se estaban en la casa muy quietas y aseñoraditas, la Pepa, en asocio de Pacho, el único hermanito, que era su compañero de

armas, se andaba por ahí trasconejada, entre los rastrojos y huertos vecinos, cogiendo fruta para hacer encurtidos, ramo culinario en que era muy entendida. Sus recreos en casa eran trasegar en las pesebreras y el corral; hacer *alfandoques* y *estirado;* lavar los chicos del mayordomo y sacarles las niguas; y, de preferencia, poner columpios altísimos de los pomos y mangos, en los que pasaba horas enteras columpiándose á toda gana y cantando á todo pecho.

Pero cuando al POBLADO iban visitas de gente grave, de hombres sobre todo, Pepa era la formalidad suma, encantando á los huéspedes con su amabilidad y complacencia, con travesuras y chanzas del género moderado.

Doña Bárbara, su madre, explicaba el carácter de la hija, diciendo que un doctor le dijo que toda la viveza consistía en que Pepita tenía el corazón muy grande y la caja del corazón muy chica.

A tal explicativa no se atenía don Pacho, y á menudo le echaba *cantaleta* por sus travesuras, tratándola de extravagante y descocada; pero como ella salía siempre con alguna originalidad, la cantinela paraba en risa y venía á ser ineficaz.

Una vez que iba muy oronda á montarse en pelo en un caballo viejo, acertó á verla don Pacho y quiso comérsela viva; ella escuchó muy callada la reprimenda, y no bien acabó el señor, la señorita tomó el jamelgo por el ronzal, le pasó la mano por las crines y le dijo con mucha formalidad: «Atiende, mochito mío, las palabras de tu padre y grábalas en tu corazón!»

Otra vez estaba metida en el baño, en botines, armada de una escoba de la Costa, con la que estregaba los lamosos ladrillos y batía ese lodo espeso y verdoso que se saca de dichos lugares, cuando llegó el padre á regañarla. Pepa suspende la tarea, alza á mirarlo y le dice con tono gemebundo: « Pues agárrame de las agayas y sácame á la ribera. »

Esto lo tomaba Pepa de un entremés bíblico, representado por señoritas en unos certámenes del colegio de las Hermanas, en el cual entremés hizo ella de Tobías el viejo, con el ojo muy cerrado, la voz cascada, mucha giba, luenga barba de cerda, la greña empolvada y bordón en mano.

Doña Bárbara, con su hipótesis de la caja chiquita, defendía á Pepa, celebrándole siempre las locuras; y sólo en cierta ocasión hubo de enojarse con ella y darle sus buenos pellizcos: se trataba, entre la señora, el mayordomo y la cocinera, de verificar en el corral una operación quirúrgica de no poca trascendencia, y la aturdida muchacha quiso intervenir.

Con todo, no carecía de cierto tacto en sociedad, y se adaptaba muy bien á los círculos cultos de Medellín.

Tenía habilidad especialísima para arreglar trajes, sombreros y prendidos; y, por una á manera de simpatía entre ella y los inventores de modas, presentía el figurín por venir, en tales términos que sus cálculos sobre si tal ó cual moda bajaría ó subiría, eran tenidos entre sus amigas como verdaderas profecías, siendo proverbiales su elegancia y buen gusto en el vestir.

Poco ó ningún partido sacaban su madre y sus hermanas de tales habilidades; porque Pepa no se afanaba sino por Pachito, ya haciéndole el vestido marinero, los cuellos de una y otra forma, ya gorros frigios y mil embelecos más, para ponerlo según la última ordenanza de su Majestad la moda; ó bien el arreglo del sombrero de caña, la confección del guarniel de pañete, la compra del cuchillito con su vaina, para transformarlo en *caimán*, según el gusto del niño.

No menos entendida era en costura llana, tejidos y demás labores femeniles; pero tampoco cosía sino cuando le daba su real gana. Lo que sí hacía siempre, á pesar de tener buenos criados, era barrer, arreglar y sacudir, y no así á la diabla, sino con esmero y coquetería, poniendo flores y matas donde cupieran. Las gloscinias, azaleas, primaveras, jazmines del Cabo, y otras yerbas que cultivaba en tiestos de barro colocados en los bordes del patio y en los ángulos de los corredores, estaban siempre tan frescas y floridas que á menudo se las pedían para adornar las iglesias.

¡Qué actividad la de esta criatura! Ni aun en sus recreos se estaba ociosa; pero, eso sí, todo era según le venía el capricho, sin fijarse en si la tarea urgía ó nó, si convenía ó dejaba de convenir.

Doña Bárbara, hacendosa como la más y no muy blanda para aflojar sus dineros á trueque de fantasías, no se resignaba con los que le sacaban las modistas, pensando en que Pepa podría ahorrárselos tan fácilmente; ni tampoco convino nunca con « el malvado

vicio » que tenía ésta de comenzar una cosa y no acabarla, de hacerla para desbaratarla luégo.

Desde muy niña la pusieron á estudiar el piano, y tuvo por maestra de canto á la señora Lema de Gómez, la Patti de la tierra. Mientras la profesora le solfaba ó le hacía alguna explicación, la discípula estaba echando boliche, ó entretenida con *Muzingo*, el gatico querido; y por el estilo, si no más desaplicada, fue siempre en la clase.

Así y todo, cuando Pepa cantaba era cosa de parar mucha gente en la calle; pero, eso sí: el piano tenía que teclárselo alguna, porque, en yendo á acompañarse ella misma, no salía con nada. Su voz fresca y cristalina como el chorro al brotar de la peña, elástica como un hilo de goma, se hizo para los recovecos y contorsiones del canto crespo. Si las romanzas italianas, si las arias de ópera que cantaba las adulteraría ó nó, lo ignoramos; pero es lo cierto que Pepa, sin esfuerzo, como quien habla, daba unas cadencias, unos trinos, unas notas graves, sobre todo, que producían escalofríos.

Mes por mes recibía los arrendamientos de una tienda que para alfileres le tenía asignados don Pacho. Las tres cuartas partes, más ó menos, se iban en trapos y modas, por supuesto, y el resto lo repartía precisamente entre varias pobres vergonzantes, de quienes se había declarado protectora, y á las que prodigaba esa otra limosna que muy pocos dan; limosna la más hermosa, para la cual no se ha menester dinero, y que, sin embargo, alivia al necesitado acaso más

que el dinero mismo, á saber: las consideraciones y el aprecio.

Para Pepa, una persona pobre, especialmente si era de buena familia, tenía algo de ungida. Su burla á los trapos que no estuvieran al tanto de su buen gusto, tan temida entre las ricas, nunca jamás la tuvo para ridiculizar, bien fuese apayasado, traje alguno que denunciase pobreza; y con un *¡Pobrecita!* que le salía del alma, tenía para escudar los pobres guiñapos; pues en presencia de Pepa ni la más maleante se atrevía á « ponerles el monte », por temor de que ella le largase alguna fresca.

Siendo rica y del copete, dicho está que sus relaciones eran muy solicitadas; pero Pepa, si bien amable é insinuante con todas, sólo tenía tal cual santa de devoción entre las niñas de su clase. Y no por orgullo, que en ella no cabía, sino porque congeniaba con muy pocas, hallando más aliciente y mayor expansión en las amistades con viejas, y en la remotísima que en Medellín se cultivan entre « *cachacos señoreros* » y « señoritas *hombreras.* »

Con viejas sí intimaba á maravilla : fuesen abuelas, ó solteronas arreboladas, ó beatas, con todas se andaba de comadreo, jugaba al tute, comentaba la crónica,—mundanal ó sacristanezca, según el caso,—siendo siempre espartana en Esparta y ateniense en Atenas.

Todo lo cual no quiere decir que Pepa estuviera aislada de las demás jóvenes.

La regocijada chica tenía una piedad que pudiéramos llamar independiente. No quiso alistarse en la

congregación de *Las Hijas de María*, por sentirse incapaz de renunciar á las diversiones mundanas que esta institución prohibe; y para paliar esa « bolada de hereje »,—que decía doña Bárbara,—alegaba Pepa que sin comprometerse á lo que no había de cumplir, era y sería siempre tan hija de la Virgen como la mejor.

No por ello dejaba de frecuentar los sacramentos ni de rezar mucho, particularmente á San José, á quien dedicaba comuniones y ponía no pocas velas y flores. En su propio cuarto la acompañaba uno de lienzo, bisojo, de barba muy peinada, que el Niño (de camisa de punto) acariciaba con la una manita, mientras sostenía en la otra el Universo Mundo, muy azul y rematado en cruz.

Esta efigie, que no el santo, había de sacar á Pepa de todo apuro: Que la Sociedad de San Vicente de Paúl no daba un socorro gordo para alguna familia menesterosa; que la del Sagrado Corazón le retiró los seis reales semanales á la Menganita; que papá no quería aflojar el permiso para ir al teatro; que había gruñido por la invitación al baile tal... en todo caso vela al cuadro. Y aseguraba ella que jamás su « San Josesito ¡ tan querido, aunque tan feíto el pobre ! », le había jugado una floja, y que era el más milagrero de los San Josées del mundo; pues como el suyo... « ¡ tal vez el del cielo !. . »

Jamás le pidió novio. ¿ Para qué, si desde niña los tuvo aún á pares ? Tántos fueron, que no acabaríamos la lista; y ninguno llegó á durarle arriba de un mes, porque prontico les cogía pereza, y algo bien

pesado había de hacerles para salir de ellos. No era, sin embargo, de las que buscan: se contentaba con que la encontraran. Su idea era tener novio, ni más ni menos que se tiene sombrilla, ó cajas de polvos. Enamorarse de nadie, nunca se le ocurrió; y en cuanto á los temores de «quedarse» tampoco la mortificaron: tenía por tan seguro su matrimonio, como la muerte, y se hacía cargo de que su media naranja no se la quitarían todas las mujeres juntas; que el marido vendría el día menos pensado, «como haber uvitas»; y se le figuraba que ello habría de suceder de un modo harto extraño é inesperado; pero que así y todo, ella tendría de adivinarlo al vuelo.

Cuando entre las señoras mamás se trataba de los percances del matrimonio y de los chascos que se han llevado tántas con los maridos, siempre decía Pepa algo así:

—Pues yo no voy á ser como otras que se enojan porque el marido bebe; nó, señor: los hombres deben beber sus tragos, y emborracharse también, si les da ganas... Para eso son hombres!... Y si les gusta... hacen muy bien! Si yo fuera hombre... ¡miren!... es decir!... Sería lo más cuarto!... ¡Ver á un cachaco á media caña, de sombrero á un lado, y en un buen caballo... hastai!

—¡Virgen Santa, qué muchacha ésta!—le solía replicar doña Bárbara—¿Y vos sí tenías cara de casarte con un aguardientoso?

—Si me gustaba..., demás!

—¿Y si te pelaba?

—¡ Yo también le daba duro !... ¿ Es decir que las mujeres somos santos de palo ? Nó, señor !: Si uno se mete á bobo se lo comen !... Si mi marido me va á pegar... ¡ le pasa raspando !

Diálogos semejantes eran frecuentes entre madre é hija, y ésta sostenía su opinión, aun delante de don Pacho.

Pepa no era una beldad, ni mucho menos: Si no mal parecida no podría citarse, ni por el palmito ni por las formas. Pero el aire, señor !... Dijo Dios: « Toma garbo y garabato.»

Si apta era para el canto, para hablar era artista: Sin artificios de ningún linaje, engrosándola sin enronquecerla, adelgazándola sin atiplarla, daba á su voz las inflexiones más graciosas, más suaves, á la vez que más marcadas; inflexiones tanto más agradables, cuanto Pepa, por instinto oratorio, probablemente, las ajustaba al carácter de la conversación con un tino y una facilidad que envidiaran grandes actrices. Al tenor del hablado era el lenguaje de acción.

Su carcajada, entre relincho, oído de lejos, y arrullo, oído de cerca, acababa sin dejar rastro, ni en los músculos, ni en los ojos, y era tan alegre, que inoculaba á todo el mundo los microbios del regocijo.

VII

LA VENGANZA

I

ELLA vió en las amorosas morisquetas del caucano, algo como una provocación. Imposible ocurrírsele que eso fuera en són de venganza; pero sí se le ocurrió desde luégo que todo era por disimular *la tupa* del día anterior.

El descaro del mozo, aunque le pareció ensayado para el caso, no la sentó mal, mucho menos cuando la encontraba cesante, por haber mandado á paseo, dos días hacía, al último pretendiente. Y en cuanto á la provocación, así se las dieran todas: ¡ Yá vería *El Vaniao*, si se metía mucho !

Contentísimo se fue éste de la esquina por el buen comienzo de su empresa. Precisamente que « un cuarto » de la laya de esa condenada era el más aparente para ser burlado. Él le iba á « quitar los brinquitos y las *malcriadezas* ». Cabalmente que las feas como Pepa deberían ser muy urbanas. ¡ Pasara una malcriada bonita !...

Fuése á Bermúdez y le contó lo acaecido.

—¡ No te metas de á mucho con esa !—le dijo éste—Te la vuelve á hacer pasar... muy fea !

—¡ No seas animal !... Ayer me cogió de sorpresa, ahora estoy prevenido.

—Pues cuenta, pues!... Y acuérdate de Calderón.

Martín contestó con una carcajada, y exclamó en seguida:

—¡ Ah bestia!... ¡ Enamorarme yo de esa tarasca ?... Yo, José ? Nó, mijo !: ¡ la mujer que me enamore á mí, no es de esta tierra !

—Será del cielo !... Pero no eches cañas, Galita.

Al otro día, desde las cinco, yá estaba el caucano haciendo las mismas piruetas.

Solo, ó con *candelero*, en la esquina, en el paseo, en cualquier parte donde Pepa se hallase, siguió empalagando tres semanas mortales, y todo perro y gato se enteró de los coqueteos.

Al cabo de este tiempo le dijo Bermúdez:

—Déjate de esas bobadas; si en eso consiste tu venganza, estás más vengado que Monte-Cristo.

—Nó, mijo !... ¡ Si todavía falta el trueno gordo !... Deja que se presente una ocasión en que haya harta gente reunida para trancarle bien alegre... y á un ratico írmele y dejarla esperando toda su vida... ¡ Está más enamorada la dientona !...

—¿ De quién ?—preguntó José, con fingida curiosidad.

—¡ Qué pregunta !... ¿ De quién, pues ?

—No adivino... si no me lo dices.

—¡ Pues de mí !... ¡ Qué caray ! ¿ Te parece muy particular que alguna mujer se enamore de mí ?—repuso Martín, muy enojado.

—¡ No me vayas á comer por eso !... Nada raro me parece que se enamore de tí cualquier mujer... ¡ menos Pepa Escandón !

— ¡ Pues, para que lo sepas, está más enamorada de mí, que un palomo azul !

—No hay tál, Galita ! El palomo eres tú... por lo cándido.

— ¡ Pues si todavía le falta un punto para estar perdida—repuso el palomo, muy herido y con aire amenazador—yo haré que no le falte !

—Déjate de cuentos !... y vámonos para *El Edén*, que ahí viene el tranvía. Con unos buenos pacheros en la cabeza, te hablaré del amor. ¡ Yo sé mucho de eso, Galita !

II

En una de las iglesias de la ciudad se celebraban las últimas funciones de cuarenta horas.

Martín se encontró con Pepa al llegar á la plazuela. Ella iba presurosa, porque temía llegar tarde. El la siguió al templo: era ésta la hora preciosa para remachar el clavo de la venganza.

La iglesia, profusamente iluminada, estaba de bote en bote. Pero Pepa, con aquel modo que tienen las hembras para escurrirse por entre el gentío, sobre todo en las iglesias, se coló por la nave derecha y llegó junto al púlpito. Una vez allí, registró con los ojos por todos lados, como buscando algo; hablóle en secreto á una señora; ésta replicó incomodada; Pepa hizo ademanes

enérgicos; hízolos la señora; la muchacha insistió; la señora se quitó del reclinatorio, lo alzó con violencia y se lo entregó á Pepa, pero conservó su puesto. Pepa, con el mueble en alto, permaneció en pie entre el apretamiento, atisbando un claro. Unas sus amigas, que estaban á mucha distancia, le hicieron una seña: Pepa, asiendo á dos manos por el espaldar del reclinatorio, con riesgo de descalabrar á más de cuatro, se abrió paso otra vez, llegó al punto señalado y se acomodó. Por el surco que ella rompía se metió Martín, muy fresco; y á tiempo que Pepa se arrodillaba, llegó él á una pilastra, en donde se recostó, muy sí señor, entre todas las mujeres, que se pusieron furiosas de ver á ese descarado que había ido á pasarles los codos por la cara y á cometer irreverencias ante el Amo Patente.

El decorado del templo es una alegoría de la aurora, probablemente. Desde la bóveda central, y de unas astas que rematan en ramillete, penden á lado y lado linones azules y amarillos, rosados y blancos, los cuales, después de formar una ondulación y un trabadillo, se recogen de dos en dos en cada pilastra, donde se meten por una corona y luégo se abren en delta, prendido con puntillas. En cada linón relumbra un sistema planetario de papel dorado. Por las columnas trepa, en matemática espiral, un bejuco de linón verde, con flores de linón rojo, tan fenomenal, que debe ser, por lo menos, la flor de *Lililá*, que olvidaron los Linnéos.

En los tableros del estucado tabernáculo, compi-

ten en formas y colores, sendos perendengues de papel: éstos, como rosetas, aquéllos, como escarapelas, estotro, una mariposa pintiparada. Arriba, un par de angelotes, con mucho tirabuzón en el cabello y no poco esponje en las faldas, enarbolan sus banderas, estrelladas también y con el monograma de Cristo en letronas de fantasía.

Abajo, un parche abigarrado de *bibelots* cubre ancha gradería; paralelas de candelabros multiplican las luces en el cristal de sus pantallas; cumbres de azucenas brillan, más inmaculadas aún, entre los profusos jarrones de encendidas flores ; el racimo y la mies, santificados por el símbolo, forman, acá un risco, allá una cimera; ajíes y naranjas, limas y rejalgares se elevan en pirámides, como los humildes ensalzados del *Magnificat.*

Barriles de hiraca, de biao y de achira, forrados en rizos blancos, se codean, más abajo, con las macetas de gloshinias, margaritas, primaveras y otras matas no menos distinguidas. Por entre esta vegetación asoman doradas jaulas con canarios, turpiales y mochuelos que se agitan, medio asfixiados, en esa atmósfera de fuego. Y todo muy equidistante, geométrico y aglomerado.

Arrodillamiento y persignada generales indican que el rosario va á empezar.

Pepa saca uno de nácar, muy rico por cierto, se inclina sobre el brazo del reclinatorio y baja los ojos. Martín, cuñado de mujeres, es el único que está en pie, sin saber á qué santo encomendarse para distraerse en ese rosario ineludible, porque salir de donde

se metió.... ¡Y para eso que Pepa no quiere esta tarde darse por entendida! El galán bosteza y pasea la mirada por los linones.

El rùmor del rezo llena la iglesia. ¡Modo más curioso de hablar con la Virgen y el Señor!: El primer misterio glorioso, tál y cuál cosa, y cuando el cura va en el *Señor es contigo*, lo atropella la gente con el *Santa María*, y sigue atropellándolo, hasta que el cura se contagia y los atropella á todos, de tal forma que aquello se vuelve una titiritera de padrenuestros y avemarías, que ni un mercado.

A cada campanillazo, anunciador del *Gloria Patri*, Martín le hacía algún visaje á Pepa. Se le quería figurar que no era tan tarasca: como que tenía mano bonita; como que pasaba las cuentas del rosario con cierta gracia; y, viéndolo bien, como que no le sentaba mal el traje negro: ese prendido de la mantilla, con el encaje hasta las cejas, con una punta vuelta por detrás y recogida adelante, era cosa de *cachaca*.

El desigual rumor se convierte en un zumbido desacordado y monótono. Las mujeres croajan como lechuzas, los hombres hacen el *cucarrón* que se estila en nuestros colegios: es el *Ora pro nobis* de las letanías. Antes de que terminen las zumbadas, entónalas el coro gregorianamente.

Aparece el orador en la sagrada cátedra, y muchos hombres en las puertas del templo. Se oye ese sonar de faldas, ese sacudir de los pañuelos en que los varones se han arrodillado, ese movimiento general

que indica que todos se aprestan á escuchar y á entender mucho. Tose el jesuíta; tose la gente. Restablecido el silencio, y, mientras el orador, tricornio en mano, recita á media voz el latinajo del texto, Martín le echa á Pepa un *pespunte* cerrado, también á manera de epígrafe resumidor de la tesis que los dos iban á desarrollar con la elocuencia de los ojos. Pero ella ni alza á ver. « Cuando vamos en medio sermón,—se dijo él,—¡yo te contaré un cuento! »

El orador principia reposadamente. Su voz va subiendo por grados, armoniosa, flexible, varonil; su verbo, nutrido, afluente, casi pletórico, se va produciendo, encadenado en una dicción que, ya se adorne con las galas de la Retórica, ya tenga la lisura de la Dialéctica, embelesa siempre. La acción sobria, lo expresivo del rostro, lo animado de la mirada, más que la palabra misma, hacen que sea orador, orador de estilo, orador verdaderamente lírico. Hermano de Coloma, sabe envolver la doctrina en el arte. Discípulo de Fáber, se muestra teólogo profundo, al par que poeta.

El amor de Dios á sus criaturas, este amor que le obligó á quedarse con ellas en el Sacramento, era el tema que desenvolvía. Iba yá en el final de su discurso; y Martín, con tántas mamarrachadas como había hecho, no pudo conseguir que Pepa lo mirase, de reojo tan siquiera; por lo cual hubo de aquietarse un poquito.

Bajó el predicador. Gala volvió con avidez hacia ella, y nada. Por lo visto, era una fanática.

Hay un momento de agitación. Algunos caballeros, á codazo limpio, avanzan hasta el altar. Sacristanes y dependientes de la iglesia bajan repartiendo cirios; y, primero, saltonas como cocuyos, luégo en constelaciones, aquellas luces se propagan, se juntan hasta formar una sola. El palío de fleco de oro y emblemática bordadura se alza y se despliega, undoso, cabrilleante. El Gobernador del Departamento recibe el guión, los demás altos funcionarios se reparten las varas; los monaguillos de sayal rojo y repulgado roquetín toman la Cruz y los ciriales, y van abriendo calle por la nave central. Su Señoría Ilustrísima se levanta, allá en su solio de púrpura, y, revestido de la capa pluvial, sube por unas gradas que se han colocado ante el *Sancto Sanctorum*. Como poseído de santo recelo, toma con el amaisal sagrado El Santísimo Sacramento. Entónase el *Pange lingua*, échanse á vuelo las campanas, agítanse esquilones y campanillas; y el palio cubriendo La Majestad, el guión precediéndola, vuelto hacia Ella, los ciriales, las luces, todo, se mueve lentamente enfilando por la estrecha calle.

El bochornoso ambiente, recalentado con tánta llama, se perfuma con el humo que de los agitados pebeteros se levanta. Por un movimiento simultáneo, reflejo, aquella muchedumbre postrada de hinojos, á medida que la procesión avanza, va girando, girando, hasta dar la espalda al desierto tabernáculo.

No es sino un disco blanco, entre cerco de metal, lo que la mirada alcanza, y, sin embargo, se

siente un estremecimiento extraño, algo como fiebre de adoración: las caras se transfiguran, muchos ojos se cierran, muchos se abren fijos, con no sé qué pasmo, muchos se humedecen con una lágrima. Dijérase que por el cerebro, por el corazón de esa multitud, pasa una ráfaga del cielo.

III

¡ Qué ocasión se había perdido !. . El fanatismo era lo peor. La malvada función, que vino á acabar yá de noche, cuando Pepa no podía verlo. Pero eso no se quedaba así. ¡ De ningún modo !... La ocasión vendría evidentemente, y entonces... ¡ guay de tí, Pepa Escandón ! A la tarde siguiente, por si acaso, volvió el vengativo á la esquina.

En la puerta estaba la niña, con un visitón de siete amigas, cuyos trajes rameados, á estilo de colcha, hacían resaltar, desde lejos, el de Pepa, que era de tela ligera y sonrosado. Por haberse bañado poco antes, llevaba el pelo destrenzado, cogido con una cinta; las mangas semicortas dejaban ver los antebrazos ceñidos con pulseras negras; en el pecho, sobre una cascada de franja, se había prendido con desdén un manojito de heliotropo.

Martín no podía explicárselo; pero no sólo no le pareció tarasca, sino que hasta bonita la encontró, con ser que en el grupo ése había dos muy hermosas. Era que uno se acostumbraba á todo, y la vista más.

Ella se quedó muy desentendida. El tampoco

hizo los ojos y ademanes que solía: se puso á verla quieto y sosegado.

Eh! ¿Tendría telarañas en los ojos? ¡No haber notado que era mujer muy bien hecha!... ¡Vea usted!

Las niñas se entraron. A poco preludió el piano, y la voz de Pepa se oyó.

Martín sabía que cantaba, pero nunca la había oído. Desde las primeras notas sintió como un frío de felicidad. Era una canción de amores: el aire, de bambuco, tierno, apasionado; la letra de Selgas... «llega, suspira, y me aguarda», dijo la voz, y se apagó.

A éstas llega José Bermúdez, por detrás de Martín, y, dándole una palmada en el hombro, le dijo al oído: «Lanza, no caigas al suelo, que nos comen los pijaos!», y siguió de largo, sin esperar réplica. Martín se dio una corrida... y se fue sin saber á dónde. Le parecía que todos se iban á burlar de él.

¡Aunque «eso» se quedara así, no volvería jamás á esa esquina!

Mentira: al otro día vino más temprano. Pepa salió, le dio un espaldazo formidable, se entró y ni á la puerta ni á la ventana volvió á asomar toda la tarde.

Lo mismo sucedió al otro día y en los cuatro siguientes.

El conmovido corazón de Gala reventó entonces. No era un enamoricamiento de un día: era una idea clavada, una necesidad del alma que nunca había sentido. Ninguna de las muchas novias como había te-

nido, ninguna le inspiró jamás eso tan intenso, tan insistente que le acosaba ahora. Ni en el mundo podía haber otra capaz de tánto ; porque Pepa se le antojó una mujer excepcional, única en la excepción. Tan violenta fue la voltereta, que la escena de los confites, causante de todo, vino á ser para él uno de los rasgos más encantadores de esa mujer sin igual. El había sido la víctima en ese rasgo, era cierto; y por ello ¿ dejaba Pepa de ser más picante, más espiritual, más rara ? Nó, que antes aumentaba sus hechizos. Una mujer común mal podría tener ese desparpajo para el coqueteo, esa finura en la burla, esa gracia hasta para rezar. Lo que él tomó por mala crianza, por desenvoltura, esa era precisamente la gran cualidad de Pepa: « otra niña, corazón de pollo, se hubiera corrido con una palabra ». ¡ Y el talento que revelaba eso ! Esa mujer sí lo podía comprender á él; porque ella debía amar con pasión, con delirio; debía amar como Carolina Lam amó á Byron ; y después de todo, ese canto era el de un ángel.

El se abismaba en estas consideraciones, y guardaba el secreto á sus amigos; pues ya se suponía las burlas de Bermúdez y Mazuera. Sólo á *Cañasgordas* confió algo de lo que en su corazón pasaba.

Rondando día y noche la casa de Pepa, persiguiéndola en el templo, en la calle, pasaron muchos días, y todo en balde, porque ni una mirada consiguió. Exaltóse más con los desdenes; solicitó las casas frecuentadas por Pepa; y buscó ocasión de relacionarse con sus dueños y visitarlos, á fin de ponerse al

habla con ella. Pasando por intruso consiguiólo, y peor que peor: Pepa lo enfermó más con su conversación, con su desenfadada charla, y le mantuvo tan á raya que no pudo ensayar con ella ni el más común de los requiebros; pues, sobre no darle lado la muchacha, se sentía tímido y cohibido en su presencia. Vergüenza de sí mismo le daba al verse tan pacato, él que se creía capaz de requebrar á todas las hembras del mundo. Desalientos y tristezas le manteaban el alma, y el amor para arriba como espuma. Quiso sacar mucha dignidad, mucho orgullo, y hacer con estos elementos un dique que atajese la corriente de su amor; pero hubo un concierto en que Pepa cantó; Martín la oyó, y el amor echó tal crecida que no valieron diques. Dio entonces en comunicar sus cuitas amorosas á todas las amigas ó conocidas, y tan ingenuo estuvo con ellas, como reservado con Bermúdez y Mazuera. Más de una, á sabiendas de que Pepa se burlaba de él, de que lo llamaba *El Vaniao* y *El Lombriciento*, se prestó á desempeñar el correo y la telegrafía del amor. A más de recaditos que ardían en un candil, hubo un par de cartas que « *currucutiaban* en la mano »: pues la señora y « dueño de mi alma » (así decía en una) riñó con las zurcidoras de voluntades, y les atajó el paso á las correístas.

El enamorado caucano no sabía qué hacerse, ni en parte alguna tenía sosiego. En casa, « que ni perro con gusanos », decía Marucha, y en la calle, todo era ir y venir de un punto á otro, pasar por la casa de la ingrata y plantarse en la esquina, casi inconscientemente.

Yá no daba bola en el billar, ni se entusiasmaba jugándolo; en *El Edén* no permanecía arriba de veinte minutos; *el trago*, en antes tan alegre y reidor, lo ponía ahora asaz parsimonioso de lengua y recrudecido de corazón. Para sus amigotes de parranda había perdido los encantos; pues hasta la manía de obsequiar se le iba quitando.

Otras veces le daba por quedarse en casa tres ó cuatro días, echado en la cama fumando y leyendo la biografía aquélla, ó dándoles fatiga á las viejas que, no impuestas de lo que pasaba, ni á figurarse alcanzaban que el aburrimiento de Martín pudiera ser cosa de amor, ni menos de desdenes de novia; pues primero hubieran creído ellas que los bueyes vuelan, que suponer tan sólo que existiese mujer alguna de tántas agallas que le fuera á hacer el gesto al caucano. Tanto como todo esto les parecía.

Con tales enclaustradas y lecturas se iba fermentando de tal suerte, que su amor se le imaginó en el mismo grado, si no más alto, que el de Carolina Lam por Byron. Si Pepa no le correspondía al fin, él moriría loco, de la propia locura de Carolina. Esto era axiomático. Se sentía capaz de poner por obra todo cuanto hizo la abrasada lady, y mucho más.

Para pintarle su pasión al *doctor Cañasgordas* le decía: « ¡ Mirá, hombre, me duele todo este lado !—y señalaba el izquierdo, del hombro al pie.—Examíname á ver si tengo hinchado el corazón ! »

El doctorcito tenía yá agotada su terapéutica con Galita, y la temperatura no le había bajado. Este

quedó en que, si el asunto no tomaba otro sesgo, se pegaba un tiro indefectiblemente. ¡ Al manicomio no lo llevaban á él... aunque fuera por Pepa ! ¿ Y qué iban á hacer en su casa con un loco ?

Con todo, un consuelillo tenía en sus quebrantos, y era el pensar que Byron también fue desgraciado en su primero, en su único amor. Como él, había llevado el poeta « una estaca de macana clavada en el corazón... y eso que María no fue como Pepa ». Ahondando este pensamiento, se le vino de presto el de ser poeta también. ¿ En qué estaría pensando que no se le había ocurrido ? ¡ Cuánto iba á aliviarse al exhalar en versos ese pesar tan negro ! ¡ Y lo que le gustaban á él versos de amor ! ¿ Sería capaz de hacerlos así... poco más ó menos como los de la carta de *El tren expreso?* Esos de cuatro renglones eran tan lindos... y no debían de ser trabajosos. Si era capaz !

Y entusiasmado fuése á casa de José, y, sin comunicarle sus proyectos, se trajo un tomo de Campoamor. De vuelta, se le ocurrió que sus versos debían ser como los de Byron, y ni uno sabía de él; por lo cual se volvió á José, que no tenía las obras del poeta; y, ¡ oh desgracia ! sólo pudo recitarle algunas estrofas de una traducción de Arcesio Escobar, que nada bonitas que le parecieron.

VIII

ESTROFAS Y PESCOZONES

ERDADERO vate, iba á cantar por obra de adivinación, como los pajaritos que nacen aprendidos; pues es de saberse que Martín no había estudiado Métrica, pero ni del diccionario de la rima tenía noticia. ¿ Qué importaba ? ¿ El amor no hacía siempre los poetas ? Sí, y por cierto que los versos casi todos eran de amor. El suyo iba á surtir aquel chorro de lágrimas, porque sus cantos debían tener todos los toques, todos los dobles del dolor. No podía ser de otro modo, siendo la pasión tan profunda cuanto mal pagada.

Que «*cuando el amor dicta, la pluma corre*», dijo alguno que debía entenderlo; pero á nuestro enamorado no le corrió, que se le atrancó desde el comienzo. O porque su estética fuese tan indómita y violenta que no se dejara meter en molde alguno de estrofa; ó porque fuera tan lánguida y poco viable que no diese sujeto qué amoldar, es el hecho que Martín se quebraba la cabeza, pujaba, emborronaba cuartillas y más cuartillas, y los tales versos no le salían. La maldita carta del tren no se prestaba á calcos, ni á recalcos, ni á nada. ¡Fuera á la quinta porra el diseño... y Campoamor y el proyecto !

Pluma y papeles volaron lejos, cuando á ésas se le vino esta estrofa:

« Yo soy el labio, tú eres la sonrisa
Yo soy la lira, tú la inspiración, etc.»

Y tras ésta hasta una docena que se le parecían como un vidrio verde á la esmeralda de Muzo.

¡ Qué hallazgo ! Ni un tirabuzón. Al momento fue Pepa « la brisa perfumada » y él, « un arbusto que esa brisa mece »; ella, « la palma al cielo levantada » y él, « un abrojo que en el campo crece »; ella, « la luna de fulgor plateado que alumbra el porvenir de Martín Gala »; éste, « el turpial que canta enamorado entre una jaula, adorno de la sala ». En fin, no hubo qué no fueran él y Pepa.

El paralelo se interrumpía de vez en cuando por una sarta de abalorios no menos poéticos, con sonajas de querella. Verbigracia:

« Mi blanca paloma...! Mi bien...! Mi tesoro...!
¿ Por qué me desoyes ?... ¿ Por qué no me miras ?
No sabes, ingrata, que te amo y te adoro
¡ Y tú ni me nombras... ni por mí suspiras ! »

Descorchado, pues, el muchacho, picada la vena poética, chorrearon las estrofas á borbotones. Martín se sintió en las cumbres del Parnaso. ¡ Aquello sí era poesía pulpa ! Tales alumbramientos pasaban á puerta cerrada; y por más que Marucha metía ojo por la cerradura, por más que cavilaba é inquiría, no daba en el chíspite.

A Ella, se intituló la primera composición; *¡Ingrata!* la segunda; luégo vino *Amor Eterno*, y así fue viniendo cada gatuperio que temblaba Apolo.

Muy grande debe de ser el pudor del genio inédito, cuando Martín guardó sus poesías y la conveniente reserva en los comienzos. Pero, deseoso de hacer llegar hasta *Ella* las dos más bellas, resolvió mostrárselas al *doctor Cañasgordas*, quien, hallándolas de lo mejor, hizo que Martín se las leyese á otros estudiantes, peritos en la materia, los cuales las pusieron en las nubes. Halagada la vanidad del poeta, perdida la vergüenza aquélla, les espetó todo el repertorio. Exito completo: lo excitaron á que publicase ese mundo de hermosura.

Yá no se paró en pelillos: á quien quería oírle le leía ó le recitaba. La fama del nuevo poeta se regó por la Universidad, y allí fue á que le oyeran, y obtuvo estupendas ovaciones. Pero ni una letra á Bermúdez y Mazuera.

En ausencia de éste, rodeado en el cuarto de varios amigos, leía Martín la poesía *A Ella*, que iba á enviársela corregida y aumentada, escrita con muchos floreos por hábil calígrafo. En la mitad de la lectura iría cuando entró Mazuera. El lector perdió mucho la entonación; pero siguió leyendo. Mazuera guardó tánto silencio y estuvo tan atento, que Martín, que le miraba de reojo, comprendió que fingía.

—¡Qué lirismo, qué sentimiento!—exclamó el estudiante, no bien acabó el poeta.—¿Eso es de Bécquer?... Nó: no lo he visto en las *Rimas*. Eso debe de

ser de Peza... ¡Qué poesía tan nueva!... ¡No he oído nada más bello!

—¿De Peza?... Aquí está el Peza—dijo tocando á Martín uno que cayó en la red.

Mazuera abrió los ojos, luégo la boca, levantó los brazos, los juntó con cruzamiento de dedos y dijo:

—¿Tuyos, Galita?... Tuyos?... Imposible!

—¡Pues no es artículo de fe!—replicó éste, montando en cólera.

—Tuyos?... Pues te aseguro que si no moriste en el parto, no escapas de la fiebre puerperal... desgraciado!

—¡Miserable, canalla!—aúlla Martín palideciendo y lanzándose contra el burlón—Me has cogido de mingo!... y suena un pescozón. Mazuera se lo devuelve con otro que hace bambolear al poeta.

Los estudiantes se interponen y los sujetan.

—Lárguemen!—grita Martín—¡Lárguemen para escupirle la cara á aquel maldito!

—¡Corran por el cura!—vocifera Mazuera—Pero ligero, que la fiebre poética le ha dado con loquera!... ¡Corran, que mi compadre Bécquer es muerto!

Las viejas son las que corren.

—¡Qué es eso, mis hijitos, por la Virgen!—clama Marucha—¿Dándose cocas como negros? ¡Válgame... ¿pero eso á cuenta de qué?

Nadie contesta. Entre ellas y los muchachos agarran al furibundo Bécquer, y mal de su grado lo sientan en la cama, desatándose él en improperios contra

Mazuera, que oye todo como si tál cosa. Calla al fin Martín y calla el auditorio.

El burlón, que en el fondo era un buen muchacho, aprovecha el silencio y dice con toda formalidad:

«Señores: Delante de ustedes y de las viejas pido perdón á Martín. No tuve la menor intención de ofenderlo: únicamente de bromear, como tengo de costumbre. A todos ustedes pido también perdón, porque con mis necedades les he hecho pasar un mal rato. No crean ustedes que entre Martín y yo cabe disgusto: el pescozón que me dio no me duele ni física ni moralmente; y estoy seguro de que á él le pasa lo mismo con el que le dí yo. No crean, tampoco, que mi burla á los versos fue de veras; nó, señores: sin pretender igualarlos con los de Peza, como dije en chanza, me parecen bastante buenos... Supongo que no me harán el deshonor de creer que digo esto por miedo. He dicho.»

Viejas y mozos aprobaron calurosamente tan juiciosas razones, y, como olivas de paz, rodearon al poeta, que no chistó palabra, aunque, por la cara, bien se le veía que la furia se le iba pasando.

Cuando los tres estudiantes estuvieron solos, Mazuera se acercó á Martín, y haciéndole un pase muy cariñoso por la frente, le dijo:

—Hombre, caucano, ¿se te pasó?... Valiente viaraza! De éstas no te había visto. Pusimos función. ¿Quedaste satisfecho con mi discurso?

—Sí y nó: Con tu discurso sí... pero la rabia

que me hiciste dar, todavía no se me ha pasado.

—Pues que se te pase, porque tengo que decirte una cosa.

—¡ Díla !

—¡Nó! Cuando estés en completa calma; ahora nó.

Llamaron á comer, y de sobremesa, como se sintiese Martín yá sereno, dijo á Mazuera:

—A ver: díme lo que tenías que decirme, que yá se me pasó.

—Pues si te crees yá aplacado, te lo digo ; si no, nó, porque te vas á calentar otra vez.

—No tengas cuidado: dílo, que no me enojo.

—Bueno, pues, siéntate, y vamos por partes: Primero que todo, es que los versos no se los mandas á la Pepa... ¡ No abras los ojos !... Es que no te lo consiento, porque eso no es verso ni es nada, y se va á reír de tí más de lo que se ha reído hasta ahora. Tú me estás guardando el secreto de tus coqueteos con la tal Pepa; pero los sé de memoria, como los sabe todo el mundo.... Lo otro es que no te metas á poeta, ó si te metes, no muestres tu versos, porque te pones en ridículo. En la Universidad te están comiendo por esto. Ve: entre los admiradores de tus poesías hay unos que entienden tanto de esto como yo de pedacear medias, por ejemplo, el doctor Cañasgordas, que no me dejará mentir; hay otros menos zoquetes que te ponderan por delante para darte cuerda, y tallarte bien tallado por detrás; otros, y éstos son los más, que te adulan para sacarte tragos, montadas en coche, tranvía y cuanto les da su gana. Otra

cosa: si de veras estás enamorado de la muchacha, —cosa que dudo mucho,— si estás porque te corresponda, en lugar de andar por ahí como perro velón aullando de fatiga y contando lo que sientes y lo que no sientes, hazte el disimulado, el desdeñoso; que las mujeres se hacen de mi alma cuando le ven á uno ganas, aunque ellas tengan más. Qué opinas?

Martín, comido por dentro, no contestó al punto, y luégo, con aire que quería ser calmoso y que resultaba contrariado, dijo:

—Muy bien; pero ¿no dijiste hoy mismo que mis versos eran muy buenos?...

—¡Oh vanidad!—repuso el boquifresco—Te duele mi franqueza y no se te da nada que los demás se diviertan con tus tonterías!

—Nó, no me duele... pero te contradices!

—No te digo!... La viveza te va á matar!... ¡Pero, hombre de Dios, no seas tan botón de rosa! Si dije que tus versos eran muy buenos, lo dije porque debía decirlo; por cubrir el expediente; porque á esos animales que te oían se lo podía hacer creer; porque una cosa se dice en público, y otra en privado; porque no quiero que quedes en ridículo; por todo esto lo dije... ¿Qué opinas tú, Cañasgordas?

—Pues, hombre—contestó el pachorro del mediquillo,—estuvo bueno que hubieras dicho eso... Tal vez sí sería cierto que se estaban tirando á Galita, porque yo los vi matarse el ojo y que se codeaban...

—¡Los viste!—saltó el poeta echando lumbres—¿Y por qué no me dijiste para haberlos reventado?

—Hombre... no me atreví.

—¡Traicioneros!... ¿Por qué no se reirían por delante?

—¡Bendito sea mi Dios!—exclamó Mazuera—¡Y después dicen que la inocencia diz que se acabó!

Y aquí siguió con toda formalidad dándoles matraca á más y mejor, y sentó en conclusión, que tanto el poeta como el médico eran unos bienaventurados. *Cañasgordas* convino en todo; algunos reparos puso Galita; pero no obstante tuvo de confesarse á sí propio que Mazuera estaba sobrado de razón; por lo cual, después de disculparse como pudo, le contó de largo y tendido cuanto hasta allí le había callado, expresándole la seriedad de sus amorosas pretensiones. Tántas filosofías de caporal, tánta dilucidación de Pero Grullo le metió el bachillerón de Mazuera, que Galita, convencido del todo, determinó tomarlo por consejero y consultor.

Que es tanto como decir que le dio en la vena del gusto; pues para aquél era la gloria misma dirigir y tomar parte en todo. Después de larguísimo parlamento, se acordó:

1.° Que el comercio con las musas debía ser, caso de continuarlo, con suma reserva, como cosa de contrabando que era; 2.° Que con Pepa, como si nada hubiese; 3.° Que en las tan anunciadas fiestas de Agosto, que yá se aproximaban, era ocasión para abrir operaciones, con la seriedad y la *cachacada* que el asunto requería; y 4.° Que Mazuera dirigiría todo.

IX

DESPUÉS DE UN GUSTO...

I

SENTADO en la tarima del ropón, medio recostado en los cojines y con mucha desgana, tomaba Agustín una taza de leche. ¡Cuán quebrantado le dejó el colérico ataque! Cuatro días estuvo postrado en cama, y hacía apenas la primer levantada. Con ser que se había dado su mano de cosmético, le repuntaban blanqueando unas púas por la cara que lo desmedraban no poco. Durara un día más la enfermedad, y entre cámaras y bascas, gorgorismos y calambres, dieran cuenta del señor. Yá se ve: para tántas rabias en montón como le hicieron dar ese domingo, antes fue poco el ataque.

A los tres días después de levantado, yá estaba cariliso y con los retoques de siempre, y yá era hombre de pasear por los corredores y de hablar recio. Apenas se iba dando cuenta de todas las ofensas que le habían irrogado.

Cuando, tras empedernida inflamación, viene la lanceta y chuza, el chorro salta espeso inundando cuanto encuentra á su paso. Así Augusto: sin poder hablar á causa de los males, se le fue formando un acce-

so tal de ira, que, no bien pudo desatar la lengua... el Señor nos asista!

Para "esa guaricha hija de Pacho Escandón" y compañeras de pelea; para las Palmas, desde don Juan hasta el gato; para los alguaciles, para todos alcanzó, y hubiera sido capaz de dar abasto á la ciudad entera.

Pero la causa de todo habían sido "esas ñapangas de las Palmichas." ¡Pues allá verían las muy tales por cuales!

Ellas, entre tanto, por temor de disgustar á papá, se lo ocultaban todo; y sólo cuando iban visitas de ventana, abrían éstas, y eso á medias. Al portón nadie volvió á asomarse; los niños, para ir á la escuela, observaban mil precauciones; que yá en la casa sabían á qué atenerse respecto á los vecinos del frente.

Una tarde, desde temprano, salieron de caminata las muchachas y don Juan, quedando los chicos al cuidado de la señora, quienes, amedrentados con los gendarmes, no querían salir de la casa. Aburrida del largo encierro, abrió la señora una ventana y se puso tras la celosía á tejer una complicada labor.

Engreída con el mete y saca de los dos agujones de macana, ni de Agustín ni del santo de su nombre se acordaba, cuando Agustín en persona, el aire amenazante, el puño levantado, se acerca callandito y le larga á voz en cuello las mayores desvergüenzas. Cuál se quedaría la señora, que no advirtió á quitarse ni á cerrar la ventana, sino que se estuvo como un palo hasta que Agustín acabó.

Desde los balcones del casino oyeron unos *cacha-*

cos, y comprendiendo que en casa de don Juan no había hombre á esa hora, bajó uno de ellos, con todo y revólver; pero no encontró con quién habérselas: Augusto se había eclipsado. Se había eclipsado al volver la esquina, tomando calle arriba, y muy ufano con "la raspa" que le echó á "esa vieja infame." Mas de pronto, sin saber por qué, se acordó de don Juan, y ¡cosas de convaleciente! sintió cierto frío en las tripas. Fuése derecho al almacén; pero al llegar se detuvo un momento, y se volvió apresurando el paso; caminó algunas cuadras y al fin paró en un despacho.

—Señor Alcalde,—dijo entrando,—vengo á que le eisija fianza á don Juan Palma y á su mujer y á las hijas, porque nos molestan y provocan mucho á mí y mis hermanas... y yo no respondo...

—Está muy bien, señor—repuso el Alcalde;—pero conviene que usted también dé fianza si teme alguna molestia.

—Sí, señor, así debe ser y ojalá sea ahora mismo.

Vuelto don Juan del paseo, y citado por un comisario, acudió inmediatamente ante el Alcalde. No poca fue su sorpresa al enterarse del asunto; y como protestase de los cargos contra él y su familia, contó Agustín lo de los gendarmes, y cómo al pasar éste por la calle no hacía un momento, lo había remedado la señora de Palma desde una ventana, y cómo había tenido que reprenderla. Indignadísimo don Juan, viendo chiquitico al querellante, no tuvo más que dar la fianza de guardar la paz, por él, por su mujer y por sus hijas.

Agusto salió de la Alcaldía como si dejara en ella un peso enorme.

—¡Yá se las eché á la vieja!—le dijo á Filomena, no bien entró á casa—¡Pero te aseguro que no me quedó qué reconciliar!... El Alcalde le eisigió fianza al viejo Juan, y á mí también.

—¿Y vos fuites onde el Alcalde?

—Yo sí... por evitar más molestias.

—¿Y por qué no me avisates antes pa yo haber ido onde esas tísicas y acabarlas? ¡Pero la puerquita de ma Pacho Escandón sí no se me escapa!

Don Juan buscó casa al otro día y se mudó, y dio aviso de que la suya estaba para arrendamiento.

Cuando vieron que don Juan la desocupaba, hubo en la de los Alzates algo como el desbordamiento de un triunfo político.

"¡Yá salimos de esa indecencia!"

"¡Gracias á Dios que se largaron á jeder lejos!"

"¡Yá no estamos sometidos á verlas por la fuerza!"

Estos y otros versículos más sublimes todavía, desarrollaron en los tres hermanos mayores una charla y una gana de reír, que nunca se había visto en hijo de la señá Mónica.

Aunque era por la tarde, hubo piscolabis de trago y bizcochuelos. Agusto descendió desde el olimpo de su gravedad y, á propósito de «las Palmichas,» dijo cuchufletas tan sumamente chistosas, y remedó «la vieja» con tánta chuscada, que á Minita le dolía el estómago de reírse. Ella, que no se derretía por los prenderos, se sintió ese día muy amiga de Agusto y

muy vinculada con Mena,—diminutivo que no usaba hacía años.

Entre Mena y Mina concertaron que el domingo próximo venidero se irían todos á la casita de la finca, á comerse una gallina con arracachas frescas, y que Agusto debía llevar el vino. Bien poco le agradaban á él las partidas de campo y las comidas idílicas; pero tál estaba esa tarde, que convino en todo.

II

Pues no, señor: Patetas quiso que la gallina y las arracachas se escapasen.

Sucedió que esa misma semana vino de sus posesiones de Cauca Jorge Bengala, yerno de don Juan, hombre que tenía un genio que ni pólvora. El tál, al ser informado por su mujer de los asuntos de familia, supo toda la campaña de Palmas y Alzates. ¡Qué explosión aquélla!

Cambió traje inmediatamente, vistióse el sobretodo, aunque hacía verano, fuése al cuarto de las monturas, y, sin esperar el almuerzo, salió para la calle apretando el paso y los dientes; llegó al casino tántas veces mencionado, pidió brandy, y se plantó en el balcón, como quien está en acecho.

La calle, muy concurrida siempre, lo es más á esa hora: Comerciantes, empleados é industriales van y vienen en busca del almuerzo; de colegios y escuelas sale la chiquillería y las partidas de pollitas de traje corto y estrepitoso calzado; *cachacos* y artesanos

entran á las botillerías á libar la deliciosa copa de la mañana.

En la cantina del casino, situada en una esquina, se oía animadísimo entrar y salir, y ese ruido de cristales que se chocan, de saludos que se cruzan, de timbres que llaman, de charlas al vuelo; ruido cantinero y botilleresco, oído sólo en los instantes en que el laborioso medellinense abre un paréntesis (como para signo admirativo) en sus cotidianos, febricitantes afanes.

Bengala, muy desentendido aparentemente, continúa en expectativa desde los balcones del casino. De pronto se yergue, la cara se le infla, baja apresurado y se planta en la esquina. Por la calle que da á la del comercio viene Agusto, sereno, contoneado, disputando la acera, arrollando á los que pasan. Llega á la esquina, y antes que tenga tiempo de volverla, un látigo relampaguea ante sus ojos y cruje en su pecho, y cruje en su nuca, y cruje en su rostro. Aturdido, cegado, se bambolea como ebrio, y el látigo, potente, eléctrico, chasquea y chasquea sobre su cuerpo y da con él en tierra despatarrado y convulso. El látigo sigue: lo hace retorcerse, lo zangolotea, lo revuelca, al misma tiempo que una voz bronca, entrecortada, brama: ¡«Miserable!... ¡Sólo te atreves á insultar á las mujeres, á las señoras!... ¡Cobarde!... ¡No te vale el corsé que te pones para quedar marcado con el fuete!... ¡No te valió la fianza, canalla!...»

Aquello fue como el rayo. La gente se agolpa, se arracima, tropezándose, estrujándose. Entre mu-

chas manos pueden arrancar el látigo de las de Bengala. La batahola atrae nueva oleada de gente, á cuyo empuje caen algunos sobre el flagelado. Pálido como un difunto, cubierto de polvo, la camisa afuera, rotos los tirantes, echando sangre por las narices, yace Augusto en el empedrado. Lo alzan, lo entran á la cantina. La gendarmería rompe por entre el tumulto y Bengala es llevado ante la autoridad.

—¡ Sí, lo merezco !—exclama él. — He ensuciado mi fuete !

Cantineros, dependientes y *cachacos* acuden al herido: le sueltan la ropa, le limpian la sangre, le dan pócima y tratan de aplicarle ventosas.

« Nó, nó, aquí nó !—dice él, entre acecido y acecido—Déjemen !... ¡ Atrevido, traicionero !... Cogerme... cogerme despensionado y enfermo !... Pero... ¡ yo lo mato !... ¡ lo mato !... ¡ lo mato ! »

Sin ver si puede ó nó andar, lo cogen cuatro hombres y seguidos de alborotada turba lo llevan en vilo á la casa, que por fortuna está á dos pasos.

Mina, aunque de trapillo y alpargates, no pudo prescindir de asomarse á la puerta á averiguar qué bulla era ésa. Al ver que traen á Agusto de aquel modo, se retuerce las manos y grita:

—¡ Lo mataron, Dios mío !

—No se asuste, mi señora, que apenas está aporriado—repone un conductor.

—¡ Sí, sí, lo traen muerto!—chilla Filomena apareciendo en el zaguán, y se estriega la frente mesándose el pelo.

Se acerca y ve la pechera ensangrentada.

—¡ Lo asesinaron de una puñalada !... — chilla más alto, y, dando un berrido como de res que degüellan, se va al suelo.

—¡ Nó, hermana, por Dios !—solloza Nieves tratando de alzarla—¡ No está matao ; oiga que diz que fue que le dieron fuete !...

Augusto vaga en la región de los sueños; una nube espesa lo envuelve; no obstante, percibe las últimas palabras de Nieves, y abriendo tamaños ojos, exclama:

—¡ Ah, escandalosa !

La gente invade la casa. Algunas mujeres del pueblo levantan á la prendera y la llevan á la *turquesa* del *costurero*.

Una vez allí, se sacude nerviosa y grita:

— ¡ Pero qué es tánto gentío !... ¿ Hay velorio ó qué ?... ¡ Salgan de aquí, salgan !...

—¡ Vean qué albondigona tan ladina !—replica una vendedora de yerba—¿ Qué pedazo les venimos á quitar ?... ¡ Jártense su pelea ! Y sale seguida de la plebe grande, dejando algunos muchachos rezagados.

Los conductores de Agustín, hallando á mano la cama de Filomena, lo colocan allí, donde se agita un momento. De repente se tira al suelo, llega hasta la puerta del *costurero*, en la cual se apoya, y grita frenético á los curiosos chicos:

« ¡ Rumben pa fuera, vagamundos ! »

Cual bandada de *afrecheros* dispersa por una pe-

drada, sale la rapacería dando corcovos, risotadas y relinchos.

Los conductores, entre los que hay un *cachaco*, van á sostener á Agustín.

—Ay! Ay! no me toquen!—plañe él, y como puede se vuelve á la cama.

El *cachaco*, un tanto embarazado, va á retirarse.

—¡Pero, señor, por Dios! Cómo fue? Cuéntenos,—le dice Mina, deteniéndolo.

Este dijo lo que había visto, atenuando la cosa en cuanto era posible. Al oír nombrar á Bengala, saltó Filomena como una tigre:

—Bengala?... ¡el yerno de don Juan Palma!... Y un verdadero rugido se escapó de su pecho, engarabatáronsele las manos, y quedó con los brazos rígidos, los ojos brotados, más terribles aún junto á las manchas de colorete.

X

LA MAR DE COSAS

I

CUENTAN que las Reverendas Madres Carmelitas de Medellín, para celebrar debidamente la fiesta de los Santos Inocentes, hacen una claustral en que, á más del exquisito pipiripao, hay bureo de guitarra, canto, vueltas y valse redondo con todo y abracijo; y es fama que algunas Madres son tan tremendas, que, en días como ése, se chantan sombrero con pedrada, á lo matachín, se pintan bigotes, remedan los Padres curas, y hacen tántas cosas, que la Madre superiora se pone en mil aguas, sin saber si excomulgarlas ó echarse á reír como una tonta; y agregan que de estas diabluras queda un recuerdo tan grato, que con él suelen endulzar en el resto del año los tedios y aburrimientos, tan crudos en el claustro, al decir de piadosos autores.

Decíamos esto al tánto de que á Medellín, la hermosa, le acontece lo propio: todo el año, muy formal y recogida en sus quehaceres, trabajando como una negra, guardando como una vieja avara, riendo poco, conversando sobre si el vecino se casa ó se descasa, sobre si el otro difunto dejó ó no dejó, rezando mucho, eso sí....

Pero, allá de cuando en cuando, también echa su cana al aire, y hace fiestas á manera de las Madres Carmelitas. Mas no se vaya á creer que es para conmemorar la degollina de Herodes; nó, señor, que se trata de aquella, no menos cruenta, entre chapetones y criollos, que tuvo lugar un 7 de Agosto de... hace muchos años, por allá en el puente de Boyacá.

Como de encargo vendría aquí un cachito crítico—histórico sobre nuestras glorias patrias. ¡ Cuánta erudición luciéramos ! ¡ Cómo encantáramos al lector con aquello del *León de Iberia*, *Las cadenas rotas*, *La virgen América*, *La ominosa servidumbre*, *Los carcomidos tronos!*... Sería un modelo el tal cacho. Pero mejor será no meternos en arquitrabes... y vamos con las fiestas.

Desde que se sabe que el permiso para hacerlas está concedido, todo es animación y alegría. Medellín se transforma. En los semblantes se lee el programa; crece el movimiento de gentes; apercíbese el comercio para la gran campaña ; y la conversación, dale que le darás sobre el futuro acontecimiento, parece inagotable. Los señores dueños de la renta de licores sienten por anticipación esa voluptuosidad que produce el susurro de los billetes y la armonía del níquel cuando van cayendo al cajón arreo, arreo como un chorrito. Los de tijera y mostrador olvidan los sermones contra la usura, y, muy frescos, sacan cuantos rezagos tienen, que, por arte de birlibirloque, se transforman en novedades llegadas un día antes. ¡ Así valen ellas !

Sastres, modistas y zapateros tienden redes donde caen reclutas y veteranos, si no ellos mismos con algún sablazo; *hoteles*, fondas, restaurantes y pulperías surgen de la noche á la mañana llenos de vida y abundancia, convidando á indigestiones y borracheras; los establecimientos de vieja data no se dejan echar el pie adelante de los nuevos, é invientan lo nunca visto, lo nunca oído para sorprender á los parroquianos. Arriéndanse las casas á precios descomunales, y en ellas la carpeta verde y la templada *coleta* esperan impacientes el revolar de los albures, el crujir de *Las muelas de Santa Polonia*, la pintarrajeada ruleta, las hurras del afortunado, los ajos y cebollas del perdidoso. Las barreras y palcos de la plaza principal, vuelta de toros, se estremecen al oír la apología de las cornudas fieras de Ayapel y de Cauca.

Los chalanes de los pueblos se dan cita en la Capital, y caballos, yeguas, mulos, de todo pelaje y condición, encuentran allí quien dé por ellos el doble de su valor: trátase entonces de ponerse á horcajadas y no hay que andarse con reparos. Ni los *talabarteros* finos ni los remendones dan abasto, porque ¿ quién que va á cabalgar en fiestas sale con vejeces ? ¿ Y quién en fiestas no cabalga ?

Y Medellín, en tanto, brota y brota moneda por todos los poros, cual si un sudor pecuniario le sobreviniese, y para todo hay; pues de cicatera se ha tornado en manirrota.

Elabóranse en las zapaterías las más extrañas obras: cuándo las babuchas orientales recargadas de

bordados, cuándo las calzas de terciopelo para algún galán histórico, cuándo la zapatilla á lo Luis XV, de altísimo tacón; porque lo que es sin disfrazarse, nadie se queda.

Y los pobres sastres purgan picardías propias y ajenas ¡desgraciados! Sus talleres son entonces un infierno de trapos y perendengues: por los brocados y tisúes, galones y argentería, aquello semeja una fábrica de ornamentos de iglesia; por los terciopelos, rasos y panas, plumas, alamares y cintas, el taller de una modista en víspera de baile. Y el infeliz que cuando más sabrá quién es el padre de los hijos del Zebedeo, lleva á todas éstas en la aturdida cabeza toda una galería de personajes célebres, los creados por el arte, los tipos de todas las naciones, amén de las fantasías personificadas por la moda ó por el capricho de algún cliente invencionero. Y todo ello ¡válgale Dios! visto por el lado indumedario, y sin más guía que el figurín, ó algún retrato, ó un grabado, cuando nó la ilustración de cualquier libro, ó la receta verbal. A mayor abundamiento tiene que aguantar en la nuca, —y no pintados, sino en carne y hueso—, á los futuros duques de Nevers, á los majos españoles, á los bandidos napolitanos, á los emperadores del Mogol... al Diablo mismo; porque ningún parroquiano desampara el taller hasta que todo el disfraz le queda á su sabor y talante. ¡Así salen aquellas cosas! don Sebastián de Portugal de *pavita* pajiza, el sombrío Felipe II con frac y caponas de gusanillo, el trovador provenzal de clerical manteo.

Esto de disfraz debe de ser entre nosotros cuestión de raza. Bien nos venga de los españoles, tan bizarros en el vestir; bien de nuestros indígenas progenitores, tan pintados de piel, tan apasionados por plumajes y abalorios, ello es que, en mentándonos vestimenta abigarrada, hasta el más estirado viejo se disfraza, siquier con la colcha de la cama. Díganlo, si no, las fachas bigotudas de las Madres Carmelitas.

Aunque en las fiestas hay toda clase de diversiones, bien puede decirse que las máscaras, el disfraz y el baile son las de la juventud dorada y de toda la gente de calidad. Primero en las calles y ecuestremente, por lo charro y matachinesco, máscara al rostro, entre estruendos, carreras, gritos y payasadas; luégo en los salones, á lo serio y á lo rico, á veces sin careta, siempre con cultura, estrechando en deleitoso abrazo á la bailadora beldad.

Porque para bailar se abren día y noche muchos salones, y no como quiera, sino con refinamiento y largueza, con invitación, expresa á las veces, tácita las más, colectiva ó individual, á todos los clubes y varones de calidad que, con sólo dar sus nombres ó el de alguno de sus compañeros, son recibidos con todos los fueros y miramientos del caso. Y como el disfraz es no sólo de cuerpo, sino también de carácter, resulta que los señores más sañudos y avinagrados, y las mamás de más campanillas, se disfrazan, para la recepción, de Amabilidad, de Confianza y de Simpatía, disfraces en que Carreño se sale con las suyas.

¡Oh, padres de la Patria! ¡Oh, Libertad! ¡Por

honraros se hacen tales cosas ; mas no temáis que el recuerdo de vuestras glorias sea tan intenso que llegue á exaltarnos hasta hacer por vosotros épicas locuras !... Por ahora nos contentamos con hacer brotar de nuestras frentes el grato sudor del baile, ó con una borrachera patriótica... á vuestro nombre.

Pues bien: el amartelado Martín está en aprietos. Mazuera, su Mentor, ha tenido que irse á su pueblo por grave enfermedad del padre. Telémaco solo, como Dios y el amor le han dado á entender, está preparando lo necesario para el asalto supremo. Ha calmado la incertidumbre y vuelto á su pecho la esperanza. Los aprestos y preparativos son táles, que si Pepa no se rinde esta vez, es porque no tiene corazón ni sangre en los ojos.

La primera diligencia de Galita fue cambiar *El Melado*, dando un dineral encima, por un caballo retinto, caballo propiamente tál, sin que le falte nada, que parece llevar dentro todos los diablos juntos, según es de azogado, alborotozo y petulante: dos fuelles humeantes, sus narices; la cabeza, pequeña; el ojo quiere salírsele; cola y crines se revuelven en azotadoras madejas; las patas, delgadas y nerviosas, fuertes y flexibles; cualquier ruido le hace temblar y encabritarse; cuando siente en sus lomos montura y jinete, no hay contorsión que no haga, brinco que no dé; y, si alcanza á columbrar una hembra, el solo relincho diera en tierra con otro que su dueño. Pero, afortunadamente, el caucano es todo un señor equitador, capaz de tenerse en un proyectil disparado, en

lo cual cifra uno de sus principales timbres de grandeza, al par que una como seguridad en el triunfo. ¿Y cómo nó, si en el ensayo de la maestranza, que para las fiestas se prepara y de la cual hace parte, todos los concurrentes se han quedado bobos con caballo y caballero?... ¿Qué irá á decir Pepa? Pues «si en el árbol verde se hace esto...»

Las patronas, aterradas, le pronostican muerte con destripamiento y todo, y cada vez que le ven salir en *El Retinto* se quedan con el credo en la boca, lo cual le pone más engreído y satisfecho, por parecerle que el miedo de ellas es la más palmaria prueba del arrojo y valentía que él se atribuye.

Tiene para estrenar una gualdrapa roja, un freno y unos estribos de aro, estas dos prendas tan primorosamente nikeladas, que son la misma plata.

Su sastre le está haciendo dos superfinos, elegantísimos disfraces; uno para lucir en los salones, y en la maestranza el otro. *Las viejas*, ayudadas por él mismo, le fabrican uno de arlequín, de tan prolija labor, que es cosa de tenerlas atareadísimas.

Item más: está ensayando los lanceros, la cuadrilla y el boston en casa de las Bermúdez; y al ensayo, que á veces pára en baile, ni una noche ha faltado; y sus progresos coreográficos han sido táles, que todas las chicas se lo disputan para *parejo*. Entre las mamás que, á manera de las antiguas dueñas, vigilan el ensayo, ha oído varias veces cómo se vuelven lenguas ponderando el garbo y la elegancia «del caucano» y el modo que tiene para bailar. A más de estas pon-

deraciones, no ha faltado alguna jamoncilla amable que le eche sahumerios en su cara; todo lo cual, unido á la idea que de sí propio tiene formada, lo ha puesto que no cabe en el pellejo.

Mas no todo el monte ha de ser orégano: sus acudientes están que trinan contra él. Habiéndose juntado, lo pusieron en la picota, y, como caso de conciencia, determinaron llamarlo para calentarle las orejas por sus desmedidos gastos. Tocóle al más viejo dirigirle la palabra, y Martín no lo dejó acabar para deshacerse en improperios, terminando con la declaratoria de no necesitarlos para maldita la cosa y con mandarlos á freir monas.

—Qué altanerote!—dijo el más irritado de los tres—tan luégo como Gala salió.—Un mozo que no es capaz de ganar un centavo ¡y yá lleva gastados, en dos meses, más de setecientos fuertes!... ¡Y compra caballo por cuatrocientos!

—¡No, señor, no hay sujeto!—replicó otro —Y la señora madre ¡que le den lo que pida, que le den lo que pida!

—¡Ah madres!—clamó el tercero.

Por telégrafo pidió Galita cambio de acudientes, indicando á quiénes quería por táles; y dos de éstos recibieron inmediatamente de la rica viuda orden de darle á Martín lo que pidiera, con la expresa condición de que exigirían los honorarios que á bien tuviesen. El muchacho fue llamado al punto por ambos, y fue tan fino, que á uno y otro pidió suma gorda, de lo que le quedaron muy reconocidos.

II

¡ Llega el día !..

La caravana de máscaras sale desde el alba despertando la ciudad con terrible cencerrada. ¡ Qué tormenta aquélla ! Una banda de cuernos embocados por mozos de potente pulmón, se acompaña con el maullido y el rebuzno de gran número de señores y señoritos que se han vuelto gatas y jumentos. Quiénes lloran á todo pecho con llanto de recién nacido; cuáles, metamorfoseados en arrieros, reniegan como unos condenados. Las bramaderas de sutil tablilla de pino fingen huracanes en el monte. Cosa diabólica parece el sonar de vidrios y guijarros entre tarros de hojalata, que, ora arrastran por el empedrado, ya chocan contra puertas y ventanas; éstas se abren, y asoman caras soñolientas, ávidas de recibir esa primicia de emociones festeriles.

La caravana marcha compacta llenando la calle, y luégo, como río salido de madre, se desborda é inunda la ciudad.

A las doce, Medellín está loca de atar: la alegría, el frenesí, el alcohol, sólo encuentran para expresarse, gritos, aullidos, vertiginosas carreras que, excitando los ánimos, producen contagio general.

Las danzas é invenciones principian á salir por entre el hervidero de gentes. Los improvisados palcos de la plaza, construídos sobre las barreras; las ventas de comestibles, arregladas abajo, tiemblan con la pe-

sadumbre del bello sexo negro, puesto de veinticinco alfileres, arrebol en la ahumada mejilla, perifollos y cintajos rojos por todas partes. En balcones y ventanas de plazas, plazuelas y calles, se agolpa el señorío; que la animación no está circunscrita á determinado punto de la ciudad: dondequiera la jarana aturde.

Pepa tiene en sus ventanas gran séquito de amigas, á cual más emperejilada, el cual séquito, en *rochela*, no le va en zaga á los festeros. Pepa encabeza, por supuesto, y su regocijo, sus locuras, están al orden del día. Salta tumbando taburetes; escarba en el teclado del piano arrancando armonías dignas de la gatuna alborada; pellizca á ésta; saca á bailar á la otra, diciendo cada disparate que hace estallar al séquito en una sola carcajada.

—¡ La fortuna que nadie las oye !—exclama doña Bárbara entrando.—¡ Estas locas ni aun ven nada por hacer bulla !... Asómensen, niñas, asómensen y verán !

Y en efecto, parecía que todas las extravagancias de las fiestas se hubieran dado cita por ese lado. Por las calles que en la esquina de la casa se cruzan, pasan y pasan cosas estupendas: Pajizos *champanes*, con colgajos de racimos de plátanos, que navegan sobre las ocho ruedas de dos carros unidos, tirados por jamelgos, remados por negros de la crema fina, de enormes jetas rojas y apelmazada *pasa* de cerda, los cuales cantan *bambucos* bozales, acompañándose de vihuelas *bravas;* barcos, de la misma traza que los *champanes*, cuyos marineros, muy despechugados con el gracioso traje del oficio, entonan barcarolas de

aire melancólico. Las danzas de artesanos, formadas por gremios, se cruzan y barajan entre jinetes y espectadores, é invaden las casas, donde, después de hacer su respectiva mojiganga en la sala, son regalados en el comedor. Así, á qué quieres boca, corren la ciudad, sin dejar de ir precisamente al tablado de la plaza, que se ha levantado para que se exhiban las danzas é invenciones populares. Allá viene la de *Los gallinazos* abriendo las gigantescas alas, disputándose un mortecino que parece de mastodonte, y todos haciendo *gus! gus!* Apenas cabe por la calle la negra bandada. Síguela otra de murciélagos, enormemente orejones, pinchando el traje de las gentes con sus alas, tamañas como paraguas abiertos. Por otro lado enfilan *Los moros y cristianos:* éstos llèvan en piezas la custodia de cartón, forrada en papel dorado, que al fin aparece armada con su hostia de á cuarta; aquéllos enarbolan en largos palos las medias lunas de á vara; los hijos de Mahoma declaman; predican los de Cristo; trábanse en contienda hablada, cantada y bailada; y al fin

« El moro rendido,
Alegre y contento
Celebra las fiestas
Del gran sacramento.»

—¡ Qué cuento de sacramento á estora !—grita un borracho—¡ Que vivá ño Golibar !

—¡ Que viva !—responde otro.

—¡ Viva !—aulla la multitud.

Mientras se celebra el auto sacramental y se convierte la morisma, van llegando las parejas de bailarines callejeros: ellos, muy cari-pintados, vestidos de majos; ellas (que también son ellos y artesanos), con mascaritas menudas y melindrosas, la aparasolada falda al muslo, trabadillos de cinta en la reseca pierna, y abanicándose con mucho dengue. Las músicas de cada danza suenan á la vez.

Terriblemente desbocadas, haciendo apartar á todo bicho, llevándose por delante cuanto topan, asoman, allá á lo lejos, las bizarras amazonas: son *cachacos* que, por lucir su pericia en la equitación, apelan al disfraz con faldas para montar á mujeriegas. Soberbios son los caballos, interesante el grupo: más de uno, rigurosamente entrajado con todo y sombrero de copa, y rosa en la solapa, va muy aseñorado luciendo su talle de batea; otro es una negra con montera, camisa blanca y pollera de fula, fumando su «*cabo* por dentro,» con un delicioso qué se me da á mí. Alterna con la negra esotro que, coronado de azahares, profana el traje nupcial de la esposa ó de la hermana exhibiéndolo, enlodándolo, haciéndolo trizas; sigue una madre dando alaridos lastimeros y viento á su niño que se asfixia en las agonías del crup; otras de fundones amarillos y rojos van, ¡ las muy impúdicas ! amamantando sus criaturas que, suspensas de las infladas vejigas de res, al par que se nutren con el néctar ése, se van desbaratando á impulso de la carrera. Despacio y bailando con admirable compás aparecen no lejos de este grupo los disfrazados de caballo y ji-

nete á la vez, invento harto peregrino é ingenioso que parece realizar la fábula de los centauros. Detrás de ellos, seguida de la turbamulta, y sumamente peripuesta, traen á la ilustre *Aroma*, esa perra bailarina que ha cosechado más lauros ella sola que todos nuestros poetas juntos.

Entre los jinetes de veras hay arlequines, monos y monas criando hasta cuatro monitos, que se sacuden colgados de las grupas; aquí gigantes y enanos, perros mudos y burros que rebuznan mejor que los alcaldes de marras; allí gallos hermosísimos, más grandes que los burros; acá una garza, que un sapo verde lleva cogida por la gaita; allá un ciervo cuya ramificada cornamenta tropieza en los balcones. Este luce traje formado con retratos de cigarrillos, aquél, uno de cajas de fósforos; el de más allá lleva capa de espejos que saltan en mil pedazos. El hombre-botella, cual tremendo símbolo, cabecea por las calles y con su enorme corcho amenaza romper el bautismo á las festeras de los balcones. Don Quijote y su escudero Sancho también se andan por allí hechos unos malandrines; y hasta la Muerte, muy alegre, de sombrero con pedrada, en amor y compaña de una tanda de diablos y diablas, que yá van con la cola enroscada como renuevo de *zarro*, ya arrastrándolas como culebras...

Y todo acompañado de gritos, interpelaciones al transeúnte, peladuras de pava, diálogos con las de los balcones y ventanas. Babel es aquello, que embriaga, que marea, imposible de describir.

En la calle de Pepa hay un instante de calma. Mas de repente estalla del lado de la plaza atronadora gritería, hurras y cohetes. Un jinete disparado se abre paso. «Se saltó la barrera! Se saltó la barrera!» claman muchas voces; y en verdad que el salto era digno de tánto entusiasmo, porque la barrera era altísima y el jinete el primero que la salvaba. Dos cuadras más abajo pára, entra á una botillería y sale trayendo en la diestra un envoltorio de papel, mientras con la otra mano sofrena el caballo que, con los gritos y cohetes, salta y rebota cubierto de espuma.

Por un milagro de equitación, el jinete, tras un salto del alborotado bruto, logra pararlo como clavado en las cuatro patas frente á las ventanas de Pepa.

Erase el disfrazado una de esas figuras que engendra la fiebre: su cabeza, tamaña de grande, lleva hacia un lado, con indecible petulancia, un sombrero de copa del tamaño natural; sobre las narizotas, gafas de cartón; los calzones á la turca y una como capa, que flota hasta las ancas del corcel, son un prodigio. ¡Qué lotería tiene que ver! Sobre el fondo gris de la percalina, pegados con engrudo, y de papel de todos los colores, sapos, alacranes, calaveras, caras de perro, serruchos, mitras, el sol, la luna, el cometa y cuanto mi Dios ha creado, todo en horrible mezcolanza. Con esa voz chillona, aguardentosa, voz de vieja demente, que se finge en tales casos, dice el máscara:

—¿Me conocen?... Me conoce, Pepita?

Pocas son las niñas que no se inmutan al ser in-

terpeladas en su ventana por un disfrazado; pero Pepa contestó muy impávida:

—No señor, imposible conocerlo tan desfigurado!

Mentía, porque lo estaba esperando; y como quiera que no hay mujer que no tenga algo de zahorí, Pepa adivinó quién era.

—¡ Pues vea, Pepita, que somos vecinos !

—Sí, señor, eso se le ve por lo confianzudo que está.. Y sí que tiene cosas bonitas en el vestido... hastai !

—Sí, Pepita, cositas muy bonitas—y le mostraba la capa.—Vea lo que tengo aquí para usted—y levantó el envoltorio.

—¡ Huy, señor, eso será voladores !—exclama Pepa fingiendo mucho miedo.

—¿ Usted le tiene miedo á un volador ?

—Sí señor... ¡ cuando no es *vaniao !*—contesta la niña con cierto retintín en la última palabra.

El disfrazado hizo una pausa como corrido, y, rompiendo con torpe mano el forro del envoltorio, dejó ver un hermoso ramillete.

—¡ Pues vea que no son cohetes !... Este ramo... me hace el favor de aceptarlo ?

—¡ Qué precioso está !... Pero, señor, mi marido es muy celoso... ¿ y si sabe ?...

—¿ Su marido ? ¡ ja ! ¡ ja ! ¡ señorita Pepa !

—Señora Pepa, cuando se le ocurra. ¿ No sabía que me había casado ? Entonces no es tal vecino, porque mi casamiento hizo mucho ruido.

El "señor" siguió riendo, y luégo, en ademán de súplica, con voz seria, aunque fingida, replica:

—Le digo que me haga el favor de aceptarme el ramo, señorita. ¡Para usted lo traje expresamente!

—Recíbelo, Pepa, recíbelo—le dice Lola Palma.—No desaires al caballero.

Pepa vacila, y luégo, animada de una idea repentina, dice:

—Me voy á exponer á una pelea con mi marido... ¡figúrese con lo bravo que es! pero le acepto el ramo con mucho gusto, con la condición de que usted también me reciba otro que yo le regalo. ¡Si no, nó!

—¡Cómo nó! ¡Con toda mi alma: de sus manos viene!

—Espérese, pues, un momentico, que voy á traerlo. Arrímese á la puerta, porque ni su ramo ni el mío caben por la ventana.

Y esto diciendo, se entra, y al instante vuelve con un manojo de apio y verdolaga, amarrado con una tira amarilla.

—Tome, pues, señor—le dice yá en la puerta, recibiendo el de flores y entregando el de yerbas—Mi ramo no está bonito; pero es muy medicinal: diga en su casa que le hagan bebida y verá cómo se alivia de las lombrices.

El caballo se alborotó con las ramas, y Pepa se entró corriendo.

—¡A ver, mostranos!— dijeron cuatro ó cinco metiendo mucha bulla.

—¡Qué primor, por Dios!

—¡Jazmines del Cabo!...

—¡Camelias, mijita!...

—¡ Camelias !... ¡ Qué encanto !

—Pero, ¿quién era ? ¿ Lo conociste ?

—¡ Pobrecito !... Un ramo tan bello ! y yá ves con lo que le saliste !

—¡ Vos sí lo conociste ! ¡ Decinos quién es !

—Nó, no supe—dijo Pepa con aplomo—¿ No oyeron que dijo que era un vecino ? Será el sereno de la esquina, que es muy amigo mío.

—¡ El sereno sí, hermana !—exclamó Lola Palma—¡ El sereno sí es *Vaniao* y *lombriciento!*

Los ojos que le hizo Pepa fueron horribles.

—Ah ! yá sé : el caucano, Martín Gala—dijo una rubia—¡ Qué pesada estuviste !... Pobrecito !

—¡ Qué cuento de Martín Gala !... ¡ Cuántos siglos hace que peleamos !

Pepa, con achaque de ir á inspeccionar el festejo al comedor, se entra con el ramo, impaciente y *emocionada.* Apenas sola, lo registra por todas partes, lo sondea, levanta las apiñadas flores... Nada ! ni una tarjeta. Estaba segura de encontrar algo, una esquela, por ejemplo. Sin pensar en el daño, se pone á desbaratarlo : nada ! Yá le estaban remordiendo las yerbas y las pullas con que regaló al disfrazado galán, yá lo iba encontrando muy arrogante jinete, muy respetuoso bajo el traje de arlequín ; pero al no encontrar lo que deseaba, se desata contra él, allá en su pensamiento : de bobo, de Juan Lanas, de alma de Dios, no lo rebajó. "¡ Siempre me conquista con esas vivezas de monja !" Y tan irritada se sentía, que prometió hacerle una, que allá vería el grandísimo zoquete.

Repartió las flores entre las muchachas, reservándose para sí tres camelias solamente.

Lo negro de la uña faltó para que Galita diera en tierra con su persona al recibir el medicinal manojo. *El Retinto* partió como un cohete calle arriba, volteó otras y otras hasta llegar á casa de *Las Viejas*. Echó pie á tierra, hizo desensillar y se entró á la pieza con gran premura. La hiperbólica cabeza, los arreos de payaso, todo fue á un rincón; con lo primero que encontró se enjugó el copioso sudor; púsose apresuradamente los mejores trapos, y salió.

—¡No sea loco, niño!—le gritó Marucha al verlo.—¡Cómo se fue á desvestir acalorado!... ¿Pero qué fue esa determinación?... ¡No salga así!... ¡No le digo: si esto no tiene cabeza!

La señora hablaba sola: el sin cabeza yá estaba en la calle. Pepa lo había conocido, se había burlado de él ¡y eso no podía ser! Era preciso que lo sucedido no hubiera sucedido, y, para que así fuera, Martín iba á presentársele á Pepa vestido de *cachaco* y á pie, para que viera ella que no era él, ni podía serlo, el disfrazado de las yerbas.

Pasó Martín por la calle de Pepa, y no viéndola en parte alguna, se entró á una tienda, y desde allí observó disimuladamente, hasta que ella apareció en la ventana; salió entonces aparentando mucha indiferencia.

Mayor fue la sorpresa de las niñas al verlo, y Pepa aprovechó esta aparición para probarles que el disfrazado sí era el sereno; pero ella comprendió perfectamente el enredo del cuento.

Martín volvió á su casa y se acostó, pretextando cansancio ante las viejas, que lo asediaron á preguntas.

¡Mal, muy mal había principiado! Tan pródigo como era, sintió tristeza y rabia al pensar en los veinte pesos que dio por el ramo. El fracaso del primer ataque, ataque según él tan bien ejecutado, lo amilanó muchísimo. Con todo, no había que desesperar, pues el daño lo había enmendado á maravilla y aún le quedaba bastante pólvora para quemar en la campaña de los salones.

III

Son las once del día. El salón grande del Jokey-Club, lugar de la escena. Catorce muchachos, entre ellos Martín, se están disfrazando. El paisaje, pintoresco si los hay. Un mocetón, como una torre, de pie sobre un taburete, en paños menores, remeda el Chimborazo; aquéllos, agazapados, que se calzan las babuchas de terciopelo, edificios comenzados; otros, medio en cueros, peladas rocas; el piso, mar tormentosa de trapos, envoltorios y calzados, á donde, al traquear de los relojes, al sonar de las cadenas, se van á pique los asientos, pereciendo los pasajeros y la tripulación... de *cubiletes* y corbatas; la mesa del billar, lujuriosa vegetación de chaquetas, capas y pantalones entrelazados, cual la maraña de un rastrojo del Cauca. Luciendo el lujo de la zona tórrida, hay un jardín de gorros, turbantes y sombreros, con sus penachos de mil colores. Diseminadas por paredes y muebles, ha-

ciendo muecas, riendo, graves, serenas, están las máscaras. Los muchachos sudan, trastean, gritan, echan ternos; uno brega con una liga que no le alcanza; se sofoca otro con la media que no puede acomodarse hasta el muslo; aquéllos, tira por aquí, amarra por allá, ayudan á los más apurados. Tres oficiales de sastrería, aguja en mano, prenden, bastean y farfullen, pinchando á veces el cuero del pobre paciente, que se está como santo de palo.

Por fin, á la una y media, termina el arreglo. Los músicos están reunidos, la caja de ramilletes para obsequiar á las damas, arreglada con el debido primor, en el centro de la cual hay un acopio de extraños tarjetones de cartulina inglesa, donde se lee por un lado: *Columna volante.* Tras largo templar de guitarras, bandolas y *acompañadores*, la música rompe alegre y entusiasmadora. La mascarada sale.

Martín se vuelve todo carne de gallina. El violín le dice clarito: «¡ No temas ! ¡ No temas !», y su corazón, acelerando los latidos, opina con el violín. Ambos confirman lo que le dijo el espejo, cuando, con la máscara puesta, vio reproducida su fantástica facha en el azogado cristal: apareció allí su airoso cuerpo, pero nó como él se había contemplado otras veces en el traje común; nó: realzado con el ceñido disfraz, que divulga la forma musculosa y robusta, clásicamente viril, que acentúa el plantaje atrevido, la flexibilidad nerviosa y elegante. Los lanceros se le cruzaron por la mente y la figura que él haría en tan caballeresca danza, se le antojó tan apuesta, que uno como cosqui-

lleo eléctrico le hacía bailar en la calle, y mirarse las piernas y los pies.

El disfraz todo era de encendida grana, harto sencillo y elegante: ferreruelo echado hacia atrás, ajustado el jubón, huecos y con cuchillas los follados, de finísimo raso estas prendas; de seda los guantes y las ceñidas calzas, los zapatos de tafilete. No lleva al cinto la hidalga tizona; pero sí lleva, y muy tiesas, dos plumas de gallo, negras como el abismo, puestas á modo de cuernos, sobre la graciosa gorra de *peluche.* Cátate á Mefistófeles.

La *Columna volante* fue recibida en varias casas principales, muy á contentamiento de sus dueños, que no sabían cómo complacer y festejar á tan distinguidos caballeros. Mostráronse táles, en efecto, luciendo trato y maneras de salón.

No será esto creíble, tratándose de una sociedad como la de Medellín, donde raras veces se respira ese ambiente de los salones, que pule y barniza, donde alborea apenas lo que se llama el gran mundo; pero, bien por cultura intuitiva, ó porque la ocasión, á fuer de rara, sea solemne, es lo cierto que el medellinense, el antioqueño, en general, se deja en la calle su bronquedad cuando entra en reuniones con señoras. Claro está que no es un pisaverde, ni lo será jamás; que esta Antioquia, tan montañosa, tan sencillota, tan poco desgonzada de nuca, podrá tener cultura muy genuina, todo lo maciza que se quiera; pero con cinceladuras y filigranas, nó.

Muchas glorias coreográficas alcanzó Martín; y

¡oh desgracia! Pepa no las presenció siquiera; no estaba en las casas donde él bailó. ¿A qué esas glorias entonces?

¿Se quedaría Pepa metida en casa?

«Ah caray! Tal vez no asiste á bailes—se decía Martín.—Imposible! Si me han dicho que baila muy bien. No nos veremos? Y si pierdo esta ocasión.... Soy tan de malas, que....»

Y Martín, en medio del bullicio, de la universal alegría, sentía peso en el corazón y amargor en la boca. Así pasó el día, así la noche. Pepa no pareció en parte alguna.

Por sentir cansancio se acostó Martín al amanecer, no porque creyera dormir; pero el sueño lo engatusó de lo lindo. A las doce del siguiente día vino á despertarlo José Bermúdez.

«¡Hombre, no seas posma!—le dijo sacudiéndolo.—Durmiendo á estas horas?... ¡Albricias, hombre!... Donde don Pánfilo reciben esta noche con especialidad, y Pepa va á ir. Te lo aseguro!... Todos se están vistiendo; sólo faltamos nosotros. Pronto, pronto, levántate!»

De un salto estuvo Galita en el suelo; como por vapor se arregló, y, sin desayunar, se echó á la calle.

IV

La *Columna volante* ingresa en las filas que llenan la casa de don Pánfilo. Es muy temprano aún, y ya se baila á tutiplén.

Martín, que ha bailado en varias partes, está en Babia. El ron, el brandy, el travieso *champagne*, los vinos generosos; el tórrido vapor de los salones, recargado del aroma de tánta flor, del olor del tricófero y la *velutina*, mezclado con el de la traspiración humana; aquellas mujeres envueltas en nieblas como los ángeles; aquellas que cual reinas barren la alfombra con la larga cola de terciopelo; aquellas del desnudo cuello, del traje sin mangas, festonadas y floridas como nuestros jardines; el haz de fuego de las arañas; el reflejar de los broches de brillantes; el fulgor de los hermosos ojos; el aleteo de los abanicos; las sonrisas, el movimiento, el ruido, todo, en fantásticos giros, se le ha subido á los cascos.

~~Se siente poeta~~ ¡ vaya si se siente ! Traduce al lenguaje articulado el verbo divino de la orquesta: vertiera en una estrofa las oleadas del piano, los quejidos del violín, el perlado arrullo de la bandola; y, como el visir del cuento oriental, tradujera los pájaros.

Se siente poeta. Su corazón es foco incandescente que estalla, refluye y torna á estallar en tempestuosa lava: la siente tronar en el cerebro, relampaguear en los ojos, hervir en las arterias.

Se ~~siente poeta.~~ El aliento de Elvira ha acariciado su cuello; de Elvira, el Arcángel Gabriel de Medellín. Sobre su pecho se ha recostado en lánguido abandono la ardiente Carmen, á quien le temblaba el seno como paloma aprisionada en las manos. Ha creído que, al ceñirla, se le partía el talle á la ideal Lucila; que la enguantada manita se volvía bagazo al

apretarla en la suya; que esas miajas de armiño, de azúcar rosado, de tul, en forma de niña, se deshacían en el vértigo del vals.

Y qué más? Pues que en este como serrallo aún no ha estado con la sultana favorita; que este como amasijo de inflamado petróleo, de Cántico de los Cánticos, de Oriente y Mediodía, que lleva por dentro, debe venir á parar todo en Pepa ¡ claro está !

A buscarla !

Entró al salón principal. Una marejada de disfrazados, una nube de hermosas encuentra allí; pero ni rastro de Pepa.

Pasó á la antesala. El club *Batuecas* con el de *La matica de aroma* alternaban entre las damas, disfrutando de uno de esos deliciosos interregnos de los saraos. Martín pasó revista: Pepa no estaba.

Fuése al *costurero*. *Los doce pares de Francia*, trasformados en estudiantina compostelana de la tuna, lucían en el tricornio la clásica cuchara y, en las evoluciones de una cuadrilla, las zancas, muy canijas algunas, por más señas. Tampoco encontró nada.

Pero en la casa está; Martín lo sabe. Lo estarán engañando?

Asomóse á las otras piezas arregladas para el baile. Ni señales de Pepa halló; pero sí á *La Goma* (el fénix de los clubes), uniformado de frac encarnado, el *claque* bajo el brazo, ó sirviendo de abanico, y con todo el *com' il faut* parisiense; el cual *Goma* estaba individual, colectiva y solidariamente hecho un veneno, porque estos paletos de Medellín dieron en la flor

de tomar á disfraz todo ese *chic* de las orillitas del Sena.

Dos clubes iban á retirarse, pues en estos bailes simultáneos de fiestas el personal de varones se releva á menudo, á fin de asistir á diferentes casas. Quedaba en la de don Pánfilo un salón libre, y la *Columna volante* iba á ocuparlo. El director de ésta, que lo era José Bermúdez, dio orden de que tocasen los lanceros.

¿ Cómo no bailarlos Martín ? ¿ Pero sin Pepa ?... Qué aprieto ! Sin saber qué hacerse, salió al corredor, cuando, en medio de la bulla, alcanzó á oír unas carcajadas masculinas que salían, al parecer, de un cuarto frontero al *costurero*. Asomóse, y desde el corredor vió al grave doctor Puerta riendo como un niño, repantigado en una mecedora, y junto á él, en otra, á Pepa, que tenía la palabra. A juzgar por el gesto y las carcajadas del doctor, por los ademanes de Pepa, debía estar narrando alguna barrabasada.

En el momento que Martín la ve, ella se pone en pie, salta, sacude cachetes, retuerce pellizcos al aire, ayudada del abanico, que interpreta muy bien sus diversos papeles.

Martín se quedó lelo. La poesía, la vehemencia, el mundo de bellezas que llevaba por dentro, todo se deshizo de un golpe, y una ola de embobamiento lo inundó por dentro y por fuera. Agua abajo se fueron las cosas tan lindas que le iba á decir. Tuvo miedo. Mas la beldad de su amada se le antojó tan suprema, que al cabo el sentimiento hubo de balbucir algo que diera luz á su tupido seso. Agolpáronsele entonces á

la memoria oleografías, cromos, retratos de cantatrices y comediantas; recordó que Castelar mienta mucho la Venus de Milo y las madonas de Rafael. ¡Lástima que Martín no las conociera para compararlas con Pepa; ¡porque lo que era con cosas de por aquí!...

"Ese traje...—se dijo—qué traje! Sólo ella puede vestirse así ¡tan sencilla, tan distinguida! ¡Qué color! ni verde, ni azul, ni gris... ¡Qué tela tan rica! ¿Y el espejismo que hace al moverse?... Se parece al lago de Ginebra que hay en *El Casino*; se parece también á los horizontes del Cauca, en las mañanas de... (imposible dar con el mes; pero la poesía le fue creciendo). ¿Y el peinado?... ¡Vea usted qué peinado! Es como el del retrato de aquella bailarina que tiene José... Así, peinada sin peine, con ese abandono tan encantador, deberían peinarse las bellas... ¿Y ese modo de manejar el abanico?... Ah caray! ¿De qué pájaro tan hermoso serán esas plumas, tan parecidas al traje?... ¡Del ave del Paraíso tienen que ser!... ¡Ah caray si don Pacho le da gusto! esos diamantes que lleva en las orejas... ¡Ah caray!... ¡esas flores son mis camelias! Horiverá!"

Y entusiasmado con las flores que Pepa llevaba en la cintura, se sopló al cuarto.

—¡Señorita Pepa,—exclamó con voz fingida, aunque sobresaltada—¡la he estado buscando como un loco!... ¿Me hace el favor de acompañarme á bailar los lanceros?... ¡Me han dicho que usted los baila divinamente!...

—¡Señor, por Dios!... ¿Cómo vino á sacarme

de este rincón ?—dijo ella, que al vuelo conoció á Martín, de cuyo disfraz tenía noticia.

—Es que la he buscado en todas las casas !...

—¡ Pero, señor, sí que me da pena... tenerle que decir que nó !—agregó Pepa, fingiendo azoramiento.—Figúrese usted que un disfrazado me enterró un tacón de esos puntudos...! que me dejó muerta !... Vea usted : aquí mismo... (sacando la punta de un pie y señalando con la del abanico sobre el dedo pequeño) en la uña ! ¡ Estoy que no puedo dar paso !... Por eso me vine á este cuarto. Martín no vio señales de pisotón; pero sí un zapatico muy mono, que le encalabrinó más el alma, si cabe. Pepa, al verlo tan embarazado, continuó :

—¡ Pero, caballero, no vaya á pensar que es desaire ! Pregúntele al doctor... que le estaba pidiendo receta... Si estuviera por aquí alguna amiga mía para que bailara con ella ! (y la taimada, haciéndose la confundida, atisbaba por todas partes)—¡ Todas están bailando !... ¡Ah pena ! Pero vea, señor... siéntese aquí á un ladito. ¿ Iba á bailar conmigo los lanceros, nó ? Pues mientras los bailan por allá con el pie, bailémoslos nosotros con la lengua... no le parece ? Martín vio el cielo abierto, bendijo los tacones puntiagudos, y tomó el asiento que Pepa le ofrecía.

—Sí, señor... pero acérquese más—dice ella con la sonrisa más amable del mundo—¿ Por qué no se quita la careta ?... Le estaba contando al doctor una cosa... Permítame un momentico se la acabo... para que principiemos, nó ?

—Oh! señorita! continúe usted : ¡oyéndola amanecería!

—¡Qué galante es el señor!... Pues sí, doctor, como le iba contando : Quitamos los niños, les pudimos á los negros!... ¡Pero no puede figurarse el horror tan grande que nos pegó de que nos fueran á seguir sumarios!... ¡Yá nos parecía que entraba el Alcalde á hacernos jurar!... ¡Yá nos veíamos en la cárcel! Figúrese que yo le había oído contar á papá que á unos estudiantes los habían llevado á la cárcel y les estaban siguiendo sumarios ¡nada más que porque habían desobedecido á los gendarmas!... ¡Pues á nosotras nos mandan al presidio!—les decía yo á las muchachas. Unas lloraban de la rabia, otras del susto... Mi siá Inés nos echó, antes que viniera el otro viejo y nos pegara... El negro de la caída ¡me parece que tuvo que gastar mucha tintura de árnica!... ¡Eso fue lo más terrible que se puede suponer!

El doctor Puerta y unas mamás que estaban allí fumando, le reían y celebraban el cuento que era un gusto. Martín, sin saber de qué se trataba, reía también como un bendito. Esta mujer me mata!—se decía. ¡Valiente canela!

—La otra pasativa de esa tarde—prosigue la narradora—también fue divina! Qué le parece, doctor...

Y Pepa contó aquí la escena con Martín Gala, los coqueteos, la historia de los ramos de la antevíspera, mostrando como comprobante las camelias. Dióle á la narración los tintes más ridículos; dijo que Martín "era un payaso disfrazado de payaso"; que lo era tán-

to que, para hacerle creer á ella que no era él el disfrazado, había corrido á quitarse el disfraz, y que al momento había vuelto "el payaso disfrazado de cachaco."

Martín se sentía morir: un temblor nervioso le agitaba la cabeza ; cada palabra, cada carcajada era un mordisco que le arrancaba un pedazo del alma.

El doctor Puerta fue llamado por su cuñado don Pánfilo para que hiciera los honores en el comedor á la danza de *Los hijos del cielo.* Cuatro ó cinco señoras se quedaron en la pieza hablando del traje de Menganita, del disfraz de Perengano, lamentando profundamente que tan bellos trapos femeniles quedaran perdidos con los desgarrones y con esa terrible mancha, esa marca que el sudor hombruno deja... en el talle de los trajes.

—¿ Conoce usted al tal Martín Gala ?—preguntó Pepa al disfrazado, luégo que salió el doctor, como quien inicia una plática confidencial.

—Sí, señorita, lo conozco mucho—contesta él, con voz que no era fingida, pero que lo parecía, porque era extraña, honda, atragantada como un sollozo. —Sí, señorita, conozco á Martín Gala... y usted es muy cruel cuando se burla de un hombre que la ama á usted... con pasión, con delirio !

—¿ De veras ?

—¡ Tan de veras, señorita—repone Martín con acento solemne—la ama tánto, ¡tánto ! que si usted no corresponde á su amor, si no le da alguna esperanza... Martín se muere !

—¡ Aprensiones nada más, caballero !... Los hombres se mueren de cualquier cosa... menos de amor.

—¡ Créamelo, señorita; Martín moriría si usted... Esta noche la ha visto á usted... y está loco : ha creído ver á María Antonieta de Lorena !

Pepa lanzó una carcajada de muy buena fe, y exclamó :

—Pues vea usted que sí tiene que estar de remate, si ve tales cosas... María Antonieta... ¿ no es una que es reina ?

—Sí, señorita, fue la reina de Francia... ¡ la reina del amor y de la belleza !

—¿ Todo eso era ?... ¡ Pues entonces el señor ése está más que loco !

—¡Oh ! señorita... ¡ El amor enloquece !

—O emboba !—replica ella pasando del tono festivo al serio—He oído contar que algunos se casan por poder... y estoy pensando si también se propondrá por poder; porque usted, señor... ¡ parece más interesado que el pretendiente ! .. ¿ Tiene usted poder ?

Martín, que yá se estaba ufanando con su sentida declaración, se cortó tánto con la salida de Pepa, que sólo acertó á contestar :

—¡ Sí, señorita, tengo poder !... es decir...

—Sí ? Pues si tiene, dígale usted á ese señor Martín Gala—replica ella poniéndose en pie—que si se ha de morir, se vaya preparando y arreglando sus cosas... porque María Josefa Escandón ¡ la reina de Francia ! no se casa con un payaso !... con un seminarista !

El lago de Ginebra se rizó, fulguraron los hori-

zontes caucanos, el plumaje del ave del Paraíso se desplegó, y María Antonieta de Lorena, dando un revoloteo, salió dejando á Martín Gala aplastado como un sapo.

Los cielos, al ver la caída de Mefistófeles, dieron una salva de cañonazos, después enviaron aleluyas de granizo, luégo se desataron en chorros.

José Bermúdez, al ver aparecer á Pepa en los salones, corrió á buscar á Mefistófeles; pero Mefistófeles se había desvanecido.

XI

BILIS Y ATRABILIS

PORQUE se halla en esa cama, especie de *sancto sanctorum*, que no puede ocupar sino su dueño, puede creerse que el acostado es Agustín: tan acabado está. Su frente semeja la senda surcada por la rueda; en el cabello, en la barba, crecida y eriza, se podrían contar las hebras negras; el ojo, azafranado en lo blanco, mortecino en lo negro, denuncia hondo pesar; la cara parece de cartón mojado.

Tres meses han pasado desde el trágico percance, y aún guarda cama. Los azotes, que no pasarían de veinte, tan sólo le ocasionaron dos días de fiebre, ligera inflamación y mucho molimiento, amén de varios cardenales, entre verdes, azules y morados, tres ó cuatro muy grandes en el rostro. Sufrió en la caída un golpe en una rótula que, aunque el médico lo tuvo por muy malo, aunque pronosticó que formaría líquido, no pasó de una hinchazón que pronto se deshizo.

Pero la bilis, no bien aplacada aún con el anterior escape, se aprovechó de la ocurrencia para declararse en huelga y darse á correr por todas partes, con toda formalidad. Agusto sentía las fatigas de la muerte. Calenturiento, con los amargos humores retozándole en el arca del cuerpo, sudando azafrán, azafrana-

do él mismo y cuanto le rodeaba azafranado, pasó cuatro días. Acaso la hiel del alma, que á ésas se le extrabasó también, pudo, mejor que los ácidos que le propinaron, neutralizar los efectos de la huelga, que si no, se dejara de pistoleras el malhadado señor.

Libre del envenenamiento biliario, si bien con los rastros amarillos del mal y con los verdes del látigo, quisieron los dos médicos que lo asistían que dejase la cama. Pero ¿cómo? Agustín se sentía peor. Sacudidas como corrientes eléctricas le mantenían en un corcovo que sólo cesaba para dar lugar á una evolución de magia nerviosa: era un crecerse, un esponjarse en aquella cama, que á poco se convertía en una mole fofa, en un relleno crespo de algo como viruta ó cerda que apenas cabía en el cuarto, acompañado este crecimiento de una chillería, un zumbar de despertadores de reloj, unos trompetines, que Agusto no podía saber si eso salía de entre las almohadas ó de su propia cabeza; y al par que él crecía cuanto oía y palpaba. Las mantas tenían entonces el grueso de un colchón, éste, el de diez por lo menos, y así por el estilo. En tales crecimientos debía estarse quietico, porque si se ladeaba siquiera, era como un terremoto; si las ropas se rozaban, ¡allá te va un huracán! cualquier ruido exterior eran fragores y estrépitos siniestros como cataclismos. Y como el cuarto no crecía en proporción de lo otro, quedaba el señor metido en horma; y no se ahogaba porque, en lo más apurado del tamaño, la embrujada evolución obraba al revés y á la carrera: cuando menos lo pensaba es-

taba Agusto delgaditico y terso como lámina de marfil, y digo lámina, porque no guardaba la forma del cuerpo, sino que se volvía un retablo sin canto hasta reducirse á uno como retrato hecho en papel de seda y sumamente bien recortado, el cual retrato se perdía entre las ropas de la cama.

Tortas y pan pintado eran estas andróminas corporales en comparación del embolismo de pesadilla que le enredaba el espíritu. Y es de tenerse en cuenta que las facultades mentales de Agustín, tan sorneras y apagadas en estado de salud, adquirieron con los choques y estregones de las enfermedades una intensidad profunda. Trazábale la imaginación los más sombríos disparates, á vueltas de los cuales el intelecto pronunciaba alguna palabra desconsoladora como la realidad.

De pronto le acometía una corajina que no quedaba trasto á vida; y Agusto formaba el propósito de acabar en un dos por tres con Bengala, don Juan y toda su canalla. ¿Qué más fuera que dejar el lecho é irse á ellos como el dios de las venganzas? Pues nó; porque, á lo mejor del arrechucho, le entraba una congoja, un amilanamiento que, helándolo hasta el tuétano, le hacía rezumar por la frente un sudor frío que á él se le antojaba el puro suero. Si aquello era miedo, vergüenza ó enfermedad, no lo sabía; pero al sentirlo, le venían espasmos y erizamientos, y se tapaba hasta la cabeza, bien así como el rapaz que despierta después de haber visto al Diablo.

En medio de tales excitaciones y quebrantos apre-

ciaba ¡ pero de qué modo ! la trascendencia moral del azote : él tenía que matar á ese hombre; eso se lo gritaba una voz desde allá de lo profundo de su sér ; y mientras tál no hiciera, no podía asomar donde la gente lo viese. ¿ El, Agustín Alzate, un hombre de su calibre, verse "pelado por un arrastrado ?" ¿ Podría darse un trastrueque más inaudito ? Eso era el rompimiento de todas las leyes del universo.

Así mismo era; pero, ahora trasudores, luégo temblores, día llegó en que Agusto se declaró sin las agallas suficientes para sacarse el clavo con Bengala ; y esta misma impotencia le sugería las mayores barbaridades. ¿ Qué sabía él de Médicis y Borgias, qué de los parientes de Eloísa ? Pues así y todo soñaba con venenos que matasen lentamente entre acerbísimos dolores, etc. etc. Y más y más se exaltaba con estos delirios, para apagarse luégo en negra sima de tristeza.

También Filomena fue juguete de encontradas vehemencias. Pasado el rabioso soponcio que la acometió al saber que Bengala había sido el de todo, la señora se desfogó con la elocuencia de costumbre. Qué cosas dijo ! Juró, sobre unas cruces que hizo en la pared con las uñas, que haría podrir en la cárcel al bandido de Bengala ó se quitaría el nombre. Minita sirvió de consueta. Después fue el lloriqueo triste y el lamento amargo : que en Medellín les tenían tema porque eran ricos ; que yá habían principiado por Agusto ; y que el día menos pensado todos amanecían degollados en la casa.

Su pena por las del hermano, su ternura para con

él, la solidaridad de la ofensa, sobre todo, fueron tanto más aparatosas y cacareadas cuanto menos hondas: más que todo era recrudecencia de su odio á la familia de Palma.

Pronto supo que Bengala andaba libre, sin haber sufrido prisión alguna; y bramando de ira se botó al cuarto de Agustín.

—¡ Yá lo sabe, mi querido—le dijo casi ahogada—por ai anda el pícaro de Bengala... libre, librecito !... ¡ Allá verés que ni causa le siguén... porque en este maldito Medellín no hay justicia para nosotros !... ¡ Pero con ésta no se queda ese infame ! Apenas te levantés compramos un revólver y le metés un balazo á ese demonio... para...

El llanto no la dejó acabar. La Belona de pulpería se tiró en la tarima á sollozar el berrinchín.

Agusto la oía tamañito, sin articular un monosílabo. ¡ Bueno estaba él para echar bala !

A partir de ese día le inspiró Filomena tal aversión, que no quería ni verla. Por fortuna que la negocianta poco paraba en casa.

A la prendería, que casi siempre corría por cuenta de ella, acudió en esos días bastante gente ; pues por ser época de regocijos públicos, lo era de empeños privados; y por igual causa había en el almacén redoblado trabajo.

El intervenir en la venta le disgustaba sobremanera, porque, á más de parecerle impropio de su actual copete el vender públicamente, como en los tiempos de la pulpería, le tenía especial inquina al dependien-

te, con quien nunca había tenido que entenderse. El, por su parte, rara vez subía al segundo piso, donde ella trabajaba.

Mal de su grado tuvo que ayudar en la venta; pero, tan desconfiada como era, y temiendo que el dependiente hiciera agostos mientras ella subía á la prendería ó salía á algún despacho, determinó despedirlo y abocarse ella sola todo el trabajo.

¡En cuáles se vio para dar abasto! A riesgo de que se le escapasen no pocas gangas, hubo de recurrir al medio de emplazar los empeñadores para la noche y á la casa, á donde acudieron algunos, á pesar de la competencia y los apuros.

Fuera de este trabajo tuvo que dar otras vueltas y verificar varios pagos. Así pasó el brete de las fiestas.

Fatigadísima, con los pies como áscuas, se acostaba la señora, consolándose con la idea de que á lo menos economizaba el sueldo del dependiente y de que yá no tenía quien la fiscalizara.

Pero esta situación no era para durar.

Sentíase enferma de tánto trabajar; y viendo que, á pesar del mandato expreso de los médicos, Agusto no dejaba la cama, las ternuras se fueron acabando hasta declararse en abierta hostilidad contra el hermano; hostilidad que se enconaba más al ver que corrían días y semanas y él seguía en sus trece.

Una mañana, despertando más aburrida é indispuesta que de ordinario, se lanzó al cuarto del enfermo como una bomba.

—¡Pero decí de una vez qué es lo que estás pen-

sando, hombre del enemigo malo !—exclamó al entrar, desparramando la puerta.—¡ Decime si es que pensás podrirte en esa cama, pa ver qué hago !... O si es que le tenés miedo al Bengala... prestame los calzones y tomá estas naguas, pa yo ir á entendeme con ese bandido !

—¡ Quitate de aquí !—fue la respuesta.

—¡ Ah espantajo !... sinvergüenza !.... Hubiera sido yo la pelada...! y ve: masque estuviera con la lengua ajuera ; masque estuviera con las tripas en la mano ¡ le había bebido la sangre á ese demonio !... ¡ Pero vos nó, ala: vos sos un gallina !

Dijo y salió. Menos épica volvió á la tarde.

—¡ Nó, Agusto, por la Virgen !—le dijo, entrando con todo el señorío posible.—Eso no puede ser. Yo no soy bruja, pa poder hacer tánto sola: ¡ Imposible repicar y andar en la procesión !... Levántese mañana.

—¡ No me levanto !—gritó él furioso. ¡ Pa qué echó el dependiente !... ¡ Si no puede sola, busque quien le ayude !

—¡ Sí, será por tántos que hay á quién buscar !... ¡ Una manada de uñones, de perezosos, que es lo que se encuentra !...

—Pues no busque, si no le dan ganas... pero no me levanto !

—¡ Pero vean este maldito hombre !—prorrumpe la señora emperrándose. — ¡ Este lo embobaron !... Pues yá sabe, pues, mi queridito, que si no se mueve nos vamos al suelo ¡ sin remedio !... Yá no puedo

más... ¡ no puedo !... Yo no soy la mula que se mató... ¡ Toíto se lo va á llevar la trampa !

—¡ Por mi parte !... —replica Agustín volviéndose al rincón.

—¡ Por mi parte ! —contesta ella remedándolo, y como una fiera arremete contra él á los sopapos— ¡ Ah, so sinvergüenza !... ¡ Tomá más... que todavía le quedó faltando á Bengala !

El acostado sacó un pie, y la dejó seca de un jarretazo en el estómago.

Todos los recursos estaban agotados, y Agustín no se movía del cuarto. Enfermo de veras, fingido ó embobado, Filomena lo declaró hombre perdido. ¿ Cómo cerrar la tienda, cómo suspender los negocios? Y Filomena sola no podía llevarlos, era cierto. Y los tales dependientes !... Para hacerle un presente al Diablo estaban buenos.

¿ Cómo haría ella para conseguir un muchacho formal, dócil, que se dejara gobernar por ella solamente, que no fisgara, que se amoldara á todo, que no pidiera tánto; cómo haría ?...

Cuando yá pensaba que ese fénix de los dependientes era un imposible, una idea le vino: recordó que poco antes de la caída de Agusto habían recibido una carta de Juanita, de que no hicieron caso.

Buscóla al momento. Era de letra de su cuñado Pinto, y en parte decía así:

«... Cesar está mui aburrido en esta porque hase algun tienpo que está sin colocazion, despues de la canpaña enfermó mucho i perdió el destino que tenia

i despues ha tenido barias colocaziones en que no le á hido bien. El es mui acto para el travajo sobre todo como asistente de Casinos y billar que es destino que á desenpeñado barias vezes. Tan bien sabe llevar libros. Tiene mui bonita letra i es de mui buen carapter. Vean mis queridos hermanos si es posible que Ustedes le consigan un destino en esa; nos disen que allá se puede colocar fasil i tanto Pinto como yo creemos que Ustedes lo faboreserán en lo que es de su parte, aunque no sea mucho el sueldo Cesar está resuelto á hirse a esa: contal que sea resibido por Ustedes i que esté al lado de Ustedes que tienen recursos para todo.»

¡Lo que quieren es que se lo mantengamos! —se dijo Filomena—¡Eso es todo!... No será tánta cosa cuando está de balde y pide cacao hasta aquí... Pero tal vez...

Se propuso el punto, estudiándolo al derecho y al revés; y, desde luégo, pensó no consultarlo con nadie, pues yá se figuraba que le iban á salir con cuentos de protección al sobrino y de consideraciones de familia, y no se trataba de eso. ¡Bonitos estaban los tiempos para proteger!

Doña Chepa Miranda le había hablado de César como de un muchacho muy fino y muy buen mozo; pero tampoco se trataba de eso. Fue á la señora, para ver de sacarle algo más sobre el asunto: Doña Chepa, en cuanto á conducta y habilidades de César, estaba tan adelantada como ella.

Por sí ó por nó, comunicó su idea á Agustín. «Hacé lo que querás,» le contestó éste.

Al fin se resolvió á escribir. No quiso «mandar tomar la pluma» á nadie: á falta de Agusto ó del dependiente, ella misma garrapateó á su modo la carta para Juana, en la que, después de contarle el estado de Agustín, le propuso la venida de César á trabajar con ella, comprometiéndose á proporcionarle, en la casa, «buena mesa» y demás comodidades; prometiéndole un regular sueldo, y, si él se manejaba bien, abrirle un partido muy ventajoso, sin expresar ni el sueldo ni el partido.

A la semana siguiente recibió este telegrama de Juanita: «Salúdolos. César párte si envíale recursos viaje.»

¡Pero nada bien que le sentó!

«Si les mando mi plata.... ¡quién sabe si se maman!—se dijo la usurera.—Mejor será no meterme.»

No obstante, averiguó con doña Chepa á cuánto subirían los gastos del tal viaje; díjole ésta que á ochenta pesos, por lo menos. Le pareció un exceso; pero tan rendida se sentía, que se resolvió á todo, y remitió una letra á favor de Juana, por valor de setenta y cinco pesos, y una carta en que apuraba el viaje del sobrino.

XII

MILAGRO DISPUTADO

LA salita de *Las Viejas*, esa salita tan alegre siempre, siempre tan compuesta, es ahora tristeza y abandono. En las dos ventanas, cerradas del todo, no cuelgan yá las blancas cortinillas guarnecidas de rizos; los tapetes de leones y pavos reales, ornato de la tarima, yacen enrollados en un rincón; ésta, pelada, polvorosa, es imagen del desamparo; los taburetes de guadamacil, empañados también, no alcanzan á lucir las frutas y floronas de sus canastillas, ni guardan esa simetría que solían; *La muerte del General Santander*, colocada entre las dos ventanas, parece más fúnebre y patética; y hasta Sarrazola, el difunto de Marucha, convida á la tristeza, desde su lienzo de pintura heroica.

En una mesa, sobre la urna del quiteño Nacimiento, arde con llama azulada y mustia un vaso de aceite de higuerillo, ante el Divino Rostro; frente por frente, en la otra mesa, entre los floreros de yeso y los ajados claveles de papel, se consumen nueve velas alumbrando la Virgen del Perpetuo Socorro, cuya imagen, rodeada de angelitos, recargada de adornos y colorines, es la única plácida en este lugar de duelo.

Dos bandos de señoras y comadres del barrio, encabezados por Marucha y Paula, de hinojos ante las

venerandas efigies, rezan á la vez las letanías de la Virgen las unas, las de la Santa Faz las otras.

La plegaria, en fervoroso crescendo, se oye á mucha distancia: ahora *¡Ruega por nosotros!* ahora *¡Venid á mi socorro, oh Madre de bondad!*

En lo más recio entra Mazuera con los ojos encharcados, el índice sobre la boca, y dice á media voz: «¡Chito!... Que recen paso... el doctor Puerta lo declara fuera de peligro.»

Marucha, que tál oye, suspende el rezo y sale en puntillas. A poco vuelve bañada en llanto, transfigurada de alegría; otra vez se postra de rodillas, y, puestas las manos, cerrados los ojos, poseída de esa fe, de ese reconocimiento de las almas sencillas, ofrece á Dios su acción de gracias, haciendo los visajes más grotescos, las más risibles muecas.

Continúa luégo el rezo de su bando, y en cuanto termina, se acerca á la Virgen, la besa, y velándola con un pedazo de tul, la dice con transporte:

—¡Te lucistes, queridita!

—¿Qué es la cosa, mamita?—pregunta Paula no bien acaban las otras.

—¡Pues qué ha de ser, hija: que Galita está fuera de peligro!... Allá está dormitao... la cosa más aliviada!

—¡Es que con el Divino Rostro son pandequesos!—exclama la hija entusiasmada.

—¡No digo que no será El!—repone la madre, socorrista decidida—sí será... pero por qué? Porque mi Señora del Perpetuo intercedió!... Si no, quién sabe!...

—¡Ave María, mamita, hasta herejía es decir eso!

—¡Nó, señor, no hay tál! Si á mi Dios no le da gana de concedenos lo que le pidamos, no nos lo concede ¡pero á la Virgen... toitico, toitico lo que ella le pide!... Yo por eso... ¡la Virgen por delante!

—¡Mas luégo siempre fue El!

—Ahá á!... No me quites el gusto con argumentos!

Las devotas mujeres se retiraron, y sólo una señora quedó con Marucha.

—Camine, mijita—le dice ésta, casi abrazándola—sentémonos en el costurero á fumar el tabaquito, y que nos traigan el algo... ¡Gracias á mi Dios que yá podemos resollar tranquilas!

Y tomando una bandejita de *tabacos*, le brinda á la señora.

—¡Valiente milagro tan patente, mi siá María!—dice aquélla en cuanto enciende.

—¡Callá la boca, mija: si esto se puede escribir! Si lo viera ¡tan tranquilo! lo que anoche fue que pensamos que no amanecía!

—¡Valiente pena habrán tenido! Nó?

—¡No me digás!—contesta Marucha palmeando en el hombro á su interlocutora.

Y en seguida da un chupón, se saca el cigarro, escupe y dice:

—Desde que falleció Sarrazola no habíamos tenido unas pesadumbres como éstas!... ¡No es de ahora que estamos con entripaos! Desde antes de las

tales fiestas determinó Galita comprar un diajo de caballo... ¡que mire, mijita! ¡de milagros no lo ha vuelto una plasta! Diz que era pa corretiar en las carreras y pa la maestranza. ¡Pero vea: cada vez que yo veía á ese niño en ese animal, me infriaba toíta!... ¡Gracias á mi Dios que le cayó el mal antes de la tal maestranza, porque, si no, en la plaza lo recogen en pedazos!... ...¡Ave María, mijita, yo no sé cómo es que las autoridades permiten ese matadero de gente... y que haiga tánto loco que se exponga á desnucase por divertir á los demás!... Pero nó: Galita estaba trastornao con las fiestas... y yo confundida: ¡quién sabe qué le irá á suceder á este niño, quién sabe qué le irá á suceder... porque eso no tiene juicio pa nada!... Pues se disfrazó con un embeleco que le hicimos aquí, que nos sacó la giel; se horquetió en el caballo... ¡cuando á nada vuelve y se quita el disfraz, bañaito en sudor! Me le pegué á la Virgen del Perpetuo, y le dije: Ya sabés, ai te entrego el muchacho. ¡Librámelo de tántos peligros! (Pausa, encendida del *tabaco* y chupones). El viernes, que ayer hizo ocho días... tún! tún! en la puerta, á las cinco de la mañana. 'Esos son borrachos,' dijo Pabla... ¡pero á mí me dentró el temblor de la muerte!, y le dije: Asomate á la ventana á ver qué es. Conocimos en el habla á José Bermúdez... ¡Pues ai nos traían al muchacho moribundo! Me levanté, me tiré la ropita como pude, y fuí á ver: no podía ni hablar, ardido de fiebre, tosiendo lo más feo y quejándose que aquello partía el alma... Me güelió á licor... ¡qué te parece!... Ber-

múdez voló por el dotor Puerta. ¡Le pareció malísimo!: que al momento cáusticos y otros remedios terribles. Bermúdez y Pérez, el otro muchacho, corrieron pa la botica. El dotor no se quería apartar. ¡Cuando les oí mentar numonía... mirá, niña, me quedé muerta!... ¡Qué te parece, numonía... lo que llamábamos ahora años dolor de costao—que ahora todo es cambiao—el mal que mató á Sarrazola! ¡Cómo me quedaría á tu parecer! Yo le pregunté á Puerta: Se morirá, dotor?—'Pues, mi señora, nada puedo decirle; pero el ataque es violento.' Averiguó quién era la familia de Galita... ¡No le oí más! Me fuí pa donde la Virgen, y le dije: ¡Mi señora: si ha de ser tu santísima voluntá que este niño se muera, no me lo dejés morir sin confesión!... ¡Mirá, niña, de figurame no más que se podía morir sin confesión... me dentró la loquera!... Figurate como está el mundo de perdido; con tánta sonsacadora como hay... ¡y él que es tan repispao!... Al otro día pior. Vino Puerta con otro médico nuevo, que casi lo desafusió: que el mal diz que era en toítos los pulmones!... Aháa! ¡yo mando por el cura!, le dije á Pabla. Mandamos á llamar un jesuíta; y fuí y le dije á Galita: ¿Qué tal está, mijo?—'Muy mal, Marucha, yo me muero!'—No, mijo, no piense en eso!... Quiere confesase pa que se tranquilice? ¡No crea que es que está malo! Confiésese: confesión no llama muerte... Aquí está el Padre Céspedes que nos vino á hacer visita... ¿quiere que se lo dentre? ¡Y qué te parece, me dijo que sí! Se confesó, más bien largo... y pior me puse: ¡cuan-

do está tan blandito pa la confesión, es que siempre se va á morir !... y mirá, niña, esta idea se me clavó !

Paula trajo dos jicarones de chocolate, con sendas rebanadas de pan y sendos pares de bizcochuelos. Marucha se echó al cuerpo el suyo en un santiamén, y con más alientos continúa:

—« Ese día, á la propia oración, vino Mazuera, que se había ido á ver al taita, que también estuvo de muerte con el mal en la vejiga. ¡ Figurate cómo vendría el pobre con tánto trasnocho!: ¡ Pues á propia hora se puso con el otro al bordo de la cama de Galita, y no se la han despintao ni de día ni de noche !... ¡ Valientes muchachos, mija, pa tener unos sentimientos bien preciosos ! Ellos no se han vuelto á acordar ni de fiestas, ni de comer, ni nada; masque el colegio se volvió á abrir, no han asomao con lo aplicaos que son. ¡ Hoy han venido á pegar los ojos ! Pero lo que más me ha atormentao es el delirio de ese niño. ¡ Ave María, mijita, qué cosa tan triste !... ¿ Vos te acordás de la compañía Furnié ?... ¡ Qué te vas á acordar !... Una noche me llevó Sarrazola á la comedia ¡ porque ese sí era marido que estaba por dale gusto á su mujer ! y ai en la comedia salía un comediante ¡ muy bonito ! que hacía el papel de un novio que deliraba con la novia... Pues hacé de cuenta á Galita: ¡ disvariando á todo pecho y así de triste ! Está loquito perdido por Pepa, la hija de Pacho Escandón... que nian bonita diz que es. Y eso ha sido que no ha largao la Pepa de la boca; armao de viaje; diciéndole adiós pa siempre; y que lo mató; y que le

perdona. ¡Te aseguro, niña, que eso eran los enredos más lastimosos!... Yá se ve: con ese modo de recetas de ahora antes no se puso como debía ponerse: ¡Póngase á pensar, niña, cómo estaría ese cristiano de ardido por dentro, con todo el licor que tomó!... Pues ve: en lugar de dale cosas frescas, dicen los médicos á echale brande y vino sin caridá... ¡Valientes remedios, niña!... Yo nian lo veía, del pesar que me daba, ¡pobre mijo!... Mazuera, que tiene mucha capacidá, era el único que le comprendía bien... ¡Y nada que les gustaba á los dotores! Que eso diz que era delirio viajero, que es muy mala seña... ¡Ahora cogió un cuento con un payaso y con los seminaristas, lo más raro! A la madre si no la mentaba casi... ¡Pobre señora, inocente de todo... y como adora en ese hijo!... Mazuera ¡tan querido! se ponía á lagrimiar cuando le oía tánta pendejada... Y qué te parece: nos contó Bermúdez que Galita diz que estaba muy contento en el baile, en cas de Pánfilo; y que de repente se perdió el muchacho. Bermúdez lo buscó por toíto el baile y no topó á nadie, sino la máscara que un niñito se la había topao en la escalera: ¡Agua Dios misericordia se había salido del baile! Si es un loco, mija!... Allá diz que estaba la Pepa, más engandujada!... y Galita que había estao buscándola por todas partes, no volvía. A un rato, visto que no parecía, se salió Bermúdez á buscarlo á la calle; y en el casino del chato Rojas lo encontró ¡tirao en un sofá en el corredor del patio, á todo el ventestate y muribundo! Diz que había dentrado del modo más par-

ticular: en cabeza, mojao como un pato y temblando de un modo espantoso, hasta que cayó yá con el dolor en los costaos, tosiendo y con la calentura. Y no has de ver: el tal casino diz que estaba así de gente (juntando los dedos) y no hubo un cristiano que se acomidiera á hacerlo acostar siquiera! Si no va Bermudez, ¡ ai lo dejan morir como perro maicero! ¡ Toítos estaban pegaos del dao! ¡ Te aseguro que las cosas que hizo ese niño son pa habese muerto cuatro veces! ¡ Es que milagro como este!... Voy á ver si yá recordó pa darle el alimentico.... Pabla! Pabla!

—Señora!—contestó ésta desde las alcobas.

—Traete los disfraces y los engrollables de Galita, pa que se los mostremos á esta niña ¡ pa que vea cosa pa bien linda!—y salió.

—Todos tres están dormitaos—dijo volviendo al instante.—El sueño de Galita ¡ es ya de alentao, de alentao! Bien dijo el dotor que lo de anoche fue el crisis... Pero mirá, niña, qué preciosidá! (exclamó en cuanto Paula entró con los trajes). Mirá: este lacre era el que tenía puesto... ¡ pero miren cómo lo puso!... El gorro, tan lindito, no se supo qué camino cogió en el bunde. Mirá, este otro vestido morao, era el que tenía pa julleriale á la novia en la maestranza... ¡ Pobre mijo!... tan escondido que tenía todo, diz que pa dar el golpe. ¡ Estos enemigos de embelecos me han atormentao como no tenés idea!... Pero mirále los flecos!... ¡ Ve estos galones! Ni un santo, mija! Yá se quisiera San Juan esta capita!... ¡ Pobre mijo!

¡ Qué tan lindo hubiera quedao con su muda y con este plumaje de la corrosca !

Y Marucha, desbordada en su tierno entusiasmo, se pone el empenachado sombrero al tres, se engalla y da unos pasos de contradanza.

—¡ Ave María, mamita, usté si está distraída !— exclama Paula.

—¡ Callá la boca !... ¡ Un baile le mandara yo á la Virgen de puro alegre !

XIII

LA CUEVA DE MONTESINOS

EN el cerebro de Galita continuaban las fiestas con terribles aditamentos: el fragor de las calles, el bullicio de los salones, el remolino de hermosas, la abigarrada corte de galanes. Pepa, en brazos de uno, gallardo en sumo grado, suspendía el baile para señalar á Martín con el abanico, para estallar en vilipendiosa carcajada, para decir «¡gasss!» y tirarle una escupa en la cara. Y como Martín tenía el dón de la ubicuidad, se encontraba á la vez en la plaza: allá, tras los palcos y barreras, al compás de músicas marciales, á manera de medioeval torneo, al plañir de las campanas que tocaban á muerto, ejecutaba la maestranza sus graciosas evoluciones, sus caracoles simétricos, sus valientes alcancías. Entre la brillante caballería, en medio de los penachos encumbrados, de los recamos de oro y plata, de la pompa de tan gentiles disfrazados, Martín, caballero en *El Retinto*, pero en el retinto flojo, orejicaído y menoscabado, exhibía el roquete blanco y el bonetico de los seminaristas, montando con la hombría de bien y el aire temeroso de cura gordo que va de confesión. Sobre el futuro tonsurado llovían piedras lanzadas entre atronadora rechifla, al mismo tiempo que

unos sacerdotes y todo el seminario en comunidad hacían en el atrio de la catedral la posa de un entierro, cuyo difunto no era otro que Martín. Muerto y todo le llegaba hasta las entrañas aquel *De profundis*, largo, coreado, lleno de horror. Con más dolores que los producidos por la lapidación, sentía sobre su cadáver los goterones de agua bendita que Pepa, en furibundas aspersiones, le echaba á una con los apedreadores del seminarista vivo.

A la vez que de difunto sensitivo y de maestrante, se andaba en despoblado, sobre un corcel que volaba más que el viento, precedido de un cartelón negro de letronas blancas que decía: *Martín Gala.*

Viajaba de noche trasmontando cordilleras, atravesando dilatadas llanuras sembradas de cruces; y el caballo volaba y volaba hasta caer muerto de cansancio. Martín quedaba debajo. Una nube de gallinazas lo rodeaba, y cuando yá le comían, las desbandaba el asperges de Pepa. El *Requiescant in pace*, salmodiado por ella á carcajada tendida, lo repetían los ecos convertido en canto de *currucutú*. Martín revivía desnudo; un caballo reemplazaba al muerto; y á la carrera, sin tropiezo alguno, cruzaba por ásperos montes, por sobre escarpas como pedazos de vidrios, dejando aquí y allá las carnes de los dos. De súbito la corriente avasalladora de ancho río los envolvía; teñíase en sangre la onda mortal, y caballo y cabalgador se sumergían.

Por una vislumbre de razón, también se encontraba por momentos en su cuarto: Pérez y Mazuera

le rodeaban ; el doctor Puerta, entre palabra y palabra, reía como la noche del baile, en tanto que «La Vieja,» disfrazada de monja, cantaba las canciones de Pepa, por allá en un rincón.

Mientras más borroso el embolismo y mayor la complicación, más fuertes, más pronunciadas las impresiones ; y todo ello tenaz, invariable, con el mismo lujo de horrores.

Al choque de tánto disparate, relampagueó en la enferma mollera esta pregunta: ¿ Será sueño ó nó ? Vaya usted á decirle !

Entre si es sueño ó vigilia, transcurrieron siete días, que para Martín tanto podían ser un cuarto de siglo como uno de hora, pasados los cuales hubo un momento en que, sintiendo los cáusticos, dificultad para respirar y mucha tos, vino en atar cabos y en recordar todo hasta la confesión. Lo sucedido de ahí en adelante lo dedujo, y Martín amaneció.

¡ La muerte le estaba coqueteando de veras !

Abrió desmesuradamente los ojos y trató de incorporarse. Vio á sus compañeros y á Paula, y creció su espanto. «Qué quiere, mijo ?» oyó que le dijo ella; quiso articular algo, pero fuese por miedo ó por debilidad, sólo produjo un murmullo. Hundióse otra vez, no yá en los horrores aquéllos; que se hundió en la muerte. Por tal tuvo, á lo menos, la frialdad y congoja que sintió; y en tan terrible trance vinieron á confundírsele Muerte y Pepa en una misma persona: Pepa con cara de calavera y manos de esqueleto, ó Muerte con arreos de fiesta.

La fiebre bajaba, y Martín iba analizando. ¿Se habría muerto yá?... ¿Todo ello serían escenas de ultratumba? Si acaso no lo eran, lo serían muy pronto seguramente. Aquí la de rezar con toda el alma y de repetir aquello de *alcanzadme que muera con la muerte del justo.*

A todo esto la favorable crisis pasa, y la convalecencia entra á galope tendido como la enfermedad.

Lo que era en esta vez no se moría nada; de ello se convenció por fin. Y ¡lo que son las cosas! Después de tántos sustos; después de haber sentido olores de la otra vida, resultó con que el mozo dio en regatearle á Dios el chiripazo, á cuenta de que este vivir de flor era una sola amargura.

¡Vivir sin esa mujer! Olvidarla!... Punto menos que imposible. Esa mujer lo había matado; era su verdugo; le tenía miedo; en su corazón sentía la lluvia de asperges; en su corazón oía el *Requiescat in pace*, pero en su corazón no había odio contra esa mujer.

Odio? Pero ni indiferencia, ni menos olvido.

Esa mujer era un abismo de maldad; en el alma de esa mujer todo era negro... Entonces ¿por qué no odiarla?... ¡Ay! No podía: sentía la atracción; una atracción tanto más tirante, cuanto mayor era la maldad de esa mujer. Eso era ineludible; era su destino. Como el suicida á quien atrae la bala que ha de volarle los sesos, así lo atraía esa mujer.

Los sesos? Nó, él no los tenía: bien comprendía que estaba loco. Sí, loco; porque ese amor no era amor,

sino locura. ¿Cómo amar tánta perversidad sino estando loco como él lo estaba?

Esa locura no alcanzó á quitarle la vida; pero sí le había apagado la razón. Sus presentimientos no podían engañarlo: esa pasión no podía acabar de otro modo.... ¡Qué vida iba á ser la suya!... ¡Pobre su madre!... ¡Tántas esperanzas en ese hijo... separarlo tánto tiempo de su lado... hacer el sacrificio de la ausencia... para conseguir un loco!... Pero nó: él conocía su locura, y, conociéndola, él la ocultaría. Sí; la muestran aquellos que ignoran tenerla; pero él no la mostraría: evitaría á su madre esa pena, se evitaría el verse amarrado en una jaula, ó apedreado por los muchachos. ¡Qué vivir más espantoso, vivir muriendo!... ¡Sabría Dios cuántos años tendría de sobrellevar esa vida!

La muerte; esa otra muerte; esa con ataúd y entierro... muy espantosa, era cierto; la *cuenta*, muy espantosa también; pero pasaba pronto, y acababa el penar!

Había perdido una coyuntura para terminar de una vez: el jesuíta le había dicho tan dulces palabras; su confesión fue tan contrita; su arrepentimiento era tan grande, que ¡si Dios fuera servido de llevárselo!...

Y Martín, fantástico de suyo, tomado ahora por la enfermedad y profundamente impresionado, iba sutilizando sus tristezas, hasta tenerse por el hombre más desgraciado.

Con todo, convino en no desearse la muerte con

entierro, porque eso era ofender á Dios, y no estaba ahora por pecar; que antes iba á seguir las exhortaciones del Padre Céspedes, que había vuelto á visitarlo, y los consejos de Marucha. Sí, en adelante iba á ser muy buen cristiano; yá lo era, pues que rezaba, y muy devotamente. Sólo la virtud y los consuelos de la Religión podrían darle aliento en su vida de martirio.

La salve, con aquello de *gimiendo y llorando en este valle de lágrimas*, le suministró el programa. Sí: gemir y llorar en silencio, no había más, y Galita se creyó un Job.

La ocasión se pintaba sola para prácticas de piedad y enmienda de pecadores: Mazuera y Cañasgordas habían trasladado sus estudios á la sala; de la sala habían emigrado al cuarto del enfermo El Divino Rostro y la Virgen del Perpetuo Socorro, El con su lámpara, Ella con sus velas; las viejas los colocaron en el hueco de la ventana, donde Galita pudiera verlos bien; y en el cuarto se les hacían los rezos, con más fervor, si con menos bulla que antes.

Byron,—*El Gaitón*, como lo llamaba Marucha,—había desaparecido, y en su reemplazo acompañaba á Martín, en el rincón de la cama, la Virgen de Chiquinquirá, de las señoras X., cuadro andariego, clásico en Medellín, por ser visita obligada de todo enfermo grave, y gran hacedor de milagros, según milagreras consejas, el cual cuadro lleva pegada á la pintura, á modo de ex-votos, porción no pequeña de zarcillos, florecillas y cositas de oro, circundando á la Virgen y

eclipsando las santas figuras de sus amigos Andrés y Antonio.

Otrosí: Martín piensa cumplir al par que *Las viejas* las promesas de misas, comuniones y novenas que ellas han mandado; Marucha, además, lo hizo asentar en la hermandad del Carmen, y el hermano carga el escapulario.

También estuvo de ejercicios espirituales. No bien la pieza se pudo abrir libremente, Marucha se instaló cerca á la puerta, con la « mesita tabaquera,» los canastos de *harinas*, los rollos y demás recados del caso, y, calados los anteojos, acomodada en su banqueta, principió á farfullir sus « bobos,» como ella decía, y á echar las prédicas. A cada docena de *tabacos*, un milagro de la Virgen del Socorro, con muchas consideraciones y exornado — por vía de amenización—con alguna aventura de Sarrazola, con el nacimiento de *Pabla*, con las gracias de *Calistro*, el muchacho de Marucha, « que falleció á los diez y nueve años, tres meses y dos años de colegio.» Por el estado de Galita no podía Marucha ser lo prolija que deseara, ni contar de seguida como era su costumbre; pero así recortada y todo, Martín estuvo en un tris de recaer con las conferencias.

« Yá lo ve, mijito—le dijo Marucha al levantar la primera sesión—la Virgen le ha mandao este mal, pa volverlo á su Divina Majestá, y pa que deje esa vida de pecadera y esas compañías tan fatales que ha tenido... ¡ Yá ve lo que son los tales casinos !... Póngase á pensar, á su parecer, cuánto será el platal que

le ha cogido el tal chato ¿ y ai no lo dejó tirao con el mal, sin preguntale siquiera qué tenía?... Yá ve al José Bermúdez... ¡ santo onde te pondré, mientras lo vió alentao y botando plata como si fuera cagajón !... y yá lo ve, mijo, cuanta gracia hizo, fue ir por el dotor y después asomase un ratico por cumplido !... Habelo traído de onde estaba botao ¡ caso me parece tánta hazaña !... ¡ Es pa que vaya viendo la laya de amiguitos !»

Esta parrafada, más ó menos, era de todos los días; y Martín, desengañado como estaba, convenía con Marucha.

Afirmándose más en sus buenos propósitos, practicando virtudes cristianas, pasó la convalecencia. El curso de resignación, sobre todo, iba á pedir de boca: Dios quería probarlo enloqueciéndole el corazón para que amase á una mujer tan mala; pues bien: no rechazaría el cáliz; vitalicia que fuese, resistiría á la prueba; amaría ese imposible, esa maldad, en abstracto, en idea, yá que no en carne y hueso.

Aunque á Galita no se le ocurrió el símil, nos consta que se propuso amar á la muchacha al modo que el sectario obcecado ama su error, su error que tan sólo persecuciones ha de acarrearle.

Y, cual conviene á hombre que oculta la locura, que hace frente á la desgracia con las armas de la virtud, Martín guardaba un recogimiento melancólico que á él le parecía augusto, pero en grado superlativo.

En los adentros sentía los enternecimientos de la

piedad, al par que los hachazos del martirio, y, víctima que no quiere ser comprendida, tomaba, calladito su boca, camino del Calvario.

Tál iba el convaleciente, cuando héteme aquí que á los pocos días de levantarse, le fueron entrando unas ansias allá como corporales, un tantico concretas y determinadas: Pepa, yá sin dares ni tomares con la muerte; Pepa, exenta de toda perversidad; Pepa, con todos sus encantos, poetisada por el recuerdo, realzada por la pasión, apareció en escena como modelada por el genio helénico. Santos propósitos, promesas de comuniones, curso de virtudes, varón fuerte, Platón, todo se lo llevó el diablo.

XIV

GALITA LEE

"¡POBRE mijo, tan entotumao que se levantó!" era la muletilla de Marucha; y, en efecto, Galita seguía día por día más cabizbajo. Lo poco que hablaba era para expresar su gratitud á *Las viejas*, á sus compañeros y al doctor Puerta; pero, en tratándose de otro asunto, no adelantaba palabra; y, ni las historias de Marucha, ni la charla de Mazuera, ni la crónica de las fiestas, ni las Bermúdez, que fueron á verlo, ni las cremas y golosinas de enfermo que éstas le enviaban, fueron para sacarlo de su silencio.

Antes, todos le hablaban de Pepa, ahora nadie se la nombraba; luego todos sabían lo que pasó entre él y ella.

Por lo que decía Marucha, por lo que él recordaba, supuso que Pepa había figurado en el delirio; quiso saberlo por sus compañeros; pero ambos se hicieron los bobos. Galita, entonces, muy conmovido, contóles el episodio del baile, pintándoles su desencanto de la vida y el fuego en que se abrasaba, sin poner en la pintura una sola pincelada de la resignación de antes, y sí muchas de despecho.

Cañasgordas le salió con aquello de que *cuando*

una puerta de cuero se cierra... cosa que al cuitado pareció vulgarísima, inadecuada y hasta hiriente á la alteza de ese amor, que el burdo mediquillo era incapaz de comprender.

El remontado Mazuera, volviendo al tono docente de Mentor, ventiló la cuestión con todas las filosofías y exornaciones de su cosecha. Probó, ó al menos pretendió probar, que los amores exclusivos eran la paparrucha más grande; y no bastando esto, apeló el bachiller á los narcóticos de la alabanza; puso á Galita en las nubes y á Pepa en el gajo de abajo, declarándola, por ende, indigna de tan encumbrado amante. Y mucho que se adormecieron los dolores con estas gotas rosadas.

Por fin dieron á Martín por bueno y sano, y, con tal que se cuidara de malos vientos, permiso para salir á todas horas.

Sería de noche, porque de día se podría encontrar con Pepa por allí en cualquier parte, y él no quería verla de ningún modo. De noche pagaría las visitas, arreglaría el viaje y se despediría; porque él se iba precisamente. ¿A qué permanecer más tiempo en Antioquia? Además, la última carta de su madre era enérgica y terminante: lo amenazaba con retirarle los recursos si no volvía al Cauca ó á los estudios. ¡Lindos serían los que él hiciera, con ese comején que le roía el alma! ¡Al Cauca otra vez! Acaso la vista de su tierra, las caricias de su madre, la vida de las haciendas, podrían aliviarle. Acaso, allá en la finca de *La Soledad*, lejos de las mentiras sociales, confundido

con los vaqueros, hallaría medios de aturdir su corazón. ¿No vivió Byron en el campo? Allá, sin testigos, sin que nadie lo criticara, derramaría su sentimiento en raudales de poesía; y, á semejanza de la muerta de *El tren expreso*, recitaría sus cantigas al lucero de la tarde, para que esta estrella, que también era suya, se las recitara á Pepa.

Trocada la cruz en lira, convertido el Calvario en Pindo, madurado el plan, y combinadas de antemano algunas estrofas, anunció Galita el viaje, y *Las viejas* emprendieron el llanto.

Bermúdez fue á invitarlo para que salieran á pasear á la *Quebrada Arriba;* pero Martín se excusó. Todavía se estuvo en casa por tres días, pasados los cuales hizo venir al peluquero para que lo arreglara; púsose vestido negro de levita y el alfiler de perla negra cogida con una garra, en el que vio un símbolo: la perla su corazón, la garra el dolor; y se echó á la calle, con aire de recién llegado de largo viaje por el extranjero. El movimiento, la vida afanada de la ciudad, el aspecto de la gente, le parecían extraños é inusitados, sarcasmos de la suerte las felicitaciones de los conocidos; creía que todos leían en su porte este letrero: « *¡Desgraciado joven!* » Impensadamente se fijó en un cartelillo verde retumbante, vivo aún, que en una esquina sobresalía del pegote de papeles, y leyó: "Se invita á las personas piadosas para que asistan á la velación que tendrá lugar el 20 de los corrientes, en la Vera Cruz, para pedir á Dios por la salud del joven Martín Gala."

Yá sabía, por Marucha, de la tal velación, y ni caso había hecho, pensando que eso sería cualquier rezo mandado por *Las viejas;* y ni el interés que despertó su vida en peligro le cogía de nuevo; que antes se lo figuraba general. Pero al ver que eso había sido anunciado y todo, y en letra de molde, al leer su nombre, brotaron del fondo de su pena, como flores de la sepultura, unas satisfaccioncillas íntimas ¡ deliciosas !

" Ese charlatán de Mazuera—se dijo Galita—tiene mucho talento: muy cierto es que yo no me estimo en lo que valgo... Pero esa velación debió costar mucho... y *Las viejas* ¿ con qué la iban á pagar ?... Si fuera por mi cuenta, me hubieran dicho que debía eso... José ?... ¡ qué velación iba á mandar ése !... Mazuera y *Cañasgordas* menos "...

Martín repasó amistades y conocimientos, y, como no fuera á las Bermúdez, no encontraba á quién achacarle la velación.

El gusto se lo apagó de un soplo esta idea: « ¡ Quererme todos tánto... y esa mujer ! »...

Iba primero al telégrafo á anunciarle á su madre el próximo viaje, y en seguida á la redacción de un periódico, á que le publicaran una despedida « muy bien *jalada*, » que le había escrito Mazuera.

Al entrar á la Casa de Gobierno, donde estaban entonces las oficinas telegráficas, un chico, hermano de las Bermúdez, lo llamó y le entregó una carta, diciéndole: « Aquí te mandan las muchachas.»

Rompió el sóbre y vio... ¡ Dios del cielo ! Le

pareció que se caía. Estaba soñando. Eso no era cierto. Había vuelto al delirio.

« ¿ Qué es, niño... mala noticia ?—le preguntó el portero.

Que nó, contestó Galita con meneo de cabeza, el ojo tamaño, fijo en aquellas letras. Era un tarjeta de visita con este nombre: *María Josefa Escandón*, y debajo y á la vuelta, en letra patoja: « Perdoneme Martín. Yo lo amo lo adoro. No se balla por Dios para el Cauca sin que hablemos=Pepa.»

Otro papelito de letra de Julia Bermúdez, decía: « Mi apreciado Galita. = Pepa quiere hablar con U. Está muy arrepentida. Bengase á la oracioncita á aquí á casa » etc.

¡ Iba á recaer precisamente ! Si hasta sentía dolores otra vez. De repente una idea le aterró: « ¿ Será otra burla ?...»

Entró; se recostó en la barandilla del patio; miró el surtidor, los cuadros del jardín, los desgabilados arbolocos, luégo el escudo nacional, pintado al frente en una como portada; leyó la inscripción: *Pueblo, respetad al Magistrado; Magistrado, respetad la ley;* después miró al cielo; pensó en *El Retinto;* recordó el cuadro de San Martín que había en su casa, montado en un caballo *palomo*, y partiendo la capa con el mendigo; habló solo y como el loro, diciendo este pedacito de la biografía consabida: «*La belleza es la luna cuyos melancólicos rayos alumbran las noches del alma.*»

Al fin, sin acordarse de tal telégrafo, ni de la

despedida tan bien *jalada*, ni de nada, salió apresuradamente, llegó á la casa, llamó aparte á Mazuera y, dándole la carta, le dijo:

—Díme si esto es cierto ó es una burla!

—Ah caray!—exclamó el Mentor, en cuanto leyó la tarjeta—Que si es cierto?... Pues de más! Eso tenía que suceder! Sí, señor: aquí está pintada la Pepa. ¡Si es un tipo, no te digo! Y en seguida leyó la boleta.

—No será por engañarme?

—Por engañarte? ¡No seas bestia! Esto es más cierto que el Algebra... ¡Pero ve qué arranques!... Caramba! Está apasionada. Si estuvieras por desquitarte, aquí te las pagaba juntas!.. Pues en plata te pide una cita—Es un tipaso!...

—Pero... voy?

—Pues para cuándo lo dejas?

—Es que... ese cambio, así de repente...

—¡Pero, hombre, por Dios... parece que no conocieras á ninguna mujer!... Si así son todas, hombre! ¡Y ésta no anda con vueltas!... Me ha dado más gana de tratarla!... Es de verdad que está arrepentida... Creémelo. ¡Pero ve qué ortografía!... ¡Está estupenda para ti!

¡Qué talento tiene este bobo!—pensaba Martín.

XV

LLEGADA

HERRADURAS de despeada caballería resuenan en el empedrado. El viajero lee el nombre de la calle, dobla la esquina, y espoleando el mulo, que apenas se mueve, se acerca á la casa número 111, y pregunta.

—Sí, mi niño,—le contesta el *asistente* ó criado—Bien puede desmontase.

Hácelo el viajero; el criado, tomando el animal por la brida, lo entra por la «puerta falsa»; resuenan las espuelas en el zaguán; resuena la campanilla del contraportón; Mina abre, y al tiempo que él se dobla levantando el casco, ella exclama cortada:

—¡ Caballero !... Ah !... Es César ?

—César... para servirte !—canta él apresuradamente.

Ella le da la mano, César se la estrecha en las suyas y luégo la abraza cantando:

—Tú... eres Filomena, nó ?

—Nó, señor, soy Belarmina —repone ésta un tanto disgustada.

—¡ Ah caracho !... ¡ Belarmina, como nó !... Y ¿ cómo estás, ah ? ¿ Cómo están por aquí ? ¿Y las otras, ah ? Y siguen abrazados hasta el *costurero*. El se

sienta. Mina, *tupida* con el abracijo, que nunca se le había ocurrido, contesta:

—Estamos bien, César.... Agusto muy nervioso.

Y grita en seguida:

—Nieves! Nieveees! caminá saludá á César, que yá vino!

Llena de confusión y vergüenza, imagen del encogimiento, aparece Nieves, y desde la puerta estira la mano diciendo muy pasito y despacio:

—Cómo le ha ido, César....

—¡Hombre, Nieves!—salta él poniéndose en pie y abrazándola.—¿Y qué tal, ah?... ¿Cómo te conservas?

—Toy alentada... y sí que vino temprano!

—Temprano? (soltando la abrazada y sacando el reloj). Ah caracho! Cómo nó!... Créia que era tarde: no son las cuatro y media! Siéntate! Cuéntame cómo están y qué es lo que tiene.... tío Agustín. No será nada de cuidado, nó? ¡Enfermedad de rico, nó?

—El dice que está muy malo...

—Sí? ¡Cuánto siento lo que me dices!... Y cuál es la enfermedad, ah?

—Pues á él le dio buenamoza—contesta Mina—pero ahora como que es algo de necedá.

La campanilla suena, el contraportón cruje, y asoma el volumen de la prendera.

—Es Filomena—anuncia Mina.

—¡Hola, Filomena!—exclama César saltando al corredor y abalanzándose á abrazarla; pero no pudiendo abarcarla con la debida elegancia, se contenta con echarle el brazo y darle palmaditas.

—Qué tal, César !... Hace rato llegó ?

—Horita, horita ! Y cómo estás, ah ?

—No tengo novedad. Muchas gracias. Y usté ? (Desprendida de los brazos del sobrino, fue á sentarse al frente. Le miró: « ¡ Qué hombre tan lindo ! »)

—Ah !... Vengo medio muerto ! Desde el río traigo un pestarrón ¡ matroz !... El tren me acabó de zumbar: ¡ casi un día para hacer diez leguas !... ¡ Qué cosa tan bárbara ! ¡ Eso es un chispero que, en lugar de moverse, no hace sino quemar la ropa !... Y hora verán ! El ranguillas que me alquilaron en *Pavas*, por pocas no me arrima á San Roque: ¡ dos días he gastado y creya no llegar ! Al otro día madrugo y voy á montar, ¡ pero en qué: achajuanado del modo más bestial ! No daba un paso. Salgo á buscar un animal en qué seguir, y tuve que esperar unos arrieros, porque no encontré allí quién me alquilara ni una mula de carga. Por fin llegaron unos, y cuando iba á ensillar me puse tan feo, que tuve que arruncharme. Pensé que las fiebres me iban á zumbar. Pues nó: al otro día pude seguir; pero hoy sí me ha ido peor: ¡ he venido no sé cómo, con el calor, el polvo y la peste !... Cosa más atroz ! Y aquí en el camellón ¡ la venía pasando !: un parrandón de niñas en un balcón, la mar de gente... ¡ y yo metiéndole espuela á la mula, y la mula sin moverse !... Ah caracho ! No sé cómo estoy aquí !

—Por manera que no más dentró á Antioquia encomenzaron los trabajos ? —dijo Filomena muy risueña y muy divertida con las cosas de César.

—Ah! sí! (en tono de zumba). He llegado de malas á esta tierra! Si así sigo...

—Pues como no se aburra—dijo Filomena—todo está bueno.

—Ah! ¡No lo creas! ¿Con ustedes quién se puede aburrir?

—¡Pues quién sabe, César!—repone la señora de muy buen humor.—No se ponga á floriar desde ahora. Bueno, ¿y cómo dejó á Juana y la familia?

—¡Muy bien, ala!—contesta él, inclinándose—¡Perfectamente están todos! ¡Tántos recuerdos les mandan! La pobre mamá se quedaría llorando por mi venida, ¡yá me la supongo! Desde que se decidió mi viaje principió el llanto... Papá vino á sacarme y nos les tuvimos que venir escondido!... Por aqui traigo una carta: me parece que es para tí y tío Agustín (sacando una cartera muy fina). Por ai en los báules vienen unos chismes que les manda.

Filomena guardó la carta sin leerla. No sabía qué adivinanza era ésa: esperaba un muchacho así, pobre, mal entrajado, y César venía de guantes; casco inglés; vestido de paño burdo, muy nuevo y elegante; magníficas polainas; calzado extranjero, amarillo é impermeable; guarniel muy lustroso, extranjero asimismo; venía de revólver... *¡y tráia báules!*

Los setenta y cinco pesos del recurso se le volvieron á la tía la «cosa más particular». Aunque fuera una bribonada, ni modo de enojarse con César, porque... ¡ah muchacho!

Filomena, Minita y Nieves, en el *costurero;* la

cocinera y el negro *asistente*, en el corredor, todos estaban con la boca abierta. A medida que César se iba produciendo, el encanto crecía. Como los asistentes á ópera wagneriana, poco más atendían; ~~pero bien~~ se les alcanzaba que aquello de César era la gracia misma, el colmo de la finura.

La fraseología y acentuación bogotanas, las armoniosas elles, esas inflexiones moduladas, el natural despejo del muchacho, lo bien apersonado que era, todo se aunaba para embobar el auditorio.

—¡ Ah caracho !... ¡Qué casa tan primorosa tienen !

—Camine conózcala—dijo Filomena con inusitada insinuación, siguiendo la costumbre medellinense de mostrar las casas á cuantos llegan á ellas.

César se despojó de espuelas y polainas, y fue llevado primero á la gran sala.

—¡ Ah carrizo !—cantó al entrar—¡ Esto es muy réminton !... ¡Ustedes tienen un gusto !... ¡ Qué belleza !

Las estatuas con sus trajes de percalina, los pájaros disecados, los fruteros. Cada cosa recibió su tributo de admiración. Lo mismo en las demás piezas mostrables. Minita y Nieves resultaron también muy elegantes, y Filomena de un tipo ¡ muy distinguido !

—Voy á ver si aquél abre—dijo ésta, dirigiéndose al trancado cuarto de tío Agustín.

—Agusto ! Agusto !—gritó golpeando—abrí pa que saludés á César. Abrí, que tiene mucha gana de verte !

—Andá á la porra!—gritaron de adentro.

—¡Nó, César,—dijo la del tipo distinguido volviendo al *costurero*—no hay esperanza que abra!... Tiene que saludarlo á la traición, cuando le dentren la comida... ¡Augusto está fatal! Después le contaremos... Pero camine recuéstese un ratico, que estará molido... ¿Quiere dulcecitos de cajón, ó un vaso de cerveza?

—¡Gracias! Te agradezco tánto!... pero hora no deseo nada.

—Tome la cervecita, que ahora le sienta muy bien.

—Bueno, alita, te acepto la cerveza!

Filomena lo condujo á su propia cama, porque la que le tenía preparada le parecía yá mal pergeñada para tal huésped.

—Recuéstese aquí—dijo ella doblando hacia un lado el gran ropón que cubría la cama.

Quitóse César casco, guarniel y revólver, y se estiró cuan largo era.

—¡Ah caracho!—exclamó.—¡Qué cuja tan deliciosa!

Los cojines forrados en bordada holanda, los rehenchidos almohadones, el rollo con lazos en las fruncideras, la rica colcha de damasco, perdieron su virginidad.

Filomeña corrió al criado:

—Corré comprate aquí á la esquina una botella de cerveza inglesa. ¡Pero es que volás, porque tenés que hacerme otros mandaos!

Despachado el negro, fuése á la cocina:

—¡Una comida de lo mejor!—mandó al entrar.

—¡Ave María, mi siá Jilomena,—dijo la cocinera muy entusiasmada—valiente niño pa bonito!... Qué le toca á busté?

—Es hijo de una hermana mía.

—Hijue pucha!... Pero sí que tiene un habla pa más sabrosa!

—¡Pues esmerate harto!; Nieves viene á ayudarte.

—¿Pa qué no me dijo dendiantes?... Busté sí qués!... Tanté comida á estora!

—Es lo mismo! Lo que falte se manda traer á los hoteles; pero sí tenés que hacer la torta de mojicón, y unos pastelitos como los del otro día. De la gallina de Agusto sacás unas presas.

—Tome los dulcecitos, César,—dijo la señora, después de la cerveza.—La comida se demora, y tendrá fatiga.

—¡Nó, nó, ala, absolutamente! No te afanes por mí, ni vas á darme banquete, que yo soy de la casa.

—¡Figúrese, banquete! .. No sabe los trabajos que va á pasar con lo mal que comemos por aquí... Quédese, pues, conversando con Mina, que yo tengo que volver á la tienda... ¡En esto vuelvo!

Salió con mucho afán, y luégo en la calle se paraba ensimismada, aunque no tanto que no advirtiera á entrarse á la *Agencia de trasteo* y solicitara dos mozos de cordel.

A espaldas del uno hizo bajar del salón prenda-

rio un hermoso lavabo de mujer, con todo y espejo, empeñado tiempo hacía, que inmediatamente fue llevado á la casa. El otro mozo llevó un juego de baño muy lujoso, que tenía igual procedencia. Filomena agregó un tintero de cristal de roca, mangos de escribir, esponja y demás útiles, y salió al punto, pensando en su aire tan distinguido.

Las dos mecedoras de junco le fueron capadas á la antesala, y en un instante el cuarto de César, que era el contiguo al comedor, quedó alhajado; la cama tuvo vestido de ceremonia y primorosa cubierta la mesa-escritorio.

—¡Pero qué le parece, César,—dijo la señora, conforme volvió á su alcoba—con tánta gana de irlo á encontrar, siquiera hasta *La Estación!*... ¿Pero cómo?... ¡Estoy hasta los ojos de trabajo!... ¡No se figure... y yo solita... Cuando recibí el parte, pensé buscar un coche ¡pero ni bamba!

—¡Ah, sí, ala!: yá me lo suponía. ¡Estás excusada!

La comida, reforzada con platos traídos del restaurante de *Jorge* y de *El Continental*, fue tarde, pero de regodeo. César estuvo encantador: hizo el elogio de los platos y el de las tías, guardándose muy bien de darles el título, y *tú* por aquí, *tú* por allá. ¡Muchacho más insinuante! Comía como el filosofastro de Moratín. Pero, ¡qué manera de mascar, de cortar el pan, de levantar la copa! ¡Carreño en persona! A los postres—que no fue sino uno—se puso á contar cosas de Bogotá.

El auditorio se pasmaba.

Salieron á girar las comidas de su tierra: el *cuchuco;* la mazamorra de tallos, garbanzos « y la mar de cosas; » la sopa *Juliana* por el propio idem; las papas *chorriadas;* los tostados: cada guiso con su receta; luégo las retretas, con su distribución de días y lugares; después las corridas de toros y las de caballos; en seguida el *pesebre* de Espina, con sus congresos y garroteras; y, por último, don Vicente Montero con las trampas para coger toda clase de alimañas ¡ hasta *cachacos!* Al llegar César á esta trampa, Filomena abría tamaños ojos: sin duda quería aprender el procedimiento de don Vicente: « *Pues para coger cachacos hay que ir donde hay cachacos* » etc. etc.

Aquello era remedado y con todas las pantomimas del caso, y el mozo lo entendía.

« ¡ Nó, por Dios, César ! exclamó Filomena con los ojos llorosos por la risa—¡ Nos hace vomitar la comidita !... ¡ Cállese la boca !»

Minita y Nieves se ahogaban. César se inspiraba más.

A las nueve terminó la *funcia*, como él decía.

Tío Agustín abrió, y el sobrino, seguido de las tres tías, que entraron con él, del *asistente*, de Carmen y Bernabela, que se quedaron en el corredor, compareció en el cuarto. Abrazo, palabras de almíbar, augurios de pronta reposición, de todo hubo por parte de César; pero el enfermo estaba hecho un erizo: el sobrino le atacó los nervios, se le asentó en la boca del estómago. ¡ Bueno estaba él para la bulla que César metía !

Éste, en medio de la ovación, fue instalado en su pieza. La gran cuestión, objeto de su venida, se afrontó. Mucho desinterés por ambas partes: César prometió hacer y acontecer; Filomena no quería sino que él ganara á todo trance; Filomena quiso que él fijara los honorarios; ¡él cuando! Eso se arreglaría como ella quisiera; entre los dos no podían caber diferencias. Y no quedaron en nada.

La prendera no se conocía á sí propia; ella, que no se mandaba hacer un par de zapatos sin arreglar antes el precio; ella, que no podía obrar en negocio alguno si no sabía á qué atenerse. Pero con César no era posible: ¡era tan generoso, tan formal!

Filomena misma le arregló la cama, le trajo botella de aguardiente alcanforado para que se frotara; y las tres tías dieron las buenas noches al sobrino.

XVI

CÉSAR PINTO

COSTADO y friccionado iba el bogotano rumiando las impresiones recibidas.

Charras, charrísimas, *maiceras* hasta las cachas le parecían Mina y Nieves; Filomena un mamarracho; el tío, un salvaje; los cuatro, poco menos que animales. El que lo tratasen á cuerpo de rey no era ninguna novedad; si tál no sucediera, no fuera él César Pinto. ¡ Y estaban qué ricos los tíos éstos ! Se les veía por encima del *capote*. En fin: amanecería y veríamos.

Y dando un bostezo, se acomodó, y pronto dormía á pierna suelta.

Es César bajo de estatura; de musculatura blanda; medio regordete, al par que bien compartido y acinturado; tez blanca y fina; mejillas, como durazno maduro; bozo, patillas y cabello, cejas y pestañas, todo negrísimo y crespo; ojos dulzarrones, grandes y oscuros; ligeramente respingado de nariz; bien dentado, y con orificaciones que le pegan mucho: un lindo muñeco, el tipo, precisamente, para encantar á Filomena, que no encontraba belleza, siquiera fuese masculina, mientras no viera facciones menudas y carrillitos con chapas.

Tiene César gesto muy animado; accionar elegante y expresivo; arrisca las narices y los labios con mucha monada; sabe *hacer ojitos*, ya tristones, ya regocijados; á más de muy bogotano en el acento, es de suyo timbrado de voz, sandunguero, reidor, y nada sangripesado.

Con tan buenas partes, y con otras que luégo enumeraremos, se cree él una sirena con pantalones, como quien dice.

Hijo de un perdulario, tahur de profesión, y de una madre tan de caracol, fue César desde niño muy dueño de sus acciones. Escuela, Dios la dé: allá, por muerte de un obispo, dejaba de hacer novillos en una, donde por costumbre lo pusieron, con lo cual fue creciendo hecho un asno y un Judas Izcariote. Milagro patente, que diría Marucha, fue el que hubiese aprendido á medio leer y á medio escribir; y más milagro todavía, el que no hubiera ido á parar al Panóptico, siendo, como era, el jefe de la pillería del barrio.

Pero Alzate al fin, manifestó desde los quince años deseos de trabajar y de conseguir dinero; y Juanita, ya que nó el padrazo, le consiguió quehaceres en un almacén, donde permaneció bastante tiempo. Como era de natural jovial y sobrado avisado, el principal le cobró cariño, y de los treinta días por mes que le pagara al principio, lo subió á condor y luégo á dos. Viendo el protector cuán atrasadillo andaba el protegido, y queriendo sacar de él un mozo de provecho, logró que estudiara algo de Aritmética y Contabilidad. Cuando yá tenía algunos conocimientos;

cuando el sueldo se le había aumentado y la perspectiva de una colocación estable y lucrativa se le ofrecía, principió César á relacionarse con gentes de la pega y á dar disgustos al patrón, apurando tánto la cosa, que al fin y á la postre hubo de perder destino y protección.

Estalló á poco la revolución del 85 y metióse militar, á órdenes de Gaitán Obeso, con quien hizo toda la campaña de la Costa. De ella trajo el arte del dado y otros achaques, amén de fiebres y fríos.

Pasada la tormenta, un su copartidario le dio empleo en una hacienda, con buena remuneración; pero César no era hombre para faenas de campo, y pronto se volvió á Bogotá á vivir de sus rentas.

En su casa, donde nunca reinó la abundancia, estaban entonces á la cuarta pregunta; pues la suerte aporreaba á Pinto, días hacía, del modo más inicuo; y si bien Juanita y las tres niñas grandes trabajaban sin descanso, no alcanzaban á matar el hambre y las necesidades de la familia. Mas, tras las crueldades, quiso la voltaria diosa de los tahures sonreírle á su constante perseguidor en una jugarreta; y fue lo mejor que Pinto, por vez primera, se aprovechó de la ganancia para vestir la familia, que, como es de suponerse, estaba en pelota. Por de contado que á César le cupo lo más y mejorcito.

Halagado con la ganancia del padre, sin curarse de los anteriores maltratos, el hijo vio en el juego un gran medio, un manantial de riqueza; y si antes no se le había ocurrido, era debido á lo ratero é insignifi-

cante de los juegos de campaña y de otros no mayores en que había tomado parte.

Como era mozo de chirumen, pronto dio en el *quid;* su buena presencia, los trajes nuevos que ahora llevaba, eran para infundir prestigio, no digo en cualquier garitillo, en la más respetable mesa de juego. Con tántas ventajas, y no teniendo qué perder... ¡ por fuerza tenía que ganar ! Más claro no cantaba un gallo.

Blindado de esta lógica y de un aplomo que lo abonara ante los más suspicaces; haciendo fieros, como que no quiere la cosa, con unos pocos realejos que consiguió, por modos que después sabremos, César principió á frecuentar los altos garitos y los grandes personajes del dado. Y como quiera que la fortuna, á fuero de Mesalina, halaga á los novatos audaces, el muchacho ganó la vez primera y siguió ganando casi siempre, llevando el asunto con tánta prudencia, que abandonaba el campo en cuanto daba una *caída*, y se abstenía de jugar si principiaba mal, pretextando, para separarse de la mesa, estar indispuesto ó tener algún negocio ó cita importantes.

Con todo, no dejó de verse en deudas y honduras, en cuyo caso cambiaba de garito y personal. Obrando en campo tan ancho, no haya miedo que dejase de encontrar algún prójimo que tuviera qué perder; sino que César jugaba por negocio solamente: No heredó de su padre la pasión por dados y baraja; en otra cosa estaban sus anhelos.

Las ganancias, según iban viniendo, las gastaba en lujo para su persona, llegando á ser, en lo de tra-

pos, *cachaquito* bastante regular; que en cuanto á generosidad, fue siempre un *cachacazo* de primera fuerza. Y no porque obsequiase y brindase muy á menudo ni con cosas exquisitas ni caras, sino porque en ello ponía tánto garbo y donosura, que una copa de cualquier agua chirle, ofrecida y presentada por él, parecía á la vista, y hasta al paladar, licor preciado de grande estima; y lo propio acontecía con los festejos de comer y de fumar. Tánto puede el estilo.

Esta nota de elegante bizarría era la gran parada de César; pues no sólo le granjeaba el prestigio consiguiente, sino que en ella le iba uno de sus negocios principales, y acaso el en que era más habilidoso. Porque César no iba obsequiando así á tontas y á locas á cualquier amigote: él sabía con quién había de gastar gorra y con quién dinero, en qué grado debía ser lo uno y lo otro, y cuándo era tiempo y ocasión de obrar. No era malo el negocio: dar á la tierra el grano para que retorne la mazorca.

Ya, con la urgencia y la nobleza pintadas en la cara, eran dos condores que devolvería á la siguiente semana, indefectiblemente; ya, por medio de una esquelita muy fina, ocho ó diez pesos, para salir de un compromiso; y así y asao; y unos por incautos, otros por generosidad, por cultura los más, iban cayendo muchos; y pocas veces marraba el golpe, porque para conocer los *mogollos* tenía César un ojo....

No faltaban antioqueños de paseo en la populosa capital; y, como los viese, el joven Pinto se les metía por el ojo de una aguja, en són del paisanaje con su

madre, les servía de *cicerone*, los acompañaba en el paseo al Tequendama, los presentaba en varias casas, y los pobres *maiceros* pagaban tributo al César, y muy agradecidos que quedaban de sus favores. Sin que esto quiera decir que sean nuestros paisanos los más abiertos de bolsa, ni los más blandos de entrañas, sino los más novicios, debido á que en Antioquia, sin que falte la gorra, que en todas partes se usa, todavía se desconoce la caballeresca industria del sable.

No paraban en ésta las del muchacho, que ejercía otras no menos caballeras: Por uno á modo de escamoteo misterioso (si vale el calificativo en los tiempos que alcanzamos), César se veía, cuando menos se lo soñaba, con un precioso alfiler de corbata, ó un *Smith & Wesson*, ó un paraguas.

Tenía, además, unas amigas tan alegres...; y estas amistades, que tan caras les suelen salir á algunos, supo César hacerlas más lucrativas que las otras. Pensaba él, y pensará sin duda todavía, que, tratándose de una amistad en que tánto disfrutan los amigos como las amigas, si no ellas más, era demasiado justo y puesto en razón el que alguna vez las damas se tornasen de regaladas en regaladoras; y pensó también que él era de los llamados al goce y provecho de tales regalos y finezas: para algo le había dado Dios esa figura tan bonita y ese genio de ángel.

Semejantes teorías, impracticables al parecer, las aplicó César con éxito que sobrepasó á sus esperanzas. Amigas hubo que le dieron las grosuras del esquilmo hecho á otros corderillos. Y no era ni gracia, porque

cuando el galán apelaba á lo patético; cuando él registraba por el tono de la ternura, era como el *Abrete sésamo* del cuento.

Una señorona, medio retirada del trato, á causa de los ultrajes del tiempo, y que tenía buena tienda y mejores ahorros, hubo de amigarse con César; y tienda, economías, joyas, una tras otra fueron pasando á manos del mocito. Menos positivas, aunque de más viso, tenía otras relaciones en la clase media y tal cual en la alta; y en todas partes era recibido y tratado como él se merecía. Y se merecía mucho, ¿cómo nó? Un *cachaco* tan elegante en el vestir cuanto distinguido en el trato con las señoras, de amenísima conversación, que baila el *boston* como un trompo, que sostiene una broma con tan fino gracejo, ¿ha menester referencias y recomendaciones de nadie? No tál: con presentarse en sociedad él mismo se recomienda.

Pero á estas relaciones les tenía César cierto recelillo y las llevaba con mucho ~~ten con ten~~. Había tántos petardos sociales, tánta siembra y tan poca cosecha: el ramo de cumpleaños, el regalo de boda, un gasto imprevisto en algún parrandón con señoras. Eso era mejor de lejitos.

Su encanto, su centro, eran los casinos, los cafés y lugares de recreo: allí no había pejigueras, sino obsequios de *champagne*, brandy y helados; sino convites opíparos de día y de noche; sino juego recio y decente, donde, entre veras y chanzas, podía una apuestica volantona traerle un gaje gordo; donde,

con algún traguete de ron, ofrecido con aquella magia suya, podía pasar por un Lorenzo el Magnífico; donde podría presentarse por ahí alguito propio para el escamoteo: un portamonedas, una carterita, por ejemplo.

Allí se disfrutaba de una sociedad brillante y regocijada: tánto caballero que había viajado por Europa y Norte-América; tánto doctor; tánto periodista; las conversaciones altas, salpimentadas con el chiste; las cuestiones peliagudas, discutidas con peliagudo ingenio. ¡Y lo que César aprendía oyendo! De allí extraía, como de inagotable chupadero, ese jarabe eruditísimo que lucía en su conversación: de tan gratas aulas sacaba el chico, á más de las frescas sobre política local y de crónica bogotana, noticias de la cortê de Luis XV, de Ninon, la Maintenon y la Sevigné; de la revolución francesa; de papas y Borgias; de la Patti, Sarah Bernhardt y Gayarre; sacaba mucho cuerpo de doctrina sobre Crítica, Literatura, Filosofía, Legislación, de todo; los nombres de Spencer, Edisson, Draper, Littré, Zola, Valbuena, Julio Verne y otros; y tántas cosas más, que pudiera poner cátedra de ciencia recreativa. Y ya que no en cátedra, mostraba su erudición en cualquier parte que cupiese, porque eso sí, oportuno como él solo.

Así fue acondrándose su trato de gentes hasta adquirir ese relumbrante baño, ese esmalte policromo que tan útil le era en su empresa de sacarle la miel á la vida.

Y César sacaba no poca, como hemos visto; pero

¿cómo sentirse satisfecho, con las agallas que él tenía? Tántos tontos, por ahí, ricos, riquísimos... y él nada!; los soberbios caballos de Mengano; el carruaje del otro; los vestidos parisienses del de más allá; esa Europa con sus mujeres, con sus cafés, con sus teatros; todo eso y algo más, se le revolvía en la cabeza, y los colmillos de la codicia le trituraban el corazón. César tenía que ser rico, muy rico; pero fulminantemente, sin la fatiga del trabajo, sin la vulgaridad de las economías. Nadie más apto que él para la opulencia: si se sentía rico por sus gustos refinados, por sus encumbradas aspiraciones; rico por temperamento. La riqueza era su vocación.

Cómo sería ello?... Tal vez un casamiento ventajoso.... acaso un tesoro sepultado en las entrañas de algún caserón colonial.... Y César se perdía en globos de dichas, para luégo descender al terráqueo, ¡tan bello para tántos, tan feo para él!; su familia tronada, y viviendo por esos callejones de *Santa Bárbara;* papá, que no había vuelto á ganar, y con ese vestido tan pringoso; mamá y las niñas ¡tan charras! y haciendo dulces y bizcochos como unas menestrales; y él?... pues lo que era él estaba fuera de su centro.

Mohíno además se andaba el mozo con estos hipos que arreciaban cada día. Mas algo bueno le daba el corazón. ¡Pues á ver qué era! Si no había sido de los más mimados de la suerte, tampoco tenía grandes quejas contra esta señora, si bien se miraba. ¿Por qué habría de hacerle una floja á lo mejor del cuento?

Buscar, pues; buscar con fe, sin desalentarse; ir

oliscando las huellas del presentimiento, como el perro las de la pieza.

Buscó, olfateó, ojeó, hasta convencerse de que la dicha grande, la dicha reunida, no la cazaba en Bogotá ni de un boleo ni de muchos. Esos residuos de dicha que recogía allí con sólo estirar la mano; esas espumitas de aquella boda de Camacho, eso.... ¡ para irritar más el apetito !

Pero no había que desmayar. ¡ Sería una vergüenza permanecer en la inacción !

Bogotano raizal y aferrado, y pensando que no sería probablemente á Europa ni á los Estados Unidos á donde tendería el vuelo, le acobardaba la idea de dejar la tierra; pero tál se iba poniendo, que se resolvió á arrostrar hasta la proscripción. Sí, la suerte lo impelía.

¿ Chile ?... ¿ La Argentina ?...¿ Centro América ?.. Muy bien: pero no siendo él para andarse por esos mares y caminos de Dios en el caballo de San Francisco, hecho una lástima, ¿cómo ir tan lejos, así tan sin blanca ?

Pudiera ser que el Tolima... Antioquia... Y le vino la corazonada: Antioquia ¡ Antioquia era !

Cabal: Sus padres hablaban de Antioquia como de la tierra del oro; en Bogotá había muchos ricachones de Antioquia; esos patanes que de Antioquia venían traían mucha; en Antioquia había muchachas riquísimas, según todos los *maiceros;* en la capital de Antioquia tenía él unos tíos, muy tacaños, por cierto, pero podridos en la plata... y pudiera ser; luego en Antioquia le aguardaba la fortuna.

Con tan rigoroso razonamiento, el plan vino. Comunicado á sus padres, ocasionó la carta aquélla, medida que se tomó á la si pega; pues ni Juanita ni su señor marido esperaban nada de sus hermanos antioqueños.

César se apercibía para el viaje de cualquier modo, pensando que los tíos no habrían de ser tan refractarios á las seducciones del sobrino, cuando se recibió la carta de Filomena.

Con sólo formar el proyecto principiaba á reírle la fortuna desde Bogotá: no solamente esta bendita carta, sino que César, á la buena de Dios, tomó á ésas los dados, y en un periquete se ganó algo más de trescientos pesos.

Item más: la amiguita nueva, á quien juró que pronto volvería hecho un potentado y haría con ella una vida de delicias, se enterneció tánto con el pesar de la partida, que le dio tres condores por recuerdo y su par de baúles norteamericanos para el viaje.

Pues... « si en Sopetrán dan cocos, ¿ qué no será en Antioquia ? »

En volandas á reforzar el guarda-ropa: la *percha* ejerce poderoso influjo. Que ni los tíos ni las *crestas* de Antioquia fueran á tomarlo por un pobretón.

« ¡ Adiós tierra natal, suelo querido,» no te derrumbes ni des en *paramar*, que César juró volver !

XVII

EN EL TABOR

LOS faroles públicos aún no se habían prendido, cuando Galita, con el corazón como novillo caucano, entraba á casa de las Bermúdez.

Julia salió á recibirlo al contraportón, con sonrisa de triunfo, y, dándole la mano con amistosa efusión, le dijo pasito: «¡Ay Dios, qué dirá cuando lo sepa!»

Recibióle el bastón y el sombrero, los colgó de la percha, y no permitió que se quitase el abrigo.

Entraron á la sala, donde apenas se veía, á causa de la hora y de las espesas cortinas. Pepa y otra Bermúdez, que ocupaban un diván, se pusieron en pie. Martín saludó de mano y notó, á pesar de estar muy turbado, que la de Pepa temblaba. En cuanto ellas se sentaron, tomo él una silla junto al diván.

—Señorita Pepa...—balbuceó él con voz que no le sonaba, no sin haber carraspeado antes—cómo está?

—Muy mal, Martín!—le contestó ella, no menos conmovida.

El no replicó nada, ni ella agregó más; pero Julia los sacó del apuro diciendo á Gala:

—Aquí dentro sí debe quitarse el sobretodo, porque se acalora mucho, y va y le hace daño la salida.

Hízolo así el galán; y, como Julia prendiese un fósforo, él se puso á ayudarle á encender los candeleros del piano y la bomba central.

Martín miró á Pepa, ella levantó los ojos el espacio de un relámpago, y por dentro del enamorado pasó el cielo: ese relámpago le resarció con usura todos los dolores.

La otra niña se retiró discretamente, y Julia, por una delicadeza femenil, se puso al piano, y, pianito, pianito, principió á teclar *El último pensamiento* de Weber.

—Señorita Pepa—dijo él no bien volvió á su asiento, y como quien hablara en sueños,—¿decía usted que está mal?

—Sí, Martín... ¡estoy con una vergüenza, con una tupa horrible!... ¡Qué idea se habrá formado de mí con... eso que le escribí!

—¡Ah nó, señorita, ninguna idea desfavorable!

—Yo soy así, Martín: una mujer sin juicio, que hago las cosas sin pensarlas... y después me pesa... Pero vea: cuando supe que estaba tan malo... ¡sentí un remordimiento!... Después me dijeron que en el delirio de la fiebre... me mentaba usted... ¡y le aseguro, Martín, que... ¡me dio una cosa! Me vine á donde las muchachas, desesperada... y mandamos una velación al Santísimo por usted... (Y como asustada de lo que iba diciendo, se interrumpe, exclamando): ¡Por Dios, Martín... yo soy una loca! ¡Qué dirá usted!

—Señorita.... Pepita, ¿es cierto todo eso?—replicó Martín fuera de sí.

—¡No ve—dijo ella, poseída de verdadera vergüenza—qué tan mal hecho será, que ni aun cree!

—¿Mal hecho por qué, Pepita?... No me atrevo á creer.... es decir, sí creo, ¡pero es que he sufrido tánto!

—¡Sí habrá sufrido.... pero no ha tenido remordimientos como yo! Yo me he manejado con usted muy mal. He sido muy grosera.... muy hipócrita; pero era que yo no creía que usted me quisiera así...

—¡Pepita, por Dios, no diga eso!... ¡Yá ve cómo me han puesto sus desdenes!...

—Sí, Martín; pero yo pensaba que usted me coquetiaba por pasar el rato, ó por burla.... Como usted se enojó tánto conmigo la tarde que nos conocimos, por mi malcriadeza....

—Nó, Pepita, el malcriado fuí yo... pero, ¿y las manifestaciones que después le hice?... ¿y las dos cartas que le escribí?

—Pues yo no sé, Martín... A mí me parecía que eso no era cierto.... Yo sí recibía las razones, y las muchachas me contaban todo lo que usted decía de mí.... pero como las mujeres somos tan creídas.... Y á mí me ha pasado lo mismo con otros novios que he tenido de mentiras.... Las cartas.... yo no sé: no he recibido jamás cartas de novios: ninguno me ha escrito, y cuando Julia me dio la suya, me dio mucho susto. Con la otra sí me dio rabia, porque yo me ponía á pensar que usted podía dármelas al descuido

ó dejarlas en las ventanas de la casa, donde yo las viera.... Yo no sé, Martín, yo soy lo más boba.

—No me atreví, Pepita, á darle cartas á usted, porque creí que no me las recibía y que se burlaría de mí en mi propia cara.

—Pues tal vez sí le hubiera dicho alguna impertinencia, porque yo soy muy atolondrada. Pero vea: es que uno se enreda mucho con estas cosas, y también le meten á uno cuentos.... Y como los coqueteos de nosotros empezaron de un modo tan particular, yo no podía saber si lo quería ó nó.... Yo sí decía por ahí que usted me chocaba de muerte, porque creía que iba nada más que de petulante á hacerme papeles, por seguir el alegato que tuvimos en la puerta de las Palmas.... y por eso no me le quise correr. Por eso sería que no pensé en corresponderle de veras.... Pero uno no se conoce: ¿recuerda la tarde que le di el espaldazo? pues fue que una amiga me dijo que usted estaba coquetiando en San José con una niña de Rionegro.... y me dio mucha rabia. Y como usted se retiró en esos días de la esquina, yo creí la cosa. Julia sí me decía que eso era mentira.... Pero vea: la noche del concierto.... ¡recuerde todo lo desdeñoso que estuvo conmigo!... Yo atisbé mucho, y me pareció que le estaba pispiando á Lola Palma, y me persuadí que usted no estaba por nada. Esa noche del concierto sí estuve muy molesta. ¡No sé cómo canté!...Por eso era que yo hablaba de usted y le ponía apodos. Yo no lo había vuelto á ver sino de lejos, hasta las fiestas.... Yá ve, pues, que yo no tenía por qué estar

muy satisfecha. Por eso estuve con usted tan.... grosera; y también porque yo no quería confesar delante de las muchachas que estaban en casa, sobre todo delante de Lola, que me había alegrado con el ramo que usted me llevó.

—Oh! Pepita! si usted supiera cuánto sufrí!

—Yá me lo figuro.... pero es que usted no sabe cómo soy yo: yo me trastorno cuando oigo música y carreras; me dan ganas de volar!... y ese día estaba en el tercer bolero, como dice Julia. Yo no sé qué tenía; pero creí firmemente que en el ramo venía carta.... No sé por qué se me metió eso. Y así que no encontré.... vea, Martín: me dio una incomodidad, una tristeza tan grande!... Me parecía que sí era cierto que usted se burlaba de mí; que me había puesto de pantalla para coquetiar con otras.... hasta con la misma Lola.... y todas las groserías que le cometí donde don Pánfilo fue de rabia....

La nerviosa vergüenza se fue disipando, como se comprende, y Pepa expresó sus sentimientos con la mayor naturalidad.

Enamorada por vez primera, y de un hombre á quien creía haber puesto á las puertas de la muerte, Pepa exageraba sus crueldades pasadas, tratando, por vía de desagravio, de ser muy explícita con el que yá consideraba su prometido.

Y, en efecto, fue bastante más explícita de lo que entre nosotros puede permitirse una joven de su clase; sin que esto quiera decir que estuviese desmedida é inconveniente.

El haber sido algo mujer en sus procederes con Martín lo consideraba ahora como el colmo de la perfidia y del orgullo, siendo, como era, tan ingenua, tan al natural, y estando tan poco habituada á los fingimientos sociales, ni menos á los que impone el amor propio ó el otro amor.

Así fue que todo lo echó afuera en esta plática de amor, la primera que en su vida se le ocurrió.

La noche que hizo de María Antonieta de Lorena, aún no estaría Martín en el Casino, á donde fue á dar, cuando yá Pepa estaba arrepentida de lo que acababa de hacer.

¡Eso era mucha hipocresía, mucha mala crianza! ¡Haberlo humillado de ese modo... en vez de ir á bailar los lanceros con él, darle las gracias por el ramo, y lavar lo del apio y la verdolaga! Y ese viejo del doctor Puerta, que se había puesto á darle cuerda para que ella disparatara... Esa manía de «echar gracias» le iba á costar caro: sin remedio que el caucano se había ido furioso, y ¡con tánta razón! ¿Para qué iría ella á ese baile?... Martín no volvería á pensar en ella... Y todo por una timidez de él, ocasionada acaso por el mismo amor que la tenía; por falta de una esquela... ¿Pero qué esquela ni qué nada en un ramo que lo decía todo?... Indudablemente que era una extravagante, una desenvuelta, como se lo repetía papá... ¡Ponerse á darle esa yerba á un caballero! ¡Qué vulgaridad!... ¡Figurarse que el amor hubiese menester de escritura, y todos los novios de atrevimiento y descaro, sólo á ella se le ocurría!... Y

eso de gustarle tánto los hombres medio calaveras, siempre tenía que ser señal de locura... Y, viéndolo bien, Martín Gala de todo tendría, menos de bobo y de seminarista; muy *cachacho* y muy *cuarto* alegre que era; y, sobre todo, respeto y timidez con la novia podía tenerlos hasta Pedro Advíncula...* ¡La boba, la seminarista era ella, que por sus groserías y chistes de mal gusto iba á perder un novio tan de veras! ¡Esta sí había sido...! ¡Si ella pudiera lavarla de algún modo!...

Y atisbaba todo disfraz rojo; pero ni rastro de Mefisto.

¡Y aquí te quiero ver, escopeta! La muchacha perdió el gusto, y á poco más se retiró del baile, diz que porque tenía « una jaqueca horrible »; y tánto lo sería, que antes de llegar á la casa ya iba llorando del dolor.

La noticia de la gravedad de Galita, corrida por toda Medellín; los delirios con Pepa, de que le habló Bermúdez, acabaron de completar la cosa, si algo le faltaba.

Julia,—celestina declarada de tan legítimos amores,—aconsejó á Pepa, vuelto Martín á la vida, el mensajito aquel que conocemos.

Todo ello, y algo más, entreverado con poéticos arranques de Martín, con todo y Byron, y acompañado por el piano de Julia, que no enmudecía, salió á colación en esta entrevista, con bastante mayor re-

---

* Pedro Advíncula Calle, célebre por sus raterías y fugas.

dundancia que la que hemos gastado en narrarlo; y en seguidita vino la formal, solemnísima promesa de matrimonio.

El cual se verificaría lo más pronto posible; pues, aun cuando don Francisco María, el padre de la novia, habría de oponerse, probablemente, por lo enemigo que era de que sus hijas casaran, Pepa estaba resuelta á arrostrarlo todo.

Hora y media duró el coloquio, y durara sabe Dios cuánto, á no interrumpirlo una visita. Mas por eso no había de retirarse Galita; que antes se quedó á refrescar; y, pasado el refresco, como no hubiese rancho aparte para la pareja, ni quien la pastorease, volvió á la sala, y la visita se hizo general.

Hablóse circunstanciadamente del asunto palpitante, á saber: toditos los matrimonios que se habían arreglado en las fiestas; pues en Medellín, yá se sabe, unas fiestas, un baile, ó cualquier bureo en que mozas y mozos se puedan apalabrar, es otra tánta pepitoria de casorios, fuera de los muchos que la gente arregla en tales ocasiones, sin dar traslado á las partes.

Sobrado es decir que Pepa y Martín figuraron en el catálogo; y ¡miren la frescura!: Pepa no lo negó.

Alguno de los visitantes la instó á que cantase, y ella no se hizo de rogar: salió con Julia, que le acompañaba muy bien. Puesta en pie, apoyada en un extremo del piano, con la mirada hacia arriba, cual si al través del cielo raso entreviera arrobadora visión, principió á bocalizar no sé qué arias de *Lucia*. ¡ Y

digo si estaría inspirada! Primero era como si el viento, las aguas y la seda se matizaran en un solo rumor entre el gañote de la niña: aquello hervía; luégo hacía una gárgara de perlas que, saltando en regueros, parecían chocar en las pantallas del piano, en las bombas, en las lunas de los espejos. Las perlas se recogían, se chocaban á su vez, para condensarse en una gota de rocío, que oscilaba en el aire, diáfana, nítida, prolongada en desesperante delicia. Pepa se la tragaba, y pronto la devolvía partida en hebras sutiles, metálicas, que subían y subían, se retorcían, tornaban á bajar en espiral de arrullos, tornaban á subir, se rasgaban y morían...

De cuando en cuando ponía los ojos en Martín, y esto era como dos rayos de sol. El pobre, en tanto, se crispaba, allá en su asiento, con un quebrantahuesos de tercianas del cielo.

¡ Aunque Mazuera se burlara, aunque se riera el mundo, había de hacer unos versos « A Pepa cantando ! » Sentía las estrofas atropellarse, dar brincos por escaparse en ese terremoto de felicidad, de amor, de poesía.

Galita salió alto del suelo. La plétora poética lo congestionaba más á medida que se acercaba á la casa.

¡ Qué mujer ! Qué pasión ! Qué delirio !... Carolina Lam no amó á Byron con la violencia de Pepa; sólo Pepa podía alcanzar á Galita y dispararse con él en ese vértigo del corazón. Eso era « dos flechas que rasgaban las concavidades del éter... » ¡ Ah... si se hubiera *templado* de la pulmonía !...

Oh nó! si no murió «al oír á esa mujer, al verla en ese canto»... ya no moría jamás.

Llegó á la casa con la lengua afuera. A viejas y á estudiantes los confundió en un solo abrazo. No acertaba á decir, no podía concentrar la noticia en dos palabras ni darla en calma.

—Pero qué es ese enredo, enemigo malo?—gritaba Paula, que no entendía jota.

—¡Que está loca por mí!—acesó él volteando con ella, como cosa de baile.

—¡Virgen santa, mi madre, qué haremos con dos locos!... Pero onde la vites, pues?... No le digo!—exclamó Marucha apartándose, pero enteramente contagiada del entusiasmo.

—¡Desmáyate en mis brazos, Galita mío!—declama Mazuera con cómicos ademanes.

—¡Nó, nó, mijito—agrega Marucha agarrando á Martín por los molledos—¡Vos vas á recaer del sofoco!... ¡Nó, nó... camine acuéstese! Yo le llevo la cena á la cama... ¡Pero vean este indino: uno aquí muerto de la pensión con la tardanza, sin poder acostase, y él hecho el Judas con la novia!... Caminá pa la cama, que ahora nos contás quieto y sosegao.

Y á estrujones lo arrastró hasta el cuarto y lo hizo acostar. El sueño se le espantó á las viejas; médico y jurisconsulto suspendieron el estudio; y Galita, después de atracarse de carne, huevos y chocolate, pudo narrar.

El viaje se había acabado: aunque mamá lo si-

tiara por hambre y sed; aunque le echaran perros, no lo sacarían de Medellín sin llevarse « esa lindura por delante ». En un tris lo ahorca Marucha del abrazo que le metió.

Apenas se retiraron las viejas, se puso Mazuera á sacar el borrador de la carta que Martín iba á escribir al día siguiente á la madre, á fin de contarle « bien patente todo el cuento » y la dejada del viaje; el cual borrador quedó mucho más patente de lo que Galita esperaba. ¡Qué talento tenía ese bobo de Mazuera!

XVIII

DE CLARO EN CLARO

DESDE las once, la voluminosa tía hacía traquear la cama con unas revolcaderas, un cobijarse y componerse que no le daban tregua. El calor le derretía las mantecas, y todas las pulgas de Medellín conspiraban esa noche contra ella, y ninguna se saciaba. ¡Qué se iban á saciar, cuando á tales horas sentía Filomena que una linfa de almíbar calientita le transcurría por las agitadas arterias! A no ser por unos fogonazos alternos-externos, alternos-internos y correspondientes, que de súbito la acometían pierna abajo, acaso hubiera presentado una novedad patológica, sucumbiendo víctima de una apoplejía melosa. Cada rato tenía que incorporarse, y en medio de los sofocones, dulzores y rascazones, un mosquito parlero le rumbaba en la cabeza.

¡Y qué cosas tan lindas y tan gratas le decía! Vaya una muestra:

«¿Y qué tendría de particular? ¿No se casó mi siá Chepa, cuarentona, con Agapito, que apenas tenía veinticinco?... ¡Y muy bien que han vivido!... A ver: él debe andar por los... veintisiete ó veintiocho... por manera que le llevo como diez y ocho...

¡Siempre es mucho! ¿Qué *camisón* me pongo mañana?... ¿El de paño de seda?—Nó, ese no pega en semana; mejor es la chaqueta elástica con la funda granate, la de las quillas de cintas... ¡Y el papelillo de ahora, que está tan sumamente malo!... Siempre le tengo que dar algo desde mañana: el pobrecito estará muy *pelado*... ¿Cuánto?... ¿Un condor? Tal vez es muy poquito: serán veinticinco pesos... ¡Tan pobre y tan bien puesto!... ¡Lo que es la educación!... Pero él no pudo tener con los setenta y cinco fuertes que le mandé: algún amigo que le prestó... ¡Valiente pie tan lindo y tan chiquito, y eso que las botas con que vino se ve que le quedan flojas!... Tiene cara de imagen. ¡Cómo será bien afeitaito! ¡Y tan *bolonguito* y tan bien repartido!... ¡Pero esos ojos!... ¡Qué bonitos son los hombres ojitristes!... ¡Si esto llegara á suceder!..

El silbido agudo del sereno le hace dar un brinco de susto. Al darse cuenta de lo que es, da un suspiro como un quejido.

«¡Sí.... hasta los serenos me están chiflando desde ahora! Estoy pensando en los huevos del gallo. ¡Qué sofocación ésta! ¿Tendré calentura? (Trata de pulsarse.) ¡No me puedo hallar en este demonio de cama!... Aquí se acostó él....»

—Pero, ¿qué es lo que tiene, Filomena?—preguntó Minita desde el cuarto contiguo, donde dormía, como yá se ha dicho.

—No sé, niña: no he pegao los ojos en toda la noche!... Tengo dolorcito de cabeza.... bastante!

—Eso fue la comida tan tarde. Agusto tiene agua Florida en el cuarto.... ¡Nieves! ¡Nieves! ¡Nieveees!...

—¿Qué es, Minita?—contesta la hermana despertando.

—¡Valiente piedra ésta!... Levantate y andá á ver si Agusto tiene el cuarto sin llave, y traete la botella de agua Florida, que Filomena tiene dolor de cabeza.... En el nochero está.

—Y si va y se noja...? —dijo Nieves vacilando.

—¡Esta perezosa...!

Un fósforo estalló y la luz fue. Nieves, envuelta en la colcha, con los pies embutidos en las chinelas de soche, salió callandito, y al instante volvió con la botella.

La insomne señora se incorpora.

—Pero, hermana, eso le va á hacer mal: está bañada en sudor.... Hiii! Pero ónde se puso así, por Dios?

En efecto, por la frente y el cogote le chorreaba á Filomena un líquido hollinoso; y el pañuelo que hacía de gorro de dormir estaba calado y con manchas negras: la cabellera se le había desteñido. Parecía una carbonera.

—Limpese, hermana, que va á poner imposibles las almuadas.... ¿Quiere que le vaya á hacer una bebidita de cidrón y botón de naranja?

—Echá l'agua y quitate de aquí, cismática!—y le arrimó un cachete.

Empapó un pañuelo y se dio una enérgica friega

por frente, nuca y pescuezo, y aspiró el remedio hasta estornudar. Bien lo había menester. Arregló el lecho, que estaba como un campo de batalla, y tornó á echarse.

Pero ni la calma fue mayor ni el sueño la coronaba de amapolas; y el endiantrado mosquito, si acaso salió con los estornudos, se le volvió á colar, y mucho más decidor que antes.

« Pues nó, señor!—proseguía el avechucho—no hay que entregarse así *máiz máiz*. ¿Por qué gracia? Cuando hay realitos se puede hacer hasta miel de abeja.... La cosa se puede ir manejando con mañita. ¡Él es tremendo: se le ve!... pero yo tampoco soy de las más bobas.... ¡Virgen santa: como no tenga novia...! ¡Figúrese cuántas habrá tenido él!... pero casamiento, lo que es casamiento, no debe teñer; porque no se hubiera venido. Y él, tan pobrecito, ¿con qué *diajos* se iba á casar? Sí; casamiento no tiene; eso es visto. Yo se lo pregunto con disimulo.... Por Dios! las dos de la mañana, y yo que tengo que madrugar tánto!... ¡Me tiene esa tienda á cantos de enloquecerme! ¡Nos amoló aquel maldito.... y no ser capaz Agusto de darle un buen susto!... Y quien lo ve!... tan orgulloso con las personas!... ¡El modo como recibió á César ese vinagre! Y César tan formalito y tan cariñoso con él. Ah bonito que es la educación en las personas! Uno sí que debía esmerarse para tratar á la gente; yá ven César.... (Suspiro gordo). Eh! pero, ¿de dónde habré sacado yo estas invenciones? Un muchacho tan pispo.... Qué será

lo que tengo? Me siento tan rara!... tengo la cabeza como tocando tambora.... me parece que no soy yo. El corazón está como *corcoviando*... Y esta picazón en todo el cuerpo.... será la pulga? ¡Valiente cosa para medrosa son esos pitos de los serenos! Ajá! Yá *encomenzaron* los perros también!... ¡Virgen del Carmen, mi madre!... están viendo al diablo!... No debían permitir perros en la ciudad.... Óiganles esos aullidos tan horribles!... ¿Será que me voy á morir? Nó! Nó! Nó! Dios mío!...

Y una convulsión nerviosa le recorre el cuerpo y se enfría hasta las tripas.

—¡Mina!... ¡Minita!... ¡Nieves!—grita dando diente con diente—levántensen, que estoy muy mala! Pero ligero!...

—¡Ahora sí!—gruñe Minita—Pero ¿qué es lo que tiene?

Se oye agitación de ropas, traquido de muebles, trompicones, el candelero rueda.

—Pero acaso topo los lucíferos!—murmura Nieves.

—¡Cuándo habías de hacer las cosas al derecho, bruta!—exclama Belarmina levantándose también y buscando á tientas—¿Dónde los pusites, almártaga?

—Pues aquí en el tabrete.

Tentando por el suelo dio Nieves con la cajita.

Estregó la cerilla dos veces, tres, y nada.

—¡Echá acá, que vos ni pa eso servís!—y le arrebató la caja y encendió con tánta furia, que la cabeza inflamada del fósforo voló lejos. Vino otro que

prendió; pero la vela yacía en el suelo, partida en tres partes.

—¡ Mirá cómo la volvites !—y arrojó el fósforo, que le quemaba las uñas.—¡ Sacá otra vela, que esto no sirve !

Otro fósforo y otro para buscar la vela; con el cuarto se pudo prender; y, medio cubiertas con lo primero que hallaron á mano, se precipitaron á la pieza de la enferma haciendo extremos de susto.

—¡ A ver qué es lo que tiene !

—¿ Qué le ha dao, hermana, por Dios ?

—Ay ! ay ! muchachas, me estoy muriendo !

Y manoteando con la convulsión, cerraba los ojos en el colmo de la angustia.

Aterradas, la agarran, la enderezan, la sacuden, le quitan el pañuelo.

—¿Pero qué le duele, niña?... ¡Diga, por la Virgen!

—No sé... ¡ pero me estoy muriendo !

—¡ Nó, hermana, no salga con ésas !... ¡ Qué hacemos, Minita !... ¿ Es cólico, ó qué ?

Filomena, presa de las convulsiones, no contesta, y Nieves, persuadida de que ha llegado la hora de su hermana, desparrama la puerta, sale, golpea la del bogotano y grita:

—César ! César ! oh, César ! levántese, por Dios, que á mi hermana le ha dao una cosa !

—¡ Ah caracho !... ¡ Perombre, qué será!... ¡Horita estoy allá !

Nieves vuelve á entrar, Filomena yá ha abierto los ojos y Mina la friega con el Agua de Florida.

—¿ Qué fuites á hacer ?—preguntó la enferma, azorada, á la atribulada Nieves.

—Fuí á llamar á César.

Filomena lanzó un *Ay !* de horror, é instintivamente se tapó la cara con la colcha, chillando.

—¡ Nó, nó, que no dentre, por Dios !... ! Cerrá la puerta, cerrala !

Mina obedece, y á tiempo que echa la aldaba, César empuja.

—¿ Qué es la cosa, ah ?... ¿ Por dónde entro ?

—Nó, César,—contesta la enferma con voz muy sana, aunque conmovida,—no fue nada.... Vuelva acuéstese !... No es nada ! Me dio una cosa muy maluca; pero yá se me pasó.... ¡ Es que esta Nieves es tan escandalosa ! (Lanzando á la muchacha una mirada de aquéllas).

—¡Perombre!—repone el mozo.—¡Qué terronera me estaban metiendo !

—Pues no ve !... No tenga pensión ! ¡ Vuélvase, que le hace mal la salida !

—¡ Esos son nervios nomasito !—dice él.—Así es mamá.... ¡ Perombre, Filomena.... yo créia que tú eras más valiente !... Fricciónate con algo, y arrúnchate otra vuelta.

—¡ Si no es nada, César.... fue susto no más !

—Pues hasta mañana, nó ? Duérmete tranquila y no pienses en tonteras.

Pensar Filomena que César estaba yá en su pieza, botarse de la cama y lanzarse contra Nieves á sopapos y pellizcos, fue uno mismo.

—¡Ah boquitorcida ésta!—exclama con voz ahogada.—¡Tan halaraquienta!

—Ay! ay! hermana,—chilla Nieves llorando;—no me pegue... ¡Fue que me dio mucho susto!... ¡Como decía que se estaba muriendo!

—¿Y pa qué lo fuites á llamar, boba? Si te dio tánto susto, ¿pa qué no llamates á Agustín más bien?

—¡Sí... pa que me regañara!... ¡Y el pobrecito que se desvela tánto... estaba dormido cuando fui por la botella... y si lo he dispertao!...

—¡Callá la boca, berrionda!... ¡Por todo prende la casa esta.... animal de monte!... ¿No te dio vergüenza que viniera César y te topara en camisa dormidora?... ¡Será por tan lindas que tenés las canillas! .. ¡Tirá á acostarte, espanto de mina vieja!... ¡Y ojalá vas á salir mañana con alguna bobada delante de César.... pero mirá, te acabo!

El espanto salió tragándose los sollozos y untándose saliva en los pellizcados molledos.

—¡Si ésta es tan montañera!—dijo Minita.—¡Si la hubieran visto hoy, cuando vino César! Salió recogida como un sarangoche, con la mano estirada desde la cocina.... ¡con aquella simpleza!... ¡Valiente vergüenza me dio!

—¡Esto es una vaca!—dice Filomena, muy repuesta con los sustos y rabias.—Y usté vaya acuéstese también, y déjeme la vela encendida.

Entre colérica é impresionada, recogióse otra vez la agitada tía. ¡Qué diría César, por Dios! ¡Si se

descuida un tantico, la coge de aquella figura! Esa Nieves le hacía pasar unas....

Que no pensara en tonteras, le había dicho César. Pues entonces, ¿qué demonios se quedaba ella haciendo en esa cama, cuando el sueño no le venía?

A las cuatro de la mañana se dijo: «¡Esta no es conmigo!» y de un salto estuvo en pie. Vistióse lo blanco; se fue á la antesala, con todos los útiles de tocador; entreabrió la ventana; y, apenas fresca, se dio un lavatorio, y principió la ardua tarea de teñirse de nuevo y de corregir todos los desperfectos que el copioso sudor y la mala noche le habían ocasionado.

A punto estuvo de que le volviese el trastorno, al mirarse en el espejo. Yá quisiera ella que el tiempo tuviera pescuezo para tener el gusto de torcérselo. Pero á medida que afeites y menjurjes iban apareciendo en rostro y cabellos, le iba colando al alma un vientecillo de contento. Al fin no quedó retoque por hacer: estuvo felicísima en la ejecución: jamás se sintió tan artista.

Se contempla bien, y una inspiración le viene. Derecho de la carrera y cerca de las orejas, se saca, con mucha mañita, unos pelos del apelmazado tocado, toma luégo unas tijeras, y, en menos que canta un gallo, estuvo con unas tenacillas de alacrán, á modo de proyecto *capulesco*. Fascinada con el efecto, corre á la cómoda, saca una redecilla de añeja usanza, y aprisiona en ella la apócrifa moña.

¡Ahora sí, Cesarito de mi vida, afórrese!

Púsose la mano en la cintura, como se estilaba

antaño para bailar vueltas; irguióse remeneando la monumental cadera; y, con gracia encantadora, hizo ante el espejo el ensayo de cinco ó seis dengues, á cual más hechicero. ¡Pero miren la prendera!

A las cinco salió, yá vestida, y vertió en el desagüe del patio la terrible mixtura de su taza de baño.

A las seis estaban en el almacén. Era sábado. En un instante hizo barrer y sacudir, tocándose antes con un gran pañuelo, por no desperfeccionarse con el polvo. El muchacho barrendero le arregló lo alto, y ella misma, encaramada en un taburete, iba ordenando lo de más abajo, haciéndolo con tánto primor, que ni el propio Agustín.

Compuestos, pues, los cachivaches y trebejos, dobladas y puestas á codal y escuadra todas las ropas, hecha la tienda unas platas, se sentó la negocianta á descansar, dejando para el medio día el arreglo del piso superior, prendas, depósitos de vinos y demás.

El desvelo la tenía un si es no es sonámbula: veía candelillas en el aire; le oscilaban los dibujos de zarazas y pañuelos; pero el pensamiento volaba muy lejos, luminoso, sereno, irisado. Tál se encumbra en nuestros pueblos antioqueños, la noche del santo titular, el globo aerostático, que deja á los mirones nuquitiesos. Y vaya en gracia la comparación.

¡Y qué bellas lontananzas alcanzaba la soñadora! Si algún empeñado empeñador acierta á comparecer en los momentos del ensueño, topara á la prendera blanda de corazón como unos algodones.

XIX

LOS BÁULES

VOLVIÓ á casa á las diez. El bogotano, después de mutuos informes sobre el estado de salud, y del modo cómo se pasó la noche, principió á dar bromas á Filomena, con motivo del patatús. Ésta, entre si niego ó confieso, sostuvo la charla, muy amable y sonreída.

Cuando acababan de almorzar, llegó el equipaje de César, y las tres tías salieron con él hasta el portón.

Nueva sorpresa de la protectora al ver que los *báules* eran unos mundos muy ventrudos, papujados de tapa, con doble cerradura, reforzados con tiras aforradas en reluciente latón, y todos ellos resguardados con unas placas azules que hacían visos como marquesitas.

—¡Caramba con la carga, don César!—dijo Filomena en tono de zumba, resuelta á vengarse de las bromas referidas.—¡Pero se trajo á toíto Bogotá!... ¡Los que tienen de estos baulitos ay van... el probe diuno!...

—Horaaa!... ¡Mucho que sí!... ¿Qué créias, ah?... ¡No dejé ni el Capitolio!

—¡Eso es mucho chorro!

—¡Ni el Tequendama, ala!

El arriero, sudoroso, dando esas aspiraciones de cansancio que parecen silbidos, entró con el sobornal, formado de dos paraguas y tres bastones, y luégo descargó los baúles en el cuarto de César.

Era el tal arriero un envigadeño de la cepa, de esos de cara escultórica, barba nazarena, rejo y músculos de atleta. Con el mugriento sombrero hacia atrás; la *mulera* al hombro; una como chamara de lienzo gordo, larga por delante y sin mangas; terciado el enorme guarniel; la *hoja rialera* al cinto; la camisa de diagonal remangada hasta el codo; desnuda la una pantorrilla, medio cubierta la otra por amplio calzoncillo que salía del recogido pantalón, todo el hombre salpicado de barro, era un valiente tipo de Antioquia, hermoso si los hay.

—¡Barajo, mi don—exclama dirigiéndose á César—¡me engañó miserablemente!... Vea la mulita: ¡viene muerta! Y asina mismo ha pasao con las otras que les hemos echao los baúles... ¡Si hubiera imaginao lo que pesaban esos malditos! .. ni por cien pesos se los saco!... Me comió, mi don!

—¿Por cuánto te comprometites?—le pregunta Filomena.

—¡Por quince chiquitos... qué le parece!

—¡Pues el engañao es otro!... Con este tiempo tan bonito que está haciendo, no vale eso.

—¡María Santísima, doña Filomena!!!

—¿Pero vos y tu hermano no nos han sacao carga de loza mucho más barata?

—¡Carcule carga tan manual... ahora estos púl-

pitos de baúles !... Vea, mi don, siempre me tiene que encimar an que sea un peso.

—Eh ! Éste sí está distraído...—exclama Filomena sacando un rollito de billetes que había llevado para darle á César—Tomá los quince pesos y dejá tu bulla !

—¡ Nó, nó, ala—prorrumpe el señorito—yo cubro eso !... No te pongas tú...—y va sacando la cartera.

—¡ Eso sí nó, esto corre de mi cuenta !—alegó ella quitándole la cartera.

César se resigna.

—¡ Pero, mi doña,—insiste el envigadeño—siquiera cuatro riales sí me debe encimar !

—¡Tomá y dejate de neciar !—contesta ella muy festiva—¡ Trato es trato !

—¡ Ah usté pa fregada !... ¡ A usté se la comerán las nutrias !

Pagado y despedido el arriero, procedió César á abrir el equipaje. Las tres tías le rodearon; corcheas de *patchouly* y semicorcheas de esencia de rosa llenaron el cuarto no bien giraron las tapas de los baúles. Apareció primero la sombrerera de cuero y correaje, con el *cúbilo* y el *coco* color de idem; la caja del *claque* en seguida; después los tres pares de calzado, los gemelos de teatro y unas cajas de cartón.

« Todo esto—dice César sacando los cartones—son encomiendas de las hermanas de mi señora Chepa, la amiga de mamá, nó ?... ¡ Señoras más pechugonas !...

Metiendo las dos manos asió por el montón de ropas, y descubrió el fondo: casi todo él eran manzanas, y César fue repartiendo.

—¡ Qué cosa tan linda, por Dios!

—Gracias, César !

—¡ Pero güela, hermana, güela y verá !—exclamaba Nieves entusiasmada—¡ Pero cómo habrá de esto en Bogotá !

—No tánto, alita,—repuso César—á veces da trabajo conseguir.

—Sí ? Yo pensaba que eso era allá como las guayabas por aquí.

—Esta boba !.. —le dice Filomena entre brava y risueña.

César fue sacando del otro baúl y poniendo con cuidado sobre la cama los vestidos nuevos, olientes aún á sastrería, con los cuales venían, muy bien envueltos en papel de seda, los guantes negros, los blancos y los de color. Luégo volteó la trampilla de la misteriosa tapa, y un alud de puños, cuellos y corbatas se desgajó.

Filomena estaba bizca de ver aquel lujo, pues aunque Agustín tenía mucha más ropa, no era de tánto gusto como la de César. No obstante, notó que lo que eran trapitos interiores escaseaban no poco.

Por fin encontró César los regalos de mamá: para Filomena uno á modo de guarniel hecho de *soles de Maracaibo* sobre fondo rojo, que en lugar de orejas tenía lazos de cinta; para Agustín una relojera de cuero, ornada de capullos de rosa con pétalos de seda

y cuajado follaje, de cuero también; para Belarmina y Nieves dos indias, de una cuarta de grandes, con sus cestos en la cabeza, muy bien plantadas en sus tablitas, y tan realista y primorosamente fabricadas, que sólo se sabía que los vestidos eran trapo; pero las indias... imposible adivinar de qué material estaban hechas, porque parecían gente de verdad, con pelo, arrugas, uñas y todo.

Grandísimo fue el contento de las señoras con los presentes.

—¡ Pero qué curia tienen por allá pa todo !—decía Filomena—Juanita misma hizo el guarda-camisas !...

Nieves dejó su india y tomó el guarniel, metió la mano en todo el fondo, lo examinó atentamente y dijo:

—¡ Yo estaba pensando que guarda-camisas era una cosa como un baulito chiquito !... Pero á lindo, nó ?...

Las dos hermanas le lanzaron unas miradas como cuatro escopetas.

—¡ Pero vean estas viejas !—dijo Filomena, tomando una india por disimular la patochada de Nieves—¡ Mismamente parece que resuellan y que van á hablar !..... Véanles esos ojazos ! Quién las hizo, César ?

—No sé, ala,—respondió el interpelado, sacudiendo el fondo del baúl—Allá hacen eso primoroso. ¡ Si vieras los tipos del pesebre de Espina... eso es lo más chirriado !

Agustín abrió, y Filomena fue á llevarle la relojera. Él recibió el regalo con displicencia y lo tiró en la mesa sin decir palabra.

—¿No te parece muy bonita?—preguntó ella con más cólera que admiración—No te parece?... Pues que te hagan güevos!

—Yo pa qué eso—refunfuñó el señor.

—¡Pues la deberías agradecer siquiera, mas que no te parezca bonita... porque es un cariño de Juana! .. ¡Hartas niguas que te sacó, harto que te remendó!

—¡Cariño!... Ujúú!... ¡A mí si me comen con sus cariños!

—¡Este sí es el que se ha puesto!...

—Y vos!... De cuándo acá tan querendona?

—Yo?... siempre he querido mucho mi familia!

—Púúú! Vos sí: á la vista está!... Que lo digan las muchachas... que lo diga yo, ahora que estoy enfermo!

—¡Callá la boca, que vos sos un desagradecido, un grosero!

—¡Y vos... tan bien educada! Andá echá finuritas con ese papelero que mandates traer... y dejáme en sana paz!

—¿Le tenés tirria, nó?—vociferó la señora con los ojos brotados y en ademán de pegar.—No lo querés porque es pobre, porque te parece que te va á comer algo. Pues no te dé miedo: sabé y entendé que César no necesita de ti pa nada. Lo oítes? Para nada! porque yo también tengo plata! Oítes?

—Pues andá dásela toda, si estás tan generosa!

—Pues si me da la gana sí se la doy: casualmente que la gané con mi puño! (y casi se lo metía por los ojos al hermano). Y si no se la doy, lo enseño á buscarla, como te enseñé á ti, so sinvergüenza!

Agusto, fuera de sí, no sólo por los insultos sino también por el tratamiento de *ti*, que él tenía por la mayor de las injurias, gritó:

—Quitá de aquí, vieja del demonio!. andá á fregar al infierno!

La palabra *vieja* chirrió en el corazón de Filomena cual la marca encendida sobre la piel de la res; y como una hiena se lanza sobre Agusto, para acabar con él. Mas de repente se contiene: recuerda que César está en casa, que puede oír; y, sin articular palabra, porque la rabia se lo impide, sale precipitadamente derecho á la antesala, donde, á pesar de la exaltación, espera que le pasen los temblores.

Por vez primera en su vida se le ocurría moderar los iracundos arranques, y, en verdad, no principiaba mal, pues á poco más salía, yá medio repuesta.

Guardó las manzanas en el guarda-camisas, y fue á colgarlo de dos clavos sobre el espejo de su mesa de baño; pero al ir á colocarlo se vio en el espejo, y el guarda-camisas se le desprendió de las manos; y botes, polveras, adornos, derribados por las dispersas frutas, cayeron al suelo y se volvieron trizas.

Ni reparó en el daño: ¡qué iba á reparar, si se había visto en el espejo! en ese maldito espejo que tan linda la reprodujo á la luz de la vela, y ahora tan

medrosa, tánto, que de puro aturdida largó el saco. Lo que era hacer las cosas de noche! ¿Pues no tenía una mejilla con un parche que ni bledo, mientras que la otra lucía los suaves tintes de una *rosa ruborosa?* Pues, ¿y la capul, y ese enemigo de redecilla? Estaría dormida seguramente cuando se había puesto de aquella figura.

César la había visto así! Maquinalmente recogió las manzanas y los restos de las cositas, y cerró la puerta.

Azorada, impaciente, se puso al tocador; pero ni acertaba con los ingredientes ni con el medio para igualar aquellos rosicleres. Un desaliento abrumador la tomó: se sintió vieja, lo que se llama vieja; su fealdad se le triplicó; y el ridículo, con toda su pesadumbre, pasó sobre ella el espacio de un segundo, y la dejó prensada.

Al estricote medio se arregló, se quitó la redecilla y salió.

—Oh, César!—gritó yá en el corredor, mientras sacudía el pañolón con ambas manos por delante de la cara, maniobra que le inspiró el temor de que César se la viese.—César, vístase y salga á conocer á Medellín.... Yo voy á la tienda. Hasta el lunes no principie. Descanse algo.

—¡Perombre!... ¿conque principias dándome asueto?... Famoso!—contesta él desde el cuarto.

—Sí, váyase á pasiar! Hoy no hay qué hacer allá. Yo voy á medio arreglar algo; que eso está de la vista de los perros.

XX

LEÑA SECA

NO estaba para nada, ni para vender siquiera. Una mujer le hizo varias compras, y Filomena se quedó sin saber si le había pagado ó nó; equivocaba el precio de los géneros, y no acertaba con ellos.

No pudo más. Cerró las puertas, y subió al segundo piso, donde se acabó de componer las pinturas y el peinado.

Cansada, con la respiración anhelosa, falta de aire, abrió un balcón, y se apoyó en la baranda; luégo acercó una silla, y se recostó.

Que los balcones tenían «muy buena *divisa*,» vivía diciendo Agusto; pero nunca Filomena se había fijado en ello. Ese día, sin embargo, tendió la mirada por tejados y torres, por tierra y cielo, deteniéndola aquí y allá, y encontrando en todo una belleza que jamás notó, una solemnidad que la entristecía más.

Sí, todo era muy bonito, sin duda: la ciudad, los campos, el cielo tan limpio de ese día; pero.... eso para qué?... César era un imposible!... ¡Qué injusticias se veían! Los hombres, si les dada su gana, podían querer á la reina, aunque fueran viejos; y una triste mujer, porque tuviese de cuarenta para arriba, no podía querer á nadie.

Filomena se profundizaba en la negrura de esta injusticia, protestando y rabiando. Sin embargo, su razón le decía que alguna había en esto; y, después de todo, no era de ayer que ella se pintaba las canas; por otra parte, César estaba tan joven y ¡era tan lindo! Pero, poniéndose en los casos, esas canas podían no ser cosa de vejez: desde los treinta años yá habían principiado, y antes de los treinta y siete, el elemento blanco prevalecía sobre el negro; luego por esta parte....

A ver la gordura, y la pata de gallina, y esas otras rayitas que se querían formar por ahí en la cara... Pues nó: cualquiera podía ajarse por la menor causa, sin ser por ello viejo; y en cuanto á las grasas, ¿cuántos no eran gordiflones desde pequeños? Y, sobre todo, cuarenta y seis años, largos de talle, más que fueran, bien poco querían decir, cuando uno se sentía joven por dentro.

El intelecto de Filomena, encaminado siempre á los negocios mercantiles, amaestrado en las especulaciones y cálculos del oficio, saltaba ahora de su órbita inopinada y violentamente, para venir á tratar una para ella novísima cuestión. ¡Y tánto como lo era!

Cierto que Filomena aspiró siempre á compartir con alguien su ternura; cierto que para ello se consideraba con buena vocación; pero, sea porque en su vida fuese solicitada para novia, sea porque sus facultades afectivas no se hubiesen referido á determinado varón, ó bien porque no hubiera estado tan en propincua ocasión como la que en la actualidad se le

presentaba con César, es lo cierto que el corazón de la ocupada jamona jamás se vio tan quebrantado por achaque de amor como al presente.

Aunque súbita, la pasión se presentó tan al destape y tan franca, que Filomena la definió al punto: aquello fue un tiro de salteador que la hizo despertar de su sueño de cuarenta y tántos años. Todo este tiempo la calculista había subrogado á la mujer; ahora la mujer se alzaba poderosa reclamando sus derechos, con el empuje de una ternura largo tiempo reprimida; ternura fermentada en Filomena por un temperamento nervioso que, á los últimos trotes de la segunda juventud, presentaba sus ribetes de histérico.

César fue para la vejancona un verdadero reactivo: en esa explosión de sentimiento obraban arrebatos y languideces de una fiebre algo más que juvenil, aunados á enternecimientos compasivos de amor de madre; á todo lo cual se agregaba el deslumbramiento de la novedad, la alteza del ídolo y la necesidad de afectos, arreciada por la vejez.

Todas estas notas, que bien, que mal las distinguió Filomena, no obstante el rebullicio.

Corporalmente hablando, se sentía á punto de caer redonda; y el alma, suspendida del cielo, se mareaba en las congojas del que anhelara asir lo intangible.

Ella iba á cometer quién sabe qué disparate; á darle á César motivo para que pensase mal de ella, y á las gentes para que la denigrasen. Era preciso moderarse, tener mucho juicio.

Tál le decía la razón; esa razón suya, tan certera en ventas y compras, tan serena en usuras; pero, ¿razones con un amor de esa clase?

¿Por ventura no era Filomena señora de dineros, dueña de muchos bienes? Pues todo, sin escatimar nada, todo lo daría por César. Fuera suyo el mundo entero, y César lo tendría. Mujeres más jóvenes, hermosas como el sol, encontraría; pero que lo amasen como ella... imposible...

Lo que á ella le faltaba en la vida, eso que el dinero con todo su poder no alcanzó á darle, eso era César; pues César tenía que ser suyo. Cómo? De cualquier modo, con tal de conseguirlo. Un mes, un día, una hora... y después morir, no importaba... Pero el matrimonio... oh!... el matrimonio!... Poseerlo de por vida, ser de ella sola, sola exclusivamente, sin que ninguna otra mujer tuviera derecho á quitárselo... eso sería el cielo.

Ante esta idea sintió que resucitaba, mejor dicho, que vivía. Un escalofrío de felicidad recorrió su cuerpo.

Convulsa, en agitación cuasi celeste, se levanta y torna á apoyarse en el balcón.

Nó! ella no era una vieja: ella sentía la plenitud de la vida, las fruiciones juveniles del corazón. El suyo se había fundido, y por una copelación desconocida, la escoria se había eliminado, no quedando sino riquezas.

¿Por qué era ella así tan brava con la gente? ¿Por qué tan injusta con sus hermanitas?... El pobre

Agusto estaba qué enojado con ella... y con cuánta razón... Y la plata de... ¡Virgen Santa, si César supiera!

En el negror del pasado, alumbrado ahora de repentino resplandor, vio tan viles é infames cosas, que Filomena sintió un oleaje de vergüenza de sí misma; ese bochorno del alma tanto más acerbo, que sólo lo presencia el testigo interior del yo. Todas sus máculas de mujer codiciosa, una enredada en otra, se le presentaron en un instante. Todas eran feas, muy feas; pero su máxima culpa, lo que en su instinto de mujer encontró más degradante á los ojos de César, fue la conducta con las Palmas. Si él llegara á saber lo de los pasquines, lo de los insultos, ¿no diría que era una mujer así poco más ó menos y comida de envidia? Seguramente que esto era la nota más marcada de vejez rabiosa; y de ello precisamente tenía que curarse para aparecer delicada ante César.

En el hervor del pensamiento, las enojosas reminiscencias, con toda su mugre, se fueron apartando para tornarse en cachaza. La pasión, burbuja central, base del sistema, obraba cada vez más potente, reventándose, difundiéndose en el remolino de la ebullición. Se trataba del gran problema: ¿qué hacer para que César lo supiese todo? ¿Tendría ella que declararse, tendría que requerirlo de amor? ¿Llegaría él á sentir por ella un ápice siquiera, un remedo, de lo que ella sentía por él?... ¡Probablemente que nó! Pudiera ser que César no adivinara... pudiera que sí... Pero, fuese por adivinación, fuese por declaratoria, era necesario que lo supiese, era preciso que de su co-

razón volara una chispa é inflamara el de César como una yesca. De un modo ó de otro, ella tenía que enchuflarle ese amor. Si no... sería la locura, el acabo de todo... quién sabe qué!

A otro tal vez se atrevería á decírselo; pero á César ni por escrito.

Una angustia indecible la acometió.

El ruido de un coche que pasaba la volvió al mundo externo, no obstante la preocupación. En él iban dos conocidos suyos, marido y mujer, con tres niños blondos y rosados. Por los trajes comprendió Filomena que iban de paseo al campo. Los niños gorjeaban y agitaban las manitas revelando su alegría; en los esposos vio la dicha de la vida: él, maduro, yá cano de bigote, grave, sereno de actitud, parecía la fuerza que protege, la experiencia que dirige; ella, hermosa, casi niña, recostada en el hombro del marido, sonriendo á los hijos, espejo era de la mujer que lleva el pecho henchido de íntimas fruiciones.

«Van para la quinta del Poblado»—se dijo Filomena, y siguió con la vista el carruaje. ¡Qué contentos iban!... ¿Alguna vez no iría ella con César á la finca? ¡Unos mangos que allí había, tan coposos, tan juntos!... ¡Tántas hojas que caían y hacían colchoncitos!... ¡Bajo esos mangos, en esa sombra tan sabrosa, ella y César solitos!...

La ráfaga de idilio, encajada en su angustia, pasó dejándola más triste. ¡Pues no ve!: ese matrimonio tan feliz... y ella nada... y la esposa, que era tan muchacha para ese señor tan *rodillón*. Su casamiento con

César... siempre era disparatado; si ella podía ser madre de él: Juana sólo la llevaba dos años de edad.

Un apretamiento que sintió en el pecho, la obligó á entrarse. Recostóse en un vetusto sofá, de esos que se ven en nuestras peluquerías, que llenaba casi un extremo del salón, y reclinó la cabeza en el duro rollo de cerda, para ver de calmar esa ansiedad agoniosa que la estaba matando.

«¡Imposible, imposible!» Esta idea se le presentó terrible, irrefutable. «¡Imposible!...» Sí: estaba soñando, estaba destornillada de cabeza, estaba enferma. Nó, nó: eso no podía ser sino efecto del desvelo de la noche anterior. ¡Si á ella le hacía tánto daño no dormir! Pues á ver cómo dormía un rato.

Y al efecto, puso sobre el recio cabezal un envoltorio de ropas empeñadas, que cerca había (por más señas que eran una ruana de paño y un pantalón de pañete, nuevos aún). Pasóse las manos por la frente, se sacudió bien, para echar fuéra los tormentosos pensamientos; luégo se acomodó, y cerró los ojos.

Con el forzado reposo del cuerpo empeoró más el alma.

¿Qué haría, por la Virgen?... Lo que deseaba no tenía pies ni cabeza. César querría á otra, ó si no, se enamoraría y se casaría seguramente en Medellín. Si se casaría!... Y ella?...

Adiós propósito de dormir.

Enderezóse con alebrestada ligereza; fue al tinajerillo que allí tenía, y apuró con avidez un vaso de agua, porque le parecía que se abrasaba.

Principió á pasearse atontada.

Si César se casaba... ella se hacía criminal, ella mataba!... Por qué era tan desgraciada? ¡Tántos hombres en el mundo.... y ella sola!... Tántos hombres? Nó!... ¡Qué le importaban los hombres! Que se murieran todos si querían.... pero que le dejasen á César. César era el mundo, era todo!

¿Y si él no la quería?... Oh!... ¡Entonces lo odiaría, lo echaría de su casa! Sí: que se largara y la dejara en paz!... Nó, nó, nó!... Eso sí nó!... Si César se iba, ella se iba también... ¿Y cómo echarlo, pobrecito?

¿No podría quererlo de otro modo.... así como á un hermanito?... Tal vez! Así, viviendo juntos, mirándolo á toda hora, cuidándolo, arreglándole la ropita, viéndole sus cositas.... así como debía hacer Juana, ¿no podría quererlo lo mismo, sin que fuera su novio ni su marido? Sí.... un hermanito....

Hermanito?.. nó, señor! Era con amor... era para casarse con él como ella lo quería... A qué más hermanos?

¿Se quedaría burlada.... hecha un jumento?

Las dos cajas, colocadas entre las dos puertas, en la pared que da á la calle; las dos cajas, con su barniz broncíneo, con sus chapas de cobre fundido, fulgurarón entonces á los ojos de su dueña.

Sí, el dinero era capaz de mucho, yá lo sabía ella; pero si no servía en esta ocasión.... ¡maldito fuera el dinero ahora y siempre!

Tánto rollo de billetes, tánta joya, casa tan espléndida, almacén tan valioso, dinero en los Bancos, solares en la carretera, finca de campo; tánta comodi-

dad.... ¡y sufriendo de aquel modo!... Así serían todos los ricos? Pues nó: todos vivían muy felices. ¡Solamente ella penaba!..

Bien: era fea y vieja; no había que ver. Lo bondadosa que se iría á volver, que yá estaba; la ternura de su alma; el amor tan grande que sentía.... todo eso estaba por dentro, y César ni caso haría de ello!... No le quedaba, pues, más que la plata, y ser muy formal, muy generosa con él.... ¡y andarle viva! Pero entonces.... era por interés por lo que César se casaría con ella! Así qué gracia?...

Era por interés.... y qué importaba? Con tal que César fuera suyo!...

Y si después la abandonaba?... Nó, eso nó: una persona tan decente, de tan bonitos sentimientos como César, no haría eso nunca, nunca! Pero se habían visto muchos casos!... Sí se habían visto, pero ¿por qué? Porque esos maridos eran unos perdidos y sus mujeres unas bobaliconas.... Casara ella con César, á ver si se le iba!... Aunque fuera el más tunante.... A ella la cogerían descuidada.... «¡pero muy tarde!»

No había que darle más vueltas al asunto: dinero, formalidad, viveza; con esto iba á salir del paso.... Esta saca saldría. Si á todo había que buscarle la comba en esta vida!... Ese cuento de «imposible» á toda cosa que se iba á hacer, eso era de gente apocada. No había «tal Ferbus».

Cuánto avanzó Filomena en estos instantes de ventura!

El habérsele ocurrido llamar á César, siempre era porque había de convenirle.... ¡Más claro que el agua!... Y lo que convenía, á la casa venía... ¡Lo que eran las cosas en la vida, bendito fuera Dios!... Cuándo había de pensar ella que su sobrinito.... Sobrinito!... Virgen santísima!... la dispensa!

Los clérigos, la Señoría Ilustrísima, el Padre Santo de Roma, aparecieron en fantástica procesión, aplastando las recién nacidas ilusiones.

¿Cómo no haber pensado en la tal dispensa?... Y ese Obispo, que era tan templado, no la daba, no la daba!... Si á unos de Belén no los habían casado, diz que porque eran tío y sobrina... ¡Parentesco de todos los diablos! Y cómo antes sí se podía?... ¡Esos cambios sí eran muy célebres!

Esto fue lo imprevisto para Filomena, y como tál la dejó anonadada.

Qué injusticias!... ¿Qué tenía que ver el parentesco con lo otro? A ver si no era lo mismito, ó mejor, casarse uno con alguno de la familia?... Siempre tenían «razón los rojos en *rajar* contra los *cleros!*» Mucha que tenían!... Si hubiera sido cuando ellos mandaban, que había casamiento por lo civil!... Pero ahora!... Más valía no haberlo visto nunca!... Pero ¿no habría remedio? Aunque costara muchos miles, ¿qué importaba? Todo lo daría por la dispensa. Todo? Y si lo daba todo, aunque no fuera todo, ¿no quedaba pobre?... Y entonces, cómo conseguir á César?... Ni bamba! ni bamba! Ni dispensa, ni nada!

Retorcióse las manos desesperada y se deshizo en sollozos ahogados.

¡Todo había sido un sueño... menos que un sueño, porque ni siquiera había dormido!... Soñar así, sin dormir! Estaría enloqueciéndose?

Un « Ay, Dios mío! » sofocado, desgarrador, se arrancó de su alma.

Ella no era capaz de soportar.... ¡ó la tendrían que amarrar!... Volver á verlo, volver á oírlo....peor que si se fuera!

Pero ¿qué era eso?... ¿en veinticuatro horas, cómo se había perdido así, de ese modo, por un muchachito?... Ah, nó!: eso no era amor ¡no podía serlo! Era que estaba con *ideas*, era que estaba enferma. El mucho trabajo, el desvelo, el ataque ¡tan terrible! de la noche antes, eso era. Debía tener algo en la cabeza.

Pasóse las manos por la nuca, por las sienes; tomóse los pulsos: en todas partes tempestad.

Volvió á acostarse, esforzándose en discurrir qué sería aquello, para si era « cosa mala é imposible », dar de mano á todo, si bien fuera arrancándose de cuajo todo su sér.

Ella, tan orgullosa, en estos embelecos?

Sí! Valiera la verdad: aunque le doliera el corazón, aunque el penar acabase con ella, más que un imposible, era « cosa mala ». Tan mala, que no parecía « cosas de señora ».

Tendría, pues, que vivir con César, y mirarlo como fruto prohibido. De tánto amor ni un recuerdo

iba á quedarle! .. Ah, sí! las manzanas. Las guardaría.... para verlas á raticos!

Un pensamiento de superstición acabó de hundirla, por si algo le faltaba: las manzanas se habían caído y rodado por el suelo. No podía darse presagio más negro!

El verbo interno de la prendera habló ese día lenguas desconocidas, como los orgullosos de Babel.

Destroncada, magullada de cerebro, en una laxitud morbosa, echóse la cuitada en el suelo como una ebria.

La tormenta se desencadenó del todo.

La fiebre de la pasión, embargando por completo á Filomena, la fue arrastrando, de miraje en miraje, al estado de verdadera alucinación; y á modo de asceta combatido por diabólicas artimañas, vióse enredada, entre despierta y dormida, en unas delicias que serían del cielo ó del infierno, jamás de la tierra.

Una voz, que era toda ternura y rendimiento, la voz de César, blanda y palpitante, se quebraba en suspiros cerquita á la oreja de la señora; y, con una sola palabra, con solo un rumor, le metía en el alma la esencia toda de la felicidad. Dio su mano con un boquerón del sofá, por donde asomaba la cerda; y eso fue para ella las sedosas sortijas de un cabello. En medio de tan embriagador frote de rizos, saltaba convulsa y retorcida, merced á un ruido que sólo había oído á las madres, cuando locas de amor se quieren comer sus chiquitines; y, simultáneo con tal ruido, le aleteaba encima, muy encima, algo como una mari-

posa de fuego que se posaba en su frente, en sus mejillas, en sus labios, al mismo tiempo que un soplo suave, un vapor henchido de extraño perfume, templándole el incendio de la cara, le llegaba hasta la medula, sin que ella acertara á comprender si era vida ó muerte lo que esa inoculación le producía.

Viendo en la casa que ya eran más de las seis y que Filomena no parecía, enviaron al negro *asistente* á ver qué novedad era aquélla. Este volvió á poco con la de que había golpeado el almacén y nadie contestó, aunque las puertas tenían puestas las llaves por dentro.

Alarmados corren Mina y César, seguidos del criado.

Al llegar al almacén, una puerta se abre, y Filomena aparece.

¡César, César!—exclama ella con voz quebrantada y lastimera, y se desmadeja sobre el begotano asiéndolo por las piernas. César bambolea y diera en tierra á no apoyarse contra el mostrador. Ella chapalea y cae crispada, fija en él como una extática.

Mina y el criado intervienen; tratan de alzarla, mas no lo consiguen: Filomena con fuerza, que crece á medida que la agarran, los sacude, los estruja, los lleva de aquí para allá. César va á tenerla; ella se aferra á él y no larga.

XXI

TOPETÓN

"ES más sucia que la boca de don Pacho Escandón," suelen decir en Medellín para ponderar la porquería de alguna cosa.

Y en verdad que la comparación viene á tales casos; pues por la boca de don Pacho (que de buen hoyo goce) salían á todas horas atrocidades enormes. Para los hombres tenía chascarrillos y dicharachos de una crudeza aterradora, reservando para las señoras cuentos amarillos, del género nauseabundo. La palabreja aquella que tan sublime encontró Víctor Hugo, la encontraba mucho más don Pacho, y la largaba con todos sus afines por lo menos cincuenta veces al día; siendo una de sus manías capitales esto de decir verdores é indecencias. Y cuando con tales cosas tenía ocasión de abochornar y correr á la gente, era cuando más contento quedaba, sobre todo si la corrida era entre hombres y mujeres.

Habiendo confesado cierta vez, impúsole el sacerdote, por penitencia, no decir en absoluto palabra alguna mal sonante. Don Pacho quiso cumplir, y estuvo tres días muy formal; pero ni tenía de qué hablar, ni gusto para nada, hasta que, tedioso y medio

enfermo, se fue al padre cura y le declaró que, si no le rebajaba la penitencia, facultándolo siquiera para hablar de cosas sucias, se dejaría de religión y sacramentos; y á no ser que consiguió la rebaja, capaz hubiera sido el perro viejo de renegar de su catolicismo, con ser que era mucho.

A más de estas suciedades, tenía don Pacho especialísimo prurito de contradecir y motejar á todo el mundo, y dar bromas de perverso gusto, sólo por el de hacer rabiar á los cristianos. Como él pudiese llevar la contraria en hechos ó en palabras, estaba en sus glorias. No pocas molestias y hasta rompimientos de amistad le costaron sus genialidades; mas por eso no hubo de enmendarse.

Este desaseo, estas torceduras, como lo prueba el rasgo de la penitencia, no eran sino exteriores, brotes acaso de un carácter burdo é inculto; pero por dentro era don Pacho la limpieza misma, la propia rectitud.

Timorato á carta cabal, cumplía escrupulosamente con los preceptos de la Madre Iglesia, y socorría al pobre sin ostentación y por amor de Dios. Riquísimo, á fuerza de atinado y constante trabajo y de una honradez que rayaba en necedad, se vio don Pacho, en la época á que nos referimos, en muy prestigiosa posición social y *financiera*.

Desde muy temprano principió la carrera del comercio, manifestando para ello tan buenas aptitudes que, á pesar del poco brillo de su familia, logró casarse, mozo aún, con doña Bárbara Campero, que,

allá por sus verdes años, era dama muy de pro, no sólo por los caudales que iba á heredar, sino también por lo empingorotado de su prosapia; pues era nada menos que Campero de la Calle, apellido que, aun en esa época en que tánto había bajado el pergamino, á causa del deslinde con España, todavía se cotizaba muy alto y olía á leguas á cosa de Castilla, no tanto por lo de Campero cuanto por el añadidijo. Toda esta grandeza constaba de una ejecutoria que doña Bárbara guardaba como oro en paño; por la cual ejecutoria se probaba que en sangre de Camperos de la Calle no corría gota ni de judaica ni de morisca; que un tatarabuelo de doña Bárbara fue todo un teniente real, y un su tío recaudador de alcabalas; que linaje tan ilustre tuvo su casa solar, «situada en el valle de Baztán, perteneciente al Arzobispado y Universidad de Pamplona.» Y la tal casa se describía en el pergamino con todos sus pelos y señales, acompañada la descripción de un dibujo que representaba el escudo de armas de la familia, que era un tablero de ajedrez, dos lanzas cruzadas, un plumaje y otras quisicosas no menos significativas y heráldicas.

Don Francisco María y doña Bárbara, fuera de malogramientos, hubieron en su matrimonio un coro de nueve mujeres; y hasta «las diez de última»,—que decía don Pacho,—ó sea al décimo alumbramiento, no reventó el trueno gordo: un muchacho en que vio el viejo su alegría, su vida, su gloria, todo junto.

Las cuatro hijas mayores, aunque no por orden de edad ni muy mal, se habían casado. ¡Y en cuáles

se vieron sus respectivos novios para habérselas con el presunto suegro! Pues don Pacho era tan apegado á sus hijas, que en mentándole matrimonio de alguna, se ponía hecho una furia, no precisamente porque se la fueran á quitar, sino porque, dado su genio, se le hacía necesario aturrullar á doña Bárbara, que no tenía ni tiene más pío que casar su prole.

Y como quiera que la señora era muy pronta de lengua y sobrado amiga de alegatos y pendencias, solía haber entre marido y mujer, á propósito de casorios, las del Pantano de Vargas.

Sucedía muy á menudo que don Pacho dejaba de venir á la hora de comer, y á las veces tardaba tánto, que había que servir la mesa sin su asistencia. Tales informalidades se le trepaban á la moña á doña Bárbara; pues no sólo le trastornaban el orden y método que en todo ponía, sino que la privaban de las salidas y visitas de la tarde, que eran sus mejores esparcimientos.

Las cinco habían sonado hacía rato; en la casa yá se había comido, y don Pacho no parecía. Incomodada doña Bárbara, se salió al portón, á tiempo precisamente que él llegaba.

—¡Caramba con usted para ser!... — le dice ella.—¡Venir á comer eso frío!

—¿Quién es ese animal que está en la esquina?— pregunta él, con aire de malísimo humor, sin atender al regaño.

Doña Bárbara paseó la mirada por todas partes, con fingido afán, y luégo exclamó:

—¡ No veo animal por ninguna parte !... Estaré ciega?

—Nó !... ¿ Y ese que está plantado en la esquina ?...

—¡ Pues no lo veo; lo que veo es un caballero !

—¿Caballero?... ¡Un zoquete!... un... (Yá se sabe).

—¡ Caballero, y muy caballero, y muy decente, y de muy buena familia... ¡ mas que te pese !—objeta ella, acalorada yá.

—Sí, yá sé !... Es el tal Martín Gala, un sinvergüencita de muy mala ley !...

—Sí ?... Pues si estabas tan impuesto ¿ para qué me preguntabas ?

—Sí, lo sabía !... Y también sé que le está haciendo cocos á Pepa y que vos los estás alcahuetiando, como tenés de costumbre !

—¡ Muy cierto: los estoy alcahuetiando, y los alcahuetiaré... hasta que me reviente !

—¡ Por supuesto !... Vos como trasendás novios para las hijas... ¡ aunque sean presidiarios !... ¿ Por qué no llamás á todos los que pasan por la calle y se las ofrecés ?

—¡ Pues sí debería llamarlos, yá que mis hijas tienen un padre tan rancio, tan intransigente como vos, que no querés verlas felices !

Don Pacho lanzó un ja ! ja !, á modo de carcajada.

Esto pasaba del zaguán al comedor. Una criada entró con la sopa de tallarines, de excitantes vapores, y don Pacho se sentó á la mesa.

—¡ Conque felices !—exclama, á las tres ó cuatro cucharadas—¡ Mirá que es mucha felicidad echarse un muérgano á cuestas !— ¡ Que se le haya metido á esta boba que sólo casándose se puede vivir !

—¡ Sí, señor, se me ha metido, y no se me saldrá nunca, nunca !

—¡ Que se te va á salir... cuando vos si te ahogás hay que buscarte agua arriba !

—¡ Pues estoy muy buena para vos, porque si nos ahogamos juntos, de para arriba te encuentran también!

Hubo un tremendo silencio. Don Pacho las acometió con el asado; doña Bárbara escanció el tinto, mezclándole mucha agua, que así lo tomaba él, y trasteó por ahí dirigiendo el servicio; que, enojada y todo, no se creía eximida del más menudo deber.

—¡ Es una cosa muy particular—dice al fin el marido en tono querelloso, estregándose los labios con la servilleta—es muy raro !... Hasta los gatos saben en la calle lo que pasa en mi casa, y á mí se me esconde todo, ¡ como si yo fuera algún muñeco pintado en la pared !

—¡ Ah cosa divina ! — prorrumpe doña Bárbara—¡ Palos porque bogas y palos porque no bogas !: si te digo lo que hay, nos querés comer vivos, vivitos, á todos; si te lo escondo, también... Decime una cosa, Escandón: ¿ mandaste promesa de embromarnos, ó qué ?

—¡ La promesa que debería mandar es la de encerrarte en tu casa con tus hijas, para que no fueras á alcahuetiarlas á las casas ajenas !

—¡ Mandala ahora mismo !... ¡ Pero eso sí: que el encierro sea en un calabozo bien oscuro, donde no vayas á molestarme !... ¡ Qué más me quisiera yo !

—¡ Y para eso que siempre encuentran payasos y correas para todo ! Hoy se me apareció Puerta al almacén á apadrinar al zoquete ése, y casi me pide la muchacha !... ¡ Que diz que están de casamiento, que diz que se ven donde las Bermúdez, y que vos estás muy en autos !...

—¿ Y no te dijo más Puerta ?

—¡ No me dijo más, porque no le quise oír !

—¡ Pues le faltó lo principal !—replica la señora, inflada, haciendo jarra y apuntando con los ojos á la cara del marido.—Le faltó decirte que Pepa está resuelta á casarse por sobre vos... ¿ lo oíste ? ¡ Por sobre vos !

—¡ Pues que se case, y que se friegue, y que se la lleve el Diablo !

—¡ Sí, señor, que se la lleve !... Para eso son las mujeres, para casarse ¡ aunque se las alce el Patas, como á mí !... Y yá lo sabés: en los otros casamientos de las muchachas no dije esta boca es mía, aunque vos vivís echándome en cara que las alcahuetié; pero ahora... yá te digo !

Don Pacho interrumpe con un zapatazo, acompañado de estruendo de lozas y cubiertos, y echa por esa boca ajos y cebollas.

—¡ Patiá y renegá cuanto te dé la gana !—vocifera doña Bárbara, trepada yá en el último punto de su geniazo.—¡ También patiates y hicistes mil escánda-

los cuando el casamiento de Ana, y siempre la depositaron, y siempre se casó, y vos te quedates reventando cornejales, con las piernas juagadas!... Entonces ni entré ni salí; pero ahora ¡no voy á ser boba! Desde ahora te lo digo para que no te coja de susto: ¡en este casamiento me he metido.... y mirá: pienso meterme hasta aquí! (La señora señalaba por su barba).... hasta aquí! Sabés por qué? Porque es un muchacho estupendo; porque no quiero que mis hijas se queden solteronas, queriendo á los perros y á los loros y odiando al género humano.... como tus hermanas; y.... ¡porque me da la gana!

Dijo y salió. Salió también don Pacho á la calle, resuelto á mandar á donde él sabía al pretendiente; pero el pájaro había volado

Detrás de la pájara, que, no bien entendió el por qué de la camorra de sus señores padres, se escabulló para la calle, caminito de Villanueva, á casa de las Bermúdez.

Al no encontrar á quien buscaba, tornó don Pacho al comedor, y no presentándosele más víctimas que ofrecer á su furor que trastos y comidas, hubo de hacer una hecatombe de lozas y cristales: hasta la gran frutera, el mimo de doña Bárbara y el centro de su mesa, fue sacrificada con todo é higos.

Doña Bárbara, al ver el patio cual un campo de Garrapata, con tánta mortandad, vuela á la cocina y vuelve con un palo.

—¡Tomá, Escandón, — le dice, levantando el arma, y desfigurada por la ira—aquí te traigo este

garrote para que acabés de una vez! Ve: aquí en el repostero está la vajilla.... después seguís con los espéjos, las bombas y la araña... ¡para que después acabés con nosotros de una vez!... ¡Y si querés hacha, también te la consigo, que es mejor que nos matés á hachazos, como Daniel Escobar, que no á disgustos!

XXII

LOS TRES PACHOS

UNA semana había corrido desde el anterior pleito conyugal, y aún continuaba el enojo: de día, mutua negación de habla; de noche, á tres cuartas de apartados: doña Bárbara, hecha un ovillo, vuelta al rincón; don Pacho, estirado en la orilla, vuelto á su lado.

Pepa había recibido una reprimenda de padre y señor mío y la orden terminante de no volver en su vida á pisar casa alguna que oliera á las Bermúdez; pero ni del regaño ni de la prohibición se dio por notificada, que antes cogió el asunto con más fervor.

Bien se le alcanzaba á don Pacho que su mujer le había estregado unas verdades tamañas, y que el amoroso negocio de Pepa llevaría los mismos hilos que llevaron los de sus otras hijas, máxime metiendo doña Bárbara la mano en el batido; pues tampoco se le ocultaba que ella era muy mujer de cumplirle lo que le prometió; mas, por lo mismo, cabalmente, pensaba no ceder ni una pizca.

Y estaba tan enconado, que hasta de las cuatro niñas chicas se retraía, no quedando en casa sino Pachito que siguiera gozando de las paternales contemplaciones.

Una tarde, al anochecer, después de la indispensable caminata vespertina, entró el señor á la casa; se puso el saco de dril, las chinelas y el gorro, señal evidente de que no pensaba salir en la noche, y se retiró á su cuarto del zaguán, con el propósito de leer los periódicos de la quincena.

Apenas había principiado, cuando entró Pachito.

Era un caballero de seis años no cumplidos, robusto y *motoso*, con dos ojos que alumbraban, y tan despabilado y simpático, que, á pesar del mimo en que lo tenían, conservaba siempre los encantos de ángel endiablado.

—¡ Hasta mañana, papasito !—chilló el rapaz, saltando con todo el fragor de sus botas torcidas.

—¡ Eh, hombre!—le contestó el viejo recostándole sobre las piernas y pasándole la mano por el cabello — tan temprano te vas á acostar ? Yá rezaste ?

—Sí, papasito, el rosario toíto, y la oración á San Luis.

—¿ Y fuiste hoy á la escuela ?

—¡ Hoy sí !... En esta semana y en la otra no he faltao ni un día ! No le he dicho ?

—Cuenta, pues: yá te he dicho que si faltás no te llevo al *Poblado* los domingos.

—¡ Eh, no vaya á creer, papasito !

—A ver qué tánto has adelantado en la lectura... Léeme aquí—y le dio un periódico.

—En *La Justicia ?* Piss ! — exclamó el niño— En esa letrona tan grandota ¿ quién no lee ?

—Nó, no es arriba; que eso lo sabés de memoria. Léeme aquí—y le señaló la sección de avisos.

Pachito, entre sonideo y silabeo, juntó:

—Li-bre-ría-y-pa-pe-le-ría-de-Ma-nu-el-Jo-sé-Alvarez... Papasito,—exclamó interrumpiendo la lectura — en la tienda de ese señor es onde hay los libros de animales y viejos... ¡Me tiene que comprar, oye, papasito!

—Así que leas bien de corrido te compro.

—¿Di aquí á dos meses, papasito?

—Si de aquí á dos meses sabés leer como yo, te compro todos los que querás.

—¿Cuántas amanecidas faltan, papasito?

—¿No sabés cuántas, hombre? Pues sesenta y una.

—¡Sesenta y una!—exclama Pachito muy desconsolado — ¡María Santa... pues eso será de aquí á mil años!

—Pero ¿no sabes contar?... No me dijiste que yá estabas en la clase de Aritmética?

—¡Eso qués tan trabajoso!... Lo que más sé es Odjetiva y los catálogos...

—¡A ver: contá á ver qué tánto sabés... Uno, dos, tres...

Pachito era un señor que casi sabía contar hasta ciento.

Pacho 1.º se encanta. Pacho 2.º acaba, y, con ese dengue encantador de niño malicioso, se acerca á la oreja de su padre y le dice en gran secreto:

—Papasito, conténtese mañana con mamá.

—¿ Que qué, hombre ?

El niño repite más susurrado:

—Que se contente mañana con mamá.

El padre guardó silencio, y el hijito, colgándosele de la nuca, le ruega en voz alta y con mucho mimo:

—¡ Sí, papasito, se tiene que contentar !... El rosario es maluco sin busté: Pepa se equivoca en las letanías y Tina le tiene que soplar... ¿ No es cierto, papasito, que soplar es malo ? En la escuela regañan si uno sopla.

—Sí es malo... — repone don Pacho muy pensativo.—¿ Y quién te dijo que yo estaba bravo con tu mamá ? Yo no estoy bravo nada, hombre.

—Sí, púú ! Nuabré visto yo que están bravos !... Y con Pepa también tá bravo... Pepa es boba, papasito: ¡ No sabe rezar letanías !... Mañana se tiene que contentar con ellas, papasito !

—¿ Y vos sabés por qué estoy bravo ?

—Yo, sí !... Tina me dijo.

—¿ Por qué ?

—Ajá !... Pues no sabe, pues ?

—¿ Por qué ? decí á ver.

—Pues porque Galita, qués novio de Pepa, le choca á busté.

—¿ Y vos lo conocés ?

—Hiii ...! ¡ El me quiere mucho y me da medios ! ¡Tiene mucha plata, papasito !... ¡ Yo le vi una montonera !...

—¿ Y vos has ido á pedirle á ése ? (en tono de regaño).

—¡ Nó, papasito ! El me llama cuando está en la esquina... y me da, sin yo decile.

—¿ Y por qué no me habías contado ?

—Mamá y Pepa... me dijeron que no le contara.

—¡ No volvás á ir, aunque te llame ! Y yá sabés: como volvás á recibirle otro medio á ese... te quito el caballo y la montura !

—¡ Yo no lo vuelvo á hacer, papasito !—dice lagrimando, y luégo se arrodilla:

—¡Papasito—gime—écheme, pues, la bendición !

Diósela el padre, sellándola con el « pico cortao » de costumbre, y el niño salió.

Mitad disgustado, mitad enternecido, quedó don Pacho con esta escena. ¡ Ah maldito pretendiente.... hasta á Pachito se la tenía metida !... Ese Pachito iba á ser un *fregado* como su padre: dentro de una docena de años sería el primer comerciante de Medellín.

Ese mismo día había asistido don Pacho á una junta bancaria, en la que, entre varias opiniones, había prevalecido la suya sobre los puntos discutidos y arregládose todo según sus consejos. Este triunfo, unido á los futuros de Pachito, lo embebió hasta olvidarse del novio, de la novia, de Bárbara y del proyecto de lectura.

Ana y su señor marido entraron á poco, y éste, que yá era tan querido de su suegro como antes odiado, se quedó conversando con él sobre la política actual, materia en que se entendían muy bien, por ser ambos conservadores de capa de coro. El doctor

Núñez por arriba, el doctor Núñez por más arriba; pues á la sazón corrían los tiempos en que el Espíritu Santo soplaba por los lados de Colombia.

Luégo la emprendieron con *El Porvenir* de Cartagena, haciendo cada comentario que mal año para la Hermenéutica Sagrada. Cosa de media columna llevaría leída don Pacho, cuando golpearon en el portón con cierto aparato.—«¡Adelante!» gritó el suegro, y el yerno salió á recibir al visitante.

—¿El señor Escandón está en casa?—preguntan enfáticamente.

—Sí, señor. Siga usted.

Chirriones de calzado nuevo se oyeron, un caballerete rechoncho, sombrero de copa y paraguas en mano (aunque no llovía), apareció en la puerta, é hizo una venia muy tiesa.

Don Pacho, sin moverse de su asiento, miró al caballero de pies á cabeza, y luégo que se hubo sentado, le pregunta con aire de grandeza:

—¿Qué quería usted, amigo?

—Quería tratar con usted un asunto serio—contesta con aplomo el interpelado;—pero temo que no sea éste el lugar.

—¡Barajo, amigo, qué misterioso viene usted!... Aquí puede hablar como si estuviéramos solos.

—Pues bien, señor Escandón, se lo diré á usted sin rodeos: vengo en nombre de Martín Gala á solicitar de usted una conferencia con él ó conmigo.

—Que qué?—bufa don Pacho irguiéndose en la silla y dando un corcovo.

—Se lo diré de otro modo: vengo á pedir á usted, en nombre de ese joven, la mano de la señorita María Josefa, su hija de usted.

Don Pacho quedó aturdido: tánto descaro, tánta frescura, le desconcertaban.

—Quién es usted?—pregunta el viejo, concentrando en su ceño todo el asco, todo el desprecio de que era capaz.

—Francisco Antonio Mazuera, para servir á usted—repone el estudiante inclinándose con mucho respeto.

—¡No conozco, no conozco!—exclama el señor Escandón.

—Es muy natural, puesto que nos vemos por primera vez.

—Pero ¿es usted el padre ó la madre de ese vagamundo.... ¡ó qué demonios! para venir con esos disparates? (con manoteo terrible).

—En este momento soy todo lo que usted quiera, porque soy embajador.

—De veras?— ¡Pues se va con la embajada á otra parte.

Y dirigiéndose al yerno, agrega:

—¡Pero ve qué mozo tan atrevido, tan sopero!... ¡Venirme á mí con esta clase de propuestas!... ¡Se conoce que el pretendiente tiene ojo de colmenero cuando te mandó á vos de emisario!

(El *vos* era tratamiento muy común en don Pacho).

—Yo le diré á usted, señor Escandón:—repone Mazuera más fresco que unas horchatas—Gala se fue

primero á lo grande, y envió cerca de usted al doctor Puerta, su íntimo amigo de usted, y usted no lo atendió. Hoy...

—¡Te manda á vos!—interrumpe don Pacho, poniéndose en pie.

—Precisamente; porque sabe, como usted y como todo el mundo, que lo que no alcanza San Miguel lo alcanza el Diablo.

—¡Al Diablo te largás vos ahora mismo!... ¡Pues estamos buenos, que cada car..... de... (yá se sabe), venga á pedir novias para cualquier Perico de los Palotes!...

Mazuera permanece en su asiento cargando muy satisfecho el paraguas y el sombrero.

—¿Tendré que echarte á las cocas?—grita don Pacho, con aire de cumplir la amenaza.

—Seguramente que no hará tál, señor Escandón—replica el mozo, modulando la voz—Nobleza obliga, y además, en mi carácter de embajador, soy inviolable, como usted bien lo sabe. Sentiría profundamente que no nos entendiéramos en este asunto.

—¡Que no nos entendiéramos!... Ja! ja ja!... ¡Oigan esto!... ¡Esto sí es lo más grande que hay!... ¿Con que sentirías mucho?... ¿Sos casamientero de profesión ó qué diablos?

—Tanto como de profesión nó, señor; pero sí de ocasión... y en ésta cumplo con un encargo de amistad muy sagrado.

—¡Pues yá está despachado!

—Señor Escandón, antes de dar por terminado

el negocio—dice Mazuera sacando un papel—tenga la bondad de imponerse de esta carta.

—¡ Nó, nó !: no quiero leer cartas de ese car... !

—No es de Gala, señor Escandón; es de la señora madre de él, que se la dirige á él. Léala, señor, que es muy conveniente (presentándole el papel).

—¡ Nó, nó: no acostumbro leer cartas ajenas !

—Pero vea usted, señor Escandón: queriéndolo el dueño... ¡ es excesiva delicadeza en usted !

—¡ Barajo, amigo !... — repone don Pacho, sorprendido de la cachaza del muchacho—¡ Es usted peor que Chitobabas !... ¡ Para cobrón, no tendría precio !

—Honor que usted me hace, nada más—contesta el embajador ligeramente sonreído.

Quedóse don Pacho fijo en él, y volvió á sentarse.

Lo descabellado de la embajada, aquella flema de cabeciduro, nueva para don Pacho, el terco de los tercos, despertó en el viejo, no obstante su incomodidad, algo como la curiosidad de un artista que diera con otro de estilo opuesto al suyo. Su manía de embromar al prójimo lo tentó, por otra parte, á decirle á Mazuera, á más de los insultos referidos, una cuchufleta que le ardiera. Por de pronto lo que mejor se le ocurrió fue preguntarle, con una urbanidad que á don Pacho le pareció de lo más cáustica:

—¿ Me decía el caballero que era Mazuera ?

—Sí, señor. Un criado suyo—contesta éste, afectando el aire humilde y sencillo de la gente del pueblo.

—¡Pues debiera ser Correa, según la tiene de gruesa!...

—¡Sorprende la penetración de usted, señor Escandón!—repone el estudiante con la mayor naturalidad.—Precisamente soy Correa por mi madre, y el segundo apellido de mi padre es Correa también.

—Y es de *La Culata* el caballero?

—¡Las coge usted al vuelo, señor! Soy de San Cristóbal, sí, señor: paisano de los sombreros de caña y de las azucenas.

Estas *cañas* con aforros de flores se las tragó muy satisfecho el viejo, pero no por esto se aplacó.

—Serés algún azotacalles, sin oficio ni beneficio.

—Beneficio.... ninguno, señor; pero oficio sí.

—El de alcahuete?

—Estudiante, en lo que pueda servirle.

—¡Muchas gracias! Yá se deja ver qué tánto estudiarás, intruso!

—Poco más, señor Escandón: doce horas de día y cuatro de noche.

—¡Barajo! Pero serés un pozo de sabiduría.

—Algo de eso, señor: cualquiera puede ahogarse en mis conocimientos.

—Sabés lo que sos?... Un cuero!!

—Conque en qué quedamos de la carta?

—No quedamos en nada!

Era la tál obra de Mazuera, y, en lo conducente, estaba de acuerdo con una verdadera de la madre de Gala, por la cual le daba el consentimiento para casarse; pero, como tuviera sus ribetes de regaños, entre

el Mentor y el Telémaco acordaron escribir una que en lugar de regaños tuviera loas, para hacerla llegar, de cualquier modo, á manos de don Pacho.

No anduvo corto Mazuera : la madre se alegraba sobremanera de que el hijo, á su mayor edad, se casara y fuera hombre serio, á fin de manejar en debida forma, y, á su vez, tener á quien legar la grande herencia que le tocaba. Igualmente se alegraba por la elección, pues poco más ó menos sabía, por informes fidedignos, quién era la novia. Hubo su poco de encomios para las antioqueñas, y otras cosas muy decidoras; y como Mazuera sabía muy bien que en achaques gramaticales y caligráficos no son las señoras las más entendidas, hubo de poner tal realismo en la supradicha carta, que nadie podía poner en duda su autenticidad.

Este documento debía presentarlo el doctor Puerta, quien se había encariñado tánto con Martín, después de la cura, que se le ofreció por representante y peticionarlo ante don Pacho, que, como yá sabemos, era muy su amigo. Fracasado el padrinazgo del doctor, volvió la carta á manos del novio.

Fue entonces cuando éste determinó que fuera Mazuera á ponerle el cascabel al gato. ¡ Valiente trabajo para Mazuera ! ¡ El de maestro director y concertante; él haciendo de emisario ante un viejo tan soez como don Pacho ! No le dieran á él cosas en que hubiese que replicar pronto y que meter aleluyas y andróminas. La idea de armar una buena pelotera con el viejo le deslumbraba, y, después de todo, el

papelón que iba á desempeñar no podía ser más importante.

Martín tenía plena seguridad de que Pepa se dejaría depositar, si fuese necesario, y el escándalo que el depósito habría de causar en nada mortificaba al novio, que antes bien le parecía asaz romancesco y *lordbyriano;* pero Pepa le declaró que, si tál sucedía, el matrimonio había de ser calladito y modesto, cual convenía á novia depositada. Por esta oscuridad sí no pasaba Galita: casarse así, sin meter mucho ruido, sin que vieran ni nombraran á uno, sin que lo envidiaran, sin poder hacer viso con los regalos á la novia, ni con los obsequios de amigos y parientes; casarse á las cinco de la mañana, como los artesanos, sin lucir los trajes, sin fiesta... ni nada, era tanto como casarse á medias. ¡ Esto sí no era tolerable !

Hé aquí el empeño de Galita en conquistar á don Pacho.

Y volvamos á la embajada.

Viendo Mazuera la obstinación del viejo en no recibir la carta, quiso él mismo leerle el gran párrafo de la herencia de los cien mil pesos, con que pensaba encandilarlo. Él que principia á leer, y don Pacho que se acaba de volar.

—¡ Hágame el favor—prorrumpe el señor, tartajoso por la cólera — de no leerme lo que no quiero oír !

—Pero vea una cosa, señor Escandón: la señorita Pepa...

—¡ Ni una palabra más sobre el asunto !!... (con

tentaciones de tirarle con el pisa-papel de bronce) ¡ Si no quiere que haga con usted en mi casa... lo que no debo !

—Gala es acreedor...

El cara de vaqueta iba á hacer el elogio de Galita, probablemente; pero hubo de suspender al ver que don Pacho se salió del cuarto y se entró á los corredores, metiendo no poco estrépito al abrir y cerrar el contraportón.

El yerno, que quedó algo más aturrullado que el mismo embajador, le dijo: " Amigo, no extrañe esto en don Pacho: ésta es cuestión que no se puede mentar aquí. ¡ Y tenga entendido que le ha ido sumamente bien !

Con lo cual el embajador se guardo su carta, se despidió y tiró calle arriba pensando que el suegro de Galita sí era lo más bruto del mundo.

XXIII

ENCADENADO

EL médico declaró que lo de Filomena era nervios solamente; y ella quedó muy pagada con la declaratoria, pues ser nerviosa le parecía señal de delicadeza y de blandura, cualidades que, por de pronto, necesitaba mostrar más que cualesquiera otras.

El lunes siguiente se verificó la posesión de César en el almacén. Y muy perturbada que se vio ella al ir á imponerlo de libros, apuntes y papeles.

El listo muchacho estuvo á poco más al cabo de precios, artículos, facturas, etc.

Cuando llegaron al asunto de las prendas, sí fue la *tupa*.

—Pues no ve, César:—dijo la nerviosa, luégo que subieron al segundo piso—¡cosas de aquel Agusto, que es tan.... angurrioso!.... Vea cómo tiene esto de corotos y porquerías... ¡y eso que á mí no me gusta!...Pero ¿qué hace uno con la gente, cuando dan en la idea que les presten?...

—¿Y con qué condiciones reciben prendas? —preguntó el bogotano, como muy interesado.

—Yo nian sé bien... —contestó ella pasando por la mesa el plumero sacudidor, por disimular unos

calores que se le subían á las orejas—Nian sé de veras... ¡ ay por nada !... Yo ai le apunto á Agusto lo que él me dice; pero ni sé bien cuál es el premio... Eso como que es unas veces más y otras menos..... según.

César comprendió el embarazo de la tía, cogida *in fraganti* delito de usura, y con suma formalidad se apresuró á replicar:

—Pues nó, ala, debes darle más importancia á este negocio. Mira: ¡ en Bogotá una prendería es una mina ! De veras, es un bonito negocio, y que sólo pueden hacer los que tengan sus riales... Y, además, se saca á mucho pobre de apuros.

La usurera sintió como si le pasasen por la cara un plumón de *veloutine*.

¡ Hombre más puesto en razón !

—Ah sí !—repuso—¡ Nosotros es mucho el pobre que hemos favorecido!...¡ Lo que tiene es que son tan desagradecidos !: ai les da uno su plata por cualesquiera vejez, que ni pa los trabajos después, con tánto chisme y güeso... y siempre quedan discontentos.

—Eso pasa siempre, ala: agradecimiento no hay que esperar. ¿ Y alhajas valiosas no caen ?

—Sí cae una que otra... ¡ pero yá se sabe: por un mundo de plata ! Voy á mostrale algunas que tenemos aquí, que nos cuestan mucho.

Y abrió una de las cajas, y sacó un cofre de comino que, al parecer, pesaba bastante.

—Estas—dijo torciendo la llavecita — están yá

adjudicadas casi todas... ¡ Es un trabajo muy grande entendese con las autoridades ! Vea: todo esto junto vale un platal; pero por separao una que otra cosita vale algo.

La prendera levantó la tapa, y un relámpago de oro hizo parpadear al bogotano.

—¡ Ah caracho !—exclama él, deslumbrado de veras—¡ Esto es una riqueza !

—¡ Alcela y verá !—le dice ella con profunda satisfacción.

—¡ Horaaa !... ¡ Se necesita estar bien comido para moverlo !

—¡ Esto no vale nada !—repone Filomena, más satisfecha aún, escarbando en las joyas.—Casi todo es de cargazón, poco más ó menos como lo que tenemos en la vidrera pa la venta. ¿ No ve ?: casi todo es coral y piedra falsa. ¡ Lo que tenemos en casa, eso sí es cosa buena !... Mire esta cadena pa reló... sí es muy bonita ! (y la saca). Nos cuesta hasta muy carísima.

—Ah !... primorosa !

Y César la toma, le corre el cincelado pasador y la recoge en la mano, como calculando su peso.

—¿ Le gusta ? — pregunta Filomena, con cierto airecillo de inspiración.

—¡ Yá lo creo !... ¡ Es linda !

—Pues tengo mucho gusto en regalársela.

—¡ Ah, nó, nó !—murmura él haciéndose el turbado—¡ Muchísimas gracias !... Te estimo infinito; pero...

—¿ Pero qué ? ¿ No puedo dar lo que es mío ?

—¡ Ah, sí ! ¿ Cómo nó ?... ¡ pero me apeno !... Un regalo tan valioso... no debo aceptarlo.

—Vea, César—dice la jamona con solemnidad—si me desaira... ¡ me nojo con usté toda la vida !

—¡ Ah, nó, alita ! Si lo tomas á mal, te acepto el regalo...

—¡ Ponétela !

Y ella misma se la echó al cuello del mozo, experimentando al hacerlo cierta sensación de ventura.

¿ Sería esa cadena la soga con que enlazara al lindo sobrinito ?

Este, al ver cómo colgaba chaleco abajo el cadenón, se sintió tan charro, que dio por perdida toda su elegancia bogotana; mas como no era de los que se ahogan en poca agua, exclamó entre serio y risueño:

—¡ Espérate un tantico !... ¡ No conpliques los acontecimientos !... Te recibo la cadena, á condición de no usarla, porque...

—Está muy fea, pues ?—interrumpió ella medio corrida.—¿ O es que no se usa ?... ¡ Pero yo veo á muchos cachacos de cadena ! No se pondrán otros porque no tienen.

—¡ No me he explicado todavía, alita !: esta cadena es primorosa, de trabajo admirable, de muchísimo gusto y muy valiosa; pero por lo mismo que vale tánto, no es propio que un hombre pobre como yo la lleve: podrán creer que me la alquilaron, ó que no es mía, ó que me la chorrié.

—Ah!...es porque cré qués cosa empeñada !...No César: esa cadena la compré hace tiempos... ¡ com-

prada!—dijo la tía algo despechada—me costó sesenta fuertes!... Pero si cré...

César, turbado de veras, al ver el disgusto de la tía, replicó:

—¡Si no es por eso, alita!; aunque fuera empeñada ¿qué tendría de particular?

—Pues entonces es disculpa; porque esa herradura que tiene en la corbata, se ve que es de piedras finas y que vale mucho.. ¿Y esa cómo sí se la pone?

La lógica del reparo aumentó la turbación de César; pues ese alfiler, que nunca pudo usar en Bogotá, por razones que él se sabía, era dije más valioso que la cadena en cuestión. Por lo cual hubo de sacar el reloj, quitarlo del pendiente de *doublé*, y engarzarlo en el regalo.

—¡Míra, pues!—dijo guardando el reloj—míra que hago tu gusto! Eres tan fina que me la haces pasar.

Filomena clavó en él los ojos. ¡Ahora sí que estaba buen mozo y bien entrajado! El saco á la d'Orsay, azul turquí; el chaleco escotado, con viso de piquet blanco; la corbata abullonada, color de calostro, le venían que ni pintados. ¡Y ese modo tan bonito y tan hormado de ponerse los pantalones! ¿Pues y esa cosa para sacar aquel piecito de dama? La usurera se extasiaba, saboreando el placer de haber contribuído con la cadena á realzar tánta beldad. Mas de pronto se le ocurrió esta idea: Agusto y Mina conocían la prenda, se la verían á César, sabrían que ella se la había regalado, y, como eran á cuál más caviloso, quién sabe qué pensarían.

—César—le dijo, pasado un momento, y cuando yá estuvieron en el piso bajo—estoy pensando que se puso la cadena por condescender... mejor será que la guarde. Tal vez sí pueden crer tánto envidioso como hay que sí es ajena.

—Lo que tú quieras, hija—repuso él con voz melíflua, quitándose, á la vez que el regalo, un peso de encima.

—Es primorosa !—prosigue luégo — Yá que no debo usarla, la guardaré siempre como un recuerdo... ¡ Es muy grato pensar que hay almas tan nobles como la tuya !

Filomena creyó oír un preludio de música celeste. ¿ Que ella tenía un alma muy noble ? Ese César sí sabía valuar las cosas !

—Sí, César, es mejor que la guarde... pero mire... —agregó sacando algo de la vidriera—Estas mancornitas... son de poco valor, y sí puede usarlas: no valen más que un condor.

—¡ Me abrumas con tus finezas !—exclamó el bogotano recibiendo los gemelos, que inmediatamente sustituyeron á los que llevaba.

Luégo se quitó la herradura y dijo:

—Si no fuera el recuerdo de un amigo tan noble como tú, ¡ con cuánto gusto correspondiera á tu nobleza con este alfiler !... Míra qué lindo es.

—¡ Yo no lo hago por interés !: ¡ lo hago por cariño !—contestó ella examinando la herradura.

—¡ Yá lo creo !—exclamó César, con una efusión de lo más patente—Sería feliz si de algún modo pudiera

pagarte con algo más que mi gratitud y mi profunda estimación !...

Unos compradores cortaron el coloquio. A malas !: precisamente cuando Filomena tenía en la punta de la lengua una *contesta* tan linda y tan á pelo.

La venta siguió hasta horas de ir á almorzar. Como en la calle volviese el sobrino con sus palabras de reconocimiento, le dijo Filomena:

—¡Pues nó, César: esté persuadido que con cariño y buenos modos todo se paga !... ¿ pues, y con el trabajo ?: ¿ le parece, pues, poquito lo que me tiene que ayudar ?... Yo no soy pa estas cosas de tienda. Si hasta me choca mucho que las señoras nos metamos en bundes de comercio; porque aquí no venden las señoras como en la Costa y en Bogotá, según me ha contao mi siá Chepa.

—Ah sí !: en Barranquilla y Cartagena venden todas las señoras, y en Bogotá también hay mucha señora comercianta.

—Sí, César, así es; pero yo siento mucha repunancia en estar vendiendo todo el día... y sobre todo, nosotros semos ricos y ganamos también en otras cosas, fuera de la tal tienda. Yo lo que más necesito, ahora que Agusto está así, es una persona como usté, que me acompañe, que me... (aquí le entró tos), que me considere, y con quién hablar. Esoy tan solita ! Agusto yá ve cómo está, y las muchachas... ¡ son tan bobitas, las pobres ! Usté va ser mi consuelo, César. Me parece que nos entendemos muy bien... y ojalá mi plata le pudiera servir á usté...

—¡ Me abrumas, hija, te lo repito !... ¡ Jamás podré pagarte !... Jamás !

—Usté es muy bueno, César... ¡ y con eso hay !

—¡ Seré muy bueno, yá que te empeñas !... (en tono de dulce reconvención). Pero mirá, ala: no me trates de *usted*... ¡ Parece que me tuvieras respeto, ó que fuera un extraño para tí ! ¡ Trátame siempre de *tú*, como yo lo hago contigo, como se deben tratar los amigos !

—Acaso estoy enseñada á ese cuento de tú...

—¡ Pues enséñate, hija, enséñate! ... ¡ El *usted* sí me lo cambeas !—replicó el sobrino con sonrisa de gorja.

XXIV

NOSTALGIA

OSA de un mes ha corrido. César se asfixia. Medellín le parece el más concentrado emporio de gente sosa. ¡Hombres más pacatos, más patanes y erizos que los de Antioquia!... Las mujeres no las conoce sino de vista; pero, por encima, bien comprende que si acaso tienen alma es de vaca. Ha visto algunas bellas; pero con la belleza boba de los santos de papel. Sus conocidos desde Bogotá los ha hallado fríos, egoístas y antipáticos; ha desplegado con ellos toda su amabilidad... y como si arara en el mar.

Se pasma pensando cómo pueden vivir por acá sin morirse de tedio: ni un baile, ni una tertulia, ni un paseo, ni una visita de sociedad, ni la más mínima invitación... ¡Probablemente tendrá que *lajiarse* sin haber lucido los guantes y el frac!

¡Los casinos!... *¡El Edén!*... Bah! ¡Cosa más atroz!: cuatro viejos hambrientos, baraja en mano, peleándose por un real; ó una docena de inocentones muchachos, pegados del taco, á quienes les parece que ponen una pica en Flandes si tumban un palo. ¡Tierra más infeliz!... Los ricos de por aquí iban á morir de rancios. Y eso que á cuál de todos tenía más ancha la « tripa aguardientera ».

Pero el principal encono de César contra Antioquia era por no haber topado todavía una amiga tierna y generosa, de corazón sensible, como esas que dejó en su tierra. ¡ Las amigas de por aquí !... ¿ Qué paraje sería esta Medellín ? Una de dos: ó esto era una sacristía en figura de poblachón, ó á las gentes, en vez de sangre, les debía circular aguamasa por las venas. Exacto !... el maíz era el de todo: hombres que lo comían y lo bebían á toda hora, tenían que volverse gallinas y bueyes de carga. ¡ Ah caracho !... Si al más travieso de los *cachaquitos* de acá se le podían rezar salves como á San Luis Gonzaga. Yá se veía: con eso de pasarse todos en las iglesias, lamiendo ladrillo como beatas solteronas, antes eran muy vivos. ¡ Los chapetones de Bogotá, cuando Bogotá era Santa Fé, no podían ser tan chapetones como estos *maiceros!*

Sus tíos... ¡ Valiérale Dios con los tíos !... Lo que era ricos; sí, señor: muy ricos; pero á lo *maicero*, como si no lo fuesen. De tío sí estaba armado !... Poquita era la guerra que le había dado ! ¿ Pues no tuvo que irlo á llevar al *Cucaracho*, para ver si cambiando de aires dejaba los histéricos de monja loca ?

Afortunadamente que la salida fue de madrugada y por calles muy excusadas, que si no César se hubiera muerto de la vergüenza, con la *funcia* que pusieron.

Figúrese tal *cachaco* llevando de cabestro á tío Agustín, que parecía un tembleque, y seguidos de tía Nieves ¡que iba más charra ! *aferruchada* de las orquetas del galápago; porque le parecía que la yegua motilona que montaba iba á tumbarla. ¿ Pues y lo que

el sobrino tuvo que lidiar, ayudando á Filomena á convencer al viejorro, que no quería irse?

En cuanto á tía Filomena, César no podía formar opinión. Con todo, comprendió, desde luégo, que con él era muy otra que con los demás.

Que él tenía el arte de robar corazones, tiempo hacía que lo sabía; mas esa manera de cariño, esas finezas de la tía, no dejaron de *intrigarlo* al principio, por tener idea anticipada desde Bogotá de la poca ó ninguna generosidad de los parientes antioqueños. Pero, al fin y al cabo, determinó que todo ello era muy lógico y natural, tratándose de persona tan atractiva y seductora como el hijo de su madre. Y siendo así, ¿qué más tenía la tía Filomena que entregarse á discreción?

La sal del cuento estaba *horita* en ver cómo se explotaba la situación cuanto antes, porque lo que era permanecer en Medellín arriba de tres meses... ¡ni porque lo matasen! Y, sobre todo, el destino le apestaba. Él, metido todo el día tras un mostrador, él, vendiendo al pormenor fideos y jabón de pino?

Y eso que Filomena trataba siempre de dulcificarle la faena, ya escanciándole una copa de los vinos generosos que en la tienda se vendían, ya brindándolo con una cajita de galletas, que al efecto abría; ó bien mandándolo al *Edén* á que se diera sus baños y se distrajese un rato, y todo ello envuelto en miel de exquisito cariño.

Lo que tiene es que César, tan habituado al tributo, poco más agradecía.

La amartelada señora iba llevando el asunto con sumo tiento; y aunque con el trato continuo y la compañía de César, sus anhelos eróticos se acendraban más y más, no por eso se dejó llevar del corazón, escamada como estaba, después del trastorno aquél. Y en cuanto estaba á su alcance, ponía atento oído á lo que le dictara el buen juicio.

A tánto alcanzó, que, á pesar de la fascinación que experimentaba con la presencia del joven, todas las tardes, después de comer, le decía algo así: « Nó, César, no te quedés metido en la casa: vestite y andate á pasiar con los amigos, pa que viás las muchachas.» Y casi lo echaba.

Como se ve, quería complacerlo hasta en lo del tuteo. Era de oírla con aquello de « Tú tenés razón !» « Esto es para tú», «Con tú no hay quien se aburra», y otros *túes* de la laya.

Cuando estaba con él, eso era como un magnetismo; apenas sola, le acometían tristezas y desconfianzas, que á menudo acababan en lloriqueos.

En los comienzos César volvía del paseo de las siete á las ocho; pero gradualmente lo fue prolongando, y vez hubo que se estuviese hasta las once.

Con tales ausencias y tardanzas pasaba Filomena cada agonía, que, quieras que nó, el ojo venía á quedarle siempre como tomate. Pero ni una palabra que oliera á disgusto, ni á curiosidad indiscreta, ni mucho menos á fiscalización, ¡ qué tal ! César la encontraba siempre sin acostarse, más afable y complaciente si cabe. Él manifestaba mucha pena por estas

esperas, y la instaba á que se *arrunchara* á la hora de costumbre, y ella objetaba: «¡Me da mucha pensión!... Y podés necesitar algo, y venir sin merendar, y los criaos son tan chambones pa todo... Y también me da miedo que te enfermés con este sereno de aquí, que es tan malo pa los forasteros.»

César le daba bromas por estos temores; pero ni él venía más temprano, ni ella se metía en cama antes de verlo, con lo cual tenían todas las noches su rato de parlamento, casi siempre en el comedor.

Esta vida tan nueva para Filomena, estos trasnochos, la traían enervada y perezosa. El comercio y los negocios los iba llevando á más no poder; pues, aunque en la tienda estaba con César, el tráfico y la actividad le eran enojosos. En la casa misma le era importuna la presencia de Mina, única que alternaba en el palique con el bogotano, y eso de día.

Cuando la salida de Agustín al *Cucaracho*, quiso Filomena que fuese Mina la que lo acompañase; pero él determinó que había de ser Nieves, y de ahí no lo sacaron. Quiso entonces Filomena que Mina se fuera también, alegando que ésta necesitaba temperar más que ninguno; pero Agustín no la quiso por compañera y Minita se quedó.

Filomena, en esta contrariedad, estuvo tan sumamente prudente, que bien claro se vio cuán delicada y suave de genio se iba poniendo.

Como con tío Agustín se fuesen la cocinera y la negra Bernabela,—que casi vivía en casa,—quedaron servidos por el fámulo solamente, el cual traía la co-

mida de un hotel. Cambio fue éste muy propicio á Filomena, en su propósito de regalar á César por el lado de la bucólica; y si la moscona de Minita no se quedara en casa, fuera ésta la ocasión de la soledad poética tan deseada. Pero, si no á la medida de sus deseos, esta ocasión tampoco fue desfavorable: la enamorada rogó á César que no se estuviese en la calle hasta muy tarde, porque como estaba «¡tan nerviosa!... por el estado del pobre Agusto», le daba miedo «de quedarse con la mera Mina como dos ánimas en aquella casa»... y el muchacho estuvo tan formal, que á las ocho y media yá estaba de vuelta.

Hacía algunos días que ella notaba que él iba perdiendo los tintes de durazno maduro que trajo de Bogotá, que enflaquecía, que no comía como antes, por lo cual lo amonestaba á que se cuidase mucho, sobre todo de recibir «ese sereno de Medellín, que es... ¡lo pior que hay!» pronosticándole que iba á enfermar.

El mozo sostenía que gozaba de cabal salud, como el fino amor de la jamona lo deseaba; pero, hoy me duele la cabeza, mañana no paso bocado, pasado me «siento muy feo», día llegó en que, encontrándose muy mal, hubo de tomar la cama.

Por fortuna que César,— por no molestar sin duda á sus tías,—había ido, desde antes de postrarse, á consultar con un médico; y anduvo éste tan acertado, que al momentico le conoció el mal: diz que era reumatismo.

«¡No te lo decía!... —machacaba Filomena— ¡Es pa que no me creás!... ¡Figúrese rematís ..

achaquito que no se la perdona á ningún muchacho!... Lo mismo que padecieron los hermanos de mi siá Chepa... y padecen toítos los muchachos..... ¡Eso era visto: desde que yo te vi metido de noche en todo ese lodo podrido que hay por ai en las calles, te vi el morao!... ¡Si por eso era mi pensión! »

César que se encama, y Filomena que se constituye en enfermera. ¡Adiós almacén y prendería! No valieron las protestas del reumático sobre la poca monta del mal, sobre los perjuicios que iba á sufrir la enfermera.

El día y parte de la noche lo pasaba la señora orillita de la cama; y ni una madre con su hijo, ni una hermana de la caridad con una novicia enferma, gastarán más ternura y agasajos.

César, como yá se dijo, andaba escasillo de trapitos interiores: pues al momento su docena de cada cosa, y todo de lo más fino, y con su marca de hilo rojo; tal receta se mandaba: pues al pie de la letra, pasando lo más mínimo por la vista de Filomena; ella se apersonaba en la cocina, en cuanto César dormía, y tisanas, alimentos, baños, salían como sacados á pulso; las cremas, caspiroletas y sopitas que ella elaboraba ó mandaba elaborar á las guisanderas más hábiles de la ciudad para su enfermito, eran para engolosinar á un difunto.

Belarmina, aterrada, comparaba.

—¡Estoy apenadísimo contigo!— dijo una vez el enfermo á la enfermera—Por mí te perjudicas, por mí cierras el almacén... ¡vete hoy, hija, á vender!... ¡Vete, que estoy muy bien!

— ¡ Nó, mijo, primero está la salú que todo !

—¡ De rodillas no te pago !... Pero te perjudicas.

—¡ Dejate de cuentos, hole, que no hay tal perjuicio !... ¡ Y man que lo hubiera !... ¿ acaso estamos de limosna ? Pa eso sirve la plata, mi querido: pa no esclavitase uno.

—¡ Pero tú te esclavizas por bondad !

—No lo creas : cuando hay cariño, no hay esclavitú. ¿ No ves con el gusto que lo hago todo ?

—Bien lo veo, hija, y me lleno de gratitud; pero por tu misma bondad me apeno: yo no merezco tánto !

—¿ Entonces quién, pues ?—pregunta ella con la zalamería más inaudita.

César no contestó: las cosas de su tía le confundían de veras.

Aunque la enfermedad no fuera para correr por los óleos, hubo un día en que César se quejó muchísimo, y en que Filomena casi lo creyó perdido, pensando que el reumatismo se le iba á subir al corazón.

No hubo tál: á los diez y siete días pudo levantarse el muchacho.

Ese día fue la prendera al almacén, y luégo al comercio, á verificar algunos pagos; pero pronto volvió á casa.

XXV

AMOR DEL ALMA

TEMEROSA Filomena de que César se le aburriese, lo apremiaba á preguntas sobre el particular, y nunca dejó él de manifestarle mucho acomodo y mayor contento, llegando hasta mostrar calor en las mentiras, pues no siempre se daba ella por convencida.

Pero el aburrimiento, que crecía día por día, se arreció tánto con la enfermedad, que César se decidió al fin á cantar de plano en claro y á obrar en consecuencia, no esperando sino á ponerse bueno para *lajiarse*.

¡ Qué protección de tíos ni qué nada ! ¡ Fuera Antioquia noramala ! Si acaso conseguía dinero allí, ¡ para harto le serviría ! Si él pudiera soportar medio año siquiera de esta vida, se casaba, á no dudarlo, con alguna de las más ricachas; pero la sola idea de esperar le reventaba.

La iba á tener tremenda con tía Filomena; ¡pero muy tremenda... y sin remedio !

Preparando estaba las cortas y largas que tendría que meterle, para lo cual se inspiraba en el recuerdo de las andróminas de que se valió en Bogotá con aquella su amiga,—la vieja de la tienda á quien dejó en la inopia.—Esto fue como una revelación.

Sí, señor : ¡la manera como tía Filomena lo trataba, los mimos, los regalos, el dinero, todo.... igualito á la vieja aquélla !... Exacto !... *Horita* se explicaba la manía de tía Filomena de mantener los ojos clavados en él; *horita* se explicaba los nervios.... Ah caracho con la tía para *zumbada !*

Ahora sí era cierto que se iba, aunque fuera en carguero.... ¡No faltaba más !...

Pues nó, señor: semejante idea podría ocurrírsele á otro que César. No se iba yá; mejor dicho, aplazaba el viaje. Y á ver qué se debía hacer.

Aquí de César Pinto !

Tía Filomena.... se prestaría, desde luégo, á todos los enredos que él quisiera, con tal de que fuesen amorosos. .. De ello bien seguro estaba. Eso.... sería explotar la mina por algún tiempo; tomarla, como quien dice, en arrendamiento... Muy bien; pero todo arrendamiento se acaba algún día...Pues entonces, hacerse á la mina de una vez... ¡y negocio redondo !

No había que darle más vueltas. En Bogotá.... algo de música le pondrían alguños al cuento, por lo tomada que estaba de años; pero la misma cosa había pasado muchas veces, y á los tres días ¿quién se acordaba de nada ?... Si le salía celosa como la vieja consabida, ahí le darían sus patatuses y rabietas, que él se las curaría por los mismos procedimientos que á la otra. Tía Filomena todavía era mujer de algún garabato, en comparación de la vieja.... y estando tan antojada de Bogotá, venía todo que ni buscado de intento.

No había remedio: César *se calavereaba.*

El noble joven se sintió rico desde este instante, y, aspirando los perfumes de París, palpando la realización de sus sublimes ideales, se durmió, á pesar de sus dolencias, porque estas glorias pasaban de noche.

¡ Convergiendo con Filomena en el mismo punto ! Y luégo dudan muchos de que al cielo se pueda ir por distintos caminos !

La absorción de la tía cuando estaba con el sobrino no era para que ella echase largos párrafos; así que en las pláticas de entrambos, Filomena apenas replicaba, fija en aquella « cara de imagen » que á cada momento encontraba más divina, y embobada con esa gesticulación tan hechicera; y como arrullada por esa voz, ni cuenta se daba de las ideas emitidas por César, ni del giro de la conversación, lo que daba lugar á contestaciones y réplicas tan fuera de tiesto, que ni para las burletas y risas de ambos.

Pero luégo que César tomó la resolución consabida, las conversaciones y pláticas cambiaron por completo.

Desde las siete de la mañana del siguiente día, hora en que ella entraba á saludarlo, le pareció que, á pesar de la completa cura, César estaba preocupado y tristón.

Por la tarde, á eso de las cinco, se paseaba él por la pieza, con ese andar lento é inseguro del que ha estado muchos días... con reumatismo.

Si hermoso le parecía á Filomena en plena salud,

convaleciente lo encontraba más. Aunque un tanto escrofuloso de piel, César había tomado una palidez que contrastaba á maravilla con lo negro del cabello y la barba; ésta medio retoñada; aquél en enriscadas sortijas hacia adelante y apelmazado por la almohada atrás; más ojigrande y ojeroso, por obra de la recién pasada fiebrecilla; un poco traspillado y lacio, estaba el mocito asaz romántico é interesante.

Filomena le había mandado bordar un gorro de terciopelo, con relevantes flores de seda y gusanillo, y una borla como escoba, desmayada por un lado, el cual gorro estrenó para levantarse. ¡Y vaya si le sentaba! A riesgo de costiparse, llevaba anudado en el pescuezo, mucho más abajo de la *ollita*, un pañuelo de seda, cuyas puntas volanderas y desordenadas acababan de romantizar al malandante bogotano, que vestía gabán gris y calzaba chinelas de tapicería, para pie de antioqueña, regaladas también por tía Filomena.

Esta, recostada en una mecedora, en beatífica actitud, no acababa de pasmarse ante aquella obra de mi Dios, con aquel gorrito.

Al fin rompió el silencio:

—¡Nó, César, deje esa calladera!... Me tenés muy entripada.. ¿Tú sin hablar palabra?... Es porque no estás bien... Y cuando estabas malo ¿cómo eras tan hablantino?...

—Pues, alita, no sé; pero no me siento nada mal... del cuerpo—contestó el joven, terminando un suspiro y continuando el paseo.

—¡ Malo, qué vas á estar... pero algotra cosa tenés que tener ! ¿ Estás aburrido, te está haciendo falta tu familia, ó Bogotá ?

César, por única respuesta, suspiró máshondo que la vez primera.

—¡ Pero, válgame Dios, mijito, parece que tuviera... quién sabe qué !—exclamó la tía levantándose para encender la vela.—Voy á traerle la meriendita á ver si se recobra.

Y salió. No tardó en volver, trayendo un *charol* con servilleta de alemanisco, que contenía: tres huevos pasados por agua, en un aparatillo de alambre niquelado; tazón de café; un pan papujado; y hasta una docena de galleticas de esas de figuras y animales.

—¡ No vaya á salir ahora con que está feo, y que no tiene gana ! ¡ Todo se lo tiene que comer !—dijo ella, colocando en un taburete la merienda y arrimando la silla.

—Hora no tengo nada de apetencia, alita.

—¡ Manque no tenga !... Siéntese, que el comer y el rascar no tienen sino empezar... ¡ Si no comés... mirá ! (Le amaga con mucho mimo un pellizquito).

—¡ Nó, señor: está muy débil... y si se rancha no tiene cuándo aliviarse ! Coma y verá: tres güebitos se los come uno de un sorbido. Voy á echátelos en la copa como á vos te gusta.

—¡ Tan temprano, hija !... Con el café tengo horita.

—¡ Nó, señor, los güevos primero y el café encima !... Cuando se vaya á acostar toma su vino.

Y la inexorable tía pone los huevos en la copa. Él se resigna y principia. Ella se sienta en la otra mecedora á inspeccionar.

—¡ No ve cómo sí le resbala !— dice ella al ver que el muchacho no lo iba haciendo mal—¡ Es que es tan porfiaito !

—Ahora me tenés que contar—agregó á poco—por qué son esas caras tan tristes y esa calladera... Yo me he puesto á repasar qué será lo que te hemos hecho y no he topao. Tal vez será alguna mala cara de esta Mina, que es tan vinagre á ratos. Si es eso, no le hagás caso !

—¡ De dónde sacás eso !—exclama él en tono de reproche, dando el último golpe á los huevos—Ni Mina... ni nadie me ha hecho la menor ofensa. Al contrario: aunque á tí no te gusta, tengo de repetirte que las finezas que recibo de ustedes... ¡ nunca podré pagarlas !

—¡ Tan bobito que es !... Déjese de cuentos, y diga qué es lo que tiene; ¡porque algo tiene que tener!

César sigue envasándose el café, y cuando ha agotado la taza, se pone en pie y da un suspiro.

—¡Caramba, mijito, qué poca confianza me tiene !

Y la tía sale con el *charol*. César lía un cigarrillo y torna á sentarse.

—Yá que te empeñas,—dice éste, luégo que Filomena vuelve,—yá que te disgusta mi silencio, voy á abrirte mi corazón... Siéntate, hija, y escúchame... pero no me quieras sacar más de lo que yo quiera contarte.

Ella toma asiento, asustada con el tono solemne de César.

—¡ Yo soy un hombre muy desgraciado, Filomena !—principia él, con voz que parecía eco de entrañable dolor—Mi desgracia sólo Dios y yo la sabemos... y sólo á tí te la confío, y eso en parte. ¡ No te vayas á reír, por Dios, porque esto sería lastimar más mi herida !...

—¡ Reírme yo... yo, César ? ¡ Qué poco me conoce !—exclama, subyugada por la nueva faz por que César se le presentaba.

—Sin duda, tú, tan tierna, tan delicada como eres — continúa él — habrés sentido alguna vez el amor...

Ella se estremece en su silla, los ojos se le salen. César nota el efecto y prosigue:

—No te hablo de esos amores vulgares, que pasan sin dejar huella... (aquí se atranca un poco) en ninguna parte, que cualquiera puede sentir; nó, Filomena: quiero hablarte de ese amor del alma... ¡ que yo no puedo expresar, ni nadie expresa ! ¡ Amor que enferma, que no se siente sino una vez en la vida; porque dura... lo que la vida dure!... Bien: yo siento ahora este amor... ¡ que me va á llevar á la tumba !

Hablaba con voz pausada, cuándo vibrante, cuándo opaca, y cada sílaba parecía una perla de lágrima, pues César sabía también sollozar con la palabra. Cada una que largaba era para el corazón de la prendera lo que el golpe del bolillo para el parche del tambor. Y allá en sus entrañas, muy hondo, sen-

tía una ansiedad, un susto, una turbación y una rabia, que era ella la que se iba á la tumba ¡muy ligerito!; porque, á la vez que esto, se le presentaba una bogotana hermosa sobre toda ponderación; de una hermosura vaga, fantástica, que Filomena no podía definir, y que, no obstante, la estaba no sabía si dándole muerte ó haciéndola enloquecer.

—¿Has créido tú, mi amiga, que yo he enfermado por efecto del clima?—prosigue César, cada vez más puesto en razón.—¡Nó: á mí me tiene así el amor de que te hablo! Por eso trataba de ocultártelo.... ¡Y me va á matar, te lo repito; porque es un amor imposible! Entre esa mujer que yo amo de esta manera (se lleva la mano al corazón), entre ella y yo.... hay un abismo imposible de salvar: ella es rica, inmensamente rica.... yo, ¡un pobre diablo, un infeliz que no puedo brindarle más que mi corazón.... más que mis lágrimas! Por eso me voy nomasito me alivie.... ¡á donde nunca más la vuelva á ver!

César calla, y hundiendo la cabeza en el pecho, resuella gordo, cual si el dolor lo estrangulase.

—Y.... ella es de aquí, pues?—murmura Filomena con voz de costipado.

—Sí, de aquí es!—contesta César, poniéndose en pie, tirando el gorro y estregándose el pelo.— Es de aquí!... ¡No me puedo unir á ella... y tengo que verla á toda hora!... Por eso me voy lejos, muy lejos!

—Te vas?...—clama Filomena, sin saber qué decía.

—Me voy!... Al irme me arranco el alma.... ¡pero es preciso!

—Yo conozco á esa mujer?—pregunta Filomena ronca del todo, mirando á César con ojos desviados.—Decime!...

—Que si la conoces!... Y me lo preguntas!... Si eres tú!... No lo ves?

—Yo! Yo, César! ..¡ Virgen santísima!...Yo!... Yooo!...

El último «yo» fue un acecido. Sintió que los músculos de la cara se le desencajaban; que por dentro del espinazo le subía una gotica de azogue; que el cuero de la cabeza se le templaba hasta dolerle.

Con aire de *Marqués de Montero* en la *Flor de un día*, representada por *Los Tunches*, nuestros cómicos de la legua, prorrumpe César Pinto:

—Tánto así me aborreces, que ni una palabra me dices?

—Yo, César?...

—Tú!... Sí: tienes razón!... ¡Mi atrevimiento es tánto, que merezco el castigo! (Y se dejó caer, pero en la cama).

—Yo aborrecerte!... ay César!... No ves que...! (Y se tapa la cara con ambas manos, y se alza de la silla, temblona, agitada).

—Virgen santa!... Yo tan vieja!...

Y se vuelve á sentar, y se vuelve á tapar.

—Vieja?—salta él como un rehilete.—No tál!... Y aunque lo fueras, ¿qué tiene que ver mi pasión con tu edad?

—Y tan fea!... tan horrenda!

—Ah!... Bien veo que no me comprendes!—

clama el Tunche en tonito de desaliento.—Veo que no sabes calificar mi amor, que lo confundes con amores vulgares !... Mira: aunque fueras la mujer más fea del mundo... ¡ te amaría lo mismo ! aunque fueras la mujer más vieja... ¡ te amaría lo mismo !... ¡ Mi amor, es amor del alma !... ¡ Del alma !, atiende bien: ¡ De mi alma, que está enamorada de la tuya !... ¡ Belleza... harta se vende en mi tierra al que quiera comprarla !... ¡ Yo no busco belleza, ni juventud !... que esas cosas pueden comprarse !... ¡Lo que busco, lo que necesita mi alma es otra alma como la tuya !... ¿ Que estás vieja ?... ¡ No lo creas !... Una mujer con unos ojos como los tuyos... ¡ no puede envejecer nunca !... ¿ Sabes quién era Ninón de Nanclós ?... ¿ Lo sabes ?

—No he oído mentar á ese señor—murmura ella con tiriteo de tercianas.

—No era hombre, nó: Ninón era una dama de la corte pontificia, compañera de Lucrecia Borgia y de Cleopatra. Esta mujer, ¡ á los ochenta años ! llegó á inspirar un amor matroz á un jovencito, casi un cachifo... Tú, sólo me llevas... algún par de años... ¡ Ya ves, pues, que el amor es cuestión muy aparte !

Aquí calla y exhala otro suspirón, y luégo dice con mucha amargura:

—Bien comprendo, Filomena, que soy un miserable, un pobre arrastrado para aspirar á una mujer tan rica, tan interesante, tan feliz, de un alma tan hermosa como tú... ¡ Por eso he devorado mi dolor en el silencio !... Por eso quiero poner tierra de por

medio, para no volverte á ver !... ¡ Perdona este desahogo... y no me vayas á arrojar de aquí como á un perro !... ¡ Perdóname... mira que confieso mi falta !... ¡ Espera que esté bueno para que me despidas !

—¡ César, por Dios !—prorrumpe la requebrada señora, anegada en llanto—¡ No me matés !... ¡ Yo echarte de mi casa... cuando te idolatro !... ¿ No ves que soy yo la que me estoy muriendo por tú ?

—¿ De veras, Filomena, me amas ?... ¿ Me amas?... ¿ No es una burla ? Si es una burla... ¡ horita mismo me mato !

Y César Pinto toma el revólver, que tenía preparado bajo las almohadas, por si acaso, y que estaba descargado por más señas.

—¡ Virgen del Carmen, mi madre !—grita ella, asiéndolo por los brazos—¡ Guarda esa arma !... ¡ Vos sí estás loco de veras !...

—¡ Y cree que me estoy burlando !—exclama desmadejándose, como falta de aliento, en la cama, luégo que el sobrino larga el revólver.—César: yo no soy tan rica como tú pensás. Sí tenemos; pero no semos poderosos... Pero mirá: ¡ manque tuviera todo el oro del Zancudo... manque tuviera toíta la plata del comercio de Medellín... me parecería poquito para tú !

XXVI

ILUSIONES Y REALIDADES

I

EN Medellín va alcanzando tánta boga la costumbre de cambiar de aires y de salir de francachela á fines de año, que, si así sigue, Noche Buena vendrá en que la misa del gallo la oiga quien la diga, si es que quedan clérigos en la ciudad.

Y mucho que le aprovecha á la gente el tal cambio de aire; pues, aunque no engorde mayor cosa, el medellinense, bien salga á pueblo, aldea ó campo, se vuelve otro, en cuanto da un paso fuera de Medellín: los entrecejos arrugados de los grandes se alisán no poco, desaparece la muequita despreciativa de las señoras encopetadas, y baja el termómetro de la superioridad. El gesto de repelente concentración, ese gesto de dispéptico que parece endémico en nuestra ciudad, se torna en uno muy abierto y francote, y viene luégo una amabilidad, que no es ni la adulona ni la comercial que tánto gastamos, y en seguidita una comezón por diversiones y jolgorios; y todos se hablan, se tratan, se frecuentan, se obsequian, se regalan, y, lo que es más inaudito, ¡todos se conocen!

pues es de saberse que en la ciudad ni los vecinos muy vecinos nos conocemos bien.

Pero, sea que el tono medellinense no se pueda sostener sino con antipatía y malas caras; sea que tan linda ciudad, en vez de alegrarlo, predisponga el ánimo á la displicencia; sea el afanado, constante trabajar, la lucha por la vida; sea el clima, únicamente, ó todo esto junto, es el hecho que, en tornando la gente á Medellín, se acabaron las relaciones conseguidas en otra parte, y mucha hazaña es que dos de aquellos amigos lleguen á reconocerse en la calle hasta el extremo de saludarse con un *Adiós Fulano*, y seguir de largo.

Pues bueno: toda esta parrafada era para decir que uno de los lugares más socorridos para cambiar de aires y darse á la sociabilidad, es el pedazo de falda llamado *El Cucaracho*, cuyos linderos ignoramos.

Cucaracho!... ¡Mire usted qué nombre! Y no se tiene noticia, que sepamos al menos, de que ninguna legislatura ó asamblea haya tratado de cambiarlo por alguno de héroe ó de lugar de batalla, como por acá es costumbre. Y es lo peor que, tomando la parte por el todo, se suele designar bajo tal nombre la falda en general, bien que ella tenga puntos menos mal bautizados.

Levántase en majestuosa vuelta al occidente del valle. Aquí arranca violenta y atrevida, allá en suavísimo declive, más allá convulsiva y vacilante. Presenta, al ascender, ondulaciones esqueletadas de toldo sobre estacas, turgencias de acolchados almoha-

dones, asperezas de caracol marino. Se encumbra altanera hasta dar en el cielo la fantástica silueta, que así semeja delineamiento de revuelta cabellera, como de almenares derruídos.

Ofrece el conjunto imponente, el detalle caprichoso, inesperado, del paisaje antioqueño: en seguida de una explanada para una plazuela, un tolondrón pedregoso de difícil acceso; después un barranco inexpugnable; luégo un escalón ó un repecho que hace echar los bofes al transeúnte; cuando menos se piensa un derrumbadero, un grupo de pedrejones á manera de ruinas, á vuelta de los cuales se serena el terreno, presentando la curva de la colina, la oblicua del plano inclinado, la horizontal del nivel.

Cúbrese en partes de peluche verde, como castellana de teatro; en partes, la paja seca, las telarañas y los yerbajos empolvados le forman guiñapos de mendigo; se abigarra por ahí con rebujos de helechos y zarzales, dejando ver los remiendos negros de rozas recién quemadas.

Desnúdase en los flancos, mostrando peladuras rojas en carne viva, desgarrones que se caen á pedazos, escoriaciones calcáreas, por cuyas grietas parece que asomaran cariadas puntas de huesos.

En las hondas de tánta arruga, ya se engalana de guirnaldas y festones, ya recoge en arroyos la piedra corrediza, ahora la pegajosa podredumbre de un pantano le va comiendo como una lepra; y luégo, por allá en las alturas, se paramenta con ropajes de soberana, ornados de flecos de gramíneas y de recamos de

musgos, por entre los cuales se levanta el roble con la salvaje arrogancia de nuestras montañas.

Los numerosos propietarios de *El Cucaracho*, al cercar sus lotes, al cultivarlos, al construír sus habitaciones, acaban de complicar este pedazo de falda: vallados de pedrisco rojizo ó negruzco, enyerbados y lamosos, alternan con setos sembrados de magüey, de piñuela y de higo chumbo, ó cubiertos de entretejidos rastrojos, y con las hileras de árboles y estacones que unen los cuatro alambres erizados de pinchos.

Los propietarios pobres labran para comer,—que no por ornato,—su pequeño pegujal, rodeando los pajizos hogares de maíz, yuca, plátano, tal cual mata de caña, el indispensable aguacate, tres ó cuatro algodoneros, dos ó tres papayos, sin faltar casi nunca el higo, cuya penca, acanalada y erguida, descuella entre el sembrado como cosa de flecha gótica.

Numerosas casas de recreo, con su pintura roja, sus siempre bien enlucidas paredes, sus dilatados corredores, campan por su holgura en praderas acicaladas, donde algún pedrejón cubierto de líquenes, sombreado por guayabos y chagualos, hace las veces de oasis.

Tras las habitaciones, ó á un lado, están los jardines y arboledas. Las opulentas frondas de los mangos, duraznos y pomarrosos sirven de palio al fecundo naranjo; al arizá, que ostenta á leguas su borlón sangriento; al madroño puntiagudo, de grato fruto é intensísimos verdores; al chirlomirlo, que escandaliza con sus copazos amarillos. Estos, á su vez, protegen

con su sombra la beldad tonta del hicaco, el *esprit* del café, la corona y la púrpura del granado. Su majestad la rosa, esa reina-Proteo, luce allí todas sus formas y colores; en tanto que el jazmín común, siempre sencillo, siempre humilde, se arrima á la tapia, busca la grieta, se entreteje, y ofrece á la rapaza, á quien amedrenta el Diablo, la corona sin espinas y la florecilla cándida de ideal fragancia, para que vaya á llevarlas á la Virgen.

Retorcido ó en zig-zag en unos puntos, recto en otros como una calle, acá semi-urbano y polvoriento, allá pedregoso y bravío, después de partir en dos el suburbio de Robledo, atraviesa el camino real la agria falda, como un garabato de bermellón.

Riegan *El Cucaracho* dos riachuelos, siquier quebradas: *La Gómez*, que convida al baño, y *La Iguaná*, la pérfida *Iguaná*, de negra historia, las cuales, al descender por estas escabrosidades, se desmelenan furiosas por los peñones, se aduermen faltas de aliento en diáfanos remansos, y entran al valle, aquélla pacífica y encauzada, corriendo la otra, ayer por el predio, hoy por el camino, mañana por donde se le antoje.

Ventea en estos campos de Dios que es una gloria. ¡Y qué vientos tan traviesos y retozones! El que viene de frente corre como loco y... contra la falda! el de travesía—que será el del Norte, probablemente—pasa por allí como mano de muchacho malcriado por balaústres de ventana. Los dos se encuentran y... ¡ténganse piedras! arboledas, rastrojos y sembrados, en-

redaderas, bejucos y colgajos, se alborotan, se vuelven al revés, en tremebundo zarandeo; vuelan las láminas, si con marco, si con cinta; la basura, como en toda revolución, se arremolina encumbrada; braman las cañadas; se abren en flor las colas de las gallinas; las señoras sorprendidas en campo raso... sentarse y mano á la falda, mientras trenzas y capules danzan en la batahola.

Mas no siempre vienen los vientos tan furiosos; que á veces la dan de músicos, y, como topen rendija ó agujero, se cuelan á las casas zumbando como trompos de latón, lamentándose tan tristes...

Pero no son los vientos, ni las transiciones, ni los atavíos del terruño, lo que constituye el encanto de *El Cucaracho* y de esos campos; es, seguramente, el paisaje que desde ellos se disfruta.

Por aquello de que: *El que no ha visto iglesia...* se resiste uno á creer que aquel horizonte pueda ser medido; al contemplarlo, parecen mentira las distancias y cómputos cosmográficos: es un fondo como de engrudo claro medio tinto en añil, una semblanza de la inmensidad, ornada de vellones de un gris desvanecido, que se escarmenan blancos y difusos como jirones de velo nupcial. Al frente, *Santa Helena* —uno de los puntos culminantes de la ramificación central de los Andes antioqueños—perfila sus crestas sobre ese fondo y se pierde á lado y lado en lejanías azules, de aquel azul color de lo infinito, esfumándose en el cielo.

Parches de arbolado, risueñas casitas, lujosas

quintas cubiertas de trepadoras, festonean y tachonan las laderas de la montaña como los cordones y las condecoraciones la chaqueta de un príncipe alemán.

El Alto de las Cruces, vestido de una vegetación á trechos espesa y lozana, á trechos pajiza y achicharrada, y con el *Cementerio de los pobres* construído de cal y canto y muy valientemente en un descanso de la colina, presenta á lo lejos—si muy hermoso—el aspecto romántico y exótico de un cromo de peluquería.

El Poblado, cortado por amplia carretera, con su linda aldea de *San Blas*, asoma entre el ramaje, y dispersa luégo sus hermosas construcciones de recreo por llanos, pendientes y caminos.

El Morro de los Cadavides surge en pleno valle formando el más gracioso estorbo, como si la enriscada tierra antioqueña le hubiese regateado al lago la lisura del fondo; que lago, y muy á la suiza, seguramente, fue esta cuenca, al decir de los sabios.

No muy lejos, hacia el sudoeste, imponente y magnífica como el sentimiento que la levantó, esbelta como la gente que habita esa región, blanquea la torre de Envigado.

Por el nordeste, desprendiéndose de la cordillera, curvándose, declinando lentamente hasta el río, cierran el valle las arideces de *El Bermejal*. Su suelo reseco, color de mancha de fierro, casi calvo, parece formado adrede para que más resalte la exuberante riqueza de los campos vecinos.

Allí cerca, en el comienzo mañoso de la falda, se

diseñan los muros curvados, los ángulos, las verjas, y hasta las estatuas de uno, al parecer, magnífico palacio. Prodígale el ciprés su pompa funeraria; el pino se le inclina, y abate los brazos, contraído de tristeza; la tierra del anfiteatro, abonada con el polvo y los gusanos de tántas generaciones, toma tintes de ceniza; bajo los techos, negros por el tiempo, se distinguen, como los dientes de enorme maxilar, las blancas bóvedas repletas de podredumbre. Eso que semeja cristalizaciones minerales, es la modesta capilla; el torreón que domina á la izquierda, el osario; el osario que, con el sarcasmo de sus calaveras, parece mofarse de esos mármoles, de esas ostentosas inscripciones, de esas coronas de inmortal. La idea de la nada ofuscara el alma si, volviendo la mirada hacia arriba, no se divisase allá sobre la cima de *Pan de Azúcar* un punto apenas perceptible: La Cruz que promete el perdón y la verdadera inmortalidad.

Mas el que mira desde *El Cucaracho*, en nada de esto pára mientes, atraído por el fondo del valle.

Todos los tonos del verde bordan en primorosos arabescos aquel afelpado. La sementera antioqueña forma por el Sur y el Occidente la labor de más realce.

La caña de azúcar, con sus tintes apagados, cuaja extensos, irregulares polígonos ó largas lenguas, de entre los cuales sobresale, ya la fábrica hidráulica, de maquinaria norteamericana, de alta techumbre y atrevida chimenea; ya la raizal *estancia*, tanto más pintoresca cuanto más humilde. Campos de legumbres dejan entrever de mata á mata el feraz negror de la

tierra en que entrañan las opimas raíces; y entre unos y otros campos, agobiado por el racimo, tremola el plátano sus bulliciosos gallardetes.

¿Qué verdor es ese que así agasaja el viento? Se revuelve, se cimbra y se azota, volviendo, ya de un lado, ya de otro, el encrespado follaje, brillante como seda; se despliega en la vega; viste el ribazo y la colina; llena la quiebra y la cañada; y lo mismo en la pendiente de las montañas que en las márgenes del río, lo mismo en la arada que en la roza, lleva siempre frescura al ambiente, recreo á la vista y santo regocijo al corazón del labrador. Adorne, apenas recién nacido, los altares; luzca la gallarda espiga en el surco; cargue en sus mil envolturas el riquísimo tesoro, se muestra siempre ufano, se yergue siempre altivo, sin temer al trigo ni á rival alguno. ¿Cómo temerlos? El da á nuestras campesinas, mejillas como rosas, y carnes apretadas, henchidas de fecundidad; á nuestros gañanes fornido cuerpo, venas levantadas como cordeles, huesos de hierro, y ese brío indomable para el trabajo. El inspiró al bardo de nuestras montañas aquel canto, aquel poema de la naturaleza, cuyos ecos resuenan de nación en nación...

Deslindan estas heredades hileras de sauces, de naranjos y de limoneros, písamos en flor que semejan hogueras, búcaros que semejan ramilletes, guamos, carboneros, y cien árboles más, amén de la vegetación que medra bajo la sombra. Cruzanlas una red de atajos y veredas bordeados de flores, toldados de enredaderas, regados por arroyuelos.

Por dondequiera se ven chozas rodeadas de huertas y jardines, amplias casas de labradores ricos, prados blanqueando de ganado, quintas de placer de elegante portada y variada construcción, entre palmeras, mangos y acacias.

Alamedas umbrías de sauces llorones y babilónicos, de guaduas y eucaliptus, son los caminos reales; y en todas partes la cañabrava se sacude y da á los vientos la blonda cabellera; y en todas, esa flora anónima tupe los claros, enlaza las frondas, tapiza los bordes que le cedió el cultivo; y en todas, trabajo, movimiento, vida.

El Aburrá, perezoso, ondulante, aquí angosto, desparramado allá, interceptado á trechos por los cañaverales y sembrados, se ve desde la falda, bien así como retorcidos recortes de hojalata.

Y sobre el magnífico tendido, uno como reguero de flores y tarjetas: es Medellín, la beldad colombiana.

El cerro de *El Volador*... ¡Maldito cerro! ¡Quién te pudiera cortar á cercén, como un lobanillo, cerro nefando! Si no te pusieras por medio, se viera la hermosa en todo su esplendor; se viera cómo el río la besa el pie y le rinde pleito homenaje.

¡Tan seductora, tan engreída! Recostada en el regazo de aquella naturaleza, respirando ese aliento, siente fiebre de amor y neurosis de poésía. ¡Ah! sí: su soñadora mirada registra el cielo: ese sol... ¿no será una onza de aquellas que se fueron, acaso para no volver? La enamora la luna: ¡son tan bellos los astros de

plata ! Contempla los arreboles de la tarde : ¿ Se deshará́n en lluvia de oro ? El viento enredando en la arboleda le trae notas que aceleran los latidos de su corazón: es el mismo ruido, no hay duda, el ruido de los billetes nuevos y de las letras de cambio. Su nariz de diosa se ensancha: en aquel concierto de olores cree distinguir el perfume de los cajones de pino, los efluvios del encerado y el aroma embriagador de mercancías recién abiertas. Vedla: la pupila llamea de pasión, hace ondular sus formas de Agripina, modula voces de sirena, y, recostada en el lecho de rosas, quiere aparecer como la reina egipcia ante el enamoradizo triunviro: es que ha oliscado algún Creso.

Y un poco más de vista desde *El Cucaracho :* Vense por la mañana blancos cendales que se alzan del fondo, que se prenden en los flancos, para luégo recogerse en las cumbres ; mientras el valle parece como inundado por copos de algodón.

Al mediodía las nubes se pasean lentamente, y, proyectando en faldas y llanuras sus sombras vagabundas, cambian á cada paso los efectos de la perspectiva. Cabrillea el paisaje con relumbrones metálicos y se tornasola con los matices del pavo real; el éter, cristalino, deja que la visual se pierda en lo azul; y, cual si el valle fuese inflamado reverbero, levanta esas culebrillas apenas perceptibles del calor, que, al vibrar el aire, hacen temblar el cuadro á guisa de bambalina.

Y cuando, al ponerse el sol, enciende el Ocaso sus luces de Bengala; cuando reina esa calma solemne

de la tarde, se aquieta el aire, sube el tono de los colores, los detalles se precisan, y aquella hermosura, alumbrada entonces por esos celajes, reposa serena y... ¡téngase usted firme, y métale criterio al asunto! porque, cuando menos se lo percate, todas las engañifas de la luz y la distancia, y toda esa comedia de magia, se le mete al seso, y lo convence, y lo enreda, y... ¡aquí me tiene un hombre perdido para los negocios!

Y dejándonos de paisajes y de ilusiones bonitas que—valga la verdad—no vienen á cuento, sigamos con las feas realidades del nuéstro.

II

La más fea, por ahora, es que Agustín lleva yá dos meses muy corridos de permanencia en el tal *Cucaracho*, y ni la vista lo ha alegrado, ni el viento le refresca la mollera, ni quiere que nadie le vea, ni la mejoría en la salud es cosa de notarse.

La casa que Filomena le consiguió en arrendamiento, con todo y muebles, y muy cara, por más señas, está situada bastante arriba de la falda y en una tira angosta de terreno que declina bruscamente por el Sur hasta lindar con *La Iguaná*, y se explana al Norte, á linde con el camino real. Por toda portada tiene una simple cancilla, y ésa en un rincón, doce varas distante de la cual está la dicha casa.

Que es de las llamadas de número 7, con buenas piezas y corredores adentro y afuera—estos últimos

mirando al valle y al Sur—y con un patio chico, cerrado en el ángulo libre por un *trincho* de piedra sembrado de rosales y con colgajos de panameña y malva española por los lados. Cae al patio por un atanor y en una alberca un chorro nada cristalino, que luégo pasa al baño. Este es de piedra sin labrar y está rodeado de culantrillo y helechos, y en la mitad del jardín, si tal puede llamarse un rastrojo de bejucos, maromas y parásitas que se extiende al sur de la habitación. En la huerta, situada atrás, y un poco inculta también, hay aguacates muy viejos, duraznos muy coposos, platanar, pencas de higo mejicano y una higuera. Mucho nopal, muchísima hoja santa y algo de zarzales, en todos los cercados; enredaderas de recuerdo y rosa-té, en los corredores; golondrinas, procreando en los aleros del tejado; colonia de colibríes, en las fucias; concurso de mariposas, abejas, abejones y gusanos. Total: que la casa es muy alegre y sabrosa.

Que baños frecuentes, que sol y sereno, que comida abundante y nutritiva, que leche á pasto, brandy, ejercicio y mucha distracción, todo ello acompañado de gotas, cucharadas y jaropes: tál fue el mandato de los médicos; mandato que Agusto no cumplía, á pesar del llanto y de las oraciones de Nieves.

La pobre estaba pasando la pena negra: Al cariño, á la abnegada solicitud que en todo tiempo había consagrado á su hermano, se unía ahora esa tierna conmiseración que se tiene por los seres queridos que pronto han de morir; porque, para ella, Agusto era

víctima de una enfermedad, más ó menos larga, más ó menos definida, pero cruelísima y de todos modos mortal; y aunque los doctores sostenían lo contrario, Nieves llegó hasta dudar de los doctores, creyendo que ocultaban la verdad, ó que tal vez no conocían el mal; y en tales dudas tuvo por cierto que un milagro, un milagro solamente podía salvar á su hermano.

¡Si ella lo había visto muerto, y bien muerto! y no se explicaba cómo su hermana y César—que también lo vieron—estuviesen tan poco alarmados. O eran muy desentendidos, ó muy bobos; mucho más bobos los dos juntos que ella sola; pues « esa cosa tan horrible » que le dio á su hermano, no era para que él viviese muchos días, bien claro estaba. De representársela nada más, sentía como si le apretaran el corazón, y no podía atajar las lágrimas; y era el caso que esa escena, con las circunstancias que la precedieron, no se le borraba un instante. Era de noche y « hacía una luna que parecía la mitad del día »; su hermana y César merendaban en el comedor « muy á gusto »; Minita estaba « con la vena », y se acostó sin merendar; ella (Nieves) servía el dulce ¡muy triste! porque su hermano le parecía muy malo ese día y no quiso que se llamara á los *dotores*, y porque su hermana y él estaban *bravos* y no se hablaban. Ella tenía esa noche mucha gana de llorar. De presto oyó que abrían la puerta del cuarto de su hermano, y lo vio salir dando brincos como si se hubiera estacado un pie. Creyó que era eso, y corrió á ver... ¡Qué susto tan horrible, y qué pesar tan grande! su

hermano tenía los pies sanos, pero se estaba muriendo... Abría la boca y «sonaba seco como si no pudiera vomitar... ¡ y era resollar lo que no podía ! Tenía los ojos salidos y muy miedosos, y el pelo tieso *de parriba* ». Ella gritó, y salieron su hermana y César y agarraron á su hermano, que allí mismo se les cayó como muerto... pero no estaba muerto todavía. « Entre los tres lo *sabuquiaron* muy duro, y César *acató* á *ventialo* con un sombrero ». Cuando yá lo tenían levantado, volvió en sí, vio á su hermana y le dijo con un *mormullo* tan triste: « ¡ Me muero, hermanita ! »... El pobrecito, que estaba tan ofendido con su hermana, le pedía socorro; pero su hermana no entendió el *mormullo*, ni César tampoco, porque si lo hubieran entendido, no estuvieran tan disimulados. Ella sí lo había entendido muy bien: pero á ella, como era tan boba, no le creían nada.

Esta escena, que así reproducía la imaginación de Nieves, movió á Filomena y al sobrino, nó á piedad, pero sí á obrar en favor de Agusto, quien, después de romper el encierro que se impuso y de cantar la palinodia, todavía se resistió á que lo viesen los médicos y, más aún, á recibir auxilio de Filomena, de cuyas manos no quería ni la hostia consagrada.

Pero la necesidad siempre fue la gran ley. Yá sabemos cómo César fue el encargado de sacar al tío.

Pues bueno: El aire libre, el oxígeno de la montaña, así como los baños—única parte del tratamiento médico que Agustín cumplía con formalidad—le equilibraron y robustecieron un tanto los enfurecidos

nervios. « La cosa tan horrible » sólo le había amagado, y una llamarada que le subía por dentro, casi estaba quieta y apagada; pero, por lo demás, Agusto se sentía cada día peor.

Nieves, descorazonada por completo, ni en milagro, ni en San Antonio, ni en nadie confiaba yá: Dios no quería aliviar á su hermano. Y, mediante un paralelo que ella establecía á su modo, se confirmaba más en esta idea.

¿Qué remedio iba á tener su hermano, si en menos de seis meses se había vuelto un viejito *deschonclado?* El, que comía con tánta gana, no pasaba ahora bocado, y si lo pasaba, se quería reventar. Tan aseado y bien puesto que se mantenía... ¡ y verlo ahora! Un hombre tan *acondutado* y formal, que hasta en sus diversiones trabajaba, ni aun fruteros quería hacer ahora. ¡Y verlo confundido por todo y llorando como un chiquito!

Su hermana y Minita no creían, porque no lo estaban viendo como ella. Minita decía que no era sino rabia con « ese Bengala »... ¡ Si fuera rabia nada más, no estuviera su hermano tan consumido!

Mucho más bravo que antes sí estaba: á ella le había dado como cinco *puños*, le zapateaba muy duro, y cada rato le tiraba el pelo; pero eso no era por mal genio, sino de puro enfermo y desesperado.

Nieves, pobre perro habituado á lamer las manos que lo azotan, lejos de ofenderse por las brutalidades de Agustín, las miraba como señales de un alivio siquiera pasajero, y prefería pagarle las viarazas á verlo

por ahí con esos ojos de angustia y esas caras de difunto.

Y como su hermano la había escogido para acompañarlo en la última enfermedad, á ella, tan zonza y tan inútil, en vez de escoger á Minita, tan viva y entendida, ella debía agradecer esta preferencia y cumplir el encargo con « harto *fundamento* » y sin mostrarle cobardía, aunque se estuviera muriendo del miedo y la tristeza.

Lo de mostrarse valiente, á pesar de la buena voluntad, no era tan fácil; pues, á mayor abundamiento, las muelas dieron en atormentarla en esos días, y, entre corrimientos, dolores y mordiscos, le pusieron la cara que ni una calabaza.

Por fortuna que las negras sirvientas eran lo que se llama buena compañía. Bernabela, especialmente, estaba en todo para servir, consolar y tomar la palabra, y era la única que con sus enredos é invenciones conseguía que Agustín tomase algún remedio.

Esta negra, resto de la esclavitud en que se crió, conservaba, no obstante sus muchos años de libertad, cierto aire de sumisión y de respeto con las personas á quienes servía, sin olvidarse del *Mi amo* ni del *Sumercé* de otros tiempos; siendo en el fondo un costal de malicias y bellaquerías revueltas con buenas intenciones. Agusto, tan claudicado y todo, era siempre el hombre celoso de sus fueros y el vecino de las intolerancias: A las primeras de cambio armó camorra con el colindante de abajo.

Tenía éste en el extremo de su lote, no lejos de

la casa que habitaba Agustín y cerca á la cancilla enantes mencionada, un rancho en que una puerca, extendida cuan larga era, amamantaba siete cochinitos, los cuales, chilla que chillarás, prendían un berrinche de todo el día. Como esto incomodara á Agustín, determinó que el vecino se fuera con la música á otra parte. No quiso éste; insistió el enfermo; se trabaron de palabra; y que vos sos un tal por cual; y que vos esto y aquello; y que ajos y cebollas; acabaron por ponerse peores que la puerca.

Llanto de Nieves. Desesperación de Agusto. Discurso de Bernabela.

III

La intrusa negra, al ver aquellos extremos, se plantifica delante del afligido señor, se estriega las narices con el dorso de la mano, sorbe á toda gana, y dice:

—¡ Pero, mi amito Agustín, por la Virgen !... Sumercé sí !: ¡ Tanté ponese á confundise por los dichos dese taita !... Y no ve que jué á buscale cambamba ? ¡ Un blanco como sumercé... ise á enredar con esa gentualla ! Nó, mi amo: los negros semos negros y los blancos son blancos; los negros en la cocina, los blancos en la tarima...

—¡ Es que á mí hasta los negros me quieren ultrajar !—murmura él tirándose en una banca.

—¡ Pero, mi amo ! — repone la métomentodo tomando asiento—Es que sumercé es tan canónigo:

¡ enteramente no tiene naíta de pacencia ! Si sumercé no juera tan sobao... ¡ mire ! : nian taba enfermo ! Mire, miamo: un cristiano sin pacencia ¡ no tiene cuándo ! ¡ Calcule !... Si cada vez que toman, juera uno enfadase ¡ María Santísima ! ¿ónde los diera lagua? A la gente hay que aguantále, miamito. Yá ve, sumercé, que mi Dios los manda sufrir con pacencia las alversidades y flaquezas de nuestro prójimo. Y mire, miamo: sin pacencia no estuno á gusto en esta vida; porque siúno no tiene pacencia ¡ tá molesto á todora !... A yo me parece que si sumercé no juera asina, nian motivo le había dao á ese niño Bengala... pa tuesos escándalos que hubieron... ¡ Y mire, miamo Agustín; con esa incomodidá y ese flato que sumercé manija, no se alivéa jamás ! ¡ Allá verá que nó, manque siaga lo que siciere!

Resínese, miamo, resínese; mire que toítos padecemos: los ricos, los probes, los alentaos... ¡ toiticos, mi amo Agustín !: el que no cojea diuna pata cojea diotra. Y ya ve: más padeció Miamito y Señor por losotros: ya vé los impropelios y alatomías qui-hicieron con É!; ya ve qui-hasta lo enclavaron en la cruz... Y venido á ver que lo que li-hicieron á sumercé, en comparación desto, es como un picao é pulga ! Resínese, miamo, á la voluntá de mi Dios; mire que la conformidá pa las cosas deste mundo ¡ tamién se necesita de á mucho !; y cuando su Divina Majestá le mandó esta penalidá... ¡ pu-algo es !, porque mi Dios nu-hace las cosas á cuente gracia. ¿No ha rezao, pues, la corona á la Virgen ? Pes hay

dice que mi Dios mortifica más lalma del cristiano ¡entre más lo quiere!... ¡María Santísima, miamo, quesa devoción de la corona si es de las cosas pa más lindas!... Es dicir! Cuando yo servía en cas de las señoras Angaritas, que estuve tres años largos, la hacíamos toítcs en la casa diá tres veces por semana. Vea: si quiere sumercé, yo voy ondéllas qui me limpresten; y la niña Nieves lace con sumercé, yui Carmen y el muchacho; y verá sumercé cómo sialivéa y se le quitan esas cosas.... ¡Pero tamién tiene que proponese!: no ve que se la pasa hay pensando en la mesma pendejada... ¡Ya con nada la remedéa!... Y puesués que se pone á la muerte; y puesués que sestá consumiendo... de pura la pesadumbre y la molestia que le paña. ¡No piense más en eso, miamito, y péguese del manto de la Virgen!

Voy á contale un ejemplo, que yo lioía contar al dijunto Padre Rojas: Este quisquera un hombre... ¡muy virtoso! que se llamaba... comuéra?... comuera, miamo? No miacuerdo intual; pero ai lo intitulaba él con un nombre muy trabajoso; y quisquera muy devoto de la Virgen y el Señor, y tenía ¡mucho caudal! y las mangas vestidas dialimales diuna y otra laya. Y mi Dios, pa ver qué tan güeno era, le dio licencia al Patas pa que l'hiciera... ¡toitico lo que le diera la gana!... ¡Tanté cómo siaprovecharía él! Él lihizo perder toíta la plata, sin que le quedara un cuartillo; él liapestó toítos los animales, y no le quedó niuno; lihizo morir toitica la jamilia; le tumbó la casa y todo; al último, le mandó á él... ¡una llaga, miamo,

que aquellu-era dende el dedo grande di-una y'otra pata hasta el pelito! Y el querido ¡cito de mi vida! se la pasaba tu-el santo día tirao en un buñiguero, pudriéndose qui ni-una mortecina, y ni-un cristiano tan siquiera p'espantale los moscos, porque aquellu-era ¡una gedentina que naides se li-arrimaba!... Y sabe sumercé lo qui-hacía el infeliz? Pes á tod'hora taba diciendo: « ¡Mandame más, mi Dios! ¡Mandame más, mi Dios! »... Y'antoces, mi Dios, viendo que si-era muy güeno y resinao á su santísima voluntá, se li-apareció con la Virgen... ¡y al momentico lo pusieron güeno y sano, y le regolvieron el caudal, los alimales, la jamilia y toitico!

Y esto diciendo, salió la negra muy satisfecha, sorbe que sorbe.

Nieves quedó aturdida: ¿Cómo en cabeza de negra podía caber tánto? ¡Cosa más bien dicha! Precisamente lo mismito que ella sentía respecto de su hermano; pero ¡ni bamba de decirlo como Bernabela! ¡Ah negra para tremenda! ¡Que hubiera algunos cristianos con tan buena cabeza... y negros! Su hermano se había callado á todo; era señal de que yá no estaba tan bravo. ¡San Antoñito bendito que hiciera caso!

Bien lejos de todo se hallaba Agusto. Aunque sosegado en apariencia, continuaba tirado en la tarima, la cara tapada con ambas manos, en el mismo tumultuoso abatimiento. Del *Sursum corda* de la negra había oído el rumor, sin parar mientes en si eso expresaba ó no expresaba algo. Ni porque se lo dijera el Obispo.

Pero, si no en el ejemplo de Bernabela, pensaba en cosas peores; pues los incidentes de ese día, agregando nuevas notas á su tormento, avivábanle el recuerdo de lo que en vano quería olvidar: ¡A qué estado había llegado! Después de todo lo ocurrido, un canalla lo insultaba, y una negra hedionda se atrevía á acercársele para hablarle de Bengala y ponerle cartilla. ¡Y el mundo continuaba como antes! ¡Y él, Agustín Alzate, un hombre como él, se veía amarrado!

Pues es de saberse que Agusto tenía por amarradura, ó cosa así, la situación de su ánimo, sin que él propio pudiera explicarse si había enfermado de tristeza ó entristecídose por enfermedad.

Desde el percance atrás referido, el pobre señor se perdía en un sueño de pesadilla. Reducido á un callejón sin salida, daba y cavaba en un mismo punto, y tal acopio de elementos tempestuosos iba acumulando en sus adentros, que á no estallar de vez en cuando, como estallaba, aquello fuera la asfixia. Estas reventazones, yá se sabe, si no eran pueriles extravagancias, eran rasgos de salvaje altanería, que, ya de un modo, ya de otro, iban siempre contra Nieves.

Y no era esto lo peor ni lo frecuente: descargada la tormenta, Agusto se agitaba en el vacío. Entonces sí que era la asfixia de veras: á manera de una bomba de goma á la cual se extrae el aire que la sostiene, dijérase que el espíritu de Agusto juntaba sus paredes y se arrollaba sobre sí mismo.

Cómo nó? Agustín vivía colmado é íntimamente

feliz, concentrado en el yo, cifrando en el yo el objetivo de la vida; y el culto que á sí mismo se tributaba día por día, lo ponía más endiosado. Su fortuna, que para cualquier antioqueño de agallas anchas fuera una miseria, fue para el ex-pulpero algo como la lámpara de Aladino; pues es de advertirse, por si ello no se coligiere de lo expuesto hasta aquí, que Agustín no era hombre de grandes ambiciones; y, si un tanto codicioso, tampoco fue un avaro. Desde chico se hizo cargo de cuánta valía da don Dinero, y por eso, más que por los placeres que proporciona, lo persiguió hasta alcanzarlo.

Y como quiera que los arrequives de la opulencia no se llevan sin que uno se deslumbre lo bastante para alzarse á mayores, Agusto, una vez rico, dio en achacarse altísimas cualidades y en levantarse falsos testimonios,—harto favorables, por supuesto;—y como la pendiente es resbaladiza, no paró hasta sentirse poco menos que rey, pero no un rey de baraja, como quien dice, sino un rey-dechado, dechado de cuanto hay de grande, encumbrado y sublime; y en ello se cerró; y fuérale usted á probarle lo contrario.

Tál vivía Agustín Alzate. Pero hé aquí que, merced á un percance, para muchos de poca monta, para algunos de grande enseñanza, Agusto se ofusca, vacila, duda... y no hubo remedio: yá no era Agusto. El trono se vino abajo, la apoteosis se tornó picota. Nostalgia como ésta sólo tiene parecido, aunque en caricatura, á la del Diablo.

Y como no se vive sin ideales, el rey caído quiso

buscarlos fuera de su personalidad. Por arriba nó, que yá sabemos que para él el mundo se acababa en las tejas: buscó, pues, de tejas abajo.

Inútilmente; porque como era hombre tan sumamente recogido y morigerado y de vida tan contemplativa, como desconocía los halagos del mundo y se hallaba tan mal del cuerpo, no pudo ensayarse en los placeres aturdidores, y más que todo, yá estaba Pedro muy viejo para cabrero.

Amor? Tal vez en plena salud le diera por ahí, fuese casando ó sin casar; pero tan empedernido y amargado de corazón ¿cómo amar? Y ningún otro afecto le movía. Verdad que por Filomena había experimentado ese sentimiento de compañerismo en que se mezclaba el interés con un poco de cariño; pero en las actuales circunstancias la prendera le inspiraba una aversión rayana en odio. Mina y Nieves fueron siempre para él poco menos que cosas, y ahora, en la desgracia, no se le ocurrió elevarlas á la categoría de personas.

Agusto ignoraba que la lectura fuera para entretener espíritus enfermos y que el tabaco fuera el amigo de los tristes, y ni tenía perro ni caballo, ni tampoco sabía *sacar solitarios* en la baraja,—pues jamás agarró carta—, ni mucho menos tocar guitarra, ni bandola, ni instrumento músico de ninguna clase.

En tan semejante necesidad se dio á entender que el emborracharse era gran remedio. Púsolo en práctica como con un cuarto de botella de brandy, y tal se pondría, que Nieves, ignorante del remedio,

creyó llegado el terrible instante, y pidió cura; y no poco tuvo que argüir Bernabela para probarle lo contrario.

Desde este día determinó que su hermano se había de confesar, y, á la primera insinuación que le hizo sobre el particular, se llevó tal testarazo, que no tuvo sino callar é industriarse con Bernabela para que ella se lo suplicase á la primera coyuntura.

No tardó ésta en llegar, y fue en ocasión de unos miedos muy grandes que le entraron á Agustín, miedos que él no explicó, pero que tanto Nieves como la negra tuvieron por horror á la muerte. Tamaño argumento no era para que la predicadora se anduviera corta: probóle, no obstante, lo mal que el sermón sentaba á tío Agustín; que «ese miedo pa morirse y esa ranchada pa confesarse nu-empataban». Y ni por ésas; que Nieves mandase mucha vela á San Antonio, fue cuanto se sacó.

Si alguna esperanza conservaba Agusto, hubo de perderla con el mal éxito del remedio; pues de ahí en adelante yá no se paraba en chiquitas: fuera haciendo el fantoche de Jeremías ó el de Aquiles, se andaba en unas angustias y agitaciones que eso parecía accesos de locura melancólica. Inventaba las posturas más extravagantes y patéticas: ya eran las manos en la nuca, la cabeza pegada al pecho, y acurrucado en un rincón; ya un caminar como bailoteo, de aquí para allá, apretándose el estómago á dos manos; ó bien estirados los brazos hacia arriba, los dedos trabados, como esas figuras que se ven en los grabados que re-

presentan catástrofes. El cabello y las barbas crecidísimos y rucios, el desorden y abandono del traje, la demacración del rostro, y, más que todo, la mueca de acerba pena, acababan de caracterizar la triste caricatura de la grandeza caída.

Las ideas fúnebres lo acosaban de noche, y desde la oración se rodeaba de Nieves, Bernabela, la cocinera y el muchacho que habían llevado para *encerrar* y traer la leña; y veces hubo que la servidumbre tuviese que dormir al pie de la cama del señor, formándole cerco. ¡Y pensar que en otro tiempo le producía bascas el olor de la gente del pueblo! Una noche fueron tántas las súplicas de Nieves para que su hermano saliese «á echar una caminaíta por el llanito», que Agusto se resolvió. Nunca tal hiciera: en cuanto se asomó al corredor, se le presentó un velorio: eran los faroles de los barrios altos de la ciudad que, por la distancia, se veían aglomerados. Y desde eso, la agonía y la muerte de la señá Mónica, —única persona á quien había visto expirar,— se le representaba á menudo, con ese recargo de pormenores que desentierra la memoria, precisamente cuando más queremos olvidar. Y la sobresaltada imaginación del enfermo recomponía escenas tales, que le enfriaban hasta el tuétano. Entonces «la cosa tan horrible» le amagaba, determinándose casi siempre por un hipo seco, ruidoso, como chirrido de máquina sin aceite.

Bien poco dormía el señor. ¡Y qué insomnios tan tristes y pavorosos los suyos! Por la noche había afuera un coro de bajos, del otro mundo, probable-

mente, que cantaba y rezaba al propio tiempo, y, de vez en cuando, graznidos y aleteos medrosos perturbaban el coro, si no era que la rana y el grillo, atiplándose en notas doloridas, ahogasen el coro por completo. Que era el viento, le decía Nieves; pero Agusto saltaba en la cama al percibir distintamente cómo salían de la ventana lamentos casi articulados de ánimas en pena. El gallo, en el corral cercano, daba un *quiquiriquí* estridente, prolongado en un final de llanto, y otro gallo le seguía, y luégo otro, y después el más distante, hasta que las voces se iban apagando gradualmente, como se ahoga la vida en el agonizante; y tanto se trataba de agonía, que el ganado daba mugidos y aullaban los perros, tan lastimeros... señal evidente «de que se está muriendo algún cristiano».

Entre dormido, veía Agustín calaveras y zancarrones en cruz, que, por fortuna, se borraban al momento; pero una noche, á eso de las nueve, no fueron calaveras lo que vio; fue un trapo blanco, y en él como un retrato: la cara tosca de una mujer muerta; pero con los ojos abiertos, y que yá, yá le iba á hablar, y aun le pareció á Agustín que á reclamarle algo. Dio un berrido y saltó del lecho, las quijadas bailándole, el pelo erizado y sudando suero. Se estrechó con Nieves, que rezaba junto á él, y con lengua estropajosa exclamó:

—¡Hermanita... hermanita!

—¿Qué fue, hermano, por la Virgen?—contesta ella, más muerta que viva.

—¿Qué hacemos, hermanita?... ¿Qué hacemos?—y la estrechaba con más violencia.

El porqué del terror no lo explicó; pero desde esa noche determinó acostarse de día y velar de noche acompañado de todos. Bernabela y Carmen hablaron entonces de viaje, alegando que esa vida sin dormir no la soportaban ellas; pero como Agustín les aumentó la paga á como quisieron, hubieron de quedarse y velar con él hasta donde el sueño les permitía.

Los médicos parecían no querer habérselas con semejante enfermo; pero por fin vino al *Cucaracho* el doctor Puerta, quien examinó muy detenidamente á Agustín, y sostuvo que ni en el corazón ni en parte alguna tenía nada, y el mismo régimen, con algún aumento de medicinas.

—Vea, niña Nieves—le dijo Carmen, viéndola muy afanada con la última medicación—déjese di atormentar más á don Agustín con tánta medecina, y mande llamar á ño Claudio Pino, pa que le saque el sapo; porque allá verá que es un sapo lo q'él tiene en el estógamo. ¿No ve que cuasi l'oga? ¿No lo ve que se mantiene jaito, jaito? Y repare, niña, cómo apenas bebe algo, yá encomienza á quejase del fogaje que le gana por dentro: pes es el diajo del sapo, que á lo que siente l'agua, echa á hacele gárgaras, como si estuviera entre un sapero.

—¡No siás idiática ni pendeja!—dijo Bernabela entrando á la cocina, donde pasaba el diálogo.—¡Dejate de ese cuento de sapos! ¿No te he dicho, pues, lo que tiene miamo Agustín?

—¡Si busté li-oyera las cosas á mi mama, niña Nieves!

—Pero qué es la cosa?—repuso ésta sumamente confundida.

Carmen guardó silencio, y Bernabela contestó:

—Pes, niña... ¡manq'esté mal el dicilo, lo que tiene mi amo Agustín es pecao callao!

—¿Cómo pecao callao?

—¡Pes pecao callao! Es dicir..... ¡quién sabe cuántos! ¡Tanté cuánto hará que miamo Agustín no se confiesa!

—¡Busté sí que saca unas cosas malucas, Bernabela!—exclamó Nieves aterrada; porque al punto pensó que ella no recordaba haber visto confesar á su hermano, ni tenido noticia del caso.

—Mire, niña: Me pesa el dicilo; peru-asin-es.

—¡Pues no es eso—objetó Nieves—porque entonces hubieran dicho los dotores que lo han visto!

—¡Tanté los dotores!... Pes ellos saberán de medecina; pero de pecaos ¿qui-han de saber?... Mire, niña: asina mesmo pasó puaá en Marmato con mi compadre Adrián Giles, ¡y resultó q'era pecao callao!, y'apenitas se confesó le coló el alivio. Mire, niña: se puso asina mesmo de calavérico y d' idiático como miamo Agustín... ¡Mesmamente un loco, con ser que era el hombre más racional! Y aquello jué ventiale y ventiale vahos calientes y medecinas di-una y'otra laya... ¡y nada le valió hasta que no se confesó! Mire, niña: esa ranchada pa no confesase y'ese hestérico macho que manija miamo Agustín es

d'eso... ¡Tanté hombres con hestérico!... ¡Si no juere pecao callao... es dicir, nu-hay puerca rucia!

—Pero él, que hace tanto tiempo que no se confiesa, ¿cómo hace pa haber callao ningún pecao?

—¡María Santísima, niña!... Pes pior!: no ve, pues, cantonces toítos tan callaos, y el Patas lo tiene cogido pu-ese lao... ¡Tanté cómo será eso!

La susceptibilidad por la fama y el buen nombre de su hermano se hirió en Nieves, y, aunque se inclinaba á creerle á Bernabela, por aquello de pensar que el mal de Agustín era desconocido, se le hizo, no obstante, un deber de familia protestar contra la hipótesis de la negra. Así fue que, suspendiendo la despedazada de medio pan de azúcar, en que se ocupaba, y con ojos lacrimosos y todo el calor de que era capaz, dijo:

—¡Nó, Bernabela: no se ponga á decir eso de mi hermano; porque, si la oyen, pensarán que él es muy malo!... Y no es tampoco pecao callao, porque él, masque no se confiesa, es un hombre muy acondutao y que ha vivido de un modo muy bonito.... ¡Todo es de la enfermedá; pero nó de pecaos!

—¡Pes hay verá!—repuso Bernabela sorbiendo con mucha gana, y como si en el sorbetón estuviese la pronta réplica, agregó en seguida:

—¡No s'enfade, niña, pu-esto que le igo, que nu-es por mal dicir! Yo sé que miamo Agustín es muy güeno... pero un pecao callao lo pueden tener los que sian más virtosos... ¡No ve, niña, que el Patas sabe mucho!... Y yo li-oía icir al dijunto padre Rojas que á los virtosos es á los que el Patas persigue y les

pone trampas pa que caigan. ¡Ya ve el ejemplo que le conté l'otro día á miamo Agustín de aquel hombre tan güeno y tan virtoso!... Y vea: persuádase que lo de miamo Agustín es eso. ¿Busté cre, niña, por un momento, que, si no juera pu-eso, yá no se había confesao hacía tiempísimos? ¡Tanté con toíto el miedo q'él le tiene á La Pelona!... ¡Eso es, niña, persuádase! Vea: ese susto que le pañó l'otra noche, y que no se li-ha pasao tuavía, y'esa juria, ¡todo es el Patas que lo molesta y lo pone qui-ni un Erón pa que no se confiese! ¿Pues no li-oyó, pues, al dotor Puertas que ijo que miamo Agustín no tenía mal de ninguna laya?... Y yá lo ve que paece en l' última agonía; ¡mas luego siempre será pecao callao!

—¡No lo quiera mi Dios que sea eso!—prorrumpió Nieves, llorando y completamente convencida—¡Hasta se enloquece mi hermano, porque él no se confiesa así á ojo!

—No, niña, no crea q'és loquera asina enteramente: apenas es que el Patas los empendeja á ratos, go s'enjunesen, como le pasa á miamo Agustín; pero locos di-amarrar nó. Y no llore, niña Nieves, que yo voy onde las señoras Angaritas á que m'impresten unas reliquias q'ellas tienen de mi Padre San Pedro Clabel, y di-algún modo idiamos pa que miamo Agustín se las ponga, ¡y verá cómo se confiesa! ¡No ve qui-asina el Patas si-uyenta!

Nieves mandó al Señor Caído de Girardota una cabeza de cera para que su hermano no perdiera la suya, y para que hiciese una buena confesión.

Y como el doctor encareció las distracciones sobre todos los remedios, Nieves ingenió cuantas á su alcance estaban. Se hizo á una cometa con mucha cuerda para que Agusto la echase « en esos vientos tan buenos »; buscó baraja para enseñarle el tute y la *Cargalaburra;* cuanto le parecía bonito quería que él lo viera: que las tominejas en los niditos, que el ordeño de las tres vacas, que las señoras que pasaban por el camino, tan bien montadas, que flores, que esto y lo otro. ¡ Creía la inocente que Agusto tuviera algún lado !

Las veladas se iban entre ejemplos y cuentos, estos últimos variadísimos, pues Bernabela los sabía así de *asustos*, como de duendes, lo mismo de *Tío Conejo* que de *El Muhán*, de *La Madremonte* y de *El Patetarro*; fuera de las décimas de *las bestias, los cuatro colores* y otras muchas, aprendidas todas en Marmato, las cuales recitaba la negra con muchísima prosopopeya. Carmen no sabía sino el cuento de *El Enrilao*, y vaya con el cuento, con la palabra y el estilo de la narradora ! ¡ Era una delicia !

Y de todo ello resultaba que Nieves era la divertida, y Agustín como si nada.

Todos los días recado sobre recado á Filomena: que « mi hermano malísimo », que « mi hermano *más pior* », que venga hoy, que venga mañana. Empeño inútil: Filomena no parecía.

Nieves insistía.

—¡ Nó, niña,—le dijo una vez Bernabela, que era la demandadera en ocasiones—yo no güelbo á icile

más á la niña Filomena!... ¿Pa qué? Ella no se viene hasta-q'el niño Cersa nu-esté de tréselo.

¿Pero está muy malo, pues?

—¡Tanté malo!... ¡Qué va estar! Pero mire, niña... malo será el dicilo... pero allá verá cómo la niña Filomena se casa con él... ¡Hijuepucha! ¡¡Hastai pa queresen!!

—¡Valientes cosas saca usté!

—¡Mi verdá, niña Nieves!... ¡Mi verdá! Allá verá, niña... y'acuérdese de yo!

XXVII

IDILIO

CON más moderación y menos pindongueo que otras veces, había vuelto Filomena á las joyas y galanuras. Resignóse á no tener capul; pero sí se compró un chal azulado, que hacía flux con su alma, vestida ahora de color de cielo.

¡Haber ella inspirado ese amor tan violento!... ¡y á César! ¡Ser ella la mujer que lo tenía enfermo! Ante estas ideas el corazón de la prendera se volvía una esponja que absorbía á puchas la ternura. ¡Y esa Ninón!... ¡Ah querida que era esa señora!

Por fin encontró dependiente que la llenara por completo, y tan sólo dos veces había asomado al almacén la venturosa negocianta, y ésas por minutos. Estaba boba.

César, retirado del servicio y dándose gusto. La casa, una Capua: helados, vinos y cerveza, á ruedo; cigarros y cigarrillos, de lo caro; *pousse-café*, de lo mejor; frutas, las más exquisitas; mesa... no se diga! El tuteo zumbaba, y el habla bogotana, en toda su acentuación y pureza, se cultivaba allí como en una academia: Filomena yá estaba al tanto de los vocablos más usuales, y, según su sentir, muy endilgada en la pronunciación.

Si fue elemento peninsular, criollo ó indígena el que vino á dar el tono al hablar de las gentes de la meseta de Santafé; si fueron los tres de consuno; si ello es debido al clima, á la forma del terreno, á los ruidos de aquellas regiones, ó simplemente al aparato vocal, lo sabrán Caro y Cuervo; pero no cabe dudar, pues es palmario, que en la formación del acento bogotano entraron, y en mucho, la música, la onomatopeya y el donaire.

Esos aumentativos tan decidores, la pintoresca fraseología, aquellos *Ah!* y aquellos *Oh!*, y, más que todo, las transiciones y flexibilidad de la voz y el pintar con el tono, le dan á la conversación más común cierta variada amenidad, cierto aliño, que hacen que uno prescinda del concepto y de la forma, nada más que por escuchar. De aquí, probablemente, el que esa gente parezca más culta y educada de lo que es en realidad, que es muchísimo. En tanto que nosotros los antioqueños!... Con nuestro modo de hablar tan destemplado y monótono, con aquellas noticas finales tan desabridas, tanto da que echemos por la boca flores y perlas como guijarros y tronchos de col, con ser que maltratamos mucho menos que los bogotanos la madre lengua, si se ha de juzgar por las *Apuntaciones Críticas* de don Rufino José.

En este nuestro humilde sentir,—que por acá en Antioquia no es muy general, dicho sea de paso,—abundaba Filomena; y no hay para qué ponderar todo lo aflautado y *violinesco* que le sonaba el tonito ése, oyéndolo, como lo oía, en palabras amorosas y reque-

bradas, como *mi chinitica*, *mi crestica* y otras del propio jaez con que á toda hora la regalaba su rendido amante.

¡Y lo que eran las cosas! Ella se había demorado en casarse, porque mi Dios la tenía para ese bogotanito ¡tan querido! ¡Qué tal que ella se hubiera embarcado con algún *maicero* de aquí! ¡Y qué lástima que esas tísicas de las Palmas se hubieran ido de la calle, para verlas muertas de la envidia!

O porque se fuese acentuando la voz viva del hablar bogotano, ó por el estado de felicidad, Filomena había cogido un melindre y un mimo en la pronunciación, que era un encanto oírla; y *¡Caracho!* va y *¡Caracho!* viene, y *Ah!* por aquí y *Oh!* por allá, y *ala* por todas partes.

Minita, desde antes de César enfermar, tomó un aire avinagrado y displicente, hasta acabar por andarse por ahí aislada sin hablar palabra. Filomena creyó comprender qué mosca picaba á la Mina, y no trató de espantársela: «¡Que se enchivara y estirara la jeta, si le dolía; que se rascara, si le ardía!» Casualmente que ni ella ni César necesitaban para maldita la cosa «de esa ojos de culebra, tan juzgona.»

Filomena no se dejó enervar por el noviazgo: si había dado de mano á la actividad mercantil, era para tomar la *casamenteril.*

Arreglado el matrimonio con el sobrino, convencida por él de la facilidad de la dispensa, con sólo «untarles la mano á los curas,» sintió ella como necesidad de hacer al mundo confidente de sus amores.

Mas al mismo tiempo se le quería figurar que podrían hacer burla de su casamiento; y de suponérselo no más, le iba entrando una corajina que se sentía muy capaz de acabar con todo Medellín. Esas Palmas, sobre todo!... ya las veía: aunque comiditas de envidia, era mucha la chacota que iban á hacer. Y entre el temor de no ser envidiada y el temor de verse en ridículo, no sabía á cuál quedarse: si divulgaba su matrimonio, se burlarían, y si lo ocultaba, ¿cómo envidiarla?

En tales fluctuaciones optó por la reserva; pues en medio de su ufanía, en medio de aquel dilatamiento del corazón, Filomena no podía menos que sentir algo allá como la vergüencilla de la vejez enamorada, como el alfilerazo instintivo de la mujer que, á sabiendas, va á casarse cuando yá no es tiempo, cuando con el matrimonio va á acallar la locura del amor, mas no á llenar la santa misión de la madre. ¡Malditos cincuenta años! ¡Ay! si así como ella y César habían cambiado corazones, pudieran cambiar edades!... Pero nó: todo eso eran ociosidades. ¿No era ella para su César la mujer más encantadora del mundo? ¿No lo tenía trastornado? ¿No sabía, pues, que amor como el de César no reparaba en edades? Y si ella fuera una muchacha bien linda, ¿qué gracia era que él la adorase como la adoraba?... Pues entonces... ¡no pensar en esas bobadas!

Pero... por sí ó por nó, siempre era mejor arreglar todo sin decir palabra: había tanto *sopero*, la gente de ese Medellín era tan mala, y á las lenguas de las envidiosas había que temerles.

Todo se haría, pues, al santo callado. Desde luego que en su casa no les diría ni una palabra, y ni había á quién; pero á alguna persona de mucha confianza, y en muchísimo secreto, por su puesto, tenía de comunicárselo: callar en absoluto no era posible, máxime cuando con alguien tenía que entenderse para el arreglo de la dispensa. ¡Y que ella solita tenía que estar en todo! porque como César era tan tímido el pobre, como estaba tan impresionado de verse tan querido por ella,—lo que él no creía merecer,—y como aquí eran tan chocantes con los forasteros, no se atrevía á dar ningún paso en el asunto. ¡Era tan decente y tan caballero y tan moderado!... Y había que obrar sin tardanza. ¿Cómo cruzarse de brazos? ¡Si el noviazgo era así... cómo sería lo otro?

La iniciativa no le parecía tan fácil á la novia. Y qué hizo? Pues se fue derechito á doña Chepa, y entre ruborosa y satisfecha, le sopló el cuento. Y digo si estuvo feliz en el comienzo. No tan sólo aprobación y plácemes recibió de su confidenta, sino también instrucciones sobre el modo como debía conducirse con César antes y después del casamiento, y una porción de sapientísimos consejos, encaminados algunos á no hacer ningún caso de las muchas habladurías que, á pesar de la reserva, iban á levantarse.

—«¡No sea boba, niña!—le decía doña Chepa, yá en el contraportón, á tiempo de despedirse.—Hágase la desentendida, deje que hablen y digan, y no atienda al que le vaya con cuentos, como hicimos Agapito y yo... ¡Fue mucho el monte que nos pusie-

ron, y siempre nos casámos! Y yá ve qué tan felices vivimos! Y de la dispensa, yá le digo: no se le dé cuidao. Yo le hablo esta misma tarde al padre Angel, que tiene mucho brazo con el señor Obispo.... y verá cómo nos arregla eso.... ¡Si no es la primera que se casa con sobrino! (Aquí citó doña Chepa varios casos). Y muchos recaditos á César, y que por qué me ha olvidado.... ¡Mándemelo, niña, pronto!» etc. etc.

Y no fue ésta la mayor fineza, sino que doña Chepa le cedió á la novia, de los que usaba, un frasco de tintura para el cabello, la cual tintura estaba á prueba de sudores y mojaduras, y ni ensuciaba el cuero cabelludo ni la ropa, ni empegotaba el pelo; y le prometió, además, conseguirle los frascos que quisiera.

Conforme lo dijo la mujer de Agapito resultó. Algo diz que gruñó su Señoría Ilustrísima por la dispensa en novios tan consanguíneos; pero como para concederla tuviese facultad pontificia, hubo de acceder á la petición y á los empeños del Padre Angel, cien pesos y doscientos rosarios mediantes.

Tan fausto, tan plausible como trascendental acontecimiento bien merecía celebrarse con toros y cañas, cuando menos. Tál lo pensó Filomena, y decretó un paseo al campo y á pie. A la finca nó, porque, para festejar á César, la casa era fea y mala, aunque tenía aquella arboleda tan bonita ¡y aquellos mangos!... y, además, los chiquillos de los mayordomos eran á cual más sangripesado y zarrapastroso, y los mayordomos mismos tan ordinariotes y preguntones. Mejor era al *Cucaracho;* ¿qué le hacía que Agusto

estuviese tan impertinente? Con no hacerle caso estaba el cuento acabado. A la Minita sí tenía que llevarla, sin remedio ¡Cuándo había de faltar miércoles en la semana!

Esto era martes, y desde ese día principiaron los preparativos y quedó concertado el paseo para el sábado próximo, muy de mañanita, y la vuelta para el lunes siguiente, por la tarde.

¡Qué tres días más deliciosos! ¡Y César que yá estaba completamente bueno! ¡Ah caracho!... ¿Del martes al sábado? Cuatro días... ¡Cuánto tiempo!

La negra Bernabela llevó el anuncio del visitón, los cobertores y ropas de cama y otros bartulillos.

Ese sábado venturoso llegó, y, no bien amaneció Dios, se pusieron en marcha, caminito del *Cucaracho*.

Minita montaba el caballo de Filomena, pues aunque se había llevado más para la novia que para ella, la novia en esta ocasión prefirió, en vez del suyo, el de mi Padre San Francisco, é iba atrás, apoyada en el brazo de su novio. Los dos estaban muy gentiles y peripuestos. El, con la *muda* de viaje, el casco yankee, los boticones amarillos, grabados é impermeables, la ruana terciada al hombro con remucho garbo; pero no llevaba el revólver. Ella... ¡no se diga!: entusiasmada con los tintes de doña Chepa, y viendo aquel pelo tan negro y tan lustroso y cada hebra aparte, se dio á entender que debía lanzarse en la moda, y, al efecto, se redujo el moño eliminando el relleno, y se hizo uno, no mayor que un níspero, á estilo greco-romano, arribita del morro de la nuca,

el cual moño atravesó de parte á parte con el consabido tembleque de mariposa. Pasando por debajo de aquél, y anudada adelante sobre la carrera, en formidable lazo, llevaba una *balaca* azul, de cuatro dedos de ancha. Vestía chaqueta elástica granate, salpicada en el delantero con cuenticas como rocío, y una falda color de canario con ramazones y espigas, que parecía de papel de colgadura, guarnecida abajo con un pentagrama de cintas negras. Y á cada contoneo revolaba la cola, ya al norte, ya al sur. Porque no se le aplastase el lazo del *balacón*, llevaba en la mano la gran *corrosca*, pintada con humo de pez, muy bien barnizada, y con mucho plumaje y mucha flor de trapo; y, por último, el chal de cielo azul, caído hasta la cintura y las puntas cogidas en los antebrazos. Con ser, como era, para viaje á pie, Filomena aprisionó los suyos en unas zapatillas del taller de las Arangos, calzas que, en otras circunstancias, fueran potros de tormento. Y como quiera que el cimiento del galán parecía muy menor que el de la dama, ella apenas medio alzaba la falda, dejando asomar, eso sí, muchas franjas y bordaduras. César le llevaba la sombrilla.

Le aseguro á usted que la pandorgona estaba lo que se llama hermosa. A ir descalza, fuera una heroína de Garcilaso.

Y yá que á Garcilaso nombramos, es de advertir que César había formado del nombre de su amada el diminutivo irregular más delicado que inventar pudo el amor: la llamaba Filis. Y como ella tampoco se mamaba el dedo, le retornó á su amante el diminuti-

vo éste con el ternísimo de Sarito. ¡ Si el ilustre toledano hubiese conocido este nombre!

Filis y Sarito, embebidos en la plática, caminaban tan lentamente, que á eso de las seis irían tres cuadras allende el *Puente de Colombia*. Mire usted si aquello olería á idilio. Pues y la bucólica ?

Iba á ser en grande: adelante de la pareja, y agobiado por el peso de enorme *catabre*, que á la espalda cargaba, iba el negro *asistente*, llevando de un lazo y casi á rastras, un gorrinillo muy gordo y barrigudo; pues también se trataba de matanza de marraño, con sus corolarios de morcillas y tamales.

El ubérrimo *catabre* contenía los siguientes escogidísimos artículos: tres capones rellenos; una posta; cuatro cajas de bocadillo; dos idem de ariquipe; seis latas de sardinas; seis idem de *mortadella;* dos docenas de paquetes de cigarrillos *Tomás Uribe;* otra idem de panes *rialeros;* una y media idem de limetas *William Piper* y de otros licores. Item más: la lotería de doña Chepa, que iba á cantar César con las aleluyas y pareados de los indios bogotanos; un *oráculo* muy viejo y descuadernado, también de doña Chepa.... y pare usted.

(Este oráculo, ó sea *Libro de los destinos*, era para Filis la obra más extraordinaria del humano ingenio. Ello tiene su explicación: el día que se obtuvo la dispensa, estando ella en casa de doña Chepa, sacó ésta el libraco para consultarlo en todo lo relativo al asunto. La novia, ignorante de tal invención, iba eligiendo el número,—no sin cierto recelo,—entre

los varios que cada pregunta trae; y ¡oh fortuna! todito le salió á pedir de boca; iba á ser felicísima en su nuevo estado, á vivir luengos años.... y otras venturas; y tánto se encariñó con el libro, que se lo llevó.)

Decíamos que los amantes iban muy despacito. Jamás César se vio tan contento. ¡Qué espiritual, qué decidor estaba! Y Filomena?... borracha, borrachita de felicidad.

Trisca que trisca, ora de bracero, ora separados, iban haciendo posas. En una de las vueltas del camino (aún andaban en lo plano), Sarito tendió la ruana en una piedra, al pie de un písamo, y se sentaron muy calladitos.

Filis tendió una mirada en semicírculo, y se sintió panteísta, pero de ese panteísmo burdo de los indostánicos: Los pétalos rojos que llovían del písamo; un toche, sin duda enamorado también, que se mecía al frente en un florido naranjo, vocalizando por lo fino; el coro de cantores invisibles que le contestaba, acompañado del rumor de cañaverales y ramajes; los árboles y yerbas de la senda; ese airecillo matinal, húmedo y cargado de esencias campesinas; el sol bronceando el paisaje; las gentes que pasaban; los vapores, el cielo.... todo le quería parecer que era César, y que César era todo.

¡Qué lindo era ese camino, por Dios! ¡Valiente día tan encantador les iba á hacer!... Los pajaritos todos estaban tan contentos como ella.... ¡Qué dichas tan particulares había en la vida!: que de puro

feliz se pusiera uno *arrozudo* y le dieran *escalafríos*... Eso de querer tánto, ¡ tánto ! á una persona, siempre era como si *enyerbaran* á uno.... ¡ Valientes ojos tenía César, ave María ! ¡ Si se le entraban á uno hasta las entrañas ! César era mucho más lindo al sol.

Y en verdad, Sarito tenía esa mañana deliciosa un no sé qué muy pronunciado de tierno é infantil en el gesto, en la risa, en la voz, que casi se producía como niño contemplado, después de una enfermedad peligrosa. Cómo nó: ¡ si el pobre estuvo tan malo ! Y como estaba tan enamorado....

Y á Filis se le saltaron las lágrimas.

—Perombre, Filis !... Llorando hora ?... Qué tenés ?

Los mofletes de Filis se rebulleron con un puchero encantador; agachó la cabeza, y el moquerito de linón bordado secó las dos lágrimas.

—Es que soy tan boba !—repuso Filis con vocecita muy arrullada, al mismo tiempo que se levantaba.—Caminá, hijito, vamonós, que nos come el sol.

—¡ Pero tú tienes algo, mi vida !... ¡ Dímelo ! ¿ O es que yá no quieres á tu César ?

—¡ Vea: no me diga eso ni en chanza !... ¿ No ves que es de alegre que chocoleo ?

—¡ Ah !... ¡ Bueno, hija, bueno !—dijo él tomándole la mano con efusivo agasajo.—Pero, ¡ siéntate otra vuelta ! ¡ Qué afanosa eres ! Descansemos otro ratito, y fumémonos un cigarrillo. Horita seguimos.

Y haciéndola sentar de nuevo, arregló los ciga-

rrillos; y luégo que los hubieron encendido, se recostó en un extremo inclinado de la piedra, con la cara vuelta á Filis, y, con muchísima monada, se puso á echarle el humo á los flecos agusanados del chal.

—¡ Pero ai quedas muy maluco, hijito!

—¡ Nó, alita, si estoy muy bien! ¿ No estoy cerquita de tí?

Pronto botó el cigarrillo, y, como el turpial del frente, principió á silbar y á cantar luégo:

« Tus ojos en dónde están?
Tus sonrisas qué se hicieron?
Etc.»

¡ Qué lindo gorjeaba! Y Filis sacó del bolsillo una cajita, de esas como guardapelo, que traen confites para perfumar la boca, y, como quien da de comer á un pichón, iba poniendo granitos en la de Sarito, que la abría y la cerraba con tánta gracia... saboreándose, ni más ni menos, que un nené, y haciendo ademanes de querer comerse también los dedos y hasta la manita de Filis.

De pronto ella la retiró, por un movimiento reflejo, y exclamó haciéndose la furiosa:

—Ay!... grandísimo descarao!... ¡Vean este grosero!... ¡ No te quiero!

—¡ De á que sí!—dijo él, con travesura de rapaz, poniéndose en pie de un salto.

Y quitándose el casco y descubriendo aquellos rizos que brillaron al sol como charol, se puso á darle con la copa en el hombro á su Filis, con una maña y

una chulada, que ella no podía ocultar el gusto, al mismo tiempo que le cantaba en la oreja, y en carácter:

« No te enojes, por Dios, chinita mía,
Déjame recrearme en tus miradas...»

Ruido de jinetes que se acercaban cortaron la estrofa. César saltó al borde del camino, y, mientras la cabalgata pasaba, cogió unas cuantas batatillas, cuyos débiles tallos se enredaban por los alambres y estacones del cercado cubriéndolos por completo.

Tornó á donde Filis estaba, y, como también era mozo erudito en poesía, principió á recitar, muy serio y con no poca expresión, la estrofa de Gregorio:

« ¿ Conoces tú la flor de batatilla... (Hizo sonar la elle, besó una flor, y la colocó en la cabeza de Filis asegurándola en la *balanca)*.

« ¿ La flor sencilla, la modesta flor ?... (El mismo sonido, otro beso y una segunda batatilla colocada en seguida de la primera).

« Así es la dicha que mi labio nombra... (Tercera batatilla, y lo mismo que en las anteriores).

« Crece á la sombra (No hubo nada).

« Mas se marchita con la luz del sol ». (Cuarta y final).

Filis, cerrados los ojos, sin atreverse á respirar siquiera, flotaba en un ensueño: sentía aquel contacto, esa voz del paraíso, las flores, y sentía en la cabeza, y sentía en el corazón, y sentía en el alma aquellos cuatro besos que César dejó en las flores.

Qué corona! Por la de la reina del mundo entero no la cambiara Filomena. Toda su vida guardaría esas cuatro batatillas.

Mina, entre tanto, los esperaba en el corredor de una casa, para ver si Filomena quería montar; porque si así no lo hacía, ¿quién aguantaba «después á la bollona»?

El alazán, con no menos desasosiego que el que tenía su flaca carga, bajaba y subía del corredor al camino, dando vueltas en torno de los postes, colazos contra la pared y golpes con los cascos contra el empedrado, hasta que Minita tuvo que desmontarse y coger el animal por la brida. Iba yá á amarrarlo de un poste, á dejárselos ahí «á esos maulas» y á seguir sola en sus paticas, cuando los maulas arrimaron.

Pero Filis, por más que Sarito la instó, no quiso convertirse de zagala en amazona.

—Nó, nó; montate vos otra vez y adelantate si querés—le dijo á Mina.—Yo lo que quiero es hacer ejercicio.

—Perombre!... Esta faldita es zumbada para subirla á pie. Te vas á cansar.

—Yo no me canso, César, no tenga pensión!... ¿Cuánto va que voy hasta la casa sin descansar?

Minita no esperó más razones, y, antes que el sobrino la ayudase, trepó sobre un taburete y luégo al caballo, y, sin decir palabra, partió á galope tendido, se atravesó á Robledo y tiró falda arriba.

XXVIII

EL VUELO

« De Aquiles de Peleo canta, diosa,
La venganza fatal que á los Aquivos
Origen fue de numerosos duelos,
Y á la oscura región las fuertes almas
Lanzó de muchos héroes, y la presa
Sus cadáveres hizo de los perros
Y de todas las aves de rapiña....»

HOMERO.

NIEVES, en medio de sus confusiones, angustias y vigilias, despertó casi alegre también, el sábado de que venimos hablando. Y no solamente por ese influjo nervioso, ó como se llame,—que hace que algunos se pongan festivos en la tribulación y melancólicos en el baile,—sino también porque su hermano, aunque tan colérico y tan mal siempre, hacía dos días que estaba menos afligido y había dormido muy bien esa noche, y ella y las criadas, por lo consiguiente. A todo lo cual se agregaba el que las muelas la hubieran dejado en paz, y la perspectiva de la visita, que esperaba con entusiasmo.

Así fue que desde muy de mañana barrió y arregló la casa con mucha escrupulosidad, puso flores en un vaso roto, con el que engalanó la mesita de la sala,

é hizo ordeñar la vaca cachipanda, « para tenerles unas buenas *postreras de bajada* ». Salió luégo con Carmen á la casa vecina, en busca de lechugas y otras yerbas, para hacer « una ensalada muy buena », que su hermana le encargó para el almuerzo.

¡ Qué sabroso que iba á estar con Minita y su hermana.... si no fuera por esa vergüenza que le tenía á César !... Como saliera del saludo, lo demás no tan malo.

Padrenuestro á San Antonio para que la sacara bien del apuro.

En el « *Gloria patri* » iba, cabalmente, cuando Carmen—que se había encaramado á un barranco á coger alcaparras—dijo:

«Puaá viene una di-acaballo bebiéndose los vientos: puel añaje me pese q'és la niña Mina ».

Bebiéndose los vientos también corrió Nieves y detrás la negra. Bajaron obra de cuadra y media, hasta una vuelta del camino.

—¡ Ell'es, niña Nieves ! — exclamó Carmen, en cuanto Mina asomó,—¡ Pero véanla, qué tan jineta !

—¡ Virgen Santa, Minita—le gritó Nieves, más asustada que alegre.—¿ Pero qué son esas carreras ?... ¡ Cuenta con una caída, por Dios !

—¡ Cuidao, me mato !—contestó la otra, sofrenando el caballo, que traía muchos bríos.

—¿ Pero usté cuándo aprendió á montar tan bien ? ¡ Ah usté pa tremenda !

Las tres se saludaron. La amazona logró serenar el alazán y seguir al paso de las encontradoras.

—¿Pero por qué venís sola, holita?

—¡Más atrás vienen aquellos pegajosos... y en todo el día no llegan!

—Ah ¿por qué?

—¿Por qué? ¡Porque están insoportables!... ¡Le aseguro, mi querida, que cuando una vieja se embochincha!...

—Jú, niña!... — murmuró la negra.—¡Ese güevo quiere sal!

Nieves abría tamaños ojos.

—Sí! Yá sé lo que me vas á decir: que son cuentos míos, nó?—agregó la Minita graznando muy recio, porque le parecía que estando de á caballo no la oían bien—¡Pero están inaguantables... inmorales! ¡Te aseguro que me tienen hasta los ojos... es decir! Mirá ala: ¡por muy mal que lo estés pasando con Agusto, lo has pasao mejor que yo, mil veces!... Y qué hay de él? Diz que está muy horrible, nó?

—Ello siempre está algo necio; ¡pero es que está tan malísimo! ¡Es que no me quieren creer que mi hermano es de muerte que está! ¡Me ha tenido con una pesadumbre tan grande! Quién sabe qué será lo que tiene, que ni los dotores entienden!... Pero está calavérico y ¡viejito, viejito! Y eso que hoy... lo va á topar alentao, pa como ha estao!... Preguntále á Carmen!

—¡No diga nada, niña!... —prorrumpió la negra— ¡otra cosa es ver los padecimientos de don Agustín y los males que tiene en ese cuerpo! Eso es la penalidá más grande!: ¡aquí ónde pegamos ojo

en tuá la noche con tuítas las afugias d'él !...La probe mi mama, si no juera porque echa sus tonguitas de día...mire, niña: ¡ ni un jumo se había tirao el lendejo de vieja, con tantísimo trasnocho !... Hastai campañas ! Que le cuente la niña Nieves !

—¡ Pues mijita: nos fregamos pa siete arepas ! —replicó Mina dirigiéndose á la hermana y frunciendo el pico en señal de convicción—¡ Yo, por lo que es mi parte, no le aguanto más á aquella vieja y á aquel lambón !... ¡ Si vieras al César... después que nos metió la Gómez !: ¡ esa es la puercada más grande !... Y le tiene cortao êl ombligo á aquella animal !

—Y qué es la cosa, holita !... que yá Bernabela me había dicho.

—¡ Eso... ni pa callao !... ¡ Es decir, mi querida... si á nosotras nos ha de dar la gana de casanos, como aquella boba, que nos amarren desde ahora.

—Y sí se casarán, Minita ?

—¡ Yo qué diajos voy á saber !... Pero mirá, hole: esa es la cosa más pispa. La bollona lo mantiene prendido de las naguas... ¡ y él, dejándose querer ¡; ella le saca los piojos; ella le saca las espinillas ; ella lo peina... ¡ es decir, mijita !: ni una criada. ¡ Pues cuando ha tenido cara de estregale las patas á ese taita, y ella misma ha llevao el bongo con el agua ! Y él... ¡ yá manda en todo como el amo !... ¡ Me parece que la plata que le habrá sacao... es decir !... ¡ Yá ves, pues, si estará sabroso !... ¡ Masque el viejo no quiera que me quede, aquí me les rancho !: allá no vuelvo ¡ ni á palos !: á ver tánta sinvergüenzada ?...

—¡Valgamé, Minita—exclamó Nieves, confundida, haciéndole señas de que no contase nada más delante de Carmen.— Eso siempre está muy maluco.

—Pes si lo columbran pu-ai en la calle.... mire, niña.... ni en qué sentase le queda á doña Jilomena! Tanté comués la gente pa cavilosiar!

—Pues nó, Carmen; por mucho cuero que le saquen, por mucho que hablen, no dicen ni la mitá!

—Virgen santa, Minita, no diga eso!

—Sí!... Como vos no los has tenido que aguantar en la nuca!...

Nieves sudaba de angustia. A todo esto llegaron á la cancilla; y luégo que entraron y que Minita se desmontó, las dos hermanas se sentaron en el corredor á platicar sobre el mismo tema, la una cada vez más enérgica, saltándosele á la otra unos lagrimones tamaños. La cándida mujer, que por años que tuviera, era siempre una niña, no sacaba en limpio de las cosas de Minita y Carmen sino que su hermana iba á casarse; y aunque esto no le parecía ningún delito, ni que tuviera nada de particular, sí la afectaba profundamente; pues en medio de su sencillez, veía en ese matrimonio la separación de Filomena del lado de la familia y una como orfandad para ella y Belarmina, máxime con la idea que tenía de que Agustín moriría pronto.

Así y todo, enjugó el llanto y trató de ocultar su pena, para no molestar á Minita ni á nadie en la casa.

Serían como las ocho y media, y Agusto estaba

bañándose en *La Iguana*, lo cual acontecía rara vez, pues por lo regular se daba los baños en el de la casa.

A poco llegó el criado con el *catabre* y el marranito, dando el pobre animal cada chillido que partía tímpanos y aumentaba los tirones de Evangelista, que así llamaba el criado.

Bernabela y Carmen salieron á la recepción del compinche y concolega. Y qué de efusiones y regocijos!

—Vea, niña Nieves!—le gritó Carmen, tomando el puerquito por el lazo.— Véalo qué tan gordito! qué tan bueno p'asalo enterito en el horno! Cómo quedará de suave!

—¡Ah querido que está!—exclamó aquélla acercándose.—No lo vayan á matar tan chirringo! Valiente injusticia! Si está como los de la marrana de abajo!... Pobrecito! cómo vendrá de hambriento! Andá, hole, dale una aguamasita.

Y dirigiéndose al criado, agregó:

—Y toíto ese canastrao, ¿quiz que es comida, hole, Vangelista?

—Sí, niña,—contestó el zambo con socarronería y con ese modo amujerado tan común en criados y cocineros.—¿No ve que son los cuidos pa Sarito?

—Quién es Sarito?

—Ajá! Pes quién? Pes el niño César! ¿Asina no es como ella le dice?

—¡Es pa que lo vea, niña Nieves!—dijo Bernabela triunfante—No se lo icía? ¡Es pa que le crea á esta negra... Tanté cómo serán los potajes que treyen!

El negro descargó el *catabre* y todos lo rodearon, ansiosos por examinar el contenido.

—¡ No vayan á tocarle eso aquella mujer—graznó Mina—porque después determina que le robamos la mitá !

—Nó, holita, si apenas vamos á ver.

Y Nieves levantó el paño que tapaba la ancha boca, y exclamó:

—¡ Virgen santa !... ¿ Pero cuántos días se van á estar, pues ?

—Pes tres meros !—contestó Evangelista—Pero no ve que á Sarito lo que le gusta es de á bastante y de á bien bueno !

—¡ Tanté cómo será eso !—murmuró la Bernabela, con sorbo y estregamiento.

—¡ Ese es el tragón más grande !—repuso Minita—Yá se ve: yá que Dios lo trajo onde habia...

—¡ Callá la boca hole !... Esta sí que es !... —le dijo la hermana mirándola con ojos de súplicas.

—Eh ! Es porque no has visto á ese garoso: ¡ esa es la tripa más ancha ! ¡ De jinchir fue que se enfermó !

—¡ Esta siés la niña más ucurrente !—decía el criado, tostado de risa.

—Hastai !—dijo Carmen.

Y mientras los negros le reían á Minita las ocurrencias, Nieves cubría el cesto, para que su hermana lo encontrase conforme lo mandó.

—¡ Pes el niño Sersá sí se la sacó, pues ! (el sorbetón fue en grande).

—¡ Ave maría, mama, es quese niño es tan precioso !... ¡ Bien hace ella en tenelo asina !

Nieves salió al corredor, y viendo á Agustín que yá subía de la quebrada, le dijo á Minita: Vaya salúdelo ¡ bien cariñosa ! pero cuenta con decile que está flaco y acabao, porque se noja. Ni tampoco le vaya decir que no está malo, porque se noja también... Usté verá cómo ! Y no le cuente nada de mi hermana.

Mina, que apenas había visto al hermano durante el encierro en la ciudad, y que no presenció su salida al *Cucaracho*, se quedó de una pieza cuando vio acercarse aquel viejo, cuyas barbas y melenas, mojadas todavía, parecían hisopos de cabuya untados de ceniza. Pero, sin darse por sorprendida, fue á él, y, estirándole la mano,—señal en Mina de grande acatamiento,—le dijo muy amable:

—¿ Qué tál, hermano ?... ¿ Cómo le ha ido ?

—¡ Estoy muy bien,—contestó Agusto, con cara de hiel y vinagre, dejándola con la mano estirada—sumamente bien con las visitas que me han hecho usté y mi siá Filomena !... Estoy muy pagao de su manejo... ¡ Muchas gracias mi siá Belarmina !

Y siguió hasta el corredor, en cuya baranda se apoyó.

—Como usté no quiso que yo lo viniera acompañar...

—¡ Desde que se inventaron las excusas, no comen quesito los ratones !

—Vea, Agusto: ¡ no me culpe!—repuso la hermana, con humildad muy bien fingida, avanzando al

corredor—Si viera: ¡muerta de gana de venir á estame con usté, siquiera una semana!... Pero cómo hacía? Con el achaque de la damita, Filomena no me ha dejao resollar... y ella tampoco ha tenido tiempo... nián pa ir á la tienda. ¡Figure al pie de él!

—Sí!... ¡Así mismo me lo figuraba!—dijo él con voz y cara de alteración—¡Esa albondigona, tan indolente y tan descomedida con uno!... ¡Esa mala entraña! A ese muerto de hambre sí sabe jonjoliar!... ¡Y uno aquí muriéndose! Eso sí es lo que yo no me trago!

—Eh, hermano!... ¿Y usté qué está pensando, pues?... ¡Si Filomena está perdida, perdida por ese caremuñeca... y él también le florea! Eh! ¡si usté supiera!...

Agustín dio un corcovo, castañetearon los dientes de porcelana, saltáronsele los ojos, la cabeza se puso perlática.

—Así es la cosa?—articuló con vozarrón trémulo.—Pues que vengan aquí esos cochinos.... pa tener el gusto de rumbarlos!... Una vieja que puede ser la agüela de ese muñeco....metida en amores con él... Ah indecente!... Por eso era que estaba tan querendona!... porque le cayó en gracia desde que lo vio...

—Nieves! Nieveees!—aulló frenético.

Ésta acudió al punto.

—Andá cerrá la puerta de golpe, y me traés la llave!

—Pa qué, hermano?: ¿No ve que entual llegan mi hermana y César?

—Andá cerrámela y traeme la llave... ó te acabo !

—Pero.... ¡ hermano, no sea así !—suplicó la mujercita, dirigiendo á Mina una mirada de querella.

Un testarazo sonó, y, como siempre, Nieves salió á obedecer enjugándose las lágrimas.

Pero Agustín, poseído repentinamente de una como actividad, se le adelantó, y él mismo fue á cerrar la cancilla, y se guardó la llave. De vuelta, hizo entrar á las dos hermanas á la sala, y cerró, con llave también, la puerta que da al exterior, exclamando:

—¿ Tará creyendo esa condenada que va venir á enamorar aquí ?... ¡Que se largue á la quinta.... con ese sinvergüenza !

Y en seguida saltó al patio y gritó:

—¡ Bernabela ! ¡ Carmen ! ¡ Juan José ! ¡ dentren todos los que estén en la güerta.... que voy á cerrar !

—¿ Y eso qué contiene, miamo Agustín ?—preguntó Bernabela, saliendo de la cocina.

—¡ No tengo que date cuenta, so negra !

No bien el negrerío estuvo puertas adentro, Agustín cerró la que comunica la cocina con el solar, trancándola muy bien.

—¡ Ahora sí: que se brinquen por el vallao y que se dentren por el techo.... que aquí los espero yo !

Y tornó á la sala como un cohete.

—¡ Pero vean la viejorra !—clamó luégo, paseándose á largos pasos.—¡ Y tan señora que se quiere hacer !... ¡ y tratando de ñapangas á todas las que

ve!... ¡Más ñapanga que ella...! ¡Y ese pelao, ese lambeplatos hambriento.... tan orgulloso y tan papelero.... y de limosna!.... ¿Pero esa bestia estará loca?... ¡Y quien la ve tan usurera y tan ladina pal rial, y todo se lo va á entregar á ese muerto de hambre!

—Ah!... ¡Eso sí, hermano!—interrumpió Minita, poniéndose en pie para mejor afirmar.—¡Si le viera los mimos con él; si le viera el lujo!... ¡Me parece que lo tiene cuchubito de plata!...

—¡Ah canalla!—bramó el otro.—A eso fue que vino aquí ese méndigo! ¡á ver qué botón nos pegaba y qué nos podía uñar!...

—¡Pero si es ella que le mete la plata en la mano pa sonsacáselo!—replicó la flacuchenta, con entusiasta manoteo.—¡Si la tiene embotellada!... ¿Usté cré por un momento, hermano, que él la pueda querer?

—¿Y qué se le da á ese pícaro casase con su agüela, y mamase con todo?—contestó el furibundo.

Agustín, el espejo de los egoístas, hubiera tenido muy á mal el matrimonio de su hermana y compañera en cualesquiera circunstancias; pero en las actuales, prevenido como estaba contra ella, por la manera de conducirse con él últimamente, y viendo, como veía, un usurpador en el sobrino, no era rabia, no era despecho lo que Agustín sentía: era una sacudida, un choque tan violento, que rompió de súbito ese á modo de sortilegio que le tenía encadenado. El amilanamiento se trocó en ventolera de furor. El coraje y la energía, el vigor y la audacia le corcovearon

entre el pecho. Sintió ansia de estrangular, de destripar, de esgrimir *machetes* y arrancar mondongos, de derribar el templo, de incendiar á Roma: Nerón, Sansón y Daniel Escobar, los tres juntos, le poseyeron un momento: Asomara por ahí el filisteo aquél, y ¡como hay Diablo! que se cumple el antojo que tuvo Filomena: le bebe la sangre al tal Bengala.

Calla, porque no puede hablar. Se tira en la cama, porque le falta aliento. Revuélcase jadeante y trémulo. Se levanta luégo y vuelve á pasearse con estrepitoso zapateo; gesticula desaforado; las mechas le revuelan; y, parodia de Jacob, blande el brazo, asienta el puño, cual si luchase con invisible contendor.

—« ¡Con que se nos casa la niña Filomena!»—tartajea al fin, dirigiéndose á Minita.—¡Muy bueno: no se sabe cuál va más armao, si ella ó el títer ese!... Por eso era que estaba tan formalita con él, que diz que lo iba á proteger... Ujúú!... ¡Y yo tan bestia que no malicié nada!... ¡Ah vieja inmoral!!!... (Como un bramido). ¡Yá sé cual es la proteición que le quiere dar á ese asqueroso!... ¡Ah maldita!... ¡Ah infame! Porque me ve á yo enfermo se quiere aprovechar pa dale lo que es mío... al niozo; ¡lo que yo he bregao y sudao toda mi vida! ¡Lo que me hizo valer tánto!... ¡Mi plata se la dará... « ¡pero muy tarde!»...* ¡Allá estará bien güete, la perra vagamunda, pensando que en esto me les muero, pa alzar con todo!... ¡Ah boba que está esa... ¡Mañana, go

* Modismo equivalente á *nunca*.

hoy mismo, mando llamar un abogao pa patime con esa asquerosa! ¡No le hace que me lleve mil ó dos mil fuertes¡... ¡No quiero más cuentas con esa!... ¡Y primero echo mi plata al río; primero se la pico á los marranos, que dejale un chimbo ¡un chimbo! ¡á esa angurriosa! ¡Será por tan generosa que es! ¡Sí, muy generosa! ¡de más!... ¡con lo ajeno! (A medida que suelta la lengua el arrebato crece)... ¡Yo tengo la culpa, yo la tengo! ¡Si hubiera cogido un garrote y le hubiera dao una tunda al César; si desde que puso los pies en mi casa lo hubiera empuntao pa la porra!... ¡Pero fue que esa ladrona se pautó con él apenas me vio enfermo y humillao!... ¡Por eso fue que ese demonio de ñapanga me quiso pegar y me ultrajó!.... ¡porque yá estaba cartiándose con él, de aquí á Bogotá! ¿No le oyeron los cuentos que sacaba de tal Bogotá, y amenazando con que se iba, con que se iba? ¡Por eso era!... ¡Y yo tan inocente!... ¡Pero andá, so maldita, audá que yo te las cobro! ¡Yá te cogí todas tus tramas!... ¡Qué tal, que yo no tuviera mis alhajas de oro bien aseguradas en mi caja de fierro! ¡Esta era la hora que yá se las había endonao todas al marchante! Pero nián así: ya me habrán rompido mi caja!... ¡Figuren el tal César... que es hijo de un saltiador, cómo será de ladrón! ¡Allá estará ese bandido usando mis cosas! ¡Hasta llave falsa tendrá pa abrime mis cómodas y mi escaparate, y braciar con todo!... ¡Hasta en mi cama se habrá acostao ese mugroso!... ¡Tan acomedida la puerca, á mandame á temperar!... ¡Pa salir

de yo, pa que no les viera las infamias y la inmoralidá!... ¡Pues me voy! ¡Mañana mismo me voy, mas que sea en la cama! ¡No le hace que me muera en el camino! ¡Hoy mando por unos cargueros de la agencia... o me voy á pie!... ¡Que vayen á robarle al correo!... ¡Bandidos!... ¡Asquerosos!

Su voz, que por momentos retemblaba, se fue apagando hasta no producir más que sonidos inarticulados, espasmódicos, cuándo como gruñidos de puerco acosado, cuándo como los silbos que da el caminante para cobrar aliento. Sus ojos bailaban sanguinolentos, y su cara, desencajada y lívida, tomaba á veces los amoratados de la apoplejía.

El auditorio, inclusive Bernabela, estaba como magnetizado ante aquel aparato de furor. Nieves sollozaba en un rincón: hasta de fatiga se iría á morir su hermano, porque yá era muy pasada la hora de él almorzar... ¿pero quién iba á advertírselo en ese momento?

A eso se oyen unas voces que llaman: «Carmen!... Carmen!... Nieves!»... Las llamadas permanecen como clavadas en sus puestos. «Nieveees,» repiten.

Agusto, que tal oye, se precipita á la puerta, abre, y sale á todo correr. Todos, como atraídos, salen tras él. En un soplo se pone en la cancilla, y abre haciéndose del lado del batiente. Sarito aparece, va á dar la mano á Filis para que suba y... ¡cataplún! del trancazo cae redondo contra un barranco. Filis da un chillido y va á alzarlo; pero antes que lo

haga, Agusto tira la tranca, salta al camino, y se le prende de los gañotes con la siniestra mano, mientras con la diestra le arranca corrosca y *balaca;* le desbarata la moña, le quita chal y sombrilla, que unos tras otros vuelan al corral de los marranos; luégo la acogota contra la tapia. César, aturdido, tambaleante, vendado por el casco que se le ha hundido hasta los ojos, echando polvo, tacos y chispazos, se levanta y va á defender á su dama, á tiempo que las negras acuden en terrible chillería. Agustín suelta á Filis, empuja á las negras hacia adentro, y asiendo con violencia la cancilla se entra y cierra á las volandas. En cuanto se guarda la llave, aulla: «¡Arrastrados!.... ¡Ladrones!..... ¡Vayan á enamorar al infierno!»

Corre á la casa, va á tirarse en la banca, ve el *catabre*, se da cuenta de lo que es, y á patada limpia lo avienta al corredor, y.. aquí fue el horror de los horrores. ¿Ha jugado usted el juego de prendas que se llama *El Vuelo?* Pues aquello fue lo mismo: que vuelen los capones, y volaron los capones; que vuelen las botellas, y las botellas volaron; que vuele el pan y voló... y así cada cosa fue volando, unas al corral, otras á las *mangas*, cuáles á *La Iguaná*.

—¡Por la Virgen, hermanito!—exclama Nieves, poseída de infantil pavor—¡Es un pecao muy grande botar la comida de mi Dios!... Muy grande, muy grande!

Más grande el afán de Agustín. Nada se salvó: la lotería de dona Chepa, cartón por cartón, voló

también, y voló el talego. El suelo quedó como escarbado de gallinas, con los cigarrillos de don Tomás Uribe y el oráculo en añicos; *Wiliam Piper* se estrelló contra las piedras, regándolas con su sangre. Bocadillo y Ariquipe rodaron vomitándose falda abajo.

Los negros chillan y comentan; Nieves llora; Agustín se tira en la cama desfallecido; gallinazas, perros y marranos se alborotan por esas *mangas;* el *encerrador* corre á disputarles tan rico botín; Minita, serena, inmutable, de codos en la baranda, abriendo más sus ojazos de abismo.... no dice nada.

Entretanto Sarito, espeluznado de la furia, sudoroso del largo caminar, trataba de consolar á la desempajada Filis, que, sentada en una piedra del camino, se emperraba á lágrima viva.

—Yo lo que más siento.... ji! ji! ji!... fue ese palazo tan horrible!... ¡Te va suceder algo!... ji! ji! ji!

—¡Si no me pasó nada, hijita! (enjugándole los mofletes con la ruana). Cálmate!.... Estaba mal parado y me caí: eso fue todo!... No me indigna sino que ese chibato imbécil te hubiera irrespetado... ¡Es tan bruto!... ¡Por fortuna no tráia mi revólver, porque si no, ai queda!

—¡Gracias á mi Dios!... ¡Valiente desgracia había sucedido!...

—¡Yá lo creo!... ¡No le perdono al que te ofenda!—dice Sarito, más tonante que el padre de los dioses.—¡Lo mato!... ¡Mañana le mando esquela de desafío!... ¡Miserable!

—¡ Nó, por la Virgen, Sarito !... ¡ No me acabés de matar !—solloza Filis, levantándose desesperada.—¡ No se vaya á hacer criminal !... ¡ No le vaya á hacer nada, por Dios !... ¡ Se lo pido de rodillas ! (uniendo la acción á la palabra).

—¡ Peruhija !... ¡ No te pongas así ! (alzándola). ¿ No hago siempre lo que tú quieres ? ¡ Le perdono por ti !

—¿ Se compromete, mi rey ?

—¡ Te doy mi palabra !... Pero cálmate, vida mía.... y arréglate un tantico el cabello, para que sigamos.

Filis medio se arregló como pudo; pero, á pesar de estar bajo la egida de aquel su Bayardo, no podía resignarse del todo. Sentía un despecho, una incomodidad con doña Chepa : la tintura no sólo desteñía, sino que largaba una grasa verdosa. La ruana de Sarito quedó como si hubieran puesto en ella una cataplasma de paico.

Eran cosa de las once y media. A propia hora emprendieron el regreso, con aquel resistero de sol; Sarito con el casco muy desmejorado, Filis en cuerpo y sufriendo el tormento del borceguí, en esas zapatillas de las Arangos. Y ¡ lo que es el mundo ! mientras los amantes iban desfallecidos de pura hambre, la puerca y sus siete infantes se hartaban de chal y sombrilla, de capones y bocadillo.

En Robledo, donde todavía no había hotel, ni *Jordán*, ni parador alguno, compraron dulces, que Filis ni comió siquiera, con la vergüenza que tenía

de verse destrapada «como una loca». Pero sí compró un sombrerito de caña y unas alpargatas; porque «como Agusto la había pisado tan duro....» y después de tánto esconder el tamaño de los piés, Sarito tuvo que llevarle las zapatillas, amarraditas en un pañuelo.

Tál acabó la celebración de la dispensa. Al día siguiente, muy temprano, recibió Agustín, nó cartel de desafío, sino una carta escrita por el novio y firmada por la novia, en que lo ponían de oro y azul. Por ella lo llamaba la prendera á liquidación, tocando, como se ve, á una puerta que se iba á abrir por sí sola.

De todo lo cual resultó que en la *gallera* se presentaron dos rábulas, de aquellos de memorial á peseta y una argucia en cada renglón.

«No rebuznaron en balde el uno y el otro alcalde,» pues tanto y tan recio se mellaron, que la partición se hizo por vapor, sin que hasta ahora se haya podido averiguar cuál de los deslindados quedó más quejoso del otro.

Y aquí es preciso hacer constar que Filomena se manejó con mucha «hombría de bien.»

XXIX

¡ES UN SUEÑO!

(Crónica de *costurero*)

I

QUÉ será?

Por los afanes y carreras de tánta gente bien se comprende que es mucha cosa. ¿Se moriría el Obispo? Eso si nó: no hay señal de luto en la Catedral. Serán los rojos? Sí parece cosa de pronunciamiento; pero los rojos que corren por ahí no están asustados, y, además, los rostros burocráticos más parecen de pascuas que de ál; y si fuera pronunciamiento, no andorreara por esas calles de Dios ese mundo de mujeres. ¿Si será alguna comunión de jubileo? A buen seguro que anduvieran más en calma. ¡Si es cuestión de llevar la lengua afuera de puro correr!

Sonar de faldas y taconeo femenil se oyen por todas partes, con lo que queda dicho que el mujerío alborotador no es el de la plebe. Aunque éste se entrevera también en el concurso, está en minoría, ó en empate, cuando más. Tampoco los varones se están muy sosegados; que muchos *cachacos* andan embele-

cados, metidos en el embolismo. En esquinas, tiendas y oficinas todos están en expectativa é indagando qué será de ello. Gentes que no se conocen se interrogan y se tratan como viejos camaradas; vinculados en ese momento por la general expectación. El que no corre se alebresta. El que no atisba pide informes á los transeúntes.

Como es sábado, día consagrado por la costumbre para el aseo y arreglo de almacenes y talleres, se siente por dondequiera un barrer y un trastear vertiginosos; pues hasta las escobas y el trapajo sacudidor están apurados en este sábado de los afanes.

Confluye á la plaza principal un turbión de cristianos, que se escurre por la *Calle del Comercio*, y, engrosado por los que suben y bajan la de *Ayacucho*, se lanza á *San Roque* como una creciente.

La angosta plazuela de este nombre se estremece: por las seis bocas le tributa sus gentes Medellín; y aquello se llena, se encrespa desbordándose por arriba, por abajo y por los lados. No son yá las espumosas oleadas de la *crême*, es el heterogéneo sedimento de la ciudad. Desde luégo que el cuerpo *embolador*, invitado nato á todo bureo público, está allí con los útiles é ingredientes de su industria, dando carácter al concurso, enredando con piruetas y gestos de payaso, con el refrán en boga, con la cuchufleta maliciosa, subida de color. Las demandaderas comerciales comadrean con gárrula animación, á la vez que atisban todo y aprietan y avisoran el canasto de compras y muestrarios. Criadas que van al mercado, alternan en

una y otra parte, llevando bajo el brazo la batea ó el cesto para la provisión. Los mendigos, fugados de los asilos, lucen allí sus pingajos de rabo de cometa, las patas de palo, las muletas, sus llagas y su mugre. La granujería callejera y desarrapada resbala entre la turbamulta como lagartos en el bardal. Vocea á todo pecho el vendedor de periódicos.

Entre el sordo rumor de la creciente se perciben los codazos, los pisotones, la réplica agresiva y furibunda, el exaltado altercar: cuando menos es que la moza del partido, á pretexto de que la empujan ó incomodan, le da en qué entender á la niña de alma blanca y púdicos carmines. El chal de seda, ó el encaje de la rica mantilla de la señora, se enreda en los botones del gabán heredado del pordiosero, si no en la leontina de algún *Lovelace* de arrabal.

Y todavía llegan, jadeantes y sudando la gota gorda, no pocos rezagados.

Señora hay que, en su temor de no alcanzar la fiesta, ha olvidado cambiar de calzado, y va muy ufana con las chancletas caseras y un dedo asomado.

¡Para asomos ese día! Por la plaza, *El Comercio* y *San Roque*, en puertas, ventanas y balcones, en cuanto da á la calle, están apostadas las mamás, las tías, las niñas y las criadas, hechas un racimo; pues en casa alguna hay palcos para tánta visita. Estíranse los pescuezos, los talles se apoyan contra las barandas, y, á no ser porque las antioqueñas son tan equilibristas, muchas se fueran de cabeza á media calle. Las de más atrás, encaramadas en taburetes, quisie-

ran volar. Milagro será que las monjas carmelitas no pongan escalera y se asomen también por los tejados.

Qué será ? ¡Si tan siquiera hubieran dado programa!...

—¡Hoy sí es el día que se calienta mi siá Manuela!—dice una *dentrodera* á su interlocutora.—Dende las seis me despachó pal mercao !

—Eh !... Ejala que se caliente !—replica la otra, que es nada menos que nuestra amiga Bernabela.—Losotros tamién semos gente y los gusta ver !... Yo tamién tengo que pegar patas pal *Cucaracho* antes di almuerzo.... ¡pero sin ver bien toíto esto no me voy !

—¿Y vos sí crés que yo m'iba ?... Pero acabame contar.... ¿ Y la casa tá cerrada ?

—Cerrada! Pes no te igo que tuá la jamilia tamos aá en *El Cucaracho ?...* ¡Pero mirá, hole : es tánta l'injuria que li-h'agarrao á esi-hombre, qui-hasta siá-liviao!... ¡María Madre !... ¡si eso pece un Judas en aquella casa !... Pero qué te paece qui hasta mi padre San Serapios, que lo tenía alumbrao la niña Nieves, lo rumbó á la manga !... ¡Un imagen tan patente, que los imprestaron en Robledo !... ¡Toíto se salió del enmarcao, y se l'hizo un roto en derecho del machete que tiene el verdugo !... ¡Ni pa lo que lloró esa niña!

—Y eso á cuente qué ?

—Pes de tentao !... ¿No te igo qu'está endiablao ? Eh ! ¿ vos qué crés ? Mirá: á conjormes-taba de flatoso ta-gora de violento: ¡Esu-es quebrar loza

y hacer casabates sin cariá!... ¿No te igo, pues, que m'inviaron trasantier á comprar platillos, porque los dejó sin en qué comer? Dende que le trancó al niño Cersa, y qu'iba horcar á doña Jilomena, t'asine dañiño!... ¡Es'es otro modo! A la niña Nieves la tiene en el güesito, di hacela penar y d'echale cocas. A l'otra niña, qu'es tan ríspida y malgenios, tamién l'acabó l'otro día: ¡Tanté que se puso alegale.... y l'agarró por la crisnejita y echó á jalar qu'en un tris se l'arranca! Peru-esa si nu-es como la niña Nieves: dend'ese día le saca la caja, y puai se lo pasa sestiando qui-ni vaca. ¡Tanté! ¡comu-es ella di arrecostada!

—Bueno... ¿y el viejo y doña Filomena siempre quedaron bravos?

—¿Bravos?... ¡María Madre! ¡niún jumo se tiran si se llegan á topar! Si vos li-oyeras qué lay'e dichos se pasa diciendo d'ella y el niño Cersa!... ¡Y toíto delante d'esa niña q'és l'inociencia!... ¡Si-esu-és el Patas que lo tiene enjunecido!... ¡Ave María, ole, si no juera q'esa niña es tan güena, y se manija tan lindo con yu-y Carmen... mirá: yá los habíanos largao!

—También será por la paguita ¿no, hole?

—Pes también!... ¡Tanté diá diez pesos tó-los meses!... ¡Pero sí los sacan el serote, es cuanto te igo!

—Y decime, hole, Bernabela, ¿por qué sería q'ese niño tan bonito se fue á casar con mi siá Filomena, tan viejorra y tan patoniada?

—¿Y preguntás?... ¡Pes por la plata!... Por la plata baila el perro... ¡Tanté con tuá la q'ella tiene!...

¡Se jué más güete con su trozo-e muchacho !... ¡ hastai ! Qué tan contenta taría, que, con lo perecida q'és, me dio mi cincana pa yo y'otra pa Carmen... Tamién jué que yo juí l'única que me li-acomedí ayudale arreglar jiambres y todo... ¡ El caudal que llevaron... es dicir !

« ¡ Yá vienen ! ¡ Yá vienen ! »—se oye gritar.

La muchedumbre se crispa. Los *emboladores* redoblan en sus cajas. La chiquillería salta alborozada. Todos se empinan. La boba del barrio se zangolotea y grita: « ¡ Híji, fiestas ! ! ! »

Por la esquina de la plaza asoma la cosa.

Se distingue por entre el gentío una ringlera de sombreros de copa, muchos plumajes y un bulto blanco. La cosa, empujada por otro gentío que la sigue, recorre en un dos por tres la primera cuadra; entrada en la segunda, apenas se mueve, detenida por la turba. Va á torcer la esquina de la plazuela... por dónde? Dos gendarmes intervienen: la acera medio se despeja. Los detenidos avanzan...

Un soplo de estupor pasa por aquella gente: los ojos se agrandan, más de una boca brinda hospitalidad á las moscas.

El momento es tan solemne, que la muchedumbre se serena. Oyese el pisar de las señoras, lento, acompasado y de botín nuevo, el de los señores, bronco y chirrionudo; y, allá como vientecillo en los maizales, se percibe ese rozar cosquilloso de las faldas de seda. ¡ Al fin se puede ver ! ¡ Qué éxtasis ! ¡ Figurines en carne y hueso !

Cada galán va con su dama. Ellos, uniformados con la flamante ceremoniosa vestimenta de toda la vida. ¿No la conoce usted? Pues vea: sobretodo, cola de pájaro y pantalón negros, lo demás como una bretaña, menos sombrero y zapato, que relumbran que ni un azabache. Ellas, completamente desuniformadas: ésta de morado, aquélla de verdecito, color de rosa la una, color de natilla la otra; cuál lleva sombrero en forma de cedazo, cuál uno como plato con flores, quién va mitrada y con barboquejo de cintas; y todas rebujadas de corpiño; todas con la saya pegada, largas y escurridas como Santas Ritas de sacristía, y con unas cinturiticas que ya se trozan.

Porque sabemos de muy buena tinta que ahí van las Palmas y las Bermúdez, podemos asegurarlo; pero ¡imposible conocerlas! ¿Pues y á don Pacho? ¡Don Pacho de frac, corbata blanca y guantes? ..

En cuyo brazo se apoya la novia; y tál va ella, que alguien la compara con un ángel,—comparación tanto más razonable, cuanto la desposada tiene en los hombros sendos promontorios de trapo, á modo de alas recogidas.—El velo, *abullonado* en la cabeza, prendido con las flores de naranjo, flotando por detrás, flotando por delante, flotando por los lados, la envuelve como en neblina matinal. Y tiene usted el ángel entre nubes.

No va ni envanecida ni turbada; el aire es de sentirse satisfecha; sus denguecillos, á fuer de angélicos, sólo cosa de cielo pueden ser; las miradas que, de cuando en cuando, dirige al público, al través del etéreo

antifaz, es como si dos estrellas se filtrasen... y todavía es poquito para lo que siente el novio.

II

Pero no son los indumentos nupciales, ni el boato de los padrinos, ni el ángel, ni las estrellas, lo que más cautiva á la gente; es que en el matrimonio de que venimos tratando, y en la persona de Clementinita Escandón, se ha resuelto uno de los problemas más difíciles, más trascendentales para el buen tono antioqueño.

De indolentes, cuando menos, nos acusaría la historia ¡ y con cuánta razón ! si dejásemos de anotar tan importante episodio.

Héle aquí: es el caso que en Medellín, á pesar de nuestros pujos de civilización, contado es todavía el capitalista que gaste carruajes propios. En casa de don Pacho, con ser de las primeras, no los había. Doña Bárbara se puso en apuros: ir el acompañamiento matrimonial en esos armatostes de alquiler, cundidos de *sumbambico* y de *carangas* ¡imposible ! Conseguir prestados con los que tuvieran ¡ nó en sus días ! Que fueran á pie, ¡ peor que todo ! Cierto que aquí, tanto novios como padrinos, van á la iglesia en sus piecitos, sin que por ello se deje de echar el resto; pero no se trataba del rumbo, precisamente, sino de aquellas siete cuartas de cola, de aquella lengua de faya forrada en golillas y rizados. Alzarla, á más de incómodo, era tanto como quitarle la gracia á la

novia; y de figurarse nada más que tánta riqueza fuera á barrer los polvos y lodos de la calle, le daba la jaqueca á doña Bárbara ! Qué hacer ? Bien podría ella poner á la mulata *dentrodera* como una ascua de oro, para que llevase el enemigo de la cola, ¡ pero zambas sí que no metía ella en la danza... ni á palos !

Dos días faltaban para las bodas, dos días tan solamente. Todo estaba previsto, todo arreglado, menos el enredo éste. La señora se desvelaba, consultaba, y nada. Pero ¡ oh Arquimedes ! el terrible rompecabezas encalló en la de doña Bárbara Campero de la Calle de Escandón. A lo mejor del insomnio se le vino á la memoria el Buen Pastor del Carmen, tál como lo arreglaban las monjas, no há mucho tiempo, para la procesión de Ramos. ¿ Qué más lindo que ese Niñito Jesús, paradito en el extremo de las andas, teniéndole la punta del manto á Jesús grande ?

El problema está resuelto.

Doña Bárbara, á falta de un Niño Dios caminador, se fijó desde luégo en Tina, la última de sus niñas, preciosa criatura de diez años, muy menuda, muy juiciosita para todo, y á quien llamaban *La Mona*, por ser blonda.

Levantóse con el alba la señora, y á propia hora despertó á la niña; y provista de papeles y de una *pucha* de agrio de naranja, principió luégo el empapirotamiento general de la linda cabeza. Terminada la labor, *cofiada* que fue la paciente con un pañuelo, y notificada de no asomar las narices á la puerta hasta el gran día, la emprendió doña Bárbara con el

traje de primera comunión de la chica. Hilvanando aquí, prendiendo allá, un fruncido en una parte, un ringorrango en otra, pronto estuvo trasformado el eucarístico ajuar.

Llegado el día, vueltos tirabuzones los papirotes, abultada la cabeza en un cincuenta por ciento y puesta la guirnalda de rosas artificiales, quedó *La Mona* mitad virgencita quiteña, mitad ninfa de procesión, y doña Bárbara harto ufanada con su invento.

Consignado este rasgo para eterna remembranza, prosigamos.

Sin sombrero, con mucha seda y mucho diamante, de bracero con el novio, y detrás de la novia, iba la inventora instruyendo y dirigiendo á media voz el consabido asunto. No eran pocos los enojos internos que sufría, al ver que el gentío no dejaba obrar como ella deseaba; pues, aunque tanto la novia como la niña estaban muy industriadas, no era fácil regular la marcha de las dos ni ponerse á justa distancia, de lo cual resultaba que novia, cola y portacola se volvían un enredo en que la niña se perdía, la cola se arrastraba y la novia se *enguaralaba;* ó bien que se apartaban tánto, que cada cual tiraba de su lado, con tales estirones, que á no estar la falda cosida tan á conciencia como lo estaba, sabe Dios el susto que pasaran. Don Pacho trinaba.

La comitiva entra por fin al palacio episcopal, y los gendarmes quedan defendiendo la frontera.

Y mientras Su Señoría Ilustrísima lee la epístola de San Pablo y bendice la pareja, hagamos nos-

otros los mal criados poniendo oreja á lo que conversan varias señoras en un balcón.

—¡Nó, nó, niñas, por Dios!... ¡qué primor!—exclama una señorita de treinta y dos nochebuenas, aspiranta á señora.—¡Esto sí es lujo!... ¿Vieron el ramo que llevaba?... ¡Qué cintas tan encantadoras! ¿Se fijaron en el pasador con que tenía prendido el velo? ¡Es una piña de diamantes!... ¡Y esos encajes, por Dios!... Le aseguro que Pepa va preciosa!

—Más es bulla que otra cosa! Va bien puesta, pero preciosa nó—repone otra señorita cuarentona y pobretona.—Y ese gancho.... es el de las Bermúdez, que se lo pusieron.

—Eso sí nó, mijita—protesta otra;—yo misma lo he visto con mis ojos: se lo mandó la madre de Gala y es una joya antigua de mucho mérito.

—Alguna vejez del Cauca, que son tan pasaos.

—Pues nó, niña: en esta semana leímos en *La Moda* que las joyas antiguas se han estado usando tánto, que hasta las nuevas las están haciendo al estilo antiguo, y hasta les dan color que parezca viejo: ¿No es cierto, mamá?

—Ah sí! muy de moda.... ¡Y aquí tienen la manía que joyas no se usan!

—¡Pues á mí me dijeron las Pardo que en París no se ven ni aun aritos! Y yá ve que acaban de llegar de Europa.

Y luégo agrega:

—¿Pero no vieron á las Palma tan metidas en docena?

—¡ Pero si son madrinas, niña !...

—¡ Pues no debían haber aceptado si habían de estar menos que las demás !... Yo no me metía en fiestas como ésta, con traje de raso de algodón.

—¡ Raso de algodón !.... ¡Si los trajes son de chalí de seda, con adornos de surhá !.... ¡ lindos ! ¡ lindos !

—Pues peor, porque unas costureras como ellas no se deben meter en seda.

—Nó, niña,—observa la mamá.—Pepa les regaló los cortes, y ellas los hicieron.

—Muy apenadas que estaban con el regalo—agrega la hija;—pero mi siá Bárbara no quería sino que todas las del acompañamiento fueran de seda, y por eso tuvieron que hacer los trajes.

—Pues yo no recibía esa clase de regalos.

—Juú !...— murmura doña Chepa, que también está ahí.—*Gatus nun comen churizo purque nun dare.*

—¡ Eso será el gato.... pero yo no soy gato !—contesta la criticona, roja de ira.

—¡ Nó, niña.... es una chanza!

—Será chanza, pero de muy mal gusto.

La señora de la casa, viendo armada una muy gorda, cambia el tema diciendo á doña Chepa:

—¡ Ah usted, Chepita !... También diz que estuvo de madrina, y nos guardó el secreto por no convidarnos !... Bueno !... así se hace con las amigas !...

—¡ Pero qué querías, ala; si eso fue en un secreto !...

—Y eso por qué ?

—¡Cosas de Filomena!... Como Cesarito vivía en la casa, determinó no decir nada para que no hablaran.

—¿Y diz que es muy buen mozo ese joven, mi siá Chepa?—pregunta una niña de diez y siete.

—¡Es una lámina, mija.... una pintura! Yá ve que Gala tiene fama.... ¡y no hay comparación!

—¿Y diz que hubo mucha oposición en la familia de esa señora?—interroga otra.

—Pues nó, niña.... Cosas de Agustín, que está inaguantable! Es un maniático... más necio que una disenteria! Cosas de viejo solterón!... ¡Pero á éste sí se le ha sentado la soltería del modo más atroz!

—¿Y fue esa gordiflona que vendía junto á los Rojas la que se casó?—exclama la cuarentona, con gesto despreciativo y ánimo de vengarse de lo del gato en la ahijada de doña Chepa.—¡Pero eso es gente.... enteramente de media petaca!

—Nó, niña—replica la madrina:—es gente de petaca entera, porque tiene mucha plata!

—Pero ¿esa vieja.... esa tiendera?

—¿Le parece muy raro? (un poco amostazada).

—Sí me parece muy raro que una vieja tan vieja se case! (muy satisfecha con la indirecta).

—Sí? ¿Conque las viejas no se pueden casar? Pues yo la veo á usted muy puesta en razón.... con los hombres.

—¿Yo, mi siá Chepa?... ¿Yo?...

Por fortuna un taburete se cae, metiendo mucho ruido. Las señoras se mueven, y algunas cambian de

puestos. La de la casa, para ver de conjurar la tempestad, se dirige á doña Chepa, diciéndole:

—¡Si viera qué tan bello el ramo del doctor Puerta! Aquí lo vimos de paso. Le sale como en cincuenta pesos! El portabuqué no más le costó treinta donde los suizos: es de electro-plata, ¡primoroso!... de este altor....

Y mientras la madre señala á tres cuartas del suelo, la entusiasta hija le quita la palabra y continúa:

—El ramo, que es inmenso, es todo de jazmines del Cabo y de otras flores ¡más bellas! Diz que encargó flores hasta Sonsón!... ¡Pero qué les parece! me dijeron las Ríos que el ramo que le mandó *El Pomo* es mucho más bonito: el jarrón diz que es primoroso, y el ramo tiene las tarjetas de todos.... ¡más de cuarenta... y enorme!... ¡Ave María, niña, (dirigiéndose á la enojada) han pasado con ramos por la calle.... que no figure! Me parece que no caben en la casa!

—¡Muchísimos, niña!—dice una señora que está en otro grupo.—Me dijeron que las Trujillos habían hecho más de veinticinco, fuera de canastas.

—Dicen que los regalos son lindos y de mucho valor,—observa otra.

—¡No tiene idea! Vea, niña!...

Y la aspiranta al matrimonio le fue haciendo una lista de regalos y regaladores que la dejó turulata. ¡Valiente memorión!

—Usted también le haría su buen regalo á la ahijada, ¿nó, mi siá Chepa?

—Nó, mija: nada que merezca la pena!. . A Filomena le regalé un ropón.... regularcito, y el día del matrimonio les mandámos una canasta con unos duraznos de Rionegro, dos membrillos muy bonitos y unas uvas.... Eso fue todo, mija!

—Muy bonito regalo!

—Pues siquiera les hicimos la manifestación. Pero antes fuimos nosotros los regalados: Filomena le mandó á Agapito una cartera ¡preciosa! y á mí me regaló este anillo (mostrando uno de esmeralda, puesto en el cordial de la izquierda).

—¡Muy célebre, mi siá Chepa, muy finito!

—Será de mucho mérito,—dice la de los cuarenta—porque es joya antigua.

—Aunque no fuera, niña; es un cariñito de una amiga que quiero mucho!

—¿Y diz que se fueron para Bogotá apenas se casaron?—pregunta la dueña de la casa, alarmada otra vez.

—Sí, ala; se casaron ayer hizo ocho días, y se fueron el martes.... ¡muy contentos!

III

La conversación se fue animando hasta volverse un circo de gallos: todas parlaban á la vez sobre el grande acontecimiento.

La niña de los treinta y dos, que hablaba siempre á la carrera, parecía una locomotora, y tánto levantaba la voz, que dominaba la algarabía.

—¡El ajuar es cosa que una necesita una semana para verlo!—decía la niña.—Casi todo es extranjero, y lo que hicieron las Caros es encantador. En letines no más gastaron doscientos pesos! Ahora, ¡si vieran esos bordados de los cojines y los almohadones!... El traje está forrado en gró todo entero: es el más bello que ha hecho Cecilia Arango.... Ahora las joyas, mis queridas! ¡siete aderezos completos!... Pero qué piedras! Las aretas y el pasador que le llevó primero Gala son tres solitarios que hastai!... La casa del *Poblado*, la casita chiquita de don Pacho, donde van á pasar la luna de miel, diz que la tienen arreglada con un gusto!... ¡Figúrense, con el lujo de mi siá Bárbara!

—¿Y es moda ahora que los suegros arreglen la casa, más bien que el novio?— pregunta doña Chepa á la señora de la casa.

—Yo le diré, Chepita: eso es determinación de mi siá Bárbara, que está culeca con este casamiento... Y como Gala se lleva pronto á Pepa para el Cauca, ¿cómo se iba á poner en vueltas de comprar muebles y arreglar casa?

—Pero, ala: ¿cómo fue este casamiento tan tonable, después de la oposición de don Pacho.?

—Eh! es que ustedes no saben cómo es Pacho! —salta, metiendo la cucharada, una señora burguesa, muy amiga de alardear de relaciones y parentescos con la gente grande.—Eh! Yo, que sé las cosas de Pacho, les puedo asegurar que ese es el hombre más caprichoso. Vean: desde el principio le gustaba mucho

Martincito, pero por darle en qué morder á prima Bárbara y á Pepa.... ha sido todo. Vean....

—¿Pero no diz que iban á depositar la muchacha?—interrumpe doña Chepa.

—Ah! eso sí: iba á haber depósito en toda regla, —responde la emparentada, muy satisfecha de ver que su intimidad con gente tan nombrada despierta tal interés, que hasta dejan de hablar.—¡Y hubo mil peloteras con Pacho! ¡Ah Pacho!... ¡Si ustedes le oyeran contar á prima Bárbara las paradas que se echó!... Pero después, entre el doptor Puerta y el Padre Angel, que es el confesor de Pacho, lo pudieron convencer, después de mil lidias; pero con la condición que demoraran el casamiento unos días.... Pero eso sí: diz que puso verde á Martincito, que le tenía horror! Martincito y Puerta nos han contado en casa la excena (muy pronunciada la x). Eso fue en Noviembre.... ¿ó á principios de Diciembre?... Sí, fue en Diciembre, cuando se salieron al campo. Y entonces fijaron el casamiento para ahora en Julio. ¡Pero vean cómo es la gente! como Martincito se fue en esos días para el Cauca, corrió la flota de que había dejado colgada á Pepa.... y...

—¡Aquí se creyó que no volvía!—dijo la niña rabiosa.

—¡Es que no conocen á Martincito! Ese es el hombre más decente.... y cómo está de enamorado! Tenía que ir de precisión al Cauca á arreglar unos negocios muy interesantes con la madre.... Apenas hace quince días que vino.

—¿ Y diz que es muy rico ?—interroga la de diez y siete.

—¡ Millonario, niña, millonario !

—Pero de muy mala familia,—afirma la cuarentona.

—¡ Ave María, mi querida !—exclama la noticiera.—¡ La única que lo dice ! ¡ Se conoce que no sabe quién es prima Bárbara ! ¡ Iba á ser ella tan gustosa si Martincito no fuera de una familia tan noble !... ¡ Como es prima Bárbara !...

—¡ Pues pa que lo sepa, es un zambito peinao !

Hostigada doña Chepa de la niña ésa, dice con cierto tonito:

—Yá se quisieran muchas un zambo de esos !

—Pisss !... ¡ Pa casarse con una tusa.... tiempo sobra ! O bien casada, ó bien quedada !

—O bien quedada !—repite doña Chepa alargando bien las sílabas.

Continuó el tema de los regalos y ramos, haciendo las señoras cada panegírico, que ni para los escozores de la niña esta.

Ropas, trapo por trapo; trajes, perendengue por perendengue; sombreros, joyas y todas las elegantes chilindrinas del insigne ajuar, todo,—por síntesis y por análisis,—fue descrito, comentado y puesto en las nubes. Todo nó: nadie mencionó siquiera el humilde regalo de *Las Viejas*.

Era una tapafunda de almohadón.

No bien Galita les llevó la nueva de haberse fijado el matrimonio, tomó Paula el *tambor;* y, en los

ratos de vagar, se dio á bordar, ayudada de los anteojos, un archipiélago de ojetes y unas ramazones en relieve, que formaban una cosa allá como letras. No menos diligente Marucha, alcanzó de entre la cornisa del escaparate, donde se empolvaba luengos años hacía, un aparato cilíndrico, tamaño como atambor de guerra, relleno de paja, con forro de *diagonal* y fruncido en las bases, como maletón de viaje. Tomó luégo hilo del número ciento,—que ella llamaba de Castilla,— alfileres y unos bolillos hechos á torno, y, recordando sus buenos tiempos, estableció sobre el mueble aquél un telar. Era un tejemaneje, un prender aquí, un soltar allá, tan complicado y poco rendidor, que otra que Marucha diera al traste con la invención. Pero la perseverancia era su virtud; y aquel encaje de araña salió al fin con todos sus floreos y ramificaciones, y *Las Viejas* pudieron completar el regalo para « La Caucana ». Esta supo valuarlo á precio de corazón.

El acompañamiento sale por fin de la casa episcopal. Yá vienen los novios muy de bracero; pues en Antioquia, en tratándose de brazo ó de abrazo, acontece lo que antaño en Madrid con lo último:

...« Aquí no se mira bien
.....
Antes del solemne lazo.»

Y vuelta á las apreturas. La creciente va bajando y la resaca de las bocacalles también.

IV

La casa de don Pacho, recién enlucida y pintada, es un mare magnum. Desde la calle se respira empalagoso ambiente de azucena y de jazmín del Cabo. Mesas, cómodas, consolas, como bazares: ramilletes, canastillos, barcos, todos de flores; porcelanas, cristalería y bronces; espejos, lámparas y estuches; cuadros, costureros y cajas; electro-plata, *chagrín* y peluche; perlas, esmeraldas y brillantes: una verdadera exposición. Red sutilísima de hilos de plata, envolviendo los nevados copos; que, por bellas y virginales que las flores sean, siempre han menester su poquito de metal. Medellín toda ha enviado el tributo.

Criados, mandil al hombro, vecinas y parientas, van y vienen en afanes por todas partes, éste con un budín abanderado, aquélla con un frutero, quiénes con los botellones y las frasqueras. La rapacería de nietos enredando, metiéndose en todo, corretea por piezas y corredores, con ese zapateo atronador de los niños endomingados. Las señoras del padrinazgo.... otras que tales: no bien entra el acompañamiento, se riegan por toda la casa, recreándose en los regalos, y ellas mismas en los espejos. Algunos vecinos, íntimos é íntimas de Pepa, entran, según ellos, á felicitarla y á hacer un acto de presencia; según doña Bárbara, á examinar todo, á husmearlo bien. Aquí los apretones de mano, los abrazos, las fiestas, las admiraciones.

Pepa tiene que ponerse de frente, de perfil y de tres cuartos; tiene que caminar con la cola, que levantarse el velo. La una le toca los azahares, para ver si son de cera, de cabritilla ó de verdad; la otra pasa las uñas por la falda, para sentir mejor el crujido de aquella tela. «¡Primoroso! ¡Bello! ¡Encantador!» se oye como granizada. Doña Bárbara, en ascuas: se le figura que los trapos de Pepa van á quedar hechos un cochambre con tántos manoseos y sobadura. Martín es llamado al corredor, felicitado y examinado, aunque con menos tocamientos. Que no se sabe cuál de los dos está más lindo, que nunca en Medellín se ha visto pareja como ésta: tal la opinión unánime entre examinadores y examinadoras.

A todo esto la chusma invade el zaguán y se agolpa en las ventanas, mientras que las señoras más entusiastas, agrupadas en los portones de las casas vecinas, examinan de paso cuanto llevan para la boda, deteniendo los criados, destapando las comidas, olfateándolas, si es preciso.

Como quiera que el cuerpo examinador de adentro echase ojos muy expresivos al comedor, hubo Pepa de invitarlo á que lo viesen; y una vez dentro, el entusiasmo se desbordó.

¡Un pedacito del cielo! La mesa, la de un palacio encantado. Todo lo más sorprendente estaba allí: allí el cuerno de fulano, la barquilla con vela de blancos pétalos, abarrotada de jazmín; las canastas de las Menganitas, con cimeras de *ilusiones* y desmayos de *realidades*. Allí la frutera de electro-plata, con la

torre Eiffel encima, construída de azucena y heliotropio; el jarrón de *El Pomo*, con el monumental ramo, serpenteado de lazos y tarjetas; el central, multicolor y alegre, resaltando en la blancura, cual Pepa en la calle entre tántos colorines. Allí había *licoreras* de dos pisos y de uno; botellones papujados y botellones flacos; copas como cucuruchos y como cazuelas; hojas de cristal tallado, con racimos y manojos. Había Etnas y Vesubios de pasta y espejuelo, con erupciones de azahares y papel; dos *Pablos* y dos *Virginias* fundidos en jalea. En los puestos, sendas mitras de servilletas, sendos tarjetones con calcografías de pajaritos y amores, y el nombre del convidado dibujado con purpurina.

La junta declaró que todo esto, lo mismo que el tapiz y las cortinas, los aparadores y las bombas, era «lo más primoroso que se ha visto en Medellín».

Después de tal veredicto, ¿cómo dejarlos ir con las manos limpias y el pico seco? Así fue que, á más del trago, entre veras y chanzas y como cosa con muchachos, el uno tuvo su dulce, tuvo sus duraznos el otro, Zutanita logró caramelos, Menganita algunas almendras, y así cada cual llevó su parte.

Despachada aquella gente, y después de una libacioncita en la sala, principió el desfile de parejas para el comedor. Mucha ceremonia y estiramiento en los comienzos; pero aquello se fue alegrando, y don Pacho fue largando unas, que al fin no quedó hembra en el comedor.

Doña Bárbara, de bracero con uno de sus yernos,

y los novios, de bracero también, pero sin Tina, se escurrieron para la calle, no bien terminó el desayuno. La gente, no saciada aún, los siguió hasta la *Fotografía Artística*, á donde se entraron.

A la vista tenemos la gran tarjeta imperial, regalo del amigo Martín. Más que retratos de gente de por aquí, parece un capricho de poeta; algo como la alegoría de lo soñado y lo real. El fondo, una lontananza. Por la llanura y la pendiente ondula, sin cruces, sin tropiezos, una senda larga, muy larga. No van juntos. Ella, blanca, aérea, indecisa, es el fantasma de la felicidad. El velo, levantado con desgaire; dulce al par que triste, la mirada; en las manos, el ramo; la cola, vuelta hacia adelante en hermosa rebujina; el cuerpo, de medio lado; de frente el rostro. Dijérase que ha olvidado su ventura, que ha suspendido su triunfal carrera, para mirar atrás y contemplar por la vez última su pasado de virgen. Galita, esperando, recostado en un barandaje. Con la casaca y los grandes ornamentos, y embobado ante su mujercita, es un caballero particular, muy baboso é insignificante.

Al almuerzo, ó como se llame, que fue larguísimo y para reventar, hubo muchos convidados; y don Pacho, ¿ lo cree usted ? estuvo muy formal y boquilimpio, debido, sin duda, á que su mujer y sus hijas se hicieron de la oreja gorda con lo del desayuno, temerosas de que se pusiera peor si lo regañaban.

Julia Bermúdez dijo que los brindis en casamiento estaban yá tan pasados de moda, que sólo se

veían en los pueblos, y eso cuando se casaban los hijos del alcalde. Pero siempre brindaron, y no uno sino varios. Las improvisaciones,—con un mes de ensayo la mayor parte,—corrieron muy distintas suertes: unas tal cual, otras con dos ó tres soluciones de continuidad, otras con muchos remiendos y algunas del todo fracasadas. El doctor Puerta, tan sabiondo y todo, no salió con nada.

Creíase, pues, que la oratoria iba á quedar no muy bien parada en tan solemne ocasión, cuando, á los postres, traquea un asiento en un extremo de la mesa, y un convidado se pone en pie. Toma la copa, echa en redondo una ojeada tribunaria, mira á los novios ciceronianamente, carraspea un poco y... tente, piquito de oro!

Principió desde el Paraíso, pintando todo aquello tan nuevo y tan fresquito, acabadito de salir «de manos del Supremo Artífice»; siguió luégo el casamiento de Adán y Eva, celebrado «en el templo grandioso de la naturaleza», y desde allí se fue viniendo, se fue viniendo.... hasta Pepa y Martín.

Acabó, se echó al coleto el trago, y.... en un tris se viene abajo el comedor!

—¡Valiente mecha tiene este niño!—exclamó un sirviente entusiasmado.

—¡Este es el cuero más fregao!—vociferó don Pacho.

Una convidada, espiritista á escondidas, se conmovió tánto, que, sin darse cuenta de la indiscreción, dijo:

—En la última reunión del Centro nos reveló el

doctor Ricardo de la Parra que el alma de Mirabol reencarnó hace veinte años en un antioqueño, que irá á ser el primer orador de la Sur-América.... Creo firmemente que es este joven !

Casi todos preguntaron pasito quién era, y hubo que hacer biografías.

Un pedacito de la de Byron trataba de recordar Galita á todo esto, para ver de contestar algo; pero como no recordase ni hebra, tuvo que quedarse hecho un perro mudo.

¡ Qué talentazo tenía ese bobo de Mazuera !... ¡ Valiente inadvertencia no haber arreglado con él alguna cosita para contestar!

Sí, señor: Mirabeau era Mazuera, y estaba días hacía en grandes amistades con don Pacho.

Como á doña Bárbara se le había metido que el matrimonio éste tenía de distinguirse entre todos, de eclipsar los más sonados hasta entonces, y de « hacer época », no quiso que, en manera alguna, entrasen en su fiesta esos coches tan vulgarizados por la costumbre.

Sino que, entre cinco y seis, atrayendo muchas gentes á las calles, atravesaba la de *Carabobo* una brillante cabalgata, en medio de la cual iban los novios: Galita, de flux color de perla y *pavita* á la tirolesa, caballero en *El Retinto;* caballera Pepa en *Princecito*, el famoso bridón del doctor Puerta. Aunque un tanto lacrimosa, iba harto más gallarda y atractiva que la amazona del Padre Valenzuela. Pachito, á su lado, envanecido de tal papel. Cada jinete con un gran ramo.

La tarde está apacible, luminosa; los cañaverales y sauces del camino cantan á los desposados epitalamios nunca oídos; bríndalos el naranjo con su esencia, y hasta las palomas, al volar de techo en techo, quieren abanicarlos con sus plumas.

Y allá en *El Poblado*, al pie de una colina, tras los dátiles y azucenos, bajo colgaduras de norbio y curazao.... espera el nido.

XXX

EL ORÁCULO DE DOÑA CHEPA

TRES meses han corrido desde el matrimonio de Filomena.

La luna de miel; Sarito suyo; esa Bogotá, tan ruidosa, tan culta, tan regocijada, tienen á la señora de Pinto entre si sueña ó no sueña. Opina del séptimo sacramento lo que el Apóstol del cielo: *Ni ojo vio ni oreja oyó.. .*

¿ Cómo se podía gozar de aquel modo y no morirse ? ¿ Cómo vivir sin casarse ? ¡ Y ella que perdió tánto tiempo !... ¡ ah cosas !

Viven todavía en casa de Juanita, donde tienen un cuartico coquetamente alhajado, con muebles de alquiler, porque César no quiere que compren nada mientras no tengan su casita propia.

Filis ve á sus hermanos-suegros, á sus sobrinos-cuñados, al través del cristal color de rosa de la felicidad. ¡ Gente más querida !.... Y, juzgando por sí misma, no alcanza á comprender cómo en persona humana puedan juntarse á los deliquios del amor los talentos para el negocio. Lo que fue ella, en principiando á negociar con el corazón.... yá no sirvió para más. ¡ Pues en Sarito se juntaba todo ! ¡ Qué hombre, qué marido ! Todo el capital,—llevado á Bo-

gotá en giros, alhajas y sonantes,—lo maneja él.... ¡Pero de qué manera! Haciéndolo producir cual si fuese una labranza sembrada á la mañana y cosechada á la tarde.

Él quiere que ella tome parte y dirija: ¡ella cuándo!... César va á poner *Monte-pío;* César va á comprar hacienda; César va á arrendar el *hotel* tál; va á celebrar con el Gobierno el contrato cuál; tiene en trato la casa de Zutano; ha hecho este y aquel negocio; impuso tántas y cuántas sumas.... y esto y lo otro. Que haga, que acontezca, le dice la mujer. ¡Pues estaría bueno que ella se pusiera á alumbrar un talento de esa clase! Pues y qué? ¿Toda su plata no es de Sarito? La ternura de ese hombre, la complacencia de ese esposo, ¿puede ella tasarlas?

Él no tiene más anhelo que verla contenta, que pasee, que conozca, que se relacione. Él, ó papá, ó las niñas, la sacan á todas partes. ¡Y qué *percha*, y qué elegancia! ¡Qué cintura tan bien cinchada, qué caderamen tan ceñido! El modisto Torres ha metido la mano en aquellos trapos.

La amabilidad, la insinuación, la cultura, el trato de gentes de los bogotanos, la comedia social tan bien representada y con tánta tramoya, todo lo toma Filomena al pie de la letra. En aquella Sabana, al pie de esos dos cerros, ha amontonado Dios un gentío exento de las lacras humanas, amasado de pasta de ángeles y querubines. En Bogotá sí saben querer; en Bogotá sí la estiman á ella en lo que vale. ¡Gracias á Dios que ha dejado para siempre esa mugre de Me-

dellín! ¡Si ella y Sarito se hubieran quedado allí!... Bah! Sería tánto como dejar dos zarcillos de diamante tirados en la boñiga.

En Bogotá, pues, plantarían sus lares y penates. Este era el fondo, precisamente, para colgar ese lienzo con marco de plata, ese cuadro de dicha conyugal que ella y Sarito iban á ofrecer al mundo.

Ay!... si la vida no se acabara nunca!...

La ventura, ó las aguas bogotanas,—que esto no está bien averiguado,—principiaron á dañarla del estómago; y, como al comienzo nada dijo, resultó que, cuando fueron á poner remedio, yá el daño era mucho.

¡Cuánto se atribuló el pobre Sarito!

Cambio de aires, y leche por único alimento, recetó el médico, entre otras cosas.

César al instante le buscó alojamiento en una hacienda de la Sabana, casa de unos amigos, donde había mucha leche y buenas aguas, distante de la ciudad como una legua; é inmediatamente llevó á su enferma y á dos de las niñas para que se la mimasen.

De día se lo pasaba en la ciudad, por exigirlo así el cúmulo de negocios; pero en cuanto los despachaba.... á galope tendido para el campo. No tenía vida en Bogotá sin su mujer.

Ésta mejoraba mucho, y yá pensaba en el regreso, cuando al *financista* se le ocurrió un negocio en Villeta. Escribió á Filomena una carta de amante, y mandó á papá para que la acompañase en esa ausencia, que á lo sumo duraría cuatro días. Como era

la primera, á Filis se le oprimió el corazón, y, hasta que lloró su buen rato, no se calmó.

Sarito, apenas llegado á Villeta, telegrafió.

Pasaron los cuatro días, pasaron seis.... y ni César ni telegrama.

Papá vino á la ciudad y telegrafió al hijo: No contestan. Telegrafió á un pariente: «César sólo estuvo de paso. No lo vi», contestó el pariente. Pinto se aterra y determina no volver ese día al campo y esperar hasta el siguiente.

Esa noche, como á las nueve, en medio de un fuerte aguacero, se les apareció Filomena, á pie, medio loca de angustia, calada por la lluvia y con el pantano hasta la rodilla: se les había venido huída.

Los suegros inventaron cuanto estuvo á su alcance para sosegarla, bien que ellos tampoco las tenían todas consigo.

A poco se encerró en la pieza y se tiró en la cama, agotada, calenturienta.

De pronto se levanta, busca una llave y abre el escaparate: de los tres cofres sólo hay uno y está vacío. Abre la cómoda de nogal que oculta la caja de fierro, y se queda plantada como idiota, fija en la caja. Vuelve al escaparate, busca, trastea, tira ropas al suelo, abre cajones, da al fin con una de las dos llaves de la caja, que guardó antes de irse y que en su agitación no encontraba.

Pone la llave en la chapeta y aprieta: salta ésta; la pone en la cerradura; la saca; torna á ponerla.... y no se atreve.

Al fin, con mano crispada, tuerce la llave, cruje el batiente y la caja se abre. Mira, toca... la caja vacía.

Otra vez se queda plantada. Ni un suspiro exhala. Cierra caja y cómoda, guarda las ropas tiradas, arregla un poco la pieza, abre la puerta y vuelve á la cama, inconsciente, fría, helada.

Un calambre espantoso le arranca un chillido. Todos corren.

Once horas después moría la infeliz... víctima,—según el médico que la asistió,—de una enteritis coleriforme.

Pinto telegrafió á doña Chepa la noticia, para que la diera á la familia.

Esta había regresado de *El Cucaracho*, y Agusto, pasada la primera etapa del furor, estaba acaso peor que siempre: tan pronto se desesperaba de tristeza, tan pronto se emborrascaba como un loco.

Doña Chepa, temerosa del enojo por el padrinazgo, no había vuelto á casa de los Alzates; y, no obstante, se apresuró á cumplir su triste encargo.

Tan inesperada visita, el traje negro, la cara inmutada de doña Chepa, no pudieron menos de asustar á Nieves, que salió á recibirla. La mensajera, después de algunos preámbulos, le dijo que Filomena estaba mala; pero como Nieves no comprendiera, doña Chepa le mostró el telegrama.

A los alaridos de la pobre clorótica acuden Belarmina y las criadas. Bernabela, en cuanto se impone, corre al comedor donde está Agustín y le espeta la noticia.

« Que qué ?—grita el hipocondríaco, tirando la taza en que bebía.—¿ Que se murió Filomena ?

Clavó en la negra una mirada centellante, y con aire furibundo agrega:

—¡ Ah maldita !... ¡ Ojalá se hubiera....! ¡ Nó, nó: pobrecita !... ¡ Nó, nó ! ¡Imposible que se hubiera muerto !... ¡ Una mujer tan rica!... que tenía tánta capacidá pal negocio ...! ¡Ese infame la mató !... ¡ La envenenó !... ¡ La plata no sirve sino pa uno condenase !... ¡ No sirve pa más !...

—¡ Virgen santa, miamito !... Manquesté mal il dicilo.... pero bien dice la niña Mina, que sumercé v'estrenar la casa pa los locos del Mermejal... ¡ Tanté ! ¡ no servir la plata !

—Pero decime, negra del demonio,—exclama, asiéndola por un brazo,—decime: ¿ pa qué sirve ?

Bernabela, pensando que la va á estrangular, se aparta; luégo sorbe y dice:

—Pes vea, miamo: la plata sirve....

Preparaba los dedos para enumerar, cuando en el portón se oye ruido de muletas, y una voz desfallecida de anciano plañe:

—¡ Una limosnita, mis amos, por amor de Dios !

Agusto grita energúmeno:

—¡ Salí de aquí, vagamundo, perezoso !... ¡ Tirá á trabajar si tenés hambre !

Un *Ay, Jesús !* se oyó, y las muletas, lentas, vacilantes, sonaron en el zaguán hasta perderse en la calle.

FIN

INDICE

	Págs.
I.—Por la mañana	1
II.—Historia antigua	18
III.—Historia de la Edad media	45
IV.—Las Queseras del medio	67
V.—« Un cuarto alegre »	83
VI.—Otro idem	100
VII.—La venganza	109
VIII.—Estrofas y pescozones	123
IX.—Después de un gusto	131
X.—La mar de cosas	140
XI.—Bilis y atrabilis	171
XII.—Milagro disputado	181
XIII.—La cueva de Montesinos	190
XIV.—Galita lee	199
XV.—Llegada	205
XVI.—César Pinto	215
XVII.—En el Tabor	226
XVIII.—De claro en claro	237
XIX.—Los báules	247
XX.—Leña seca	255
XXI.—Topetón	268
XXII.—Los tres Pachos	277
XXIII.—Encadenado	290
XXIV.—Nostalgia	298
XXV.—Amor del alma	306
XXVI.—Ilusiones y realidades	317
XXVII.—Idilio	350
XXVIII.—El vuelo	364
XXIX.—¡Es un sueño!	382
XXX.—El oráculo de doña Chepa	408

PQ
8179
C3F7

Carrasquilla, Tomás
Frutos de mi tierra

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 07 06 001 5